

PANAIT ISTRATI KYRA KYRALINA Y EL TÍO ANGHEL



TRADUCCIÓN Y NOTAS DE MARIAN OCHOA DE ERIBE



Lectulandia

La narrativa de Istrati se organiza en torno a la vida de Adrian Zograffi, su alter ego imaginario que actúa como narrador, testigo o personaje. *Kyra Kyralina* y *El tío Anghel*, sus dos obras cumbre, forman parte del primer ciclo. *Kyra Kyralina* (1923) abre la epopeya balcánica y recoge la vida de Stavros, su infancia, su perversión por un turco y la búsqueda febril de su hermana Kyra por los harenes de Constantinopla. La obra, que gira en torno a la idea del viaje y de la fatalidad del destino, es un canto a la amistad verdadera y a la libertad. *El tío Anghel* (1924), estructurada en tres partes independientes gracias a una cronología aleatoria, presenta el devenir trágico de dos seres excepcionales por sus pasiones excesivas: tío Anghel y el bandolero Cosma.

Istrati, con la espontaneidad del cuentista oriental, aspira a que sus novelas palpiten como un corazón y combina para ello las fuentes del mejor folklore balcánico con las anécdotas y personajes de su vida aventurera. Como señala Claudio Magris en *El Danubio*, es el poeta de la promiscuidad y de la ambivalencia de Oriente, de ese desorden del cual parece esperarse a un tiempo la redención y la violencia.

Lectulandia

Panait Istrati

Kyra Kyralina & El tío Anghel

ePub r1.0

Titivillus 16.10.17

Título original: *Kyra Kyralina & Uncle Anghel*

Panait Istrati, 1924

Traducción: Marian Ochoa de Eribe

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

KYRA KYRALINA

I

STAVROS

Adrian atravesó, aturdido, el bulevar de la Madre de Dios, un bulevar corto que en Braila lleva de la iglesia del mismo nombre al jardín público. Al llegar a la entrada del jardín, se detuvo, confuso y enfadado.

—¡Qué diablos! —exclamó—, ¡Ya no soy un niño! Y creo que tengo todo el derecho a entender la vida como la siento.

Eran las seis de la tarde. Día de labor. Las alamedas del jardín cercanas a las puertas principales estaban casi desiertas, y el sol del crepúsculo doraba la grava mientras los bosquetes de lilas se hundían en la sombra de la noche. Los murciélagos volaban atontados en todas direcciones. Los bancos alineados en las alamedas estaban casi todos vacíos, excepto los de los rincones más discretos del jardín, donde parejas de jóvenes se abrazaban amorosamente y se ponían serios cuando pasaba gente inoportuna. Adrian no reparó en ninguna de las personas que encontró por el camino. Aspiraba con avidez el aire fresco que se elevaba de la tierra recién regada, una mezcla embalsamada por el perfume de las flores, dándole vueltas a aquello que no podía entender.

Él no podía entender, sobre todo, la oposición de su madre a sus relaciones de amistad, un rechazo que había provocado una discusión violenta entre la madre y su único hijo. Adrian se decía: «Para ella, Mihail es un extranjero, un vagabundo sospechoso, el aprendiz del pastelero *kir*^[1] Nicola. ¿Y qué? ¿Yo qué soy? ¡Un pintor de brocha gorda y, aparte de eso, un antiguo aprendiz del mismo pastelero! Y si mañana me voy a otro país, ¿sólo por ello voy a tener que ser considerado un vagabundo?». Irritado, dio una patada en el suelo: «¡Qué diantre ni qué diantre!... ¡Es una injusticia indignante hacia el pobre Mihail! A mí me gusta ese hombre porque es más listo que yo, más instruido, y porque aguanta la pobreza sin hacer aspavientos. ¿Cómo? ¿Que porque no quiera gritar su nombre a los cuatro vientos, ni el país del que proviene ni el número de los dientes que le faltan, no es más que un vagabundo? ¡Pues vale, yo quiero ser amigo de ese vagabundo!... Y me siento muy feliz por ello».

Adrian siguió maquinalmente con su paseo mientras daba vueltas a lo que le había dicho su madre y todo le parecía absurdo. «¿Y la historia esa del casamiento? No tengo más que dieciocho años y ella ya está pensando en endosarme a una boba, una boba o quizá una coneja, ¡para que me ahogue con su amor y me obligue a hacer de mi habitación una pocilga!... ¡Dios mío! ¡Como si no existiera nada mejor en este mundo que parir unos imbéciles, llenar el mundo de esclavos y convertirte tú en el primer esclavo de esos parásitos! ¡No, no!... Mejor un amigo como Mihail, aunque

fuera él diez veces más sospechoso. En cuanto al reproche de que ‘tiro de la lengua a la gente’ para hacerles hablar, ¡juro que yo tampoco sé por qué me gusta ‘tirarles de la lengua’! Quizá sea porque la luz nace de la palabra de los fuertes, y prueba de ello es que Dios tuvo que hablar para que naciera la Luz».

En la calma de aquella tarde primaveral, la sirena de un barco atravesó el aire con su estridente silbido. El joven se espabiló al tiempo que lo envolvía una brisa perfumada de rosas y claveles.

Adrian se dirigió hacia la alameda principal, la que va a lo largo del acantilado y domina el puerto y el Danubio. Se detuvo un momento para contemplar los miles de bombillas eléctricas que brillaban sobre los barcos anclados en el puerto, y le acometió un incontrolado deseo de partir.

—¡Dios mío! ¡Qué bien se debe de estar en uno de esos buques que se deslizan por los mares y descubren otras tierras, otros mundos...!

Apesadumbrado por no poder cumplir su deseo, echó a andar de nuevo con la cabeza gacha, pero de repente oyó que una voz a su espalda gritaba su nombre:

—¡Adrian!

Se volvió. En un banco junto al cual acababa de pasar, había un hombre, con las piernas cruzadas, fumando. A causa de la miopía y de la oscuridad, Adrian no lo había reconocido. El hombre se levantó y Adrian se acercó a él un poco contrariado, pero se le escapó una exclamación de alegría:

—¡Stavros!

Se estrecharon la mano y Adrián se sentó a su lado.

Stavros, vendedor ambulante conocido como *el limonagiu*^[2] debido al producto que vendía por las ferias, era primo segundo de Adrian por parte materna y una figura muy conocida en otros tiempos entre los jóvenes del barrio. Ahora había caído en el olvido, enterrado por el desprecio de un escándalo que su naturaleza había provocado treinta años atrás.

De estatura algo mayor que la media, de un rubio desteñido, muy delgado y arrugado, sus grandes ojos azules, unas veces abiertos y sinceros, otras astutos y esquivos —según las circunstancias—, traicionaban toda la vida de Stavros. Una vida de soltero vagabundo, llevado de aquí para allá por su temperamento raro y nómada; una existencia atrapada a los veinticinco años por los tristes engranajes sociales (un matrimonio con una joven rica, hermosa y sentimental), de los cuales salió, al cabo de un año, muerto de vergüenza, con el corazón desgarrado, con el carácter viciado.

Adrian conocía vagamente esa historia. Su madre, sin entrar en detalles, se la ponía como ejemplo de una vida infame, pero Adrian extraía una moraleja completamente opuesta; y más de una vez, por un instinto que se hallaba en lo más profundo de su alma, se había acercado a Stavros como uno se acerca a un instrumento musical cuyo sonido quiere escuchar. Pero el instrumento se había

resistido.

Además, no se habían visto más que tres o cuatro veces, y siempre por la calle. La casa de su madre estaba cerrada para Stavros, como le estaban cerradas todas las casas decentes. Y encima, ¿qué habría podido decirle él, ese calavera asiduo a todas las ferias, a un chaval mimado y atado en corto?

Stavros era considerado por todo el mundo como un charlatán y, en efecto, lo era, quería serlo. Con su traje ajado y arrugado incluso aunque fuera nuevo, con su aspecto de campesino que se ha mudado a la ciudad, con la camisa sin planchar, sin cuello, con el aire de tratante en caballos timador, él se daba a exhibiciones de palabras y de gestos que divertían a la gente, pero que no le reportaban más que humillación y desprecio.

Llamaba a gritos a sus conocidos, en plena calle, con apodosos acertados y graciosos pero nunca ofensivos. Muchos de ellos perduraron. Si le gustaba alguien, lo llevaba con él a la taberna, pedía medio litro de vino y, después de brindar, salía al patio «a hacer sus necesidades» y no volvía, dejando que pagara el invitado. Pero si se encontraba con algún cargante, le decía enseguida:

—¡Te está esperando Mengano en tal taberna, ve rápido!

Sin embargo, lo que más le gustaba a Adrian eran las bromas de Stavros con las cabezas de arenque y con la pitillera. Mientras conversaba con alguien, el *limonagiu* se sacaba del bolsillo una cabeza de arenque y la enganchaba con cuidado a la espalda de otro parlanchín como él. El pobre hombre se iba y se paseaba por la calle con el arenque colgando de la chaqueta, para regocijo de los viandantes.

La broma del tabaco era aún mejor. Stavros no perdía la ocasión de interpelar a cualquier conocido que le saliera al encuentro y pedirle que le dejara liarse un cigarrillo, pero en cuanto se había servido, en lugar de devolverle la tabaquera y darle las gracias, la metía en su propio bolsillo, que estaba roto, de donde caía al momento y rodaba por el suelo. Entonces se abalanzaba, la cogía, le sacudía el polvo, pedía perdón y, simulando que la metía en el bolsillo del propietario, se la dejaba medio colgada. La pobre pitillera, de hojalata niquelada o de cartón piedra, caía de nuevo al suelo.

—¡Ay, qué torpe soy!

—No es nada, hombre —solía decir el burlado, contemplando el objeto abollado mientras los mirones se partían de risa.

Pero Stavros no volvía a ver las tabaqueras con las que había bromeado una vez.

Así, a Adrian había empezado a resultarle simpático este hombre por sus payasadas. Sin embargo, sucedieron unas cuantas cosas raras que lo desconcertaban y confundían: algunas veces, en medio de las bromas y las burlas, Stavros se volvía hacia Adrian con semblante serio mirándole a los ojos con una mirada transparente, tranquila y dominante, como cuando miramos los ojos buenos e inocentes de un ternero. Él se sentía entonces empequeñecido por ese vendedor ambulante de

limonada, por ese analfabeto. Le parecía extraño y empezó a observarlo. Pero las ocasiones eran raras. La mirada misteriosa y perturbadora que Adrian llamaba en secreto «el otro Stavros», afloraba pocas veces y sólo dirigida a él.

Sin embargo, un día —unos meses antes de su encuentro en el jardín—, cuando acompañaba al vendedor de limonada a donde su proveedor —un griego viejo y taciturno que le surtía de azúcar y limones—, vio de repente junto a él al «otro Stavros». Adrian se prendió de su mirada.

En un rincón de la tienda poco iluminado, Stavros, borradas las arrugas de la cara, con la expresión dulcificada, ojos muy abiertos, luminosos, fijos, miraba al vendedor de cara abotargada y huraña, y decía, tímido pero decidido, mientras el otro asentía con la cabeza:

—*Kirie Margulis...* Me va mal... No hace calor y la limonada no se vende... Estoy acabando con mis ahorros y con su azúcar... Así que, ¿estamos de acuerdo? Tampoco esta vez... le pago, ¿qué dice? Que sea como otras veces: si muero, pierde diez leus^[3].

Y el negociante, tacaño pero conecedor de las personas, se lo daba a crédito, con un apretón de manos tan áspero como su vida.

Ya fuera, con la mercancía bajo el brazo, Stavros se apresuró a hacer un juego de palabras, a dar una palmadita en el hombro a un conocido y a saltar sobre un pie:

—¡Le he timado, Adrian, lo he camelado! —susurró al oído del joven.

—¡No, Stavros! —protestó Adrian—. ¡No le has timado, le vas a pagar!

—Sí, Adrian, le pagaré si no muero... ¡Pero si muero, le pagaré el diablo!

—Si mueres... eso sería otra cosa... Pero dices que le has timado: eso significaría que no eres honrado...

—Puede que no lo sea...

—¡No, Stavros, quieres engañarme: eres honrado!

Stavros se detuvo bruscamente, empujó a su compañero contra una valla y, adoptando por un momento su aspecto oculto, de timidez y humildad a la vez, espetó a las narices de Adrian:

—No, no soy honrado. Por desgracia, Adrian, no lo soy.

Y dicho esto quiso irse, pero Adrian, presa de una especie de miedo, lo agarró de la solapa de la chaqueta, lo retuvo y le gritó con voz ahogada:

—¡Stavros, espera! ¡Tienes que decirme la verdad!... En ti veo dos hombres, ¿cuál es el verdadero? ¿El bueno o el malo?

Stavros se resistía.

—¡No lo sé! —Y zafándose violentamente de las manos de Adrian, gritó enfadado—: ¡Déjame en paz! —Después, un poco más allá, al considerar que quizá había ofendido al chico, añadió—: ¡Te lo diré cuando te haya salido el bigote!

No se habían visto desde entonces; Stavros recorría las ferias desde marzo hasta octubre, y en invierno vendía castañas asadas Dios sabe dónde. No acudía a Braila más que para aprovisionarse.

•

Adrian estaba tan encantado de habérselo encontrado ahora en el banco del parque como deben de estarlo los arroyos cuando se encuentran con los ríos y los ríos cuando se pierden en el seno de los mares.

Stavros, al contrario de lo que era habitual en él, se mostró poco locuaz, lo cual gustó aún más a Adrian, que estudió su cara a la pálida luz de la tarde y le pareció la misma. Nadie habría podido adivinar su edad. Sin embargo, Adrian se dio cuenta de que, por las sienes, el rubio desteñido del pelo se había vuelto de un blanco ceniciento.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Stavros, aburrido—. No estoy en venta.

—Ya lo sé, pero quiero averiguar si sigues siendo joven o si has empezado a envejecer.

—Soy joven y viejo, como los gorriones...

—¡Es verdad, Stavros! ¡Estás hecho todo un gorrión! —Y después de una breve pausa añadió—: ¿No quieres acaso mi pitillera para dejarla caer un poco al suelo? Quizá eso te haría recordar que siempre me gusta saber de dónde vienes, adonde te diriges y cómo te van las cosas.

—De dónde vengo y adónde voy no tiene importancia. Pero puedo decirte que los negocios no me van demasiado mal. ¡Y a pesar de todo, potrillo, hoy estoy muy disgustado!

Y dio una palmada a Adrian en la rodilla.

—Eso te sucede pocas veces —respondió éste—. ¿Y por qué estás descontento? ¿Escasean los limones?

—No, los limones no, son los granujas de bien de otros tiempos los que escasean.

—¿Granujas *de bien*? —exclamó Adrián—, Eso es imposible: ¡los golfos no pueden ser honrados!

—¿Eso crees? Pues yo conozco unos cuantos...

Stavros se inclinó y fijó los ojos en el suelo. Adrian se dio cuenta de que estaba hablando en serio y, queriendo averiguar algo más, le dijo con tacto:

—¿Podrías decirme para qué necesitas a semejante golfo?

—Para que me acompañe a la feria de Slobozia el jueves que viene. A decir verdad, no es por mí, pero como si lo fuera... Sabes que en la feria suelo ponerme junto a un pastelero que hace buñuelos. Los aldeanos los comen, les entra sed y yo estoy listo con la limonada. Si es necesario echo un puñado de sal en la masa de los buñuelos. Ya ves que no soy honrado... Bueno, ya tengo pastelero, es *kir* Nicola...

—¡*Kir* Nicola! —se sobresaltó Adrian.

—... Nuestro vecino, tu antiguo patrón. Pero mira dónde está la pega: él no puede dejar su horno para ir a la feria. Así que necesita un «vagabundo de bien» para que acompañe a su criado, Mihail, y para que cobre mientras el otro se ocupa de freír los

buñuelos. Hace ya dos días que ando buscando un golfante para eso. —Y Stavros concluyó con seriedad, con tristeza—: ¡Braila es cada vez más pobre en *hombres*!

A Adrian pareció estremecerle un escalofrío. Se puso en pie ante el vendedor de limonada y dijo:

—¡Stavros! ¿Soy yo digno de ser el granuja de bien que buscas?

El comerciante levantó la mirada.

—¿No estás bromeando?

—¡Te doy mi palabra de golfo, como lo entiendes tú! ¡Voy yo con vosotros!

Stavros saltó como un chimpancé y gritó:

—¡Choca esa pata, hijo de faldero!... ¡Eres un digno sucesor de tus antepasados griegos!

—¿Qué sabes tú de mis antepasados?

—¡Oh, seguramente debieron de ser unos buenos granujas!

Y dicho esto, el *limonagiu* abrazó al pintor; después, agarrándole del brazo, se fueron a la carrera.

—¡Vamos rápido a donde Nicola a darle la buena noticia! Partimos a más tardar mañana domingo, hacia la tarde, para llegar a Slobozia el martes por la mañana y encontrar un buen sitio. Tenemos por delante un día y dos noches en carro; el caballo irá al paso o al trote, según sus fuerzas y según la calidad del vino que encontremos por las posadas.

•

La aparición del recor-re-ferias y de su «potrillo» dio lugar a una viva discusión en la pastelería. *Kir* Nicola se percató, por los gritos de Stavros, de la suerte que éste había tenido. Stavros farfulló una parrafada en turco. Mihail, que estaba al corriente del asunto, intervino en la conversación para gran sorpresa de Adrian, que no entendía una palabra. Ante una respuesta seria de Mihail, vio cómo *kir* Nicola se encogía de hombros y cómo Stavros se calmaba, aunque éste exclamó en un perfecto griego:

—¡No os preocupéis por lo que diga su madre, *pedia mu*^[4]! ¡Si me hubiera dejado llevar por la vida de mi madre, hace ahora cincuenta años, no habría sabido ni cómo sale ni cómo se pone el sol más allá del foso que en otros tiempos rodeaba la hermosa ciudadela de Braila! Ya veis, queridos amigos, las madres son todas iguales: ellas quieren revivir en sus hijos tanto sus pobres alegrías como sus aburridas desgracias. Y además, decidme en qué nos equivocamos si somos como Dios nos hizo. ¿No es verdad, Adrian?

Mihail volvió a intervenir en la conversación, también en griego:

—En eso tienes razón, amigo, pero nosotros no conocemos a la madre de Adrian; quizá tengamos que vérnoslas con una dolorosa excepción. Por lo que a mí respecta, os propongo enviar a Adrian para que le pida permiso; si se lo da, seré el primero en

alegrarme. Pero sin el conocimiento de su madre o en contra de su voluntad, yo no voy a la feria.

Estas palabras hicieron a Adrian salir como una exhalación.

Su madre estaba preparando la cena. Él se detuvo en medio de la estancia con los ojos húmedos, las mejillas rojas, el pelo revuelto. Como no había preparado lo que tenía que decirle, se le ahogaba la voz. Pero ella adivinó algo y se le adelantó:

—¡Ya estás con la cabeza en las nubes!

—Sí, mamá...

—¡Escucha, si quieres empezar con la misma canción de otras veces, hazme el favor! Haz lo que quieras, sin romperme el corazón, y no te preocupes por mí. Es mejor así.

—No se trata de nada que te rompa el corazón, mamá —respondió Adrian—. Desde hace ocho días o incluso más, no tengo trabajo, y querría acompañar a Mihail a la feria de Slobozia. Sería una buena ocasión de conocer esa bonita comarca y de ganar entretanto lo que estoy perdiendo aquí.

—¿Vais a ir sólo vosotros dos?

—Sí... no... también estará Stavros...

—¡Muy bonito! ¡Todavía mejor! Y ése también debe de ser un «filósofo» para ti, ¿no? —Y como el chico callara, añadió—: En fin, ¡puedes ir!

—¿No te vas a enfadar, mamá?

—No, no me voy a enfadar, cariño mío...

•

La partida tuvo lugar aquel domingo, ante los ojos de todas las comadres de la calle Grivitsa, vecinas del pastelero, y en medio de sus bromas. Stavros llegó como a las cuatro de la tarde con el carro abarrotado con sus trastos: el bidón de agua, y en él, las jarras, el azúcar, los limones, los vasos, etcétera. Frente a la pastelería, con la ayuda de *kir* Nicola y de Mihail, cargó lo necesario para la fabricación de los buñuelos: una mesa, una cocinilla de carbón, una sartén grande, dos sacos de harina, varios bidones de aceite y los utensilios. Prepararon después un banco para ellos tres.

Para ahorrarle a Adrian las burlas de las arrabaleras, su madre partió con él una media hora antes de que llegara Stavros; se separaron en la calle Galatsi, ella se fue a casa de una amiga, él se dirigió hacia la carretera principal, por donde tenía que aparecer el carro.

—Ya ves, Adrian —dijo abrazando a su hijo—, yo me someto a tus deseos, pero algún día te arrepentirás de lo que haces hoy; este viaje que emprendes ahora avivará tu deseo de emprender mañana otros más largos, cada vez más largos; y si tú no puedes garantizarme la felicidad que te reserva ese futuro, yo puedo asegurarte desde ahora que los dos tendremos que llorar algún día, ¡ojalá me equivoque!

Adrian quiso responderle, pero ella se fue. Clavado en su sitio, la seguía con la

mirada; iba hacia delante, siempre adelante, como había sido toda su vida, recta, sencilla, triste. El único desvío del que se responsabilizaba, no lo lamentaba a pesar de que le hubiera costado tan caro: era el error de haber tenido un hijo de soltera. Con el mantón y la blusa de algodón barato, con el pañuelo en la mano derecha, levantaba ligeramente, con la izquierda, la falda demasiado larga, que iba barriendo el polvo, y tenía los ojos fijos en el suelo, como si estuviera buscando algo, algo que no hubiera perdido aún, pero que estaba a punto de perder.

¡Mi pobre hermano Adrian! Tiemblas... En ese carro que se atasca en la carretera principal, encogido en el pescante, junto a Stavros, que lleva el caballo al trote y canta en armenio a tu derecha, y apoyado en el hombro de Mihail, que fuma y guarda silencio a tu izquierda... tú tiemblas, buen amigo, ¡pero no de frío! ¿Tiemblas acaso de miedo? ¿O es que —apretujado entre esos dos diablos de tu vida— sientes el soplo de tu destino, que te empuja no sólo a la feria de Slobozia, sino hacia las grandes ferias de tu existencia, que apenas comienza?

Durante largo, largo rato —a la luz de un ocaso cargado por la tormenta, avanzando por una carretera recta como una cuerda tensa, flanqueada por árboles y campos de trigo—, Stavros cantó y se lamentó en armenio. Durante largo rato, Mihail y Adrian lo escucharon sin entender nada, pero sintiéndolo todo. Luego los envolvió la noche, a ellos y a sus pensamientos. Pueblos y villorrios siguieron a otros pueblos y villorrios, nidos pobres de tristezas y felicidad, tragados por la oscuridad e ignorados por el mundo. La luz temblorosa del farol colgado del pescante descubría rústicos y tristes paisajes nocturnos, que se iluminaban por un momento y que desaparecían después para siempre: un perro que ladraba furioso, la esquina de una cortina que se echaba a un lado para dejar sitio a un rostro que intentaba atravesar la oscuridad con la mirada, edificios viejos, de tejados hundidos y ennegrecidos desde tiempo atrás, y corrales con las cercas rotas.

Cuando entraba en un pueblo, Stavros se detenía ante una posada, masajeaba alrededor de los ojos del caballo, le tiraba de las orejas, le daba la alforja de avena, le echaba la manta por el lomo y entraba como una tromba seguido de sus dos compañeros de viaje. Allí volvía a ser charlatán, frívolo, bromista, lanzaba motes graciosos a diestro y siniestro y, a veces, se permitía dar un capirotazo en el gorro a algún aldeano. Después encargaba un litro y un vaso para el señor, le pedía amablemente la pitillera, se liaba un cigarrillo y, serio como el Papa, a modo de agradecimiento, se le caía al suelo la pobre tabaquera del comerciante.

Adrian se dio cuenta de que Mihail, que sólo conocía a Stavros desde hacía dos días, lo sometía a una disimulada pero continua observación. Aprovechando un momento en que el vendedor de limonada no estaba, dijo Adrian en griego a su amigo:

—¡Qué cotorra!... ¡Cuánto ruido para no decir nada!

—Es un *ruido* que quiere ahogar algo, en alguna parte, no sé dónde... —susurró

Mihail—. En cualquier caso, ese hombre esconde algo.

•

Tras siete horas de camino, casi siempre al trote, hacia medianoche el carro entró —lento a causa del cansancio y bajo una lluvia fina— en un pueblo grande, donde no se podía distinguir nada aparte de una jauría de perros furiosos que atacaban rabiosos al caballo. Stavros los fustigó sin piedad con el látigo y se dirigió decidido hacia un corral. El caballo, debido a la oscuridad, golpeó la puerta con la cabeza y a punto estuvo de derribarla.

—¡Grigore! ¡Eh, Grigore! —gritó Stavros al tabernero desde el pescante. Y cuando, tras una larga espera, una sombra negra acudió a abrir, añadió jurando enfadado—: ¡Me cago en todos los Evangelios y en los santos del firmamento! ¡No querrás que haga buñuelos y limonada con agua de lluvia! ¡Venga, abre rápido, cornudo!

El aludido refunfuñó y cogió el caballo por el cabestro. Stavros le quitó el arnés y arrastró el carro bajo un cobertizo. Después, los tres viajeros y el posadero se encontraron en una de esas tascas rumanas, parecidas a la del tío Anghel, donde se come, se fuma, se dicen cosas buenas y malas, según quién, según la edad y según la calidad del vino.

Stavros fue breve esta vez.

—Comeremos bien, pero no nos alargaremos charlando. Hacemos un alto aquí hasta el amanecer, y después partimos. Lo más duro ya ha pasado. Mañana por la mañana, con la mente y el cuerpo descansados, ya tendremos ocasión de hablar mientras vayamos a lo largo del río viendo cómo sale el sol justo ante los ojos del caballo. Mañana tendremos buen tiempo.

Les trajeron una docena de huevos revueltos, tocino ahumado, queso ¡y un vino que resucitaba a un muerto!

Al brindar con Stavros, el posadero preguntó:

—¿Vas a la feria de Slobozia?

El otro asintió con la cabeza; el tabernero empezó a tomarle el pelo.

—¿Sigues haciendo la limonada con ácido cítrico en vez de limones y sacarina en lugar de azúcar?

Stavros lo miró a los ojos y siguió masticando.

—Y tú, cerdo, ¿sigues haciendo con alcohol rebajado y con agua de pozo el aguardiente con el que envenenas a los aldeanos y te llenas las faldriquetas? —respondió al cabo.

—Stavros, yo te vi comprar el azúcar y los limones —intervino Adrian, sorprendido—. ¿No eran para la limonada?

—¡No, querido mío, con eso engaño a los que tienen sed! —respondió él y añadió en griego—: ¡Ya ves una vez más que no soy honrado! Y esto no es nada, puedo ser

aún peor.

Mihail y Adrian intercambiaron una mirada cómplice y los ojos del primero respondieron a la mirada interrogante del segundo: «Aquí se esconde algo...».

Los tres se levantaron. El posadero cogió una caja de cerillas y una vela y los acompañó al desván del establo, que estaba a medio llenar de heno. Extendieron encima de las tablas una estera grande sobre la que se lanzaron los tres vestidos, con la barriga llena, un poco mareados por el vino y el cansancio.

—Si fumáis, tened cuidado con el fuego —les dijo el ventero al salir, llevando consigo las cerillas y la vela.

Cinco minutos más tarde, todos dormían.

•

¿Qué hora sería? Adrian no podía saberlo pero, en un determinado momento de la noche, sintió cómo una mano le toqueteaba la espalda y después la cara. Abrió un instante los ojos, pesados por el sueño, le costó recordar que no estaba en casa, sino en un granero, y se durmió enseguida. Pero he aquí que de nuevo aquella mano se paseó por su cara, y al mismo tiempo sintió un beso ardiente en su mejilla derecha. Esta vez Adrian despertó y empezó a pensar, petrificado. ¿Qué demonios era eso? Parpadeando en la oscuridad, recordó cómo se habían colocado antes de dormir: a su derecha, es decir, en el centro, Stavros; más allá de éste, Mihail. «¿Cómo? ¿Que Stavros me ha dado un beso? ¿Qué significa eso?», se dijo.

Una idea espeluznante le vino a la cabeza, tan espeluznante que la alejó diciéndose: «No... Seguramente lo he soñado... ¡No es posible!».

Pero unos minutos después sintió la mano de Stavros toqueteando unas cuantas veces su pecho. Espantado, le preguntó con voz ahogada:

—¿Estás buscando mi pitillera, Stavros?

En el silencio de la noche, la pregunta retumbó como en una bóveda. Jadeando, el vendedor de limonada le cogió del brazo y le susurró al oído, temblando de emoción:

—¡Cállate!

—Pero ¿qué pretendes? ¿No me has dado un beso antes? —insistió Adrian, cada vez más asustado.

—¡Calla! No grites —susurró el otro, apretándole el brazo.

Siguieron unos minutos de silencio y espanto, cuando, de repente, se oyó la voz completamente despierta de Mihail y, susurrando en turco, hizo una pregunta breve a Stavros. Éste pareció no querer responder, aunque después pronunció unas palabras. Mihail insistió con otra pregunta. Stavros dio una respuesta más larga. Y de nuevo le preguntó el primero, con mucha más vehemencia, a lo cual Stavros respondió secamente. Mihail quedó pensativo, calló durante un rato, pero he aquí que se incorporó sobre un codo y, dando la impresión de estar mirándole a Stavros a los ojos, le habló tranquilo sin preguntarle nada. El otro le respondió violentamente,

interrumpiéndole. Sucedió entonces algo que aterrorizó a Adrian.

Mihail —a quien Adrian no tenía por violento— se incorporó de un salto y gritó una frase estridente y breve. Stavros hizo el mismo movimiento y contestó con idéntico tono. A partir de ese momento, entre esos dos hombres que apenas se conocían, empezó un hostil intercambio de palabras. En una noche negra como la boca del lobo, las frases, las palabras, brotaban afiladas como estocadas en un asalto de esgrima. Adivinabas cómo se acercaban sus cabezas sin tocarse, cómo se fulminaban con la mirada, impotentes, cómo se agitaban sus brazos. En el corazón helado de Adrian, las vocales de la lengua turca resonaban como gemidos de oboe, y sus numerosas y ásperas consonantes batían como golpes de tambor.

Adrian comprendió la verdad. Comprendió igualmente que Mihail agarraba a Stavros como unas tenazas, y una profunda compasión por la desgracia de éste le inundó el pecho y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Hablad en griego! —pidió sollozando—. ¡Que no entiendo nada!

Esa explosión de dolor puso término a la disputa. Cayó un silencio pesado sobre las palabras de Adrian cuando éste preguntó:

—¡Stavros! ¿Por qué has hecho eso?

El interpelado se volvió hacia el joven y le respondió con voz ahogada:

—Amigo mío, porque no soy honrado. ¡Ya te lo dije!

Ya más tranquilo Mihail replicó:

—¡Esto es peor que la deshonra! ¡Es una *perversión*! Es una violencia ejercida contra un equilibrio en el que todo es armonía: *has pervertido* ese equilibrio. Y cometes el más horrible de los crímenes al querer propagar y extender este vicio. —Y añadió con decisión—: ¡Pide perdón a Adrian, que si no te dejo aquí con tus trastos y todo!

Stavros no respondió. Se lió un cigarrillo y cuando lo encendió, los dos amigos vieron de perfil un rostro irreconocible. La boca y la nariz se habían alargado, el bigote estaba erizado. Tenía una cara espectral. Con los ojos hundidos en las órbitas, no les miraba, no les hizo caso ni siquiera cuando éstos se liaron también un cigarrillo y lo encendieron.

Fuera, el ladrido de los perros y el canto de los gallos colmaban el aire y la noche.

•

—Sí —empezó Stavros mucho más tarde, cuando Mihail ya no esperaba oír una respuesta—. Sí, voy a pedirle perdón a Adrian... con sinceridad, pero sin humillarme. Y no inmediatamente, sino después de que me hayáis escuchado...

»Hablas, de ‘perversión’, ‘violencia’, ‘vicio’... Y crees que me haces morir de vergüenza. Eso a pesar de que os acabo de decir que no soy honrado. Y eso es lo peor, ya que por ello entiendo *hacer daño de forma consciente*. Pero ¿*perversión*?, ¿*violencia*? ¡Querido Mihail!... Esto sucede todos los días a nuestro alrededor y

nadie se escandaliza. Ha entrado en las leyes, en las costumbres; ha llegado a ser una norma de vida. Pero yo... yo he sido destrozado por esta vida perversa; todo en mi vida ha sido corrupción, violencia y vicio. He crecido al aliento de esas calamidades. Y, sin embargo, no sentía ninguna inclinación hacia ellas.

»No es agradable verte obligado a hablar en contra de tu voluntad, pero me aprovecho de que estemos hablando de noche, como en el imperio de los topos. Y no hablo para defenderme, ¡me da lo mismo!... Hablo porque quiero daros, yo, un hombre inmoral, a vosotros, moralistas, una lección de vida; sobre todo a ti, Mihail, que no lo sabes todo de la vida, como tal vez te imaginas.

»Soy un hombre inmoral y deshonesto. Por lo que a la deshonestidad respecta, yo mismo me acuso; en cuanto a la inmoralidad, tengo derecho a ser yo el juez. ¿Juez de quién? Lo vais a ver. Una circunstancia de mi vida os lo aclarará, y esta circunstancia es la historia de mi matrimonio. Escuchad:

Hacia 1867, poco después de la entrada del príncipe Carol en el principado, volvía también yo al país, pero no como un príncipe. Volvía destrozado por la pérdida romántica de mi hermana mayor y pervertido por la vida aventurera que había llevado al recorrer durante doce años Anatolia, Armenia y la Turquía europea. Es una lástima que no pueda empezar por contaros mi infancia, el triste destino de mi hermana y las circunstancias de mi perversión. Sería demasiado largo. Quizá lo haga algún día si es que queréis seguir siendo mis amigos, y si no queréis ¡me da igual!

Tenía, por entonces, unos veinticinco años, disponía de algo de dinero y conocía tres lenguas orientales, pero había olvidado casi por completo el rumano. Los amigos de mi infancia no me reconocieron, y eso me venía de maravilla: no quería ser reconocido por nada del mundo. Por otro lado, incluso mi documentación demostraba que era *raia* —súbdito turco—. Al hablar mal mi lengua, me tomaron directamente por extranjero.

¿Por qué volvía a mi país? Por nada y para algo importante. Por nada porque en el extranjero me sentía muy bien. Sin embargo, esa felicidad no era más que aparente. Llevaba una vida libre, errante pero viciosa. No conocía mujer más que como hermana y como madre: como esposa o amante me eran desconocidas. ¡Y qué deseo tenía de conocerlas! ¡Pero qué miedo me daba también acercarme a ellas! ¡He ahí algo que tú ignoras, Mihail!

¡Ay, cuánta injusticia hay en la vida! ¡A un lisiado sin un pie o sin un brazo nadie lo desprecia, a todos les da pena; pero la gente se echa a un lado, nadie siente piedad por un hombre con el alma lisiada! Y es precisamente a éste al que le falta un apoyo en la vida. A mí también me faltaba. Al volver a mi país, venía a pedir ayuda a aquellos que no eran unos desgraciados como yo, sino hombres con una vida sexual normal. Me la ofrecieron, pero tan sólo por un momento; y me la quitaron enseguida, vergonzosamente, para arrojarme de nuevo al vicio. He aquí cómo ocurrió.

A mi regreso, retomé mi antigua profesión de *salepgiu*^[5] y recorría los mercados y las ferias, pero fuera de Braila, por sus alrededores e incluso más lejos. En la ciudad nadie sabía a qué me dedicaba. El *salep* se lo compraba a escondidas a un turco, ante el cual me hacía pasar por un compatriota, dándole a entender sólo lo que yo quería. De esta manera trabajaba poco y ganaba bastante, contaba sobre todo con lo que había guardado en la faldriquera. Por aquel entonces empecé a hacer amigos.

Vestido como un *chiabur*^[6] y pagando a diestra y siniestra jarras de vino, di un día, en la calleja Calimereasca, con un buen vino y, al mismo tiempo, con lo que andaba buscando desde mi vuelta —hacía casi un año—: el vino era servido a veces por una hermosa tabernera, la hija del dueño. Y me convertí a la vez en fiel servidor de aquel vino extraordinario y en presa de las llamas que lanzaban los ojos negros de mi hechicera. Pero fui prudente: la casa era honrada y muy opulenta. Allí los extranjeros no eran bienvenidos aunque ellos los hubieran enriquecido.

Entonces, lo primero que hice fue conseguir papeles rumanos, un asunto fácil en el país de la santa Propina. De un día para otro, entierro a «Stavros, el vendedor de *salep*», y me convierto en el señor Isvoranu, «comerciante en cobre de Damasco». El nombre y el oficio agradan. Soy tratado con consideración y atención. En la casa no había madre. El padre era viejo, severo, y estaba enfermo de las piernas.

Después de haber ido a diario durante tres meses, me veo una tarde invitado a cenar en familia. Ahí conozco a una tía que hacía las veces de madre y que no quitaba ojo a la sobrina. Pero sobre todo me doy cuenta de que está bien mentir siempre sólo a medias. En la mesa se encontraban sus dos robustos hermanos, establecidos en Galatsi como comerciantes en alfombras y cobre de Damasco. Por suerte, yo conocía Damasco y su oficio mejor que ellos; había vendido a menudo alfombras y cobre tallado de aquel país.

Durante la comida hablo, narro anécdotas y escenas vividas en Anatolia e insisto sobre todo en los sufrimientos que esconden las alfombras y los cobres de Damasco, en cuya fabricación, completamente manual, se ve trabajar a niños de cinco años y viejos casi ciegos; los primeros, ganando unos céntimos al día, sin saber apenas lo que significa la infancia y entrando en la vida por la puerta de los suplicios; los otros, extenuados por el hambre, sin derecho al descanso ni a la tranquilidad de la vejez.

Mis historias interesan a la señorita y su tristeza le hace llorar; pero los demás tienen un corazón de piedra y no se quedan más que con la parte anecdótica. Eso me molesta tanto que estoy dispuesto a batirme en retirada; pero recuerdo a tiempo que yo no iba a esa casa para casarme con todo el mundo. La chica era de mi gusto, y sólo a ella la quería.

Con ella, la relación se limitaba a las bromas y las historias.

Dos meses después de esta primera cena, podía considerarme un miembro de la familia. En esa casa, en la que no entraba casi nadie, reinaba una atmósfera asfixiante, pero la única que se ahogaba de verdad era la maravillosa criatura a quien yo amaba. Iba cada tarde a pasar dos o tres horas junto a ella, a contarle historias, a

bromear y, a veces, a cantarle unos aires orientales, melodiosos y tristes. La tía y el padre estaban satisfechos, y la chica estaba encantada... Ella quería más y más...

El padre había echado de la tienda a todos los clientes bravucones, cuanto pudiera crear bullicio; y eran pocos aquellos que abrían todavía la puerta para pedirle de beber. Retirados en la habitación de atrás, la tía, que era el ama de casa, zurcía la ropa y vigilaba, a través de las cortinas de la puerta acristalada, la tienda débilmente iluminada. La joven bordaba o hacía bolillos, mientras el padre, tumbado en su cama con dosel, dormitaba, gemía de vez en cuando y me escuchaba. Era tonto de capirote. Sentado en un sofá a su lado, yo hilvanaba las historias que se ajustaban a mi plan, y él se lo tragaba todo.

Así, me resultó fácil encontrar su punto débil: necesitaba un hombre espabilado que siguiera con su negocio, y había visto en mí a ese hombre. Ya se sabe que el rumano no es buen comerciante: no es más que un esclavo de la tierra. Y como el viejo quería entregar a su hija a alguien competente en el negocio, y como, por otra parte, en aquel tiempo sólo los extranjeros eran capaces de hacer fácilmente negocios lucrativos, estaba satisfecho por haber dado con un compatriota que había recorrido el mundo, que sabía lenguas extranjeras y que estaba en condiciones de aconsejar incluso a sus dos hijos, tan tontos como su padre. Y es que al preguntarme cómo habían conseguido semejantes animales reunir una fortuna tal, descubrí que su difunta madre había sido una mujer de una habilidad comercial inigualable. La chica tenía su carácter, pero desde la muerte de la madre, la casa languidecía.

Mi aparición había traído aire fresco, pero cada uno de aquellos cinco seres lo respiraba a su manera. El viejo y sus dos hijos —que venían cada dos semanas a pasar el domingo en familia— se reían como idiotas y me abrumaban con sus preguntas sobre negocios, siempre sobre negocios. Para poner a prueba mi capacidad, el viejo no encontró nada más sutil que pedirme una vez una suma de dinero, y confiarme otra en otra ocasión. Nos entendimos en ambas circunstancias, y me dije que, con toda seguridad, la necedad y el dinero deben de ser hermanos gemelos. Así pues, aquellos tres no se diferenciaban mucho entre sí.

La vieja, hermana de la difunta, ni reía ni lloraba. En cambio, me tanteaba a menudo queriendo saber qué me traía entre manos. Durante un tiempo, soslayé las preguntas y ella empezó a sospechar. Después, seguro de la confianza de los tres tontorrones, le mostré claramente que mis negocios iban mal desde hacía unos dos años porque necesitaba un capital mayor. Y sobre este asunto no mentía más que a medias, ya que era verdad. Si hubiera dispuesto de una suma elevada, el mejor negocio en aquella época era el cobre extranjero. Mi respuesta cayó bien, puesto que nunca había dicho que fuera rico.

Pero la alegría de mi corazón era el amor de la bella Tincutsa. Ella era la única que me hizo perseverar y tener esperanza en aquella casa desesperanzada.

Hombre libre, que no apreciaba en absoluto el dinero, acostumbrado a respirar las grandes corrientes de la vida que agitan los miasmas de la naturaleza, no me

entretenía en aquella casa —donde todo estaba viciado por el egoísmo y la necesidad— más que por aquella que aspiraba, con todas sus fuerzas, a la libertad.

A menudo nos quedábamos casi solos. La tienda se cerraba con la caída de la noche. La tía iba a acostarse pues se levantaba muy de mañana. Y entonces, sentada junto a su padre —del que sólo sabías por sus gemidos cuándo dormía y cuándo estaba despierto— Tincutsa, inclinada sobre su bastidor, me decía con una mirada que me helaba la sangre:

—Señor Isvoranu, cuénteme algo, *algo* triste...

—¡No, triste no! ¡Que me aburre! —gritaba el padre.

—Bueno, entonces algo alegre —añadía ella, melancólica.

—Les voy a contar algo que gustará a todo el mundo —dije yo—. El año pasado me encontraba con mi mercancía en una feria por Ialomitsa. Ya saben que en una feria es prudente llevarse bien con toda la gente. Las amistades se hacen y se deshacen rápidamente, pero un comerciante se puede encontrar con otro más a menudo que un muerto con el cura que lo enterró...

—¡Mmm! ¡Cuánta sabiduría! —gruñó el viejo.

—Yo me atenía por tanto a esta línea de conducta cuando he aquí lo que un buen día me pasó. Conocía de tiempo atrás a un incondicional de las ferias que se llamaba Trandafir, un gitano que decía vender collares de abalorios, pero que de hecho andaba a la búsqueda de novatos para desplumarlos con ese juego de cartas llamado «¡Mira al cura, no está el cura!». En otras palabras, Trandafir era un ladronzuelo. Pero aquel ladronzuelo me interesaba. Venía con sus collares ensartados en el brazo y se apoyaba en mi mostrador, fumaba en pipa sin decir una palabra y escupía hasta que me daba asco y lo echaba de allí. Entonces se mezclaba con el gentío gritando: «¡Collares, collares!». Sin embargo, sus ojos escudriñaban las cabezas de los campesinos susceptibles de convertirse en clientes de su juego y el que caía en sus manos salía sin blanca. Queriendo hacerle ganarse la vida de una forma más honrada, le propuse una vez que cambiara de profesión.

—¿Qué? —me respondió—. ¿Quieres que sea tu socio?

—No —repose—, no puedo hacerte mi socio pero puedo convertirte en vendedor de *salep*. Se gana bien.

—¡Oh! —exclamó él—. ¡Se gana bien! Con tu *salep* no ganaré nunca lo suficiente para poder añadir, cada seis meses, una moneda de oro al collar de ducados imperiales de mi hermosa Miranda, y entonces, querido, ella se irá con otro porque, ya ves, ¡el amor es inconstante...!

Le di la razón: con el *salep* no sacas ducados de oro, mientras que con el «Mira al cura»... Pues eso, con «Mira al cura» ganó, el día del que estoy hablando, cinco ducados de oro en un abrir y cerrar de ojos. Pero he aquí que esta vez los ducados vinieron acompañados de una historia graciosa: el campesino que salió desplumado, un joven, no dejaba en paz a Trandafir y ambos, después de una enloquecida persecución por los campos, se presentaron ante mí para pedir mi opinión.

—Si no quiere devolverme el dinero, que me enseñe su oficio; sí, su oficio: voy a hacer yo lo mismo que él —decía el aldeano.

Trandafir se encogía de hombros.

—¡Este aldeano está loco, te juro que está loco! ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—¡No, chaval —decía el otro—, el dinero, o mi dinero o me enseñas tu oficio! ¡No es bueno ser honrado! ¡Voy a ser como tú!

—¡Pero tú tampoco eres más honrado que yo! —gritaba Trandafir—: Has querido quedarte con mi dinero; ¡he sido más astuto que tú y te he quitado el tuyo, eso es todo!

—Sí —convino el aldeano—, no he sido más honrado que tú, por ese motivo te dejo una moneda de oro, pero devuélveme las otras cuatro. Si no, me tiro al río Ialomitsa, y es una pena. Tengo una mujer joven y sola. Nos casamos por amor. Y esas cinco monedas de oro eran todas las joyas de su collar. Se las había cogido para comprar dos caballos y poder arar mi tierra...

—¿Cómo? —saltó Trandafir, como quemado por un hierro candente—. Animal, ¿eres capaz de coger las monedas de tu mujer para comprar caballos? ¡Ay! ¡No te mereces tener una mujer hermosa con un collar al cuello!

—¿Y qué voy a hacer? —se lamentaba el campesino.

—¿Que qué vas a hacer? —gritaba el gitano—. ¡Te vas a robar los caballos a treinta kilómetros de tu pueblo y dejas las monedas en el cuello de tu mujer! —Y volviéndose hacia mí, Trandafir preguntó—: ¿Has visto alguna vez un rumano más tonto que éste?

Dicho esto, se quedó pensativo fumando su pipa y escupiendo. El aldeano lloraba con la cabeza entre las manos. Y entonces, ¿qué vieron mis ojos? Trandafir se volvió hacia el joven, le dio un revés en las manos y rápido como el rayo le soltó dos bofetones.

—¿Por qué me pegas? —gritó el abofeteado.

—¡Porque eres tonto! No puedo soportar a los hombres que lloran —respondió el gitano haciendo girar sus ojos encendidos como el carbón, como si fuera el demonio—. Ahora coge tus cinco monedas de oro y lárgate, pero por la noche te colocas a tiro de piedra del pueblo, en el camino principal: al amanecer te llevaré esos dos caballos y te daré otros dos bofetones, para que te entre en la cabeza que nunca más deberás tocar el collar de una mujer hermosa excepto para añadir monedas nuevas.

Seis meses después de este suceso, me encuentro a Trandafir camino de Nazaru. Iba a caballo. Yo, en carro. Al cruzarnos, le pregunté:

—¿Cumpliste tu palabra, Trandafir?

—Sí —repuso—. Le di los dos caballos pero también los dos bofetones.

•

Mientras lo contaba, el padre se había quedado dormido pero Tincutsa estaba más

emocionada que nunca. Por primera vez en mi vida me encontraba solo ante una chica guapa que me miraba con ojos llenos de amor, húmedos y brillantes. Inclinandose hacia mí, me cogió la mano y me dijo con una voz más melodiosa que el sonido de un violín:

—Dígame^[7], señor Isvoranu, ¿sería capaz de amar como el gitano Trandafir?

No podría decirlo si su mano me quemó o me heló, pero sé que se apoderó de mí un espanto terrible, la cabeza me daba vueltas como si me hubiera caído de un tejado y, sin decir una palabra, cogí mi sombrero y me fui.

Ella se lo tomó como una de mis bromas y rió mucho cuando me vio al día siguiente. Pero yo estaba desesperado: el miedo a estar a solas con una mujer era más fuerte que nunca. Toda mi esperanza de poder salvarme gracias a una intimidad de varios meses se había esfumado: me descubrí para siempre como un hombre con el alma lisiada.

A pesar de todo, como se hace con los caballos que se asustan del fuego, me empeñé en creer que pasándome la llama bajo la nariz dejaría finalmente de temerlo. Y ¿quién sabe? ¿Qué conocemos de la naturaleza humana? ¡Menos que los animales! Quizá si hubiera tenido una tregua para controlarme, para domesticar mis sentidos descarriados, mis instintos salvajes, habría conseguido el equilibrio que me faltaba. Pero para ello habría necesitado de la buena voluntad de la gente y de la ayuda de las circunstancias. Ni una ni otra quiso salvar a un hombre. Las circunstancias hicieron de mí un hombre pobre, al tiempo que la gente no veía en mí más que lo que su egoísmo le pedía. ¿El resultado? Nos rompimos la cabeza contra un muro pero, de entre todos, el más infeliz fui yo.

No habría querido pedir la mano de Tincutsa antes de estar seguro de que empezaban a remitir mis inclinaciones pero se me adelantó otro pretendiente que puso mi situación en peligro. La chica gritaba que no quería casarse más que conmigo. El padre me preguntó entonces qué intenciones tenía.

¡Qué intenciones! ¡Ay de mí! ¡La sola idea de casarme me arrojaba a las penas del infierno! No pude responderle nada. Me mostré titubeante, agobiado. Tincutsa, herida en su orgullo, lloraba, y sus lágrimas me partían el corazón. El viejo achacó mi vacilación al hecho de que yo «no era un hombre rico» y me consoló diciendo:

—¡Un buen día serás también rico si trabajas aquí!

¿Habéis oído? Creían que lo que yo buscaba en su casa era la fortuna. Y así fui acercándome al abismo, iba derecho a él: pedí la mano de Tincutsa. La chiquilla saltó de alegría, la casa despertó de su sopor pero yo... yo me sentía perdido. Los días que siguieron a la pedida en matrimonio se parecían a los últimos minutos de un condenado a muerte. Tincutsa estaba encantada.

—¿Es la emoción lo que te perturba tanto? —me preguntó un día— ¡Qué feliz soy!

¡Pobre chica!

Para darme ánimo, yo bromeaba de la mañana a la noche, pero se notaba que no

era como antes, y la tarde del compromiso a punto estuve de perder el conocimiento. Los parientes se quedaron muy desconcertados y, al igual que mi prometida, achacaron mi confusión a la emoción. Me pedían que hablara, que contara cosas. Escarbaba en mi cerebro y no encontraba nada. Pero el cura que nos había cambiado los anillos, después de pronunciar sus oraciones, me ofreció un motivo para bromear.

Estaban hablando sobre el trabajo en el campo, y el cura se quejaba de que los trabajadores le tomaban el pelo, que trabajaban demasiado despacio. Para introducir mi anécdota, dije:

—Si quiere que trabajen más rápido, sólo hay una forma, padre.

—¿Cuál, hijo?

—¡Jurar, jurar como un carretero!

—¡Ah!, nosotros, los curas, no podemos jurar, es pecado.

—Sí, es pecado, por supuesto —reconocí—, pero el arzobispo de Bucarest ha dado permiso para hacerlo en cualquier circunstancia en que no se pueda actuar sin jurar.

El cura puso cara de incredulidad, pero los asistentes gritaban:

—¿Cómo? ¡Dinos cómo! ¡Cuéntanos!

—Pues bien, fue así: un día el arzobispo de Bucarest tenía que ir a una ciudad para tomar parte en una ceremonia oficial. Se le llevó la mejor diligencia y su santidad subió. Pero el carretero estaba muy descontento a pesar de la sustanciosa propina que le esperaba y el motivo era que, como todos sabemos, un carretero no puede arrear los caballos sin jurar. Para él, hacer restallar el látigo sobre sus cabezas y echar pestes es más necesario que la propina. El carretero del arzobispo hacía honor a su nombre pero, temiendo la ira del prelado, el pobre hombre se mordió los labios y arreó los caballos como pudo durante dos o tres horas de camino. Sin embargo, al llegar a un vado se detuvo bruscamente. Rojo de ira como un cangrejo, soltó las riendas de los cuatro caballos y esperó, decidido a conseguir a cualquier precio su derecho. Al arzobispo se le acabó la paciencia y, al cabo de un rato, sacando la cabeza por la ventanilla de la diligencia preguntó al carretero por qué se había detenido. El carretero se quitó la gorra y respondió con humildad:

—Mire usted, santidad, los caballos están acostumbrados a los juramentos del carretero, y como yo no puedo jurar porque su santidad está presente, ellos ya no me reconocen y no quieren pasar el vado.

—¡Hijo, grítales: arre, arre, caballitos buenos!... —le aconsejó el arzobispo.

El astuto carretero dijo con la boca pequeña:

—¡Arre, arre, caballitos buenos!...

Pero los caballos no se movieron.

—¿Y no hay otra manera, aparte de los juramentos, de conseguir que se muevan?
—preguntó su santidad, perdiendo la paciencia.

—No. Como le he dicho, padre, ¡los caballos no se mueven más que con avena y juramentos!...

—¡Está bien —respondió el arzobispo—, jura, y te absolveré del pecado!

El carretero se puso en pie, cogió las riendas, hizo restallar su interminable látigo y gritó con una voz capaz de asustar a los muertos:

—¡Ea! ¡Ea!... ¡Me cagüen las sandalias de la Virgen! ¡Ea! ¡Ea!... ¡La madre que os parió!... Por los catorce Evangelios y los sesenta sacramentos... Ea, que les den por culo a los doce apóstoles y a los cuarenta mártires y a todos los santos del firmamento... Arre... arre... caballitos buenos, ¡la madre que os parió!

La diligencia cruzó el vado volando como una golondrina. En la otra orilla, el arzobispo volvió a sacar la cabeza y dijo al carretero, que lo miraba triunfante:

—Es extraordinario cómo has adiestrado a tus caballos, pero no sabes mucho de doctrina cristiana: no son catorce Evangelios, sino cuatro, y no son sesenta sacramentos, sino tan sólo siete.

—Tiene razón, padre, eso también lo sé yo; pero mire, cuatro y siete son números demasiado cortos como para poder jurar desde las tripas. ¡Así que nosotros, los carreteros, hacemos lo que podemos para adaptar los asuntos religiosos a la profesión!

Esta anécdota, por las risas que provocó, puso al cura en apuros y yo me sentí más animado. Tincutsa estaba encantada y orgullosa de mí.

¡Ay! ¿Por qué no acabó todo ahí? ¿O por qué no me decidí a huir antes del drama? Porque el drama, largo, incompleto, llegó tres semanas después, tres semanas de un sufrimiento extraordinario e increíble, en las que cada beso de mi novia me parecía un estímulo para salir huyendo, para cometer una locura. Este drama empezó con la boda.

Llegué entonces a la terrible infamia que me destrozó la vida y la de la inocente Tincutsa; llegué, querido Mihail, a la *perversión*, a la *violencia*, al *vicio* del que hablabas, a todas las canalladas que las bestias de dos patas tienen a modo de costumbre, de tradición, envenenando la vida y atormentando a inocentes. Porque, al igual que mi prometida era pura, yo mismo era inocente, una víctima del vicio que sufría.

Quizá tú no sepas, Mihail, de qué se trata. Tú no sabes que entre nosotros, en la noche de bodas, las mujeres de la familia, e incluso las de fuera, irrumpen en la habitación de los recién casados unas horas después de que éstos se hayan acostado, los echan y husmean en su cama para encontrar la prueba incontestable de la virginidad de la novia, prueba que después se muestra triunfalmente a los invitados que están celebrando la fiesta en la habitación de al lado. He llegado a ver cosas incluso peores: he visto una bandera de ésas llevada en lo alto de una pértiga por el camino de Petroi a Cazasu, en medio de una muchedumbre de mujeres histéricas que aullaban en torno al asqueroso trofeo. Acompañadas por un gitano que rasgaba su violín, iban, un lunes al amanecer, a llevar el «aguardiente rojo» a la feliz madre de la infeliz novia.

¿Conoces tú, Mihail, algo más bárbaro y más soez? ¿Acaso hay en el mundo una perversión o una perversidad, una violación o una violencia, un vicio o un sadismo que sean más inhumanos, más crueles, más inimaginables que esta alegría, que este espectáculo, que esta costumbre ofensiva y vergonzante?

Yo ya lo sabía, conocía todo eso antes de que llegara el día de la boda. No sólo me había repugnado desde siempre, sino que entonces, en aquella hora peligrosa, cuando mis sentidos me traicionaban tan dolorosamente, era para mí cuestión de vida o muerte mandar aquella maldita mascarada al diablo.

Llamé al padre y a la tía y hablé con ellos. El viejo, aunque apreciaba esa costumbre asquerosa, no se mostró demasiado testarudo, pero la vieja insistía tozudamente en respetarla, ya que era una tradición del pueblo y un escudo del honor.

Las cosas quedaron así y una hermosa tarde la boda se puso en marcha hacia la iglesia con la pompa habitual: todo el mundo iba a pie, excepto los dos jinetes que abrían el camino; después venía un hombre que llevaba dos enormes velas de Moscú, colocadas sobre una bandeja de plata tallada con incrustaciones de oro; luego seguían los invitados. Al salir de la iglesia, los jinetes se adelantaron y descargaron sus pistolas, ondeando al viento unos paños largos atados al brazo y haciendo cabriolas con sus caballos, que tenían las crines adornadas con lazos e hilo de plata. En la bandeja, en lugar de las velas, estaban ahora el pan y la sal tradicionales. Inmediatamente después iba yo, que apenas podía arrastrarme, temblando de miedo y de desesperación, con una vela en la mano y con Tincutsa del brazo. Ella estaba feliz bajo los atavíos que la cubrían por entero. Detrás de nosotros, todo el cortejo, ensordecido por una docena de músicos que tocaban cuatro instrumentos: violín, laúd, clarinete y trompeta. Por el camino, las mujeres que venían de la fuente arrojaban el agua de sus cántaros al paso de la comitiva como deseo de prosperidad.

Y por la noche sonó para mí la hora fatídica. A la mesa había unos veinte invitados, incluida la familia. Los vítores de la boda desencadenaron una alegría desbordante y tuve que estar a su altura y responder con bromas a las bromas de los comensales. Uno de éstos, un poco achispado por el vino, tuvo el mal gusto de contar cómo una vez, en su pueblo, al descubrir el marido que la joven novia había pecado, le dio una paliza en la misma noche de bodas; a la mañana siguiente, la metió en un carro, la sentó de espaldas a los bueyes y de cara a la parte trasera del carro, donde había colgado en la punta de un palo una cazuela de barro con el culo roto que se balanceaba al andar. Con ese séquito la mandó a casa de los horrorizados padres.

Miré a Tincutsa: lo escuchaba tranquila, segura de su inocencia. Pero yo, espantado, grité que lo que sucede entre marido y mujer no atañe más que a ellos.

—Enseguida veremos nosotros si eso atañe sólo a ellos —respondieron algunos íntimos.

Finalmente, ese «enseguida» llegó rápido, ya que en cuanto dieron las doce de la noche, me di cuenta de que unas bolitas de miga de pan empezaron a volar hacia mí desde todas partes y a chocar contra mi cara. A las bolitas siguieron trozos de pan y,

unos minutos después, rebanadas enteras.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté.

—¡Significa que tienes que levantarte y saldar tu deuda! —me gritó la madrina.

Os juro, amigos, que no entendía nada, pero lo entendí cuando el padrino me llevó a un aparte y me dijo de qué deuda se trataba. Mientras hablaba, la madrina y la tía acicalaban a Tincutsa en la habitación nupcial que nos habían preparado; después vinieron a besarme y lo mismo hizo el padre, tras lo cual, sin más preámbulos, me abrieron la puerta, me empujaron dentro y la cerraron a mis espaldas.

Recuerdo vagamente que, en aquel momento, uno de los más trágicos de mi vida, vi la hermosísima cabeza de Tincutsa sobre la blancura de la almohada y su pelo negro suelto y extendido. Eso fue todo lo que sucedió aquella noche. ¡Caí desmayado en medio de la habitación!

Deliré durante veinticuatro horas sacudido por la fiebre y yací enfermo durante dos semanas. No sé qué dije mientras estuve inconsciente, pero recuerdo que fueron pocos los que me visitaron. Una vez repuesto, desperté de repente en un mundo de enemigos. Mi suegro y la tía de Tincutsa vinieron a pedirme cuentas por haber humillado su casa. Por el momento me salvé alegando que había sido «hechizado». No tuvieron ni una pizca de compasión por mi persona y me odiaron aún más.

A partir de ese instante y durante diez meses, el odio y la enemistad se abatieron sobre mí. Me mantuvieron apartado de cualquier negocio, no querían darme trabajo, guardaban el dinero siempre bajo llave como si fuera un ladrón. Con lo que tenía no podía emprender nada, excepto hacerme de nuevo *salepgiu*, porque había gastado casi todos mis ahorros en regalos de boda. Y comenzó entonces una vida horrible que aún hoy me produce escalofríos.

•

No puedo contároslo en detalle, me resulta demasiado penoso.

Encerrado en aquella maldita casa, no me atrevía a poner un pie en la calle más que raramente, y sólo por la noche. No me daban permiso ni para bajar a la tienda. Nadie venía a verme... No tenía familia ni amigos... Nada que hacer... Todo lo que decía, todo lo que proponía estaba mal. En las comidas parecía que me hallaba entre sordomudos. Y yo, en zapatillas y camisa, deambulaba por las habitaciones, como un zángano, como un ridículo, como una especie de jubilado.

Los dos cuñados venían ahora todos los domingos. Les pedí que me llevaran a Galatsi, a su negocio, del que entendía bastante. Me hablaron de divorcio. Diréis, con toda la razón, que habría sido la solución más inteligente. En absoluto.

Desde la boda, mi esposa había roto con su familia. Toda su vida había echado raíces en la mía, en aquella vida miserable y arruinada. Sin lágrimas y sin amargura, ella había aceptado la desgracia con un valor inesperado. Creía sinceramente que debía de estar «hechizado» por alguna bruja y rezaba ardientemente a Dios

misericordioso para que venciera al diablo y curara a su esposo, al que amaba con todos sus defectos.

Encerrados los dos en la habitación, pasábamos los días en conversaciones íntimas, interminables, con un amor sin igual. Le pedía perdón... Ella me respondía que no era culpable de nada. Ay, ¿cómo voy a olvidar a esa criatura, la única que me ha entendido y que ha sentido compasión de mí? Y quién sabe si, de no haber existido aquel odio que nos envenenaba, no habría llegado a ser el esposo y el hombre normal al que aspiraba con todas mis fuerzas. Ya no era tan tímido como al principio, no tenía tanto miedo de mi esposa, había desaparecido también el pavor que me helaba la sangre cuando se acercaba. Experimentaba incluso momentos de suave deseo, ligeros despertares, pequeños impulsos sensuales me hormigueaban por el cuerpo y me hacían sonrojarme cuando ella me tomaba en sus brazos, me acariciaba y me declaraba su amor.

Pero lo que construye el amor con dificultad, lo destruye el odio en un momento, y eso no se lo perdonaré nunca a la gente. Cada mañana, en cuanto salía de nuestra habitación, los dos búhos de nuestra desgracia se abalanzaban sobre la pobre chica para preguntarle si «había pasado» algo. Y como ella no quería hablar, aquellos malditos agoreros le aconsejaban que se separara de mí y la atormentaban hasta la desesperación.

Aquel martilleo y la destrucción sistemática de lo poco que la naturaleza intentaba reconstruir duraron diez meses. Nos ahogábamos. Los dos verdugos de Galatsi se hicieron más agresivos, me insultaron y exigieron que convenciera a mi mujer para que se separara. Resultaba imposible resistir. Acurrucados el uno junto al otro, nos negábamos a veces a bajar a comer; pasábamos días enteros comiendo una sola vez. Después, de repente, se me ocurrió la idea de huir.

Ella me preguntó si podría ganarme la vida con el poco dinero que me quedaba y, ante mi respuesta entusiasta sobre el futuro libre y lleno de amor que sería capaz de crearle lejos de aquella desgraciada casa, se le humedecieron los ojos. Abrazados como dos hermanos perdidos en un mundo hostil, con la cara y las ropas empapadas de lágrimas, vivimos así las horas de la felicidad más pura que puedan saborearse en este mundo.

Pero ésas fueron las últimas horas destinadas a vivir juntos. La inmensa ola del odio humano se acercaba.

Estábamos a finales de febrero. Habíamos preparado bien nuestro plan: esperar un mes más y, hacia finales de marzo, huir en un velero rumbo a Estambul.

Sin embargo, de unos días a esa parte, habíamos notado un cambio extraño en el comportamiento de nuestros dos tiranos: habían dejado de repente de venir por la mañana a donde mi esposa, ya no la aterrorizaban y, respecto a mí, una noche el viejo me dijo que podía salir de casa y volver cuando quisiera. ¡Me quedé boquiabierto! Fui corriendo a donde Tincutsa, pero ella estalló en sollozos:

—¡Creo que nos espera una desgracia! —me dijo—. Tengo pesadillas: te veo por

la noche rodeado de niños que lloran y me veo a mí engalanada con oro y piedras preciosas... Es malo, peor que malo. ¡No salgas! ¡Quién sabe lo que puede pasarte!... Sufrimos esta cárcel desde hace diez meses. ¡Aguantemos unas semanas más!...

Ante estas palabras, sentí una puñalada en el corazón y empecé a temblar. Pero, queridos amigos, el destino del hombre está escrito de antemano.

Al día siguiente, amaneció una mañana brillante de invierno, tranquila. La nieve, de unos tres palmos de grosor, cubría la tierra con una mortaja inmaculada, y las campanillas de los trineos llenaban el aire con su tintineo nostálgico. Estaba junto a la ventana y me parecía que las paredes se me caían encima. ¡Me sentía enloquecer! Una fuerza incontrolable me llamaba afuera, al movimiento, a la vida, al impetuoso misterio de la existencia libre que hacía casi un año que no conocía. ¡Me arrojé a los pies de mi esposa y le dije que me dejara salir una hora, media hora, cinco minutos, salir de aquellas paredes, de aquellos techos, de aquella miseria!

Ella se apiadó de mí y me dio permiso, aconsejándome que cogiera el cuchillo y las dos pistolas; insistió en que no permitiera que nadie se me acercara. Besé sus zapatillas, me puse el chaquetón de piel y la gorra de astracán y bajé a la tienda.

¡Ay, esa salida fue mi ruina y la de la pobre Tincutsa! Fue nuestra perdición, pero no enseguida, porque aquella mañana no me pasó nada, ni tampoco en el paseo de la tarde ni en el del día siguiente. Pero probablemente, al pasar por la tienda, fui reconocido por el ojo traidor que el viejo habría escondido detrás de alguna puerta ¡y que me desenmascaró!

En la tarde de aquel último domingo que viví en esa casa, tras volver con los ojos llenos de la grandeza del Danubio —que arrastraba hacia el mar enormes bloques de hielo—, besé por última vez a mi mujer, a aquella que durante diez meses fue la más tierna de las esposas y la más pura de las doncellas.

Estaba tranquilo... Pero al bajar a cenar, una angustia trágica entristecía nuestras caras y apenas aguantábamos las lágrimas. Hacia el final de la comida, ella preguntó:

—¿Por qué no han venido mis hermanos?

—Vendrán enseguida —respondió su padre.

Encendimos los narguiles y tomamos café turco. Fuera, la noche era silenciosa...

Era tarde. De repente, al observar una mirada llena de complicidad entre el viejo y la tía, Tincutsa estalló en sollozos.

En aquel momento la puerta crujió y aparecieron los dos hermanos, sombríos como unos verdugos, trayendo consigo a un hombre ante el cual empalidecí.

Era un griego que había sido en otros tiempos amigo mío y que ahora venía como delator y asesino.

De pie los tres ante la puerta, que dejaron abierta, su primera palabra a modo de buenas noches fue la del traidor. Alargando el brazo y señalándome, dijo en rumano:

—¿Éste es vuestro señor Isvoranu? Claro que está «hechizado»: éste es Stavros, vendedor de *salep* y maricón.

Ante esta última palabra que llamaba por su nombre a mi vicio que era también el

suyo, Tincutsa dio un grito y se desplomó, mientras yo...

Apresado por la crueldad y la sed de venganza de mis cuñados, fui arrastrado a la tienda, me pisotearon, me golpearon en la cabeza, en la cara, en el pecho, hasta que perdí el sentido. Después...

Después me desperté fuera, en medio de la nieve, ante la puerta cerrada de un patio que daba a un callejón sin salida. Estaba helado... Las piernas, las manos, la cabeza, el pecho, en carne viva. Y como ropa de invierno, me encontraba en camisa y con la cabeza descubierta.

Hice acopio de todas mis fuerzas y fui a pedir refugio a donde el turco que antes me vendía lo necesario para el *salep*. Me recibió cristianamente y me trató como un hermano.

Al cabo de cuatro días, este hombre de bien, sin saber con quién estaba hablando, trajo a mi lecho de dolor la noticia que corría por la ciudad: unos lipovenos^[8] habían pescado el cuerpo de Tincutsa en la orilla izquierda del Danubio...

Desde entonces han pasado ya treinta y cinco años, y cada año, ese día fatal, voy a la orilla del Danubio, que arrastra perezosamente sus bloques de hielo, para pedir perdón a Tincutsa por la humillación que le causé.

Y a ti también, Adrian, te pido perdón por la humillación que te he causado.

•

De camino a Slobozia, entre dos campos de cebada, el carro de los tres hombres avanzaba al trote. Ante los ojos del caballo, que resollaba en el frescor de la mañana, brillaba el lucero desde la cúpula púrpura del amanecer.

Una alondra salió de un sembrado y se elevó hacia lo alto. Stavros la siguió con la mirada hasta que la vio caer como una piedra. Con los ojos fijos allí donde la había visto desaparecer, cantó en esa lengua universal que conocen todos los hombres sin patria y con esa melodía que no puede escribirse sobre papel:

Si fuera una alondra,
atravesaría como ella el azul del cielo;
pero no bajaría a la tierra,
donde los hombres siembran trigo,
donde los hombres siegan trigo,
donde se siembra y se siega sin saber por qué...

II

Kyra Kyralina

En el bosque en el que el carro de los tres feriantes se había detenido para comer, Stavros se hacía de rogar por sus compañeros, los cuales le pedían, desde hacía una hora, que les contara su infancia y la de su hermana, evocadas por él al comienzo de su historia en el granero. No le faltaban ganas de hacerlo, puesto que su ánimo estaba ahora dispuesto a evocar aquel lejano recuerdo, pero así sucede cuando quieres abrir las oxidadas compuertas que impiden el paso de las aguas del pasado: te gusta resistirte.

Tumbados sobre la mullida hierba del soto, fumaban en silencio mientras el caballo pastaba y resollaba, paseándose con pasos menudos a su alrededor. Stavros se levantó, recogió algunas ramas secas y encendió el fuego; cuando la brasa estuvo lista, buscó en el carro los cacharros para preparar café, hirvió agua y puso en el *ibric* de latón el azúcar y el café necesarios. Después, con la habilidad propia de un especialista, vertió el líquido espumoso y aromático en tres tazas, se sentó a la turca y comenzó:

No recuerdo ni la fecha ni la edad exacta que tenía yo en aquel momento. Pero sé que el suceso más cercano que siguió al drama que os voy a contar fue la guerra de Crimea.

Siendo niño, recuerdo la crueldad de un padre que zurraba a mi madre todos los días sin que yo entendiera por qué. Mamá faltaba de casa a menudo, volvía y la golpeaba otra vez, antes de salir y después de llegar. No sé si la maltrataba para obligarla a irse o bien para retenerla, ni si a la vuelta la paliza era a causa de su ausencia o debido a que había regresado.

También recuerdo que, en aquella época confusa, junto a mi padre se encontraba siempre mi hermano mayor, tan cruel como él, y que junto a mi madre lloriqueaba mi hermana Kyra, cuatro años mayor que yo y hacia la cual me sentía atraído.

Poco a poco la niebla se disipa, crezco y empiezo a entender. Y entendí cosas raras... Yo tendría ocho o nueve años; mi hermana, entre doce o trece, y era tan hermosa que me pasaba el día a su lado para contemplarla de pies a cabeza. Se acicalaba desde la mañana hasta la noche, y mi madre hacía lo mismo, ya que era tan guapa como ella. Las dos ante el espejo se atusaban las pestañas con polvo de resina mojado en aceite, la cejas con un carboncillo de madera de albahaca, pero los labios, las mejillas y las uñas se los pintaban de rojo carmín. Y cuando terminaban esta larga operación, se besaban, se decían palabras cariñosas y empezaban a arreglarme a mí

también. Después, cogidos los tres de la mano, bailábamos según la moda turca o griega y nos abrazábamos. Formábamos así una familia peculiar.

En esa época, mi padre y su hijo mayor ya no venían a casa todas las noches. Eran ambos fabricantes de carros, los mejores artesanos y los más solicitados de toda la región; su taller se hallaba en la parte opuesta de la ciudad, en el barrio de Karakioi, mientras que nosotros vivíamos en la Ciudadela. Entre nosotros y ellos se extendía toda la ciudad. La casa de Karakioi era la de mi padre. Tenía allí dos trabajadores y dos aprendices, a los que daba comida y alojamiento. Tenía también una vieja criada que se ocupaba de las labores de casa. Eran siete. Nosotros nunca íbamos y yo apenas conocía el taller de mi padre, que me espantaba. En la Ciudadela estábamos en la casa de mi madre. Nada nos preocupaba, nos divertíamos todo el tiempo. En invierno bebíamos té, en verano zumos, y durante todo el año comíamos *baclava*, pasteles de hojaldre, bebíamos café, fumábamos narguiles, nos arreglábamos y bailábamos. Era una vida hermosa...

Sí, era una vida hermosa, excepto los días en que mi padre o su hijo, o los dos a la vez, irrumpían en medio de la fiesta y molían a palos a mi madre, la emprendían a puñetazos con Kyra y me daban bastonazos en la cabeza, puesto que ahora yo también estaba de su parte. Como hablábamos habitualmente en turco, llamaban a las mujeres *paciauri*, y a mí *chiciuc pezevenghi*^[9]. Las pobres desgraciadas se lanzaban a los pies de los esbirros, se abrazaban a sus rodillas y les rogaban que se apiadaran de su rostro.

—¡Las mejillas no! —gritaban ellas—. ¡En nombre de Dios y de la Santísima Virgen, no nos golpeéis en la cara! ¡No nos toquéis los ojos! ¡Perdonadnos!

¡Ah! ¡La cara, los ojos, la belleza de aquellas dos mujeres! ¡No había otra que las aventajara! Tenían un cabello de oro, largo hasta el tobillo, la piel del rostro blanca; las cejas, las pestañas y los ojos negros como el ébano, ya que en el tronco rumano, por parte de mi madre, se habían injertado tres razas diferentes, turca, rusa y griega, según los ocupantes que habían dominado el país en el pasado.

Mi madre tuvo a su primer hijo a los dieciséis años, pero, cuando yo abrí los ojos, nadie habría creído que era madre de tres hijos. Y esa mujer, que estaba hecha para ser acariciada y mimada, era vapuleada sin piedad. Sin embargo, si mi padre no la colmaba de caricias, sus amantes la compensaban suficientemente y nunca supe si al principio la golpeó porque había engañado a su marido, o si lo había engañado porque le había pegado. En cualquier caso, el jaleo en nuestra casa no cesaba nunca, ya que alternaban los gritos de alegría con los gritos de dolor; y en cuanto acababa la paliza, estallaban las risotadas en las caras mojadas por las lágrimas.

Yo montaba guardia comiendo pasteles, mientras los *cortezanos*, con un comportamiento por otra parte educado, sentados a la turca por las alfombras, cantaban y animaban a las mujeres a bailar danzas orientales al son de la guitarra, acompañadas de castañuelas y tambores. Mamá y Kyra, vestidas de seda y asaeteadas

por su deseo, bailaban la danza del velo, giraban cimbreados, se mareaban. Después, con el rostro acalorado, se recostaban sobre unos enormes cojines, escondían los pies bajo sus largos vestidos y se daban aire. Se bebían finos licores y se quemaban esencias aromáticas. Los hombres eran jóvenes y atractivos. Siempre morenos, de pelo negro, tenían un porte elegante, los bigotes recortados, las barbas bien cuidadas, y el pelo, liso o rizado, despedía un fuerte olor a aceite de almendras perfumado con almizcle. Eran turcos, griegos y a veces rumanos, ya que la nacionalidad carecía aquí de toda importancia a condición de que todos los cortesanos fueran jóvenes y guapos, delicados, discretos y no tuvieran prisa.

Mi situación era muy ingrata. Hasta hoy no le he contado a nadie mis sufrimientos de aquella época. Mi misión era vigilar sentado en el borde de la ventana, y prevenir cualquier sorpresa. Eso me gustaba mucho, puesto que yo odiaba a muerte a los de Karakioi, que nos pegaban. Pero en mi pecho había una lucha entre el deber y los celos.

Era celoso, extremadamente celoso.

La casa estaba situada al fondo de un vasto jardín rodeado de muros. Algunas ventanas daban hacia ese jardín, pero otras, las de atrás, estaban suspendidas sobre la explanada que dominaba el puerto. No se podía penetrar en la casa sino por la única entrada de la fachada principal, pero para huir, ¡ay!, los invitados hacían pocos melindres y si la ladera hacia la explanada pudiera hablar, ¡a cuántos hombres no viera ella intentando escapar por allí!

Encaramado al marco de la ventana, permanecía con los ojos fijos sobre el farol que iluminaba, durante toda la noche, el portón, al tiempo que mi oído estaba atento al ruido de los cerrojos oxidados.

Pero quería asistir igualmente a lo que sucedía dentro. Mamá y Kyra estaban hermosas como para volverte loco. El vestido ceñía su cintura como si la hubieran hecho pasar por un anillo. Los pechos, redondos como dos meloncitos. La abundante melena suelta por la espalda y los hombros desnudos. La frente rodeada por una cinta roja y las pestañas largas, centelleando diabólicamente como para atizar las llamas de los ojos encendidos por la pasión.

A menudo, en su intento desesperado por gustar a las mujeres, los hombres llegaban a ser ridículos con su imprudente palabrería. Así, una noche, uno de ellos, queriendo halagar a mamá, dijo: «La gallina vieja hace buen caldo». La pobre mujer, ofendida, le tiró el abanico a la cabeza y empezó a llorar. Otro invitado se levantó furioso, le dirigió un gesto retador con la mano y le escupió a la cara. Se enzarzaron en una pelea, pusieron la casa patas arriba, tiraron los narguiles. Nos hicieron llorar de la risa. Para hacer las paces, mamá besó a ambos.

Pero esos besos, esos abrazos, eran una de sus formas de recompensar cualquier mérito. Por una bella voz, por un comentario gracioso, un juego divertido, ella daba unos besos, y lo mismo hacía cuando tenía que alegrar a alguien enfurruñado, borrar

la huella de un comentario inapropiado, calmar a un fanfarrón demasiado celoso o recompensar el despiste de un tonto.

Kyra, por otro lado, brillaba a su manera. Muy desarrollada físicamente desde los catorce años, parecía dos años mayor. Alocada, refinada, con la naricilla ligeramente arqueada, con la barbilla afilada, con dos hoyuelos en los que el dios del amor había dejado caer dos pequeños lunares casi simétricos, Kyra irritaba con sus juegos, sus ironías y sus bromas tanto a sus enamorados como a mí. Ellos se quejaban de que no podían conseguir más, y yo consideraba que era demasiado generosa. Para no ofender a nadie, llamábamos *musafiri*^[10] a los cortejadores que venían a nuestra casa. Y a cada cosa que decía, los invitados le besaban la mano y las sandalias. Ella les tiraba de la nariz y de la barba, echaba zumo en las brasas que ardían en los depósitos de los narguiles, les daba a beber de su vaso y a continuación, para humillarlos, rompía el vaso, pero volvía un minuto después para rozar con la punta de su cabello los labios del ofendido.

Todo esto me enfurecía, puesto que amaba a Kyra más que a mi madre. La adoraba, y no soportaba ninguna caricia que viniera de otro que no fuera yo.

Recuerdo que una noche, para colmo de mis celos, el nudo de una sandalia de Kyra se soltó mientras bailaba, ella apoyó su pie sobre la rodilla de un invitado y le pidió que le atara el cordón. ¡Imaginad la felicidad de aquel bienaventurado! Él obedeció, prolongando su placer cuanto pudo al tiempo que yo no podía quitar ojo. A continuación el desvergonzado empezó a acariciar el pie e incluso la pantorrilla. ¡Y ella... bueno, ella no decía nada, se dejaba hacer! Entonces, furioso, perdí la cabeza y grité:

—¡Papá!... ¡Huid!

En un abrir y cerrar de ojos, los dos *musafiri* saltaron por la ventana y desaparecieron en la oscuridad, rodando cuesta abajo. Uno de ellos, un griego, olvidó en su precipitación el gorro y la guitarra, mi madre los cogió y los arrojó por la ventana tras él mientras Kyra escondía los dos narguiles de más.

La escena fue tan graciosa que, una vez pasado el enfado, me dio un ataque de risa enloquecida, caí del alféizar, rodé por la alfombra y me puse morado. Mamá creyó que me había vuelto loco por miedo a la llegada de mi padre: los gritos aterrorizados de las pobres mujeres desgarraban el aire, se olvidaron de mi padre y del diablo y se lanzaron sobre mí desesperadas.

—¡No viene ningún padre! —conseguí gritar finalmente—. ¡Pero me he enfadado porque Kyra se ha dejado acariciar la pantorrilla y me he vengado! ¡Eso es todo!

La alegría les hizo gritar todavía más. Me dieron unos buenos azotes a la vez que me besaban, después empezamos a bailotear por la habitación, encantados de estar juntos, ellas aún asustadas, y yo con un tirón de orejas que había acabado con mimos.

•

Dos o tres años pasaron de esta feliz manera, los únicos años de mi infancia que han quedado claros en el recuerdo. Había cumplido once años. Kyra tenía quince y éramos inseparables. La seguía a todas partes como un perro, la espiaba mientras se preparaba, besaba sus ropas impregnadas en perfume; y la pobre niña se protegía como podía, con delicadeza, creyéndome inocente, libre de pasión. Por decirlo francamente, no tenía las ideas claras, no sabía qué quería, moría de placer y me derretía por ella.

Tengo que decir también que en casa de mi madre vivíamos en el infierno del amor. Todo era amor: las dos mujeres, así como sus amantes, los baños, los licores, los perfumes, los cantos y los bailes. Incluso la fuga ridícula y dramática de sus cortesanos me parecía voluptuosa y apasionada. Sólo la llegada de mi padre y los golpazos de la cabeza contra las paredes eran desagradables y faltos de amor. Pero los recibíamos como un tributo, el tributo al placer. Mamá decía:

—Toda felicidad tiene su parte triste, incluso la vida la pagamos con la muerte. Es por ello por lo que tenemos que vivirla. Vividla, hijos míos, vividla según vuestros gustos, para que no os arrepintáis de nada el día del Juicio Final.

Llevados por semejante «filosofía», es fácil de entender con qué rapidez nos aplicábamos Kyra y yo en seguir el ejemplo de mi madre. Con su fortuna personal bien segura en manos de sus hermanos, contrabandistas de artículos orientales, ella se permitía cualquier placer, se hacía adorar, cambiaba de amantes, más o menos satisfechos, igual que de vestidos, se dejaba zurrar por mi padre protegiéndose sólo la cara y pasaba rápidamente a una nueva diversión.

Pero tenía también cierta virtud: cuando sentía que había pecado demasiado y temía que la furia de su marido cayera sobre nosotros, mantenía la puerta cerrada hasta que conseguíamos huir por la ventana. Después la abría con coraje y encajaba los golpazos ella sola, también por nosotros.

Cuando volvíamos, varias horas más tarde, la encontrábamos tumbada en el sofá, con la cara cubierta con miga de pan mojada en vino para aliviar los golpes y los moretones. Se levantaba riendo como una loca y, espejo en mano, nos decía mostrándonos la cara destrozada:

—¿No es cierto que no me ha desfigurado demasiado? En dos días no quedará ni rastro... ¡Y entonces invitaremos a alguien otra vez! ¡Nadie muere de una paliza!

Nos preocupábamos por su cuerpo. Debía de tener un aspecto horrible.

—¡Ah, el cuerpo! ¡El cuerpo no se ve! —exclamaba ella.

Y una vez curadas las huellas de la paliza, las fiestas comenzaban con renovado entusiasmo.

En casa no se cocinaba absolutamente nada porque a mi madre le daba asco el olor a cebolla frita. Estaba abonada a una *locanda*^[11] vecina, que nos despachaba lo que necesitábamos: sopas, comidas, pasteles, cremas... en recipientes de latón enviados por mi madre. Una lavandera venía los lunes por la mañana a recoger la ropa sucia de la semana anterior y nos dejaba otra limpia. Junto con un viejo turco —

vendedor de pomadas y afeites—, ésa era toda la gente que vi entrar en la casa, aparte de los invitados, por supuesto, que nunca sabían si iban a salir por donde habían entrado. Aparte, igualmente, de mi padre y de mi hermano, que eran unos «invitados indeseables» y cuyas visitas resultaban muy desagradables. Como hacía más de dos años que mi padre no dormía con nosotros, y puesto que no venía más de dos o tres veces al mes para pegarnos, la casa estaba tranquila.

Liberadas de las preocupaciones del hogar, las dos mujeres pasaban el tiempo descansando, bañándose, acicalándose, tomando zumos, comida, fumando narguiles y recibiendo a sus pretendientes. Tampoco se olvidaban de rezar, pero no iban nunca a la iglesia y el tiempo consagrado a Dios era breve. Mamá se excusaba diciendo:

—El Señor observa que no le llevo la contraria: sigo siendo como me hizo... Escucho, obediente, los gritos y dictados de mi corazón.

—Pero, mamá, ¿no crees que a veces el diablo interviene también? —replicaba Kyra.

—No —respondía ella—, no creo en el diablo; Dios es más fuerte que él. Y si somos como somos, es porque Dios así lo desea.

Y, por supuesto, mamá estaba contenta con aquello que Dios deseaba que ella hiciera, ya que Él no desea cosas desagradables.

Quería, en primer lugar, que mamá y su hija se quedaran en la cama por las mañanas cuanto les apeteciera, un lugar adecuado para mordisquear galletas con mantequilla y miel y para beber café con leche. El Señor les ordenaba después que se bañaran y ungieran sus cuerpos con elixir de mirra, que se limpiaran el rostro con vapor de leche hirviendo a fuego lento; que se pusieran aceite en el pelo; que se pintaran las uñas con un pincel mojado en esencia de caoba. Después venía la tarea de arreglar las pestañas, las cejas, los labios y las mejillas. Y cuando todo estaba listo, seguía la comida, el narguile y la siesta. Se despertaban al atardecer para quemar esencias, beber zumos y, finalmente, comenzar la gran juerga del día: los cantos, los bailes, la fiesta que duraba hasta medianoche.

Mamá era mucho más rica que papá y, a pesar de todos sus gastos incontrolados, su fortuna, gestionada en actividades poco claras por sus hermanos, le aportaba unos ingresos tan grandes que le quedaba lo suficiente para ahorrar una parte de su dinero —también en manos de sus hermanos— destinada a Kyra y a mí.

Yo no conocía demasiado bien la vida de mi madre. Recuerdo haberle oído contar que sus padres habían sido unos ricos hosteleros. Su padre, un turco bueno y piadoso, había llegado desde Estambul con una orden del sultán de la Sublime Puerta para abrir una posada en Ibraila^[12] hacia finales del siglo XVIII, y con el encargo de recibir y alojar a todos los dignatarios enviados por el sultán a su colonia. Tenía tres mujeres: dos griegas y una rumana. La rumana fue la madre de mi madre. Las otras dos dieron a luz a tres niños, uno de los cuales enloqueció y se ahorcó. Pero mi madre y sus hermanastros no se ponían de acuerdo en la casa paterna sino para desordenarla por

completo. Al parecer, no sucedía en esa casa nada más interesante que acumular dinero y rezar a dos dioses en tres lenguas.

Los dos chicos se lanzaron al contrabando, y mi madre, aún muy joven, estaba lista para seguirlos cuando el turco decidió de repente casarla con un hombre cruel y sin corazón, mi padre, que se enamoró de ella «probablemente», decía mi madre, «mientras Dios estaba hurgándose la nariz». El abuelo le dio a mi padre mucho oro y dejó en herencia a mi madre una gran parte de su fortuna, con derecho a administrarla a su gusto pero con la condición de permanecer casada.

Así pues, unida a un hombre al que detestaba, supo doblegarse a los deseos del turco; por temor a verse despojada de su herencia, se hizo la buena, ganó su confianza y a su muerte consiguió hacerse con la fortuna que le estaba destinada y que dejaría después en manos de sus hermanos, que la adoraban.

Entonces comenzó la vida de fiestas, de placeres y de amoríos locos que yo tenía ante mis ojos y que mi padre no podía evitar a pesar de toda su brutalidad. Mi madre le habría dado gustosamente una parte de su dote si él hubiera querido devolverle la libertad, pero él deseaba a toda costa vengarse del deshonor causado por ella. El día de su separación, cuando cogió todo lo que le pertenecía, mi padre dijo a mi madre señalándonos a Kyra y a mí:

—A estas dos serpientes te las dejo. No son hijos míos, se parecen a su madre.

—¿Querías acaso que se parecieran también a su padre? —respondió ella—. Tú eres un hombre seco, un muerto que impide vivir a los vivos. ¡Me sorprende que tu sequedad haya podido procrear también a este inútil con el cual tienes tanto en común, pero que no es hijo mío!

La pobre mamá tenía razón al decir que aquel muerto nos impedía vivir. Lo hacía incluso cada vez más a menudo. Sabiendo que mamá amaba su rostro como a su propia vida, él la golpeaba siempre en ese centro de su existencia; y después la desdichada tenía que cuidarse unos ocho o diez días hasta que desaparecieran los moretones y las heridas. Durante ese tiempo no había ninguna fiesta ni se recibían invitados. Esto la sumía en un estado de melancolía, ya no nos mimaba como antes y, por primera vez, la vi llorar de desesperación.

Pero la desesperación le hacía igualmente desear la venganza con una pasión multiplicada, con la intención de hacer enfadar aún más al tirano; y lo consiguió de tal manera que su furia nos resultó fatal.

Una noche, la casa estaba abarrotada de *musafiri*. Había por lo menos siete. Mamá había colgado cuatro candelabros de las paredes, por no mencionar la araña del techo. Conté las luces: había veinticuatro. El brillo era cegador. Aquel día, precisamente, mi madre había llamado a un cerrajero y había colocado, en el portón macizo del jardín, un cerrojo grande que se cerraba solamente con llave. Asegurada de esta manera, se dio a la alegría más desenfrenada de cuantas yo había conocido hasta entonces. Creo aún hoy en día que ella había presentido el final de su vida feliz y quería vivirlo con la máxima intensidad.

De los siete invitados, tres eran unos músicos griegos muy conocidos en las fiestas de la época. Al abrir el baile, mamá dio a cada uno una bolsita de piel con diez monedas de oro, envueltas en un pañuelo de seda bordada y les dijo:

—¡*Palikarias*^[13]! ¡Tenéis en estas bolsas cinco veces más de lo que merecéis por tocar durante toda la noche! Pero no os pago con creces tan sólo por generosidad. En esta casa, la generosidad se paga cara y quizá esta noche salgáis por las ventanas que veis ahí. ¿Sois ágiles?

Y les abrió las ventanas que daban a la ribera. Los oficiales se asomaron al alféizar, midieron con los ojos la caída, sopesaron el oro cambiando las bolsas de mano en mano y las aceptaron con un amable «¡*Evallah!*»^[14]. Empezaron la fiesta, el canto y la danza.

Tocaban los tres instrumentos, el clarinete, la flauta y la guitarra, con habilidad. Kyra y mamá, tumbadas en el sofá como odaliscas, escuchaban arrebatadas el canto llorón y luego tumultuoso de la *doinaş*, las lánguidas baladas turcas y los cantos de pastores griegos, acompañados de las palmas y las voces masculinas de los cuatro invitados restantes. Después de cada canción mamá servía licores, cafés, narguiles. Dos bandejas grandes con pasteles y hojaldres se ofrecían tentadoras a los ojos de los más glotones.

Como aquella noche no tenía que hacer guardia, bailé con mi hermana, con mi madre, solo y con ambas, hasta marearme. El baile era la principal pasión de mi corta infancia en casa, así como un medio para recibir de Kyra las más locas caricias. La danza árabe del vientre, que bailé yo solo, fue tan rica en movimientos en la noche de aquella última fiesta, que los tres músicos, buenos entendedores, me abrazaron emocionados. Kyra llegó al paroxismo.

—¡Sí, señores! ¡Éste sí que es hijo mío! ¡No cabe ninguna duda! —exclamó mamá.

En un momento de descanso, cuando todos los hombres estaban sentados a la turca por las alfombras, Kyra preguntó qué había sido de uno de sus más fervientes admiradores.

—Se torció el pie la última vez que saltó por la ventana —respondió el invitado.

Y en medio de la hilaridad general, explicó cómo el pobre hombre estaba en ese momento en cama, al cuidado de un masajista. La historia dio qué pensar al guitarrista, que era bajo y grueso. Se dirigió a la ventana y escrutó de nuevo el abismo. Un invitado lo tranquilizó diciéndole:

—¡No es muy alto! Dos metros como mucho. Sólo que no tienes que saltar con demasiado impulso, sino que debes deslizarte resbalando despacito, y después mantenerte tieso cuando empieces a rodar por la pendiente más inclinada. Al final de la misma encontrarás el gorro y la guitarra.

Todos reímos y el baile comenzó de nuevo.

Este acontecimiento sucedió por el mes de junio, poco antes de la siega.

Las ventanas que daban hacia el jardín estaban cubiertas con pesados cortinones, mientras que las que daban hacia el Danubio no tenían sino unos visillos ligeros. Y estábamos todos cansados cuando, aquella mañana, la aurora arrojó su blancura dorada a través de las ventanas. Nos ahogábamos... El aire estaba enrarecido por el humo de los narguiles y por todas las esencias quemadas. Mamá abrió una ventana y respiró profundamente el aire perfumado. Junto a ella, Kyra y yo contemplábamos el amanecer, que iluminaba ya la laguna y su bosque de sauces.

—¡Bien, queridos míos! ¡Se acabó la fiesta! —dijo ella después, volviéndose hacia los invitados— ¡A dormir!

En aquel momento, el golpe seco de un cuerpo al caer en el jardín nos sobresaltó y al poco se oyó el crujido de los cerrojos y los goznes de la puerta.

—¡Escapad! ¡Han saltado el muro! —gritó mi madre.

Y al tiempo que mi padre y su hijo aporreaban la puerta, los invitados se lanzaron por las dos ventanas olvidando cualquier cautela, como si fuera les esperaran colchones de lana. Los músicos fueron los primeros en salir corriendo, mientras los otros se atropellaban por detrás a pesar del consejo de no saltar demasiado lejos. En unos instantes la casa estaba vacía, los juguistas rodaban unos sobre otros por la cuesta arenosa. En cuanto a esconder las huellas de la fiesta, era ya imposible. Y entonces, valientemente, mamá fue a abrir. En ese momento fue agarrada por los cabellos y arrojada al suelo. Mi hermano hizo lo mismo con Kyra; y yo, enloquecido al ver a mi hermana humillada de esa manera, cogí un narguile y lo rompí en la cabeza de aquel sinvergüenza. Él soltó a Kyra, se llevó la mano a la cabeza y, lleno de sangre, se abalanzó sobre mí. Tenía casi veinte años y era muy fuerte. Me golpeó hasta cansarse, hasta que me brotó sangre por la nariz y la boca.

Entretanto, mi madre estaba literalmente muerta. Aunque se había desmayado, con la ropa desgarrada y el cuerpo casi desnudo, mi padre seguía golpeándola. Mi hermano fue a lavarse la cabeza ensangrentada y Kyra corrió a un cajón, de donde volvió con un puñal en la mano; pero nos quedamos petrificados ante el horror que tenía lugar ante nuestros ojos: papá había cogido una sandalia de madera —perdida por algún invitado al huir— y con el tacón golpeaba el rostro de mi pobre madre, que apenas movía los brazos. Su cara, bañada en sangre, estaba en carne viva.

Kyra se adelantó para herir por la espalda al bárbaro, se tambaleó y se desmayó. Papá la levantó, la arrojó dentro de una especie de armario empotrado, llamado *iatac*, y corrió el cerrojo. A mí me dejó al cuidado de mi hermano, que estaba vendándose la cabeza con un pañuelo, y él se echó a mamá a la espalda y salió al jardín. Después de unos minutos, oí cómo se cerraba pesadamente la puerta del sótano sobre la pobre desgraciada, a la que encerraba así en una tumba. Volvió a entrar en la casa, enfiló

hacia mí con los puños apretados y me fulminó con la mirada de tal manera que creí que había llegado mi hora. Pero no me tocó, tan sólo gritó:

—¿Conque ésas tenemos, eh? ¡Rompes la cabeza de tu hermano mayor y la zorra de tu hermana quería matarme! ¡Pues bien, se acabó con todos vosotros!

Apagaron las luces y me llevaron con ellos. Al pasar por el jardín, lancé una mirada a la puerta del sótano: un candado grande que atravesaba los dos ganchos hacía imposible la huida, y sollocé al pensar que mi madre, herida, desfigurada, pero aún con vida, estaba enterrada en aquella horrible tumba, mientras Kyra, en el armario, se ahogaba de desesperación.

Fuera ya era de día... Los carboneros turcos se dirigían al puerto a trabajar con la albarda a la espalda y su afilado bastón bajo el brazo. Y yo, ¿adónde iba?

Llegamos a la casa de mi padre y me pusieron de inmediato a dar vueltas al torno con el que los obreros afilaban las hachas y los cinceles. A mi alrededor, amontonados, yacían troncos de roble, de tilo y de álamo entre carros desmontados: ruedas, ejes, radios, aspas, mezclados con virutas de metal.

Hasta el mediodía no me dieron nada de comer. Sin costumbre de trabajar, estaba completamente agotado. Mi hermano me fustigó con el látigo. Después la vieja me trajo la comida: pan, aceitunas, agua.

Lo más triste era que todos los ojos espiaban cada uno de mis movimientos y no existía ninguna posibilidad de huir. Después de comer, me pusieron otra vez al torno, y, cuando aflojaba, mi hermano pasaba junto a mí y me daba con la bota en la espinilla. Ceñidos con mandiles de piel, como cualquier otro oficial, su padre y él trabajaban, se movían de aquí para allá junto con los demás, mudos, enfurruñados, con el ceño fruncido, en medio de un silencio triste en el que no se oía sino el ruido de las herramientas. Las explicaciones y las órdenes eran breves, frías como sus almas.

Por la noche me encerraron en una habitación con las ventanas enrejadas. Allí, sobre un jergón de paja en el suelo, sin una pizca de luz, pasé la noche llorando y pensando en mis queridas criaturas, que eran aún más desgraciadas que yo.

El día siguiente transcurrió de la misma manera. Me atormentaba la idea de que la crueldad de nuestros verdugos pudiera llegar al extremo de dejar en el olvido a las dos mujeres heridas, enfermas y prisioneras. Hacia la tarde, decidí no llorar más e intentar huir a cualquier precio.

En el patio había entrevisto todo tipo de escaleras de mano y, en mi celda, un montón de peldaños, toscamente cortados, todos de la misma medida: en ellos estaba mi libertad. La criada me trajo la cena, pan y queso, y me dijo con maldad:

—¡Eh! ¿Qué dices ahora, señorito? Aquí no se está tan bien como en casa ¿no? ¡Pues ya ves tú, la vida no está hecha sólo de fiestas! También hay que trabajar. ¡Je, je! ¡También tú tienes que trabajar!

Me encerró con llave. Me dormí al instante. Cuando desperté, era todavía de noche. Me asaltaron mis pensamientos y me eché a llorar al recordar el cuerpo

ensangrentado de mi madre. No mucho más tarde los gallos empezaron a cantar. Apuntaba el día. Toda la casa estaba aún sumergida en el sueño. Abrí la ventana temblando de frío y con un trozo de madera doblé un poco las rejas, que no eran muy gruesas. Había un hacha clavada en un tronco del patio. La cogí y me llevé bajo el brazo una escalerilla, mientras trepaba por otra para saltar el muro. Cuando me vi fuera, eché a correr tan rápido como podían mis piernas por el camino del puerto.

Apenas había amanecido cuando llegué a la falda de la colina en lo alto de la cual dormía nuestra casa el sueño de la desesperanza. Por primera vez comencé a subir la cuesta aquella que hasta entonces sólo había bajado en alocadas carreras.

Una vez arriba, apoyé la escalera y, mientras el corazón latía increíblemente rápido, rompí la ventana, que saltó en pedazos. Entonces, tras un momento de desmayo, oí la voz de Kyra, gimiendo en su prisión:

—¿Eres tú, Dragomir?

Con la llamada de mi hermana me eché a temblar y grité:

—¡Soy yo! ¡He venido a liberaros!

Me colé en el interior a través de ventana rota y abrí el cerrojo. Pálida, abotargada por el llanto, Kyra saltó a mi cuello y me preguntó angustiada:

—¿Y mamá? ¿Qué ha sido de ella?

—¡Está encerrada en el sótano, tenemos que sacarla de allí y huir!

La puerta de la casa estaba cerrada con llave. Abrí la ventana y salté al jardín. Con la ayuda del hacha rompí el candado y bajé la escalera seguido por Kyra. Nos asaltó un pesado olor a moho, a col fermentada y a verduras podridas, ya que nadie había bajado al sótano en los últimos dos o tres años. Las tortugas pululaban lentamente y sus huevos, algo más grandes que los de los pájaros, estaban alineados a lo largo de las paredes. Mi madre llevaba dos días en medio de aquella miseria. La encontramos en pie, como si estuviera esperando a ser asesinada. Se había vendado la cabeza con trozos de los harapos que todavía colgaban de su molido cuerpo.

La ayudamos a subir las resbaladizas escaleras, pero una vez fuera, ante la imagen de lo que quedaba de nuestra orgullosa madre, nos postramos a sus pies como ante una mártir. Un ojo se escondía bajo el vendaje, pero cualquiera podía imaginarse su estado a juzgar por el resto del rostro magullado. La nariz estaba torcida, los labios rotos, el cuello y el pecho cubiertos de sangre coagulada. Las manos estaban ensangrentadas y un dedo torcido. Nos levantó del suelo y nos dijo con voz apagada: —¡Huyamos cuanto antes! ¡Coged algo de comida! Entramos en casa. Ellas se lavaron y se vistieron deprisa. Mamá cogió su cofre con el dinero y las joyas y bajamos lentamente la cuesta, después de arrojar la escalera dentro y de cerrar las ventanas por las cuales tantos invitados nuestros habían escapado. ¡Estaba escrito, al parecer, que la dueña de la casa tendría que salir finalmente por allí!

Al cabo de una hora nos hallábamos camino de Cazasu, perdidos en medio de los campos de trigo. En la falda de aquellos dos montículos que, en otros tiempos, se

llamaban *tabii*^[15], mamá se detuvo. Y allí, sobre la hierba, entre los dos promontorios que nos ocultaban del camino principal, mamá nos dijo algo así:

—Hijos míos... Me esperaba muchas cosas de vuestro padre, pero nunca habría imaginado que me desfiguraría de esta manera sin llegar a matarme. Tenéis que saber que mi ojo izquierdo está casi fuera de la órbita. Para mí, esto es peor que la muerte. Dios me hizo para los placeres del cuerpo, como hizo al topo para vivir lejos de la luz del sol. Y así como este animal tiene cuanto necesita para poder vivir bajo tierra, así también tenía yo todo lo necesario para alegrarme de los placeres de la vida. Juré matarme en el caso de que el poder humano me obligara a vivir otra vida que aquella que yo siento hervir en mis venas. Hoy ha llegado el momento de recordar aquel juramento. Por eso os abandono... Voy a curarme, lejos. Si consigo salvar el ojo y reponerme de las heridas, viviré y volveréis a verme. Si pierdo el ojo, no volveremos a encontrarnos jamás. Y ahora, tengo algo más que deciros: tú, Kyra, si (como sospecho) no te es dado vivir con la honradez que viene de Dios y que proporciona la felicidad, no seas una honrada hipócrita, no finjas ser virtuosa. No te burles de Dios y sé como Él te ha hecho: ¡vive la vida como la sientes, sé incluso una desenfundada, pero una desenfundada con corazón! Es mejor así. Y tú, Dragomir, si no puedes ser un hombre de provecho, sé como tu madre y tu hermana, hazte incluso ladrón, pero un ladrón con alma, porque un hombre sin alma, queridos míos, es un muerto que impide vivir al mundo. Es como vuestro padre... Ahora vosotros os quedaréis aquí, hasta que el sol llegue al ocaso. Si cayera una tormenta con rayos, no os escondáis bajo los árboles, sino en la zanja aquella de la colina. Después del toque de oración, vendrán a buscaros dos jinetes y os tomarán bajo su protección. Sabed que son mis hermanos, dos hombres buenos y de gran corazón. Yo voy en su busca, pero a vosotros no puedo llevaros porque sois todavía unos niños y podéis traicionarlos sin querer. Si, antes de anochecer, mis hermanos no vinieran por vosotros, volved a la ciudad y pedid alojamiento, en mi nombre, en la posada donde encargábamos la comida, pero no salgáis de la habitación hasta que vayan vuestros tíos a buscaros. Y ahora voy a deciros algo más. Nuestro cuerpo está sometido a muchas enfermedades. Gracias a Dios, ni vosotros ni yo hemos conocido estos padecimientos, pero existen, y son muchos los que sufren por su causa. ¡En vuestros momentos de felicidad, pensad en ellos y cada año dad una parte de lo que os sobra a la institución que los cuida! Yo os dejo una fortuna suficiente en manos de mis hermanos.

Dicho esto, sacó de la cajita dos anillos que anudó con un pañuelo de seda, lo introdujo en el seno de Kyra, nos abrazó largamente, muy largamente, y se fue, envuelta en su túnica con capucha.

Después de unos treinta pasos se volvió hacia nosotros, se llevó las manos a los labios, levantó el brazo, señaló el cielo con el dedo, se dio la vuelta y desapareció.

—¿Qué querrá decir eso? —pregunté a Kyra.

—¡Eso quiere decir, hermanito, que volveremos a vernos en el cielo! —me respondió.

Desde entonces, no he vuelto a saber nada de mi madre.

Una vez solos, olvidamos que estábamos hambrientos y lloramos, abrazados, hasta que la debilidad y la insolación nos hicieron caer en un sueño reparador. Cuando despertamos, nos pareció que ya no formábamos parte de este mundo. Sentíamos que algo horrible había sucedido, pero no podíamos darnos cuenta de si éramos presa de unas alucinaciones o de si nuestra vida hasta entonces había sido tan sólo un sueño.

Un campo de colza cercano nos enviaba un agradable perfume en las alas de una brisa sofocante, y las mariposas, las libélulas y las avispas nos torturaban sin cesar con su alegría no correspondida...

Se acercaba el toque de oración... Deslizándose hacia el horizonte, el sol iba perdiendo su brillo. Estábamos preocupados y nuestras miradas escrutaban el camino desierto por la parte por la que había desaparecido mamá. Subimos a uno de los promontorios. A lo lejos, por el camino de Cazasu, se levantaba una nube de polvo. Al cabo de unos instantes, aparecieron dos jinetes que se acercaban como un torbellino y que dejaban a su espalda una estela de humo. Me asusté y bajé por miedo a ser pisoteado por las patas de los caballos, cuyo galope rítmico llegaba hasta mí. Pero Kyra no me siguió. Como clavada en el montículo, con la falda al viento, ella agitaba el pañuelo y gritaba ante la llegada impetuosa de aquellos dos hombres. Éstos cogieron los caballos por las riendas, entraron en el campo de colza, les quitaron los frenos y los dejaron pastar entre los dos promontorios que los protegían del camino.

Kyra bajó a la carrera, se soltó el pañuelo que le cubría la cabeza y, con su cabello dorado flotando sobre los hombros, se arrojó a los pies de nuestros desconocidos tíos, que estaban ante nosotros, altos y corpulentos como dos robles. Eran dos gigantes de la misma estatura, parecían tener entre cuarenta y cincuenta años, uno más corpulento que el otro. Llevaban turbantes sobre unas cabezas afeitadas al cero. Unas barbas y unos bigotes descuidados les cubrían la boca. Sus grandes ojos centelleaban con miradas penetrantes, insoportables, pero claras y honradas. Sus manos peludas parecían las patas de un oso. Eran como dos diablos negros, envueltos en unas túnicas que los cubrían desde el cuello hasta debajo de la rodilla.

Permanecieron inmóviles un buen rato, mirándonos, a mí, que estaba de pie paralizado —creyéndome ante unos fantasmas de cuento de hadas—, y a Kyra, postrada a sus pies. Después se quitaron las capas y sólo entonces me di cuenta de que estaban vestidos a la turca, con chaleco, bombachos y cinturones rojos. Pero lo que me espantó sobremanera fue que los vi armados hasta los dientes, como verdaderos bandidos: con escopetas colgando del hombro, con pistolas y puñales enganchados del cinturón.

En ese momento, la naturaleza apasionada de Kyra se desveló con la rapidez del rayo. Con una sola súplica dirigida a estos dos gigantes, destrozó a una familia, y

cayó ella misma víctima de su pasión vengadora.

El hombre de más edad levantó a Kyra del suelo y la miró a los ojos sujetándola por los hombros. Un movimiento del mechón de pelo que le ocultaba la boca me hizo pensar que por debajo tenía que haber una sonrisa. Una sonrisa más decidida se dejaba ver en sus miradas. Después preguntó en rumano con una voz cortante y grave:

—¡Chiquilla! Dime cuál de estas tres lenguas conoces mejor: ¿turco, griego o rumano?

—El rumano, ¡valiente! —respondió ella audaz, dirigiéndose a él con una desfachatez increíble.

—¿Y cómo te llamas?

—Kyra.

—¡Bien, Kyralina! Mira, yo te beso como tío, ¡pero feliz aquel que pueda morder las cerezas de tu boca como amante!

La abrazó y la empujó hacia su hermano. Luego se dirigió hacia mí:

—Y tú, valiente Dragomir, ¿por qué miras tan asustado? —me preguntó abrazándome. Pero después de colocarse el arma sobre la túnica añadió—: ¿Acaso tienes miedo de nuestras barbas?

Se dejó caer sobre la hierba y me atrajo junto a él. Yo no decía ni pío. Él insistió:

—Venga, di, Dragomir, ¿es que tienes miedo?

—Sí —apenas susurré.

—¿Y de qué tienes miedo?

—De vuestras armas, es que lleváis demasiadas.

—¡Ja, ja, ja!... —rió él a carcajadas—. ¡Dragomir, muchacho! Debes saber que nunca se está demasiado armado cuando te has enfadado con Dios y con la justicia de sus actos. Pero ¿qué entiendes tú de esto, niño?

En ese momento, Kyra cayó de rodillas y con las manos juntas como si fuera a rezar gritó:

—¡Yo sí que entiendo!

—¿Y cómo es que entiendes tú, Kyra Kyralina, flor de jardín, tallo joven?

—¡Entiendo que las personas son malas y que tú las castigas!

—¡Bravo, Kyralina! —dijo él, chasqueando los dedos—. Pero ¿es posible? ¿Acaso tu corazoncito alberga alguna venganza?

—¡Una santa y justa venganza! —Y acto seguido, ella levantó la pesada escopeta, la besó y gritó—: ¡Descárgala hoy mismo en el pecho de mi padre! ¡Y que tu hermano juzgue de la misma manera a mi hermano mayor! ¡Hacedlo, por favor, por todos los santos, en nombre de nuestra madre, que nos ha abandonado! ¡Vengad a estos dos huérfanos y me convertiré en vuestra esclava! ¡Me llevaréis con vosotros!

Mi tío le quitó el arma de las manos y con expresión sombría dijo:

—Kyra... ¡el Señor se equivocó al hacerte mujer! Cuando mencionaste la venganza, pensaba que te referías a dar una paliza a algún enamorado que te hubiera

besado sin tu consentimiento. Pero hablas de cosas que nosotros teníamos pensadas de antes... así que arrojas aceite al fuego... Dime, hija del infierno —añadió, después de pensarlo un rato—, ¿no morirás de horror esta noche cuando veas la cabeza de tu padre hecha pedazos?

Con los ojos desorbitados y el rostro encendido, Kyra respondió:

—¡Mojaré mis manos en su sangre y me lavaré con ella la cara!

Mi tío frunció el ceño y permaneció con la mirada clavada en el disco llameante del ocaso, como si hubiera oído la flauta de un pastor quejarse en la lejanía. Después empezó a hablar en griego con su hermano, arrastrando las palabras para hacerse aún más difícil de entender. Allí cerca, los caballos pastaban, resollando, dóciles como dos corderos, mientras los dos montículos iban oscureciéndose en la noche que había empezado a envolvernos.

Guárdabamos silencio... El frescor nocturno hizo sentir escalofríos a Kyra. Hablando siempre en susurros, mi tío nos envolvió con las dos capas. Permanecimos así hasta que se hizo oscuro como la boca del lobo. Entonces los dos hombres se levantaron. El de más edad habló a mi hermana:

—De acuerdo, Kyra Kyralina, serpiente que envenena, hija de libertina, ¡que sea como has dicho! Tu deseo me ha calentado la sangre. Lo intentaremos esta misma noche... Pero para ello tú y tu hermano nos serviréis de anzuelo.

Kyra se arrodilló y besó su mano. Yo hice lo mismo y besé la mano del otro, el cual me preguntó:

—¿También tú, Dragomir, pides venganza?

—¡Odio a mi padre y a mi hermano! —respondí.

El más viejo saltó al caballo, subió a Kyra y la sentó de lado delante de él, mientras que el joven me sentó a su espalda y me ató a él con un cinturón. Salimos del campo al trote, pero una vez en el camino abierto, el primero espoleó a su caballo, que arrancó como el viento, seguido a unos veinte pasos por el nuestro.

Llegamos en un momento, en lo que se tarda en fumar un cigarrillo. Al arribar a la entrada de la ciudad, torcimos a la izquierda por un caminillo que llevaba directamente al Danubio. Durante unos minutos, la carrera impetuosa de los caballos me hizo pensar que no me transportaba en sus lomos un caballo, sino el diablo en persona. Bajo el filtro suave de la luna, que plateaba la calle, los cabellos de Kyra, fuera de su túnica, flotaban al viento como hebras de lino.

Poco después empezamos a descender una ladera, pero cuando el río apareció en su plenitud como una cinta brillante, los caballos frenaron la carrera y se detuvieron junto a un bosquecillo de sauces. Nos encontrábamos en un lugar llamado Catagats, como a una hora a pie del puerto y de nuestra casa. Sin bajar de los caballos, los dos hombres se acercaron e intercambiaron algunas palabras que no pude entender, y después el de más edad se metió dos dedos en la boca y emitió un largo silbido potente, seguido de otros dos más cortos.

Al momento salió de entre los sauces un turco viejo, de barba cana, que se acercó

arrastrando las babuchas, y saludó inclinando la cabeza con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Buenas noches, Ibrahim! —respondieron mis tíos en turco.

Él cogió los caballos por las riendas y le seguimos. No lejos, por el otro lado de los sauces, había una choza, destruida por las crecidas de las aguas. El viejo era pescador de cangrejos y cultivaba calabazas. Creo que podéis adivinar cuál era su tercer oficio. Ató los caballos bajo un cobertizo de cañas y entró en su choza, seguido del más viejo de mis tíos, que a continuación salió solo, tomó a Kyra en brazos y se fue apresuradamente. Su hermano hizo lo mismo conmigo. Y llevándonos como a dos niños, los dos hombres se dirigieron hacia el puerto siguiendo la ribera del río. Sus pies se hundían en la vegetación húmeda. Las ramas secas restallaban a su paso.

Cuando llegamos al talud de nuestro hogar, empezamos a subir. La casa estaba sumida en la oscuridad. Nos dimos cuenta de que la ventana con el cristal roto había sido tapada con un trozo de madera. Mis tíos aguzaron el oído, arrancaron la madera a golpe de culata y nos escurrimos dentro.

—Nosotros saldremos al patio y nos esconderemos en el sótano —nos dijo el mayor—. Estaremos allí cuanto sea necesario, incluso hasta mañana por la mañana. Cerrad la ventana, encended seis u ocho velas, comed algo y acostaos en el diván vestidos... ¿Está claro? ¡En el diván y sin apagar las velas! Si vienen y empiezan a haceros preguntas, responded lo que queráis: no podrán molestaros mucho. ¡Pero dejad abiertas las cortinas de las ventanas que dan al jardín! Esto es muy importante, ¡y no olvidéis acostaros en el diván!

Dichas estas palabras, saltaron por la ventana. ¡Oh, qué noche tan atormentada! Aunque viviera mil años, en el momento de mi muerte seguiría acordándome de aquellos momentos de horror. ¡Odiaba a muerte al criminal de mi padre y al ser que se le parecía, y deseaba con toda mi alma que se los llevara el diablo! Bueno, pero desear la muerte de alguien es una cuestión de odio, mientras que para tomar parte en su ejecución debes tener... ¿qué debes tener? No lo sé... Iba a decir que tienes que ser cruel, pero estoy convencido de que Kyra no era cruel.

¿Entonces?... ¡Qué triste es ser un hombre y entender de la vida menos incluso que las bestias! ¿Y qué pasa con la posibilidad de que la pena esté cerca del odio? ¿Y por qué amamos? ¿Y por qué matamos? ¿Por qué nos atormentamos con unos sentimientos que hacen daño a otros e incluso a nosotros mismos?

Cuando nos quedamos solos y encendimos las velas, mi primer cuidado fue buscar la mirada de Kyra. Nada había cambiado en su sed de sangre. Estaba en el colmo de la felicidad, como si de una fiesta se tratara. Se puso un vestido escotado y se maquilló como si esperara invitados, tarareando por lo bajo una canción. En la mejilla izquierda tenía un moretón del tamaño de una nuez.

—¡Bésame aquí! —me dijo ella— Esta noche un disparo de escopeta va a hacer que desaparezca.

—Kyra, ¿no sería mejor que llamáramos a nuestros tíos... y que nos marcháramos con ellos? —le pregunté besándole la herida.

—¡No! —gritó—. ¡Primero tiene que llevarse su merecido el asesino de mamá! Después... nos iremos.

—¡Pero eso va a ser un espectáculo horrible!

—¡Será increíblemente bello! —aulló, abriendo los brazos y estrechándome contra su pecho.

El tiempo pasaba despacio, agobiante como en una pesadilla. Me consolaba con la esperanza de que mi padre y mi hermano no aparecieran ni esa noche ni las siguientes y que mis tíos, aburridos, abandonaran la idea de la venganza. Pero la predicción del destino es más fuerte que nuestro deseo y quién sabe si el deseo de Kyra no era también el suyo. Ella corría del espejo a la ventana, contemplándose y aguzando el oído en la noche, besaba su trenza, jugaba con el velo, después se lanzaba entre los cojines del diván, riendo como una loca. De repente recordó algo, se levantó, fue a la habitación de al lado y volvió con un pequeño puñal.

—¿Ves esto? —me susurró—. Si traicionas a nuestros tíos, me lo clavo en el corazón. ¡Te quedarás solo! ¡Te lo juro por mamá!

Me estremecí. Esa idea no se me había pasado aún por la cabeza.

—¡Guárdalo en su sitio, Kyra! —le supliqué—. Por mi parte, te juro por la memoria de mamá que no se me escapará una palabra.

Dicho esto, se guardó el puñal en el pecho. Apenas había tenido tiempo de esconderlo cuando se oyeron los goznes de la puerta chirriar con un quejido doloroso que resonó en mi alma como un grito de agonía. Kyra dio un respingo, sus ojos centellearon y se lanzó sobre el diván, a mi derecha, susurrándome al oído:

—¡Que no se te ocurra mirar hacia la ventana del jardín!

La llave rechinó en la cerradura. Petrificado, inmóvil junto a Kyra, vi aparecer a mi padre, seguido de su hijo, con el ceño fruncido y los puños apretados. Señalando la ventana rota, tuvo tan sólo tiempo de decir:

—¿Quién la ha roto? ¿Dónde está vuestra madre?

Dos disparos, descargados casi a la vez, volaron en añicos los cristales, hicieron temblar toda la casa y llenaron la habitación de un humo denso que olía a trapo quemado y a pólvora. Pegado al pecho de Kyra, en aquel momento de pánico no pude distinguir otra cosa que a mi hermano cayendo de espaldas y a mi padre arrojándose por la ventana que daba al puerto. Cerré los ojos, casi desmayado, pero los abrí al instante para ver, en el suelo, a mi hermano con la cabeza hecha pedazos, como una sandía rota contra una pared, y a mis dos tíos, asomados a la ventana por la que había escapado mi padre, descargando cuatro tiros contra él.

Kyra me soltó y saltó al centro de la habitación gritando:

—¡No le habéis dado! ¡Lo habéis dejado escapar! ¡Sólo le habéis dado en la oreja izquierda!

Como toda respuesta, ellos apagaron las luces y el joven salió al huerto mientras el viejo nos empujaba hacia la puerta. Nos sentó en un diván, a oscuras, y nos dijo:

—Kyra y Dragomir, me despido de vosotros quizá por última vez. Vuestro padre es el tercer hombre que se me escapa y, si he de creer en mi destino, mi muerte vendrá de la mano del tercer enemigo que haya escapado a mis disparos con luna llena. Por supuesto, voy a defender mi pellejo con toda mi alma pero... ¡lo que llevas escrito en la frente ya está escrito! Y ahora escuchadme: el dueño de la posada de donde vuestra madre compraba la comida va a venir enseguida a recogeros. En su casa tendréis dos habitaciones y todo cuanto necesitéis. Mañana volverá aquí a recoger vuestras cosas. No pongáis nunca más un pie en esta casa.

—Pero ¿no nos lleváis con vosotros? —preguntó Kyra con voz temblorosa.

—No, no tenemos derecho a hacer algo así... Nuestra vida es dura y vosotros habéis crecido entre algodones...

—Entonces papá nos matará...

—No os matará. No pasará mucho antes de que lo pillemos otra vez y esta vez no se nos escapará: de una manera u otra él va a morir, puesto que nosotros somos dos y él uno solo. Así pues, haced como os apetezca, como si no nos hubiéramos conocido nunca; volveremos a vernos sólo después de que haya muerto el *perro*. Si alguna vez queréis saber cómo nos encontramos, id a donde el posadero y decidle al oído mi nombre: Cosma. Él os dirá lo que sepa. Pero Ibrahim, el pescador de cangrejos de Catagats, podrá informaros mucho más, y si lo oís gritar bajo vuestras ventanas: «¡Cangrejos! ¡Cangrejos vivos, cangrejos!», bajad y seguidlo hasta el exterior de la ciudadela. Sabed que él traerá siempre alguna nueva de nuestra parte. Y finalmente, si las autoridades os investigan en relación con lo sucedido aquí esta noche, contadles todo lo que habéis visto, pero no les digáis lo que pensáis y... ¡no penséis nada!

Guardó silencio. En el jardín se oyeron unos pasos: entró el posadero. Nuestros tíos nos besaron y desaparecieron. Poco después nos fuimos también nosotros.

La posada se encontraba a unos cincuenta pasos de nuestra casa y estaba situada en un lugar parecido. ¡Pero qué diferencia entre la decoración de nuestras habitaciones y la de las que nos dieron allí, a pesar de que las habían elegido entre las mejores!

Estallamos en sollozos. Afortunadamente, las habitaciones daban al Danubio y se comunicaban entre sí. Ante la llama humeante de una sola vela, entre aquellos muebles pobretones, unas alfombras feas y raídas, Kyra se arrojó vestida sobre la cama, vio la inutilidad de su venganza y lloró más amargamente que yo.

Espantado por estar solo en mi habitación, con la mirada velada por el pánico, cogí una manta y me acosté en el diván de mi hermana. Me quedé dormido enseguida, agotado por aquellos tres días de agitación, dejé las velas encendidas y a Kyra llorando.

•

A pesar de todo, la mañana del día siguiente, cuando los primeros rayos del sol invadieron la habitación, ésta me pareció más hermosa y me sentí incluso a gusto. Pero la idea de que podía cruzarme con mi padre me aterrorizaba. Desperté a Kyra, que aún dormía, y le propuse huir. Ella pensaba lo mismo. Estaba sentada en el borde de la cama, como atontada, con los ojos enrojecidos y la cara hinchada por el llanto. Creí que la invadía el arrepentimiento y le pregunté si por ese motivo estaba triste.

—¡No —me respondió—, estoy amargada porque papá ha escapado! Si estuviera ahora con su hijo, nosotros estaríamos en nuestra casa. ¡La pobreza de este lugar me espanta!

Lanzó a la habitación una mirada llena de desprecio. Salimos. Ante la puerta, al fresco de la mañana, el posadero fumaba un narguile. Se levantó y nos saludó con una reverencia.

—¿Podría saber qué les hace salir tan temprano? —nos preguntó educadamente en turco.

—Abu Hassan, tenemos miedo de papá y de la policía —respondió Kyra en la misma lengua.

—Durante todo el tiempo que quieran permanecer tranquilos en mi casa, yo respondo de su vida, señorita. —Y echando un vistazo atrás, añadió en voz baja—: ¡Al fin y al cabo para eso están aquí!

Nunca he sabido quién era este hombre ni qué relación tenía con la familia de mi madre. Sé, sin embargo, que en verdad nadie vino a molestarnos mientras estuvimos con él y tampoco mi padre se dejó ver. A pesar de todo, como nosotros temíamos ser sorprendidos aquel mismo día por mi padre, habíamos huido de nuestra casa y entonces empezó para nosotros aquella vida hermosa y triste que duró todo un mes, rica en luz y en vagabundeos.

Ese tipo de vida nos sorprendió, como cualquier cosa completamente nueva, con una voluptuosidad desconocida. Era otra vida: ¡dos pajarillos que habían escapado de su jaula y que probaban el poder de sus alas, aleteando, sedientos, hacia el sol!

La posada tenía una salida por atrás, muy sucia, pero de lo más adecuada para nosotros, puesto que nos permitía salir y volver sin ser vistos. Era una puertita que daba a una escalera situada justo en el margen del río, hacia el puerto, y descendía bajo nuestras ventanas. Cuando ya nos habíamos acostumbrado a nuestra nueva situación, decíamos, riendo, que allí se estaba incluso mejor que en casa, donde bajo las ventanas de mi madre no había ni rastro de escalera.

Por las mañanas, después de comer algo, nos íbamos por ahí y no volvíamos hasta el mediodía. La comida nos la traían hasta la misma habitación. Las tardes las pasábamos de nuevo fuera. Como había terminado la cosecha, Kyra encontraba un placer indescriptible en juntar espigas de trigo y dárselas a las pobres espigadoras que se encorvaban entre los rastrojos. A veces corríamos por los campos en barbecho

donde pastaban miles de ovejas cuya masa se movía sin cesar, dejando tras de sí la tierra cubierta de estiércol y mechones de lana enganchados por los cardos. Algunas viejas pasaban de cardo en cardo recogiendo la lana dejada por ellas. Hicimos nosotros lo mismo, ofreciéndoles el fruto de nuestras fatigas.

Una vez, llevamos nuestro merodeo hasta los dos promontorios donde nos había abandonado nuestra madre, y sólo entonces nos dimos cuenta de que la noche en que nos fuimos con nuestros tíos habíamos olvidado allí el paquete con comida que habíamos cogido de casa. Perros vagabundos lo habían hecho trizas y habían comido todo lo que contenía. De él no quedaban más que los harapos del mantel. Nuestros ojos se llenaron de lágrimas. El recuerdo de nuestra desgracia se nos apareció bajo una luz todavía más triste ya que estábamos intentando olvidarlo, y esos momentos de dolor infantil se trenzaban sin cesar con las horas de indescriptible felicidad que nos llenaban el alma.

Educados entre algodones, como había dicho el tío Cosma, flores de invernadero, nosotros no conocíamos más que los deleites del techo de nuestra madre: juegos, cantos, mimos y comida en abundancia. ¡Qué bellos fueron aquellos días! Pero ahora descubríamos que existía también un «exterior», y que ese «exterior», rico en luz, embalsamado por olores salvajes, tenía una magia insospechada.

Hasta entonces no había conocido lo que significa perseguir una mariposa, acariciar un saltamontes, atrapar un escarabajo, escuchar el trino de los pájaros en su espacio infinito, el grillo invisible en la bruma del crepúsculo entretejiendo su canto con la lejana flauta del pastor, ver a las abejas saliendo a reculones de una flor con las patitas doradas por el polen. Y, sobre todo, no teníamos ni idea del escalofrío que siente el corazón cuando el cuerpo es mimado por las suaves caricias de los vientos de verano, que vagan a lo largo y ancho de los sembrados.

Conocimos todo eso y olvidamos el sabor de los dulces de casa. Olvidamos asimismo la emoción de los bailes, el humo de los narguiles y las fragancias de las plantas aromáticas. ¡Olvidamos incluso la cara desfigurada de mi madre y nuestra sed de venganza! ¡El rostro de Kyra se tornó cobrizo al poco tiempo y jamás una joven más bella se había paseado por aquellos campos con los ojos llenos del rocío del amor, con el pelo ondeando al viento como una llama, con la falda levantada de forma indiscreta, con los pechos exuberantes ofrecidos al dios Sol!

Mientras tanto, circuló en el barrio un rumor: se decía que, sin duda, aquellos que habían matado a mi hermano y que habían arrancado la oreja de mi padre no podían ser otros que los amantes de mi madre. Las cosas habían llegado hasta tal punto que incluso se señalaba por su nombre, como asesinos, a dos de los invitados que, por una rara casualidad, habían embarcado hacia Estambul justamente la noche del crimen. Supusimos entonces que mi padre no había soltado prenda sobre el secreto del crimen y que no había hecho ninguna denuncia.

Tranquilizados en cierto modo por la indiferencia que nos rodeaba, reanudamos nuestros vagabundeos aún con mayor entusiasmo, pero de repente pareció que Kyra

empezara a aburrirse. Así que ya veis, nuestros queridos *musafiri* empezaron a merodear en torno a nuestra nueva residencia y a dar serenatas por la parte del puerto, donde los transeúntes eran muy raros. Encaramados como demonios en los peldaños de la escalera que siempre se rompían, eran cada vez más numerosos. Y resultaba indeciblemente gracioso ver aquel enjambre de hombres, ridículamente alineados en la bajada a la orilla, balando, mezclando las melodías de sus instrumentos en una cacofonía horrorosa, insultándose como los vagabundos en las ferias y rodando a veces por la cuesta como unos sacos de barro.

Nos divertía enormemente contemplar a esa manada de locos que pedían a la vez alguna «cita». Abu Hassan les hizo los honores con unos calderos de agua fría para que se refrescaran, pero el amor es más fuerte que el agua y ellos no se dieron por vencidos, sino que continuaron... distrayéndonos.

Para hacerlos rabiar aún más, Kyra retomó sus maquillajes y coqueterías, así que yo seguí solo con mis callejeos matutinos. Lo hacía de buena gana, pero no me alejaba tanto como antes. El Danubio me atraía con una fuerza extraordinaria. Tenía once años cumplidos y no conocía aún las barcas cuyos remeros cantaban con melancolía, arrastrados por la corriente de agua.

En aquella época el puerto no tenía muelle y podías avanzar en el agua diez, incluso veinte pasos, hasta que te llegaba al pecho. Para subirte en alguna barcaza, tenías que pasar por pequeñas pasarelas de madera. Los veleros, anclados en la parte profunda, rozaban con su barriga el ponteadero que reforzaba una de las orillas del puente grande, construido con troncos y tablones. Un hormiguero de estibadores turcos, armenios y rumanos, con sacos a la espalda, se dirigían deprisa hacia esos puentes, que se doblaban bajo su peso.

Al principio contemplé de lejos ese bullicio, a continuación me mezclé con los críos de las tres o cuatro razas que habitaban la ciudad y cogí gusto a sus juegos. Me gustaba sobre todo verlos chapotear en el agua, desnudos como diablillos morenos. Me moría de ganas de bañarme con ellos, pero me daba miedo ver cómo se peleaban y cómo jugaban a ahogarse. Una vez sacaron a la orilla a un pequeño *lipovean*, rubio como yo, que casi se había asfixiado y ya no respiraba.

Desde aquel día los abandoné y empecé a contemplar a los barqueros tumbados en sus barcas, zanganeando al sol, fumando y canturreando fragmentos de canciones. En una ocasión incluso supliqué a uno de ellos, en turco, que me paseara un poco por el agua. Él me respondió que para poder pasear en su barca tenías que pagar algo. ¿Cómo podía saber yo qué era llevar dinero encima y... pagar? El barquero me llamó «tonto» y me explicó que él se ganaba el pan transportando a gente por el agua. Y al mismo tiempo que me hablaba miraba a mis espaldas y guiñaba el ojo; después, fijándose en mi ropa nueva exclamó:

—¡Ah, estos niños ricos! ¡Ni siquiera saben que hay que tener dinero para poder vivir!

Entonces me volví y mi mirada se topó con un viejo turco, atractivo y ricamente

vestido, que se mantenía a cierta distancia apoyado en un bastón nudoso de cornejo, mientras escuchaba nuestra conversación.

Me hizo una señal con el dedo.

—¿Eres turco? Lo hablas muy bien —me dijo.

—¡No, soy rumano!

Me interrogó durante un buen rato, con educación y buena fe, pero no respondí a todas sus preguntas. A pesar de todo, me caía bien... ¡Dios mío! ¿Cómo pude no darme cuenta de la desgracia que me amenazaba? Ante mí se hallaba un ser horrible que destrozó mi vida y la de Kyra: Nazim *efendi*^[16], el propietario del velero y proveedor, como tantos otros en aquella época, de «materia prima» para los harenes. El monstruo se portó conmigo de forma inmejorable: serio, tranquilo, educado. Al despedirse y dirigirse hacia su barca tapizada, me dijo en tono indiferente:

—¡Si por casualidad te apeteciera dar un paseo por el río, solo o con tu hermana, os dejo mi barca gustosamente!

Llamó a su barquero, un árabe, le dio una orden y partieron por el río. Estaba increíblemente contento por su muestra de buena voluntad y lamenté no haberla aprovechado en ese mismo instante. Temía no volver a encontrarlo y haber dejado escapar aquella bicoca.

Corrí cuanto podían mis piernas hacia la posada y subí la escalera de la orilla enviando besos a Kyra, que se encontraba en la ventana.

—No eres nada simpático —me dijo ella—, ¡Te vas a tus juegos y a mí me dejas aquí sola, aburriéndome!

—¡Mañana vas a divertirte como una princesa en la barca de un señor! —repliqué besándola.

Y sin resuello le conté el tesoro que había descubierto. ¡Ay, por qué no fue al menos ella más despabilada, más concedora que yo de las maldades humanas! Kyra bebió con avidez mis palabras e, impaciente por pasear cuanto antes en un lujoso velero, se puso tan nerviosa que no pudo pegar ojo en toda la noche.

A la mañana del día siguiente, perdió el tiempo en acicalarse y acicalarme. A eso del mediodía bajamos hacia la orilla. El árabe estaba allí con su barca, pero faltaba el viejo.

—¿Has recibido la orden de pasearnos? —le preguntó Kyra con atrevimiento.

—Sí —respondió él, poniéndose en pie.

Ella corrió por la pasarela y saltó a la barca como una corza. Mientras la seguía, oí a un barquero decir estas palabras, que yo recordaría en mi desgracia más tarde:

—¡Cómo los ha cazado!

Se lo conté a Kyra y le pregunté por su sentido.

—¡Son unos necios! —dijo ella.

Soplaba en el Danubio una brisa de ensueño. Por primera vez disfrutábamos de la delicia de semejante balanceo. Las velas se hinchaban ligeramente bajo la suave presión del viento. Sin embargo, la orilla se alejó y de repente empezamos a saltar las

olas de la parte más ancha del río.

—¡No remes hacia el centro! ¡Vuelve a la orilla! —pidió Kyra con miedo.

El árabe enderezó el rumbo. Volvimos hacia la orilla. En la colina, la casa de nuestra familia apareció en una triste soledad, pero cerca de ella se veía la posada, con las ventanas de nuestras habitaciones abiertas. El barco las sobrepasó lentamente, así como el hormiguero del puerto, innumerables veleros, gabarras y pontones. Cuando llegamos al otro extremo de la Ciudadela, la chalupa se dirigió hacia una pasarela solitaria y atracó. En la orilla, el turco nos esperaba en pie. Se acercó unos pasos, saludó a Kyra con una profunda inclinación y la ayudó a saltar a tierra firme. Eso le encantó. El viejo se movía con agilidad, y tenía un porte elegante que nosotros no habíamos visto aún entre nuestros humildes invitados.

¡Ay, pobre corazón humano! ¡Con qué facilidad se lanza en pos de la felicidad! Ni siquiera hoy llego a entender cómo pudo no parecernos sospechosa la presencia del turco a nuestra llegada, así como que tampoco hubiéramos tenido en cuenta su premeditada ausencia al salir del puerto.

Esta vez se comportó aún con más habilidad. Ante su calma, su educación y su pelo cano, Kyra llegó incluso a pedirle que nos enseñara el velero. Él no se esperaba otra cosa, pero se ve que estaba seguro de su presa y le respondió en turco con palabras de lo más escogidas:

—¡Todavía no, encantadora dama! Mi velero está anclado en la otra parte del Danubio, en el brazo de Macin, donde lo están cargando, y como tú no estás acostumbrada al vaivén de las olas, podrías marearte. Pero pronto satisfaré tu curiosidad. Hasta entonces, estoy encantado de poder ofrecerte mi barca y me sentiría increíblemente honrado si la usaras.

Acto seguido, nos saludó con un profundo *salamalec*^[17] que hizo ondear sus ropajes de seda, se llevó la mano a la frente y al corazón y subió a la barca.

•

Este nuevo entretenimiento nos arrebató el sentido. Olvidamos a mi madre, a mi padre, a los invitados e incluso a Dios. Nos entregamos en cuerpo y alma a la trampa de nuestro protector. Tres días seguidos nos paseamos por las olas del Danubio, aventurándonos a ir cada vez más lejos. Un día la barca se alejó tanto que, sin que nos diéramos cuenta, nos encontrábamos en la otra parte del río. Y, finalmente, nuestra curiosidad fue satisfecha y subimos al velero. Era grande y nuevo. El olor a brea excitaba nuestra nariz, pero de todas las explicaciones que nos dio el árabe sobre la función de las velas, de los mástiles, de la maraña de cabos, apenas entendimos nada.

Nazim *efendi* nos recibió, en caftán y babuchas, en su rica cabina-salón situada junto al mástil de proa. Nunca habíamos visto tanta riqueza en alfombras orientales, objetos de cobre, cojines cosidos con hilo de oro, *musarabiehuri*^[18] en miniatura e

interminables panoplias: arcabuces, puñales, cimitarras, todo ello con filigranas de incrustaciones de oro, plata y marfil. Perfumes con aromas desconocidos embriagaban nuestros sentidos. En las paredes cubiertas de alfombras ocupaban delicadamente un lugar de honor el retrato del sultán Abdul-Medjid y las insignias de Turquía, cuadros con versos del Corán en una armoniosa caligrafía árabe y retratos de odaliscas de una belleza sorprendente, que llamaron la atención de Kyra.

—¡Qué hermosas son! —se admiró ella.

—¡Y tú eres igualmente bella, señorita! —la aduló el turco.

Nos dieron gustosos *baclavales*, café en unas tazas maravillosas y extraordinarios narguiles con tabaco perfumado. Nuestro anfitrión se mostró encantador, alegre, inmejorable. Interrogó discretamente a Kyra sobre nuestros padres y, sin contarle todo, ella le desveló más de lo necesario. Se dio prisa por confesarle, ante todo, que le gustaba bailar, y Nazim *efendi*, encantado por la forma en que había transcurrido el día, se levantó y nos animó añadiendo:

—¡Si os gusta el baile, aquí podéis bailar cuando queráis!

Después de esto pasamos a la orilla rumana.

Estaba orgulloso y contento por mi descubrimiento. No sospechaba nada. Kyra estaba aún más satisfecha que yo y sospechaba incluso menos. Abandonamos todas nuestras costumbres anteriores, todas nuestras distracciones. Nuestra vida fue completamente absorbida por el maldito velero. La chalupa nos conducía allí cada día y no volvíamos a casa más que para dormir y comer. Más aún: Kyra ya no encontraba sus ropas lo suficientemente ricas y nuestras habitaciones se le habían vuelto insufribles. ¡Esperaba con impaciencia que el tío Cosma acabara de una vez con nuestro padre para poder tomar posesión de su casa y su fortuna, llegar a ser una señora elegante y poder recibir también ella no a los *musafiri*, sino a Nazim *efendi*! ¡Pobrecilla!

Pasada una semana, nos habíamos hecho con la cabina del turco, habíamos jugado y nos habíamos divertido. Nos habíamos hecho amigos y ya nada nos daba vergüenza. Kyra juraba que «¡este hombre es un verdadero padre!». Él sacaba de los arcones unas vestimentas increíblemente hermosas, de odalisca, y las desplegaba ante nuestros alucinados ojos. Un día convenció incluso a Kyra para que se pusiera uno. ¡Parecía una verdadera odalisca, semejante en todo a las de los cuadros! Para que yo no tuviera celos, me vestía también como a un turco: con fez, bombachos y una pistola en el cinturón bordado. Disfrazados así, no nos faltaba mucho para rogarle que levantara las anclas y desplegara las velas.

Algo que, por otra parte, llegaría a hacer, pero para someternos aún más, nos desvistió, guardó sus ropas en los baúles y nos volvió a enviar de vuelta a casa con la boca hecha agua.

A la mañana siguiente, nuestro último día sobre suelo rumano, Kyra lloraba amargamente: nuestro padre todavía estaba vivo y el tío Cosma no pensaba poner fin

a sus días.

Pero si él tardaba en llevar a cabo este gesto liberador, alguien sí que había sido asesinado. Muy temprano oímos una voz ronca gritar bajo nuestras ventanas:

—¡Cangrejos, cangrejos vivos!

¡Por fin recibíamos la buena noticia! ¡El pescador llegaba a tiempo!

Bajamos a la carrera. Doblado por el peso de los años y, sin duda, por el de sus pecados, el viejo Ibrahim daba vueltas bajo nuestras ventanas, vigilándolas como un bandido. Lo seguimos hacia Catagats y allí, lejos del puerto, susurró en secreto:

—¡Ay de vosotros! Cosma ha sido tiroteado por los hombres de vuestro padre, que lo vigilaban. Su hermano está herido pero ha conseguido escapar al galope.

¡Ay, cuántas lágrimas pudimos derramar entonces! ¿Nuestro protector asesinado? ¡La fatalidad se había cumplido! ¿Qué iba a ser de nosotros ahora? Al no tener ya miedo de nada, estábamos seguros de que nuestro padre vendría a buscarnos.

Nos entró un miedo terrible. ¡Era mejor arrojarse al Danubio que volver a la posada! Pero la barca nos esperaba en el muelle y, una vez llegados al velero, nos lanzamos en brazos de Nazim *efendi* como si fuéramos sus hijos.

Con el rostro bañado en lágrimas, Kyra le contó toda la verdad, toda, incluso el último desastre, gritando desesperada:

—¡Antes nos ahogamos que volver a casa!

—¿Por qué os desesperáis así, chicos? —nos interrumpió el sinvergüenza—. Por parte de vuestro abuelo, vosotros sois turcos. Así que os llevaré conmigo a Estambul, adonde, sin duda, fue también vuestra madre para hacerse curar el ojo herido. ¡Allí daremos con ella y seréis felices!

Después nos besó.

—¿Cuándo partís? —le preguntó Kyra.

—¡Dentro de unas horas, en cuanto se ponga el sol!

En el colmo de la felicidad, aunque nos hundíamos en nuestra tumba, caímos a sus pies y abrazamos sus rodillas. ¡Él era nuestro salvador! Y por la noche, en medio del ruido ensordecedor que llegaba desde el puente, apretados en la cabina en que fumábamos pipas de opio, con la mente alucinada, en una niebla de inconsciencia y felicidad, el barco empezó a balancearse de tal manera que creímos que nos elevábamos hacia el cielo.

No nos dirigíamos ni al cielo ni hacia Estambul para encontrarnos con nuestra madre. Éramos secuestrados, secuestrados con nuestro consentimiento y conducidos para ser vendidos como una mercancía cualquiera.

Otro día os contaré las peripecias de mis vagabundeos en busca de Kyra, que fue encerrada en un harén en cuanto llegamos a Constantinopla. Yo tuve que someterme a los deseos de mi respetable bienhechor y fui pervertido para siempre. Y para siempre perdí a mi querida hermanita, a pesar de que, habiendo huido dos años después del secuestro, la busqué durante doce años seguidos, disfrazado como vendedor de *salep*.

Catorce años más tarde, al regresar a Rumania, descubrí que, al poco de nuestra fuga, mi tío, el que había escapado de la muerte, dio fuego una noche a las dos casas, la de mi madre y la de mi padre, por miedo a que se le escapara nuestro verdugo.

Y ciertamente esa vez no se le escapó, puesto que mi padre murió entre las llamas.

III

Dragomir

Habían transcurrido cuatro años desde el día en que Adrian escuchara, de labios de Stavros, la historia de Kyra. A pesar de su búsqueda y de los esfuerzos por volver a encontrarse con el desgraciado *limonagiu* para poder mostrarle su afecto y amistad, no había conseguido dar con él. Lo creía muerto. Y la agitada vida de nuestro inquieto joven siguió su destino.

Pero ese destino le venía de maravilla, al menos para aquello que más le interesaba en la vida: la necesidad de contemplar sin cesar el abismo del alma humana. Y aunque estos abismos son raros y difíciles de descubrir en el entorno impenetrable de la muchedumbre anónima, Adrian sabía buscarlos y descubrirlos. A veces daba con ellos por casualidad.

Así, una tarde de un aburrimiento mortal, se arrastraba pesadamente por la calle Darb-el-Barabra, en El Cairo, donde se hallaba desde hacía un mes, y entró en el café-restaurant de un judío rumano, un local cosmopolita frecuentado por individuos de toda condición y calaña. Entre los clientes del señor Goldstein no había ninguna afinidad espiritual, recelaban y a menudo se despreciaban unos a otros. Pero lo que los reunía era el lucio relleno, preparado según una receta judía, y la *tsuica*^[19] rumana. Adrian hacía lo mismo que ellos siempre que tenía dinero para pagarse el capricho, y aquella tarde lo tenía. Pero su cara dejaba traslucir que esa compañía le producía disgusto. Para evitar algún encuentro no deseado, se escurrió con la cabeza gacha hasta el fondo del comedor, donde se juntaba una clientela de tercera y donde las mesas no tenían manteles. Desde allí escuchaba y observaba a la gente.

«¡Cómo se parece ese hombre a Stavros!», se dijo mientras comía el lucio y miraba de soslayo a un tipo sentado de perfil en la otra parte de la taberna. Pobremente vestido, sin afeitarse desde hacía al menos un mes, envejecido, el hombre permanecía inmóvil con la barbilla apoyada en la palma de la mano y miraba indiferente hacia la puerta, con un vaso de *tsuica* ante él. Había, en su aspecto, esos estigmas desagradables que producen rechazo. Con todo, aunque estaba lejos de imaginar que Stavros pudiera encontrarse en Egipto, Adrian se sintió conmovido por aquel viejo solitario, callado e indiferente. Habría querido verle la cara, pero el hombre no se movía, parecía petrificado. Entonces, haciendo uso de la costumbre oriental que permite a un desconocido ofrecer a otro desconocido de su condición o de condición inferior una consumición, así, sin motivo, Adrian llamó al camarero y le pidió que le sirviera una *tsuica* de su parte al hombre sentado en la esquina opuesta. Eso tendría que propiciar sin duda un intercambio de agradecimientos y buenos deseos. En lugar de algo así y para su gran sorpresa, vio cómo el desconocido

rechazaba una consumición que no había pedido.

—Es de parte de aquel señor de allí —dijo el camarero señalando hacia Adrian.

—¡Poco me importa! —respondió el hombre sin mirar hacia donde se le indicaba.

Pero el timbre de su voz fue suficiente para que Adrian reconociera a Stavros. Se levantó muy emocionado y le tocó el hombro. Con voz temblorosa, le susurró al oído, sentándose junto a él:

—¿Es posible? ¿Eres tú? ¿Aquí?

—¿No lo sabías? —preguntó a su vez Stavros, mirándolo sin sorpresa y con recelo.

—¿Cómo? —exclamó Adrian extrañado—. ¿Me has visto entrar y no te has precipitado a saludarme? ¿Y encima me rechazas cuando quiero invitarte por simpatía? ¿Qué te pasa? ¿Desde cuándo eres tan huraño?

—Eso es lo que pasa con la gente cuando envejece, sobre todo cuando se lleva una vida como la mía. No te llega con la simpatía...

—Pero ¿es que yo no soy para ti más que alguien simpático?

—Me refiero a invitaciones por simpatía, o de la simpatía que cabe en una invitación. Respecto a ti...

—Eso, ¿qué hay respecto a mí? ¿Eh?

—Por el momento, entre nosotros hay una gran diferencia: tú subes la colina de la vida, mientras que yo la bajo, entre nosotros está la cumbre. Y además...

Stavros miró a su alrededor con precaución y calló.

—¿No tienes hambre, Stavros? —preguntó Adrian con cariño.

—Pues sí, tengo hambre.

—¿Quieres lucio relleno? Aquí lo preparan de maravilla.

—Lucio, rana, elefante, dile que traiga lo que puedas pagar... pero ofrece una ronda más lucida que un vaso de *tsuica* que habría podido pagarme yo mismo —respondió Stavros.

Y, con gesto cansado, se pasó la palma por la cara arrugada.

•

Aproximadamente una hora más tarde, sentado frente a un vaso de vino en la pequeña habitación de Adrian —iluminada con una lámpara de petróleo—, Stavros, animado por la sinceridad del joven, quemaba las últimas gotas de aceite de la sagrada candela que sostiene el alma de los apasionados.

—Ahora que ya te he puesto al corriente también de mi ridículo y último avatar como vendedor-de-piel-de-gallina-clueca, me doy cuenta, querido Adrian, de que si no me vieras en el estado en que me hallo, te apresurarías a preguntarme qué le pasó a Kyra o, más concretamente, la historia del pequeño Dragomir de aquella época. Pero lo deseo por ti, y voy a volver con la memoria a aquellos lejanos tiempos, aunque vas a descubrir cuánto duele cuando revuelves en los baúles de los viajes

lejanos.

Cuando huí del barco de Nazim *efendi*, en Constantinopla, debía de tener unos quince años. Joven, guapo y tonto, estaba vestido y emperifollado como el hijo de un príncipe. ¡Sólo las ropas que llevaba debían de costar tanto como un caballo árabe! ¡Tenía también el reloj, encargado especialmente para mí y fabricado por el relojero del sultán! ¡Y los anillos, de los cuales estaban los dedos llenos! ¡Y el fez, bordado tan sólo con hilo de oro! Además de puñados de liras turcas, tantos que hacían que se me cayera el pantalón. Tenía con qué vivir unos diez años sin molestarme en mover siquiera un dedo.

Pero para vivir no basta tan sólo con la fortuna. Mi alma albergaba un dolor inmenso y el corazón una ingenuidad aún más abrumadora, dos tiranos que al final consiguen siempre vencer a un carácter demasiado sensible. El dolor era la añoranza de Kyra y de mi madre, los dos seres perdidos que me eran tan necesarios en la vida. Mi ingenuidad era una confianza ciega en que, una vez libre, la gente me ayudaría a reencontrarlas. Y para dar con ellas estaba dispuesto a cualquier sacrificio. Sin darme cuenta, estaba incluso dispuesto a sacrificar mi cuerpo, ya pervertido y acostumbrado a su nueva situación, porque te acostumbras a todo en la vida, y al vicio más fácilmente que a cualquier otra cosa que al principio te parezca ardua. Y esto es tan cierto que, cuando me hallaba cautivo, pensé más de una vez: «¡Ah, si estuvieran Kyra y mamá conmigo, no me iría nunca de aquí!».

¡Me sentí tan feliz el día que conseguí escapar milagrosamente de mi jaula de oro, que —¡que Dios me perdone!— por un momento me olvidé de Kyra y de mamá! ¡Ya no temía a mi verdugo! Su velero levaba el ancla justo en el instante en que yo conseguía poner el pie en tierra, y eso sólo gracias a su imprudencia. Al despuntar el alba, corriendo por el muelle del Bósforo, le insultaba a gritos y le hacía gestos obscenos: «¡Vete al infierno! ¡Canalla perfumado! ¡Ojalá os envíe Dios una tormenta a ti y a tu barco, y os ahoguéis en el mar Negro! ¡Que te coman los peces del fondo del mar, carroña! ¡Amén!».

En cuanto su maldito velero desapareció, me invadió una alegría sin par. Eché a correr hacia donde me alcanzaba la vista por las calles sucias de Galata, pisando las colas de incontables perros sarnosos, chocándome con vendedores de *salep*, dándome contra mendigos ciegos y volcando los narguiles de los fumadores de las aceras. Todo ello debido a que cuanto veía y mi inesperada libertad me habían aturdido por completo. Los transeúntes me tomaron por loco, y un *ceaus*^[20] turco me detuvo sin tocarme, me saludó respetuosamente y me dijo con una cortesía que me hizo reír:

—¡Perdone que le diga, noble caballero, que es indigno para con su padre, el *bey*^[21], que se comporte así! ¿Cuál es su ilustre nombre? ¿Y dónde está su gobernador?

—¿Qué es eso de «ilustre» y de «gobernador»? —le pregunté subiéndome los pantalones, que se me habían caído hasta las rodillas.

Y, sin esperar a su respuesta, me di la vuelta y huí. Un jinete iba al trote y el propietario del caballo corría tras él enganchado a la cola del animal. Me encantó la idea e hice también yo lo mismo hasta perder el aliento.

Ese primer día de libertad fue el único de aquella época en que la felicidad fue total, sin la más mínima preocupación, sin ninguna contrariedad. Tenía ganas de hacer toda clase de travesuras al mismo tiempo: cruzar los puentes, ir al Cuerno de Oro, entrar en los lupanares donde bailaban mujeres con el vientre desnudo, subir las calles tortuosas que llevan hacia Pera. Finalmente, decidí pasearme a caballo y elegí el ejemplar más bonito. Su propietario era solícito y educado. Me ayudó a montar y ajustó los estribos a mi medida. Al darse cuenta de que no sabía montar a caballo y de que tampoco parecía saber hacia dónde ir, me dio unos consejos sobre cómo sujetar el freno y me preguntó por dónde quería pasear.

—¡Por todas partes! —le respondí, subiéndome al estribo.

—¿Por todas partes? —repitió él sorprendido—. Pero su señoría no va a poder ir a todas partes en un solo día. Tiene que elegir un destino.

—Si es así, llévame hacia las colinas que se reflejan en el Bósforo.

Y, guiado por él, me dirigí hacia Ildiz-Kiosk y Dolma-Bahce, que me maravillaron y colmaron mi espíritu con el más fantástico de los mundos. Durante esas largas y melancólicas horas, embelesado por el vaivén del caballo, que iba al paso, y por todas las maravillas que desfilaban ante mis ojos, el cuerpo, el alma, todo mi ser, parecían no pertenecer ya a este mundo... Mi pasado había desaparecido por completo... Había olvidado quién era... Había olvidado al hombre que llevaba el caballo del cabestro y que no decía una palabra, y yo tampoco le hacía ninguna pregunta; durante el tiempo que duró ese paseo inolvidable no abrí la boca ni una vez. Y, como en un sueño, sentí, más tarde, que el caballo se detenía y que una voz irreconocible me decía quejumbrosa:

—*Efendi*, se ha hecho tarde. Ya va a oscurecer. Tengo hambre, como debe de tenerla también el caballo. ¿No sería hora de llevarlo a su residencia?

Entendí que tenía que apearme y bajé casi mareado. Una sensación dolorosa entre las piernas me hizo perder el equilibrio y me senté en el suelo.

—¿Quiere quedarse aquí? —me preguntó el hombre.

Asentí con la cabeza, saqué del bolsillo una lira de oro y se la di. Sabía que tenía que pagar, pero no tenía ni idea del valor del dinero, ni del de las cosas necesarias en la vida.

—Son tres cereci^[22] —dijo él— Quizá tenga cambio.

Sin darme cuenta de lo que hacía, quise darle dos liras más.

—No, *efendi*, le digo que me paga demasiado y yo no puedo darle las vueltas.

—No importa, quédatelas —murmuré.

—¡Ah, no!... Para ganar eso tengo que trabajar una semana.

—Da lo mismo, quédatelas...

—¡Por Alá! ¡No las necesito! —gritó—. ¡Su poderoso padre me cortaría la cabeza si hiciera algo así! ¡No, no las quiero!

Y sacando todo lo que llevaba en la faldriquera, volcó en mis brazos un montón de céntimos, reales y perras gordas, lo cual me pareció extraordinariamente mucho; después me hizo innumerables reverencias, montó en el caballo y se marchó.

Me quedé solo en un prado verde junto a un camino muy limpio y bello que seguía a lo largo de un canal. Mi mirada, clavada en las tranquilas aguas, sorbía con avidez las imágenes fantásticas de cuentos orientales: las sombras de los palacios y de los cipreses que el sol del ocaso acostaba sobre el espejo oscuro del Bósforo y, más allá, cuanto abarcaba la vista, una sucesión infinita de colores encendidos, manchas de oro y de cobre rojo, lenguas de fuego consumiéndose en la distancia, rotas por las colinas de cresta lila reflejadas en el espejo del mar.

¿Así que era tan bella esta tierra? Hasta entonces no había tenido ni idea. Era la primera vez que veía tantas maravillas. El salón de mi madre y la jaula flotante de Nazim *efendi* habían llenado toda mi vida hasta el momento. Hasta tal punto me hundí en la borrachera de aquel día mágico y sobre todo en el ensueño de su ocaso, que se había hecho casi de noche cuando di un respingo al volver en mí llevado por un canto melancólico proveniente de una barca con remos que se deslizaba lentamente, no lejos de mí. ¿Dónde estaba? ¿Dónde iba a comer? ¿Dónde iba a dormir? Y ellas, Kyra y mamá, ¿dónde estaban? ¿Hacia qué alma cariñosa tenía que dirigir mis pasos?

Empecé a sollozar de repente, grité con toda mi alma el vacío humano que sentía, unas lágrimas ardientes me inundaron la cara. El barquero me oyó y viró hacia mí, pero cuando estuvo a un par de metros de la orilla, alargó el cuello, me observó por un momento y después se alejó diciendo en griego a voz en grito:

—¡Oooh! ¡Querido mío! ¿Por qué lloras? ¡No creo que seas tan desgraciado, pues te veo cubierto de oro!

Desde aquella noche, ya no confío en la gente que tiene una voz hermosa.

Grité a la soledad toda mi tristeza, todo el dolor de una tierna adolescencia caída en manos de una vida despiadada... Y ni el oro que me pesaba en los bolsillos, ni los caros anillos que me adornaban los dedos, ni aquel reloj principesco fueron capaces de darme un consejo, de ofrecerme un consuelo. A mis ojos, su valor había desaparecido. Lo habría dado todo, incluso la camisa que llevaba, a quien me hubiera traído no a Kyra o a mi madre, sino tan sólo un mechón de sus cabellos; éste me habría dado más fuerza que todo aquel maldito metal, habría aliviado mi corazón más que todas aquellas piedras preciosas.

Apoyaba la frente acalorada contra cada árbol del camino oscuro que llevaba hacia la ciudad y mojaba su corteza con mis lágrimas. Los abrazaba y repetía sin cesar, ante su indiferencia:

—¡Mamá!... ¡Mamaíta!... ¡Kyra!... ¡Hermanita!... ¿Dónde estáis? Ahora soy libre... Y no sé adónde ir... Es de noche... Hay mucha gente por aquí... Demasiada gente... ¡Pero no están ni Kyra ni mamá!...

De repente, en un recodo, una luz potente me hirió en los ojos. Dos «abridores de camino», descalzos y sujetando antorchas encendidas, pasaron a la carrera y gritaron al unísono:

—¡Apártate!

Apenas había tenido tiempo de echarme a un lado ante la lujosa carreta que pasaba, cuando oí el chasquido de un latigazo y, al mismo tiempo, un dolor terrible que me quemaba en el cuello y la barbilla. Desde la época de las palizas de mi padre y mi hermano, no había sentido un dolor semejante.

Me levanté a tientas. Ahora el camino era todavía más negro que antes y me invadió un miedo horrible. Eché a correr con todas mis fuerzas, sin decir una palabra, asustándome incluso de mi respiración y del silbido del viento en mis oídos. Más tarde, empezaron a aparecer unas casas, luego unas calles limpias, callejones sucios, gente, vendedores que gritaban, perros que apenas se movían, y finalmente caí desmayado en un solar vacío...

Volví en mí con los esfuerzos de un hombre que quería levantarme y, a la luz de la luna, vislumbré una figura que se parecía a la de Ibrahim, el pescador de cangrejos de Catagats. En aquel instante brotó de nuevo en mi corazón la esperanza de volver a encontrar a mi hermana y a mi madre. Me abracé al cuello de aquel hombre, que olía a mugre y a tabaco, y grité entre sollozos:

—¡Soy un desgraciado: he perdido a mi hermana y a mi madre! Ayúdame a encontrarlas y te daré todo el oro que tengo en los bolsillos, todos los anillos y el reloj y las ropas...

—¡En nombre de Alá! ¡No grites así! —susurró el viejo tapándome la boca con su mano húmeda. Después, levantándose, añadió—: ¡Ven conmigo!

Lo seguí. Sólo entonces me di cuenta de que llevaba en el brazo un cesto con delicias turcas con las que al parecer se ganaba la vida.

Caminamos más de media hora. Él no soltaba una palabra, yo estaba completamente atontado. Nunca, hasta aquella noche, habían chapoteado mis pies en tanto barro, nunca me había sido concedido ver unos arrabales tan sucios ni una pobreza tan espantosa. Finalmente, me arrastró hasta una especie de caseta en la que no había más que un jergón de paja y una olla con agua, tanto uno como la otra directamente sobre el suelo. Eso era todo.

—¡Ahora cuéntame qué te ha sucedido! —pidió él, dejando el cesto en el suelo y sentándose con las piernas cruzadas en el borde del jergón.

En menos de una hora le hilvané toda la historia, brevemente, pero toda, sin ocultarle nada, desde la descripción de la casa de mi madre hasta la fuga del velero. Me escuchó sin decir una palabra. Al final se levantó.

—Acuéstate ahí —dijo, mostrándome el jergón—. ¡Esto es cuanto puedo decirte

esta noche!

Me quedé un poco sorprendido, pero completamente convencido de que iba a ayudarme a volver a encontrar a mis amadas criaturas. Caí como un tronco y dormí mirando hacia mi benefactor, que se había quedado petrificado en una esquina, con los ojos clavados en mí.

Al día siguiente me despertó bastante temprano.

—Es hora de partir...

—¿Para buscar a Kyra? —pregunté rápidamente.

—No, hijo, no para buscar a Kyra, sino para no volver a vernos nunca más, porque tu oro está maldito. Todas tus joyas y tus ropas traen consigo la desgracia. ¡Qué Alá te guarde!

Y, cerrando la puerta, me dejó fuera, y él se alejó con su cesto de delicias.

•

Ese viejo, así como el *ceaus*, el barquero y el que me alquiló el caballo fueron las cuatro únicas personas honradas que iba a encontrar en mucho tiempo; y ese primer día de libertad quedó como el único recuerdo con el que puedo caldear mi corazón.

El primer paso que di después me llevó directamente al abismo.

Me quedé tan anonadado por la forma despiadada como me había abandonado el viejo que, creyendo que estaba loco, no tuve siquiera fuerzas para llorar, para desesperarme. No podía creer que existiera tanta maldad. Mi primer pensamiento fue ponerme enseguida en marcha para buscar gente de mejor corazón. La vida me esperaba en un recodo para darme una lección.

No puedo entender por qué rareza infantil se me había metido en la cabeza la idea fija de que mi madre seguía aún curándose el ojo en algún hospital de Estambul. Y me decía que tenía que empezar a buscarla. Obsesionado por esta idea, me puse en marcha y pregunté a los transeúntes dónde estaba el centro de la ciudad. Todos me encaminaban hacia Pera, adonde llegué como una hora antes del mediodía.

Tenía un hambre canina. Busqué algo de comer por una callejuela lateral, de donde llegaba olor a cordero asado. Junto a la esquina, ante un tenducho, un hombre atizaba el fuego de una parrilla de carbón sobre la que estaban ensartados un montón de pinchos. Con el fez sobre el cogote y con una camisa entreabierta que dejaba ver un pecho velludo y tostado por el sol, el vendedor daba vueltas a la mercancía, hacía piruetas sobre una pierna, ponía los ojos en blanco y gritaba:

—¡Kebab! ¡Kebab!

Entré en la tenducha vacía y pedí pan y *kebab*. Ante una sucia mesa de madera engullí con avidez casi un cuarto de pan, tres pinchos morunos y bebí agua. Después, saqué un puñado de monedas de oro, plata, cobre, se las tendí para que eligiera lo que le debía.

—Coja de aquí lo que cuesta la comida —dije.

El vendedor se sobresaltó, me lanzó una mirada penetrante, miró de soslayo hacia la entrada y, con descaro, cogió una lira de oro y se la metió en la faldriquera rápidamente. Al salir iba diciéndome: «¡Una de dos: o una comida cuesta mucho más que el alquiler de un caballo durante todo un día, o al granuja este poco le importa que mi *poderoso padre* pudiera cortarle el cuello!».

Impaciente por dar cuanto antes con una persona de bien que me ayudara de corazón, me dirigí al café más grande de la plaza. Iba pensando: «Es más prudente que me dirija a los grandes, a los nobles: ellos no necesitan robarme y no se van a asustar por mis ropas ni por mi oro».

Mi criterio fue acertado. Me dirigí en primer lugar a donde un limpiabotas, como había visto que hacían otros hombres con las botas tan sucias como las mías. Pero esta vez fui más espabilado: me fijé bien en cuánto dinero pagaban los demás al limpiabotas; también yo le di la moneda más pequeña, un real. Después, reluciente como un espejo, entré en el café.

El ruido ensordecedor de las voces, de los dados, de las fichas, me aturdió. Por las mesas casi no había sitios libres, todos estaban jugando. En efecto, allí no había más que gente de bien, autoridades civiles y militares. Me deslicé por entre las mesas. Nadie se fijó en mí ni tampoco pareció asombrarse por mi rico aspecto, ni siquiera los camareros.

«¡Qué extraordinario es no tener que relacionarse más que con gente educada! ¡Aquí te sientes mucho más a gusto que entre pobres!», pensé.

Me senté en una silla entre dos jugadores de ajedrez y pedí un café con crema y un narguile. De nuevo quise ver qué dinero pagaban los otros por sus consumiciones y cuál no fue mi sorpresa cuando descubrí que por una sola monedita de plata, un real, podías beber diez cafés y fumar diez narguiles, con propina incluida.

Observé los rostros de los dos jugadores vecinos, un oficial y un civil, ambos aún jóvenes, absortos completamente en su juego. Estaban tan concentrados que me entró dolor de cabeza sólo de mirarlos. Me resultaron simpáticos, sobre todo la pinta algo gruñona del oficial junto al cual estaba sentado. Hablaban poco, pero en un turco muy escogido, lo cual me gustó especialmente, aunque asimismo me asustó, porque Nazim *efendi* hablaba también un turco así de distinguido. Me tranquilizó, sin embargo, el uniforme del oficial.

«Debe de ser un valiente», pensé al ver su pecho lleno de medallas. Y sin muchos preámbulos me incliné hacia él.

—Perdone, señor, no sabrá por casualidad...

Sin siquiera mirarme, me hizo una señal con el dedo para que me callara.

Ese fracaso, debido a un gesto tan familiar, no consiguió descorazonarme, sino al contrario, me dio confianza en mí mismo y, poco después, me incliné otra vez hacia él para hacerle una pregunta; pero no había abierto la boca cuando me detuvo con el mismo gesto del dedo, y con la otra mano adelantó una ficha. Entonces, con un poco de descaro, hice un nuevo intento.

—Perdone, señor, ¿no sabrá por casualidad dónde se curan las personas con los ojos fuera?

—¿Quién tiene los ojos fuera? —gritó él, lanzándome una mirada que me aterrorizó.

—Bueno... ¡mi madre! —balbucí.

—¿Tu madre es ciega? ¿Y quién le ha sacado los ojos? —dijo, midiéndome de la cabeza a los pies.

—Los dos no —repuse tímidamente—. Sólo uno.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Mi padre... le dio una paliza... en Braila... en tierra rumana. Hace dos años...

El oficial parecía fuera de sí. Se volvió hacia su amigo y le repitió con desprecio mis palabras:

—¡Está buscando ahora en Constantinopla a una mujer a quien alguien dio una paliza hace dos años en Braila y le sacó un ojo! ¿Tú entiendes algo, Mustafá?

—¡Cómo no... claro que entiendo! —repuso el otro—. Pero este asunto debe ser analizado con más detenimiento y no aquí. —Y acariciándome la mejilla añadió—: Atendamos primero a este chico. ¡Venga, salgamos de este lugar!

Una vez fuera, llamó un coche de punto y montamos los tres.

Este segundo y último encuentro con la magnanimidad de la gente de bien que hablaba una lengua escogida, fue seguido por seis meses de una esperanza reconfortante y de terribles decepciones, con cierta libertad y con una vida de abundancia.

Cuando bajamos ante la puerta de Mustafá *bey*, el oficial se despidió de su amigo y se marchó. Este hombre, al que no iba a volver a ver hasta unos años más tarde en unas circunstancias de las que ya hablaré, me lanzó una mirada severa, llena de desprecio. Lo creí una mala persona y dije al *bey*.

—Un tanto orgulloso, su amigo...

—Sí, es algo orgulloso, pero es un buen hombre.

¡Hablabas incluso de bondad Mustafá *bey*!

Su residencia era una villa enorme situada en la parte del mediodía de la ciudad. El interminable parque que la rodeaba bajaba hasta el Bósforo. La casa era silenciosa, llena de riquezas y de criados que se deslizaban como sombras, mudos como tumbas. Sin embargo, la atmósfera acogedora que reina en cualquier casa oriental me hizo ser confiado. Contribuyó también, en gran medida, la extraordinaria delicadeza del *bey*. No tenía nada de la hipocresía de Nazim. Parecía encantador, te abrumaba con su bondad, era educado y cercano; y así fue siempre mientras aún palpitaba una esperanza en mi corazón. No tendría, ni todavía hoy, nada que reprocharle —ni siquiera su incapacidad de cumplir un deseo mío imposible— si, desde el momento en que se hundieron mis esperanzas, se hubiera contentado con dejarme partir. Pero la pasión de los orientales es tan violenta que pervierte incluso los corazones más

generosos y los empuja —sea por maldad, sea por violencia— a las mismas vilezas.

Mustafa *bey* conoció mi historia con mucha más facilidad que otros después de él. Estoy convencido de que este hombre resultó sinceramente conmovido por lo que le había contado, porque más de una vez, cuando le hablaba, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Me prometió que haría por mí cuanto estuviera a su alcance.

—Si tu madre está en Constantinopla —me dijo acariciándome las manos—, la buscaré por los hospitales y en la policía. Respecto a Kyra, enviaré celestinas sutiles como el éter y más astutas que el zorro para que registren incluso los harenes mejor guardados. Si damos con ella, apuesto mi cabeza a que la sacaremos: con dinero puedes conseguirlo todo en Turquía.

A continuación me mostró mi habitación y me dejó a cargo de un criado que no iba a tener otra ocupación que cuidar de mí. Mis joyas y mis ropas, que eran según su parecer «demasiado ricas e incluso indecorosas», fueron sustituidas por otras «más dignas». A cambio de todas estas atenciones, me pidió una sola cosa: que no frecuentara los grandes cafés y que no saliera demasiado a menudo por la ciudad.

—Es por nuestro interés —añadió—. Nazim no renunciará tan fácilmente a su presa, y un buen día te puedes encontrar con un saco en la cabeza, atado como un paquete y lanzado a un velero como una simple bolsa de pimienta.

Semejante perspectiva provocó en mí un miedo espantoso. Me sentí al instante unido a él y a esa semicautividad que veía surgir ante mi adolescencia.

•

Hay diferentes maneras de llevar a la perdición a un espíritu apasionado, pero la más fácil es hablarle con ternura. Y como en aquella época mi corazón era sólo para Kyra, Mustafá *bey* no me hablaba más que de ella.

Lo hacía con naturalidad porque me quería sinceramente, ¡pero que se vaya al diablo la sinceridad de los apasionados! La mayoría de las veces no es más que un narcótico voluptuoso.

Mustafá *bey* empezó por meter a Kyra en casa bautizando con su nombre todas las cosas que me gustaban. Por ejemplo, al descubrir que en rumano el brazalete y el narguile son nombres femeninos, me trajo, sucesivamente, el más bello narguile que me haya sido dado ver jamás y, tiempo después, un brazalete muy caro. En ambos estaba grabado el nombre de Kyra, pero yo no sabía leerlo. Y apenas se había cumplido el primer mes desde que estaba en su casa, cuando un día que me hallaba en el parque lo vi acercarse arrastrando por el cabestro una yegua magnífica, joven, ágil, caprichosa e impaciente como Kyra.

—¡Mira, ésta es la más bella *Kyralina* que puedo ofrecerte! —me dijo—. ¡Cógela, es tuya!

Me hizo montarla inmediatamente y me ayudó a acostumbrarme a sus cabriolas. Flanqueado por él y por mi criado, los tres salimos a caballo a dar una vuelta por los pintorescos alrededores que se extendían por la parte norte de la casa.

Lo que sí tengo que reconocer ante todo es que en ningún momento, en aquella época de triste abundancia, pudo el deleite hacerme olvidar, tres días seguidos, la ruina de mi infancia. Pero tampoco es menos cierto que mi pobre corazón se abandonaba a menudo a los mimos. Mis largas horas de indolencia —alimentadas por las palabras llenas de esperanza del *bey*— discurrían entre el narguile y mi hermosa yegua, de la que no me separaba más que para dormir o comer y que, por las particularidades y rarezas de su carácter, me hacía creer que algo del amor de Kyra me venía a través de ella. A su vez, ese noble animal me había cogido tanto cariño que era capaz de destrozar el establo cuando yo, en lugar de salir a pasear, me entretenía con el *bey* jugando a tablas reales.

De esta manera, Kyra estaba por todas partes: en los ojos negros y hermosos de la yegua, en cualquier cosa que tocaba, en nuestras conversaciones. La mitad de la imagen de Kyra se encontraba en la casa.

La otra mitad la traían las celestinas enviadas en su búsqueda. Esas mujerzuelas venían de una en una —a cada cual más convencida— a asegurarme que Kyra se encontraba en diez harenes a la vez.

Sus palabras eran de una similitud pasmosa y los detalles conmovedores sobre el rostro de las odaliscas vislumbradas hacían que mi corazón latiera enloquecido. Recibía sus palabras con la ingenuidad de un niño de seis años y salté al cuello de muchas de estas celestinas viejas gritando:

—¡Tiene que ser ella! ¡Es clavada a mi hermana! Intenta acercarte y susúrrale mi nombre: ¡Dragomir! ¡Haz todo lo posible por conseguir una fotografía!

Pero para poder hablar con las odaliscas y conseguir una fotografía hacía falta dinero. Y para cerrar los ojos de los curiosos, para tapar los oídos indiscretos, para abrir las puertas bien guardadas, hacía falta mucho más dinero.

En medio de la habitación, con las manos en los bolsillos, con su mirada penetrante e irónica, el *bey* escuchaba sonriente. Me arrojaba a sus pies, le suplicaba. Y él repartía con generosidad monedas de oro o plata, según la importancia de la misión.

Siguieron después largos días de espera, horas tristes, vacías, sin ganas de vivir. Mi desesperación no encontraba otro refugio que el espíritu comprensivo de mi *Kyralina*. Muchas veces, abrazado a su cuello sedoso me entregaba, por caminos interminables, en amaneceres púrpuras o en ocasos ardientes, al abandono total, lleno de nostalgias dolorosas, de placeres mortales.

A mi lado —como un sinsentido aún más ofensivo— el criado cabalgaba armado hasta los dientes, no se separaba de mí ni un paso y con su silencio culpable violaba esta última expresión de mi amor.

Así se deslizó el tiempo desde la primavera hasta el otoño, desde mayo hasta septiembre. Entonces la esperanza me abandonó de golpe.

Las fotografías que me trajeron no eran de Kyra, y el nombre de Dragomir, susurrado al oído de las desdichadas cautivas, no tuvo ningún eco en los oscuros recovecos de su corazón. No pude seguir escuchando las zalamerías de aquellas mujeres y las pusieron de patitas en la calle.

Pero las desgracias nunca vienen solas. Los intentos de búsqueda para dar con el rastro de mi madre en Constantinopla fueron igualmente vanos. Me lo confesó el propio *bey*, aburrido por mis preguntas, y, para mostrarme su buena voluntad, hizo llamar al jefe de la policía turca, un gigante con cara de verdugo, con unos grandes bigotes y ojos de bandolero. Tras cuadrarse y saludar, gritó con una voz atronadora que casi me hizo caer:

—¡Desde que Estambul es Estambul, no ha pisado su suelo una rumana con el ojo reventado!

Era mucho más que convincente.

Me invadió la desesperación en cuanto vi todas mis ilusiones desmoronarse. Mis lágrimas corrían a raudales por las manos perfumadas del *bey* y le supliqué que me dejara partir.

—¿Qué será de ti si te vas de aquí? —dijo, oponiéndose—. Tienes además la desgracia de ser joven y guapo, dos cualidades que no te serán de ninguna utilidad en Turquía a menos que seas astuto, y tú no lo eres. Así que quédate. En mi casa tienes cuanto necesitas, mucho más de lo que por nacimiento te habrías permitido esperar.

Estaba desconsolado. Sus palabras sonaban como campanas de muerto. Pero el *bey* se volvió aún más complaciente conmigo. Conociendo mi debilidad por montar a caballo, me encargó un traje de caza, me compró una escopeta con la culata repujada con damasquinados a la que bautizó como *Kyra la Terrible* y, equipados de este modo, seguidos por dos criados, tomamos una buena mañana el camino de Adrianópolis.

—Te mostraré los sitios donde habitan los ciervos y los buitres —me dijo—. Ya verás que la vida es hermosa incluso sin mujeres, porque tú no puedes saber todavía que aun la mujer más bella se convierte siempre, al final, en una fulana.

Este sermón me hirió como una puñalada y me hizo odiar a Mustafá *bey*. Disimulé mis sentimientos como mejor pude, pero en aquel mismo instante se me ocurrió la idea de huir.

No tardó en presentarse una ocasión estupenda. Precisamente nos habíamos puesto en camino para un viaje de unas dos semanas por los montecillos más cercanos de los Balcanes, a lo largo del Maritsa; era la partida de caza que el *bey* solía practicar cada otoño.

Mi plan era triple: o bien escapaba a la vigilancia de esos salvajes y huía disfrazado de campesino turco, o bien compraba a los guardias. Pero si los dos

intentos fracasaban, no me quedaba sino —en el caso más desesperado— la rapidez de *Kyralina*, la cual, según lo dicho por el *bey*, era una corredora insuperable. Para comprobarlo, le pregunte a Mustafá si me daba permiso para echarle una carrera con su caballo árabe. Complacido por verme alegre, éste aceptó, me concedió trescientos pasos de ventaja y se vanaglorió de ir a adelantarme antes del pueblo que se veía a casi cinco kilómetros de distancia.

Cuando se oyó el disparo de la pistola del *bey*, clavé las espuelas en los ijares de *Kyralina*. La yegua se alzó sobre dos patas, mordió el freno y salió como una exhalación. Dejé el freno suelto y me afiancé bien a la silla. El viento silbaba con tanta fuerza en mis oídos que en vano intentaba oír el galope de mi contrincante. Sin poder saber si me seguía de cerca, espoleaba con saña el vientre del caballo. La tierra daba vueltas a mi alrededor, el camino blanco parecía huir como en un cuento de hadas.

Enseguida apareció el pueblo ante mí, lo atravesé y lo dejé a mis espaldas ante las miradas aterrorizadas de los aldeanos. Las ocas, las gallinas, los patos que, para su desgracia, se encontraban en medio del camino, resultaron aplastados.

Un kilómetro más allá del pueblo, el *bey* me alcanzó. Poco después llegaron también los criados, trayendo mi escopeta, que había perdido sin darme cuenta.

—¡Has ganado! —dijo el *bey* estrechándome la mano—. ¡Pídeme lo que quieras y te lo daré!

—De acuerdo —le respondí—. ¡Dame una ventaja de un kilómetro y prométeme que no me mandarás buscar si no me alcanzas antes del siguiente pueblo!

Pareció muy dolido.

—¿Tanto te has asqueado de mí? ¿Qué te falta? ¿Mujeres? Puedo darte cuantas quieras, de mi harén o vírgenes de catorce años. Pululan por aquí mujeres de todos los colores, de todos los pueblos, que no esperan otra cosa que ser nuestras esclavas, porque cualquier virgen tiene que encontrar algún día a su imbécil.

—Mustafá *bey*, ¿no crees también tú que la libertad es más valiosa que la esclavitud y que un «imbécil» al que quieres es mucho más que un príncipe que te da asco?

—Eso es cierto —dijo—. Pero no des tanta importancia a lo que es cierto... Y preocúpate más por lo que es bueno. Somos dueños de todas estas tierras con todo lo que hay en ellas, incluidos los animales. ¿Por qué no vamos a disfrutar de lo que se ofrece, tan tontamente, a nuestros apetitos?

En aquel instante se me abrieron los ojos y entendí qué era la vida. En efecto, a pesar de su cinismo, el *bey* tenía razón: todo se sometía «tontamente» a su poder. Ni siquiera tenía que darles las gracias.

Ya fuera en tierra turca o búlgara, musulmán o cristiano, todos, desde el rico hasta el pobre, no eran más que esclavos sumisos; y si a nuestra llegada había en la casa alguna doncella que se hubiera escabullido, su padre, para ganarse la simpatía de su señor, no pedía más que el permiso de sacrificarla, con la misma facilidad con que

nos ofrecía la cama mejor y la oveja más gorda.

Este espectáculo me hizo anhelar aún más mi libertad. Me sentía culpable por la abundancia en que vivía. En mi joven corazón brotó el deseo de encontrar un oficio independiente que me permitiera ganarme el pan honradamente. Y desde aquel momento no me atormentó otro cuidado que el de huir. Pero la ocasión no llegaba y al final de cada día me encontraba tan desesperanzado como la víspera.

Me vigilaban cada vez más. Durante el día, en las largas y agotadoras partidas de caza, el *bey* estaba siempre a mi lado, o bien me rodeaban los dos criados. Por la noche dormía en la habitación de mi triste protector, sin esperanza de poder huir. Así que el primero de mis tres planes se desmoronó. El segundo, el de comprar mi libertad con dinero, también falló. He aquí cómo.

Un día que llovía a cántaros y mientras el *bey* jugaba al ajedrez con nuestro anfitrión, yo empecé una partida de tablas reales con mi criado. Estábamos solos. Para llegar a mi objetivo, me puse tierno, sentimental, y le di a entender mi deseo de huir. Se hizo el tonto. Le prometí entonces mi dinero y mis joyas. No quiso aceptarlos.

—¡Cómo es posible, Ahmed! ¡Dicen que en Turquía, con dinero, se puede comprar cualquier cosa...!

—Sí... la compras —susurro él— Pero el vendedor tiene que tener suficiente dinero como para poder volver a comprar su vida... y tú no tienes tanto.

No me quedaba otra opción que poner mi vida en juego con una huida desesperada. Sabía que podían matarme como a un perro, pero a pesar de ello no vacilé ni un instante.

Nos encontrábamos en una región montañosa, boscosa, muy propicia para mi objetivo. Al día siguiente, muy temprano, empezamos a subir por un camino difícil, entre abetos. Íbamos acompañados de cuatro hombres a caballo que tenían que hacer la batida. Para que mi criado no tuviera tiempo de decirle a su señor lo que le había propuesto la víspera, decidí probar suerte en cuanto surgiera la ocasión, y ésta surgió como no me esperaba.

Los cazadores se habían detenido al borde de un claro extenso en cuyo centro dormía un pequeño lago atravesado por un torrente.

—¡Éste es el sitio donde beben las ciervas! —señaló tranquilo el guía.

Y siguió adelante con sus cuatro hombres. Los dos criados fueron colocados en sendos puntos estratégicos con la orden de disparar al aire en cuanto apareciera el venado para encaminarlo hacia la escopeta del *bey*. Así repartidos, veía cómo se acercaba mi libertad, ya que era mucho más fácil escapar de un hombre solo que de todo un grupo.

Estábamos al acecho en una especie de agujero en una roca: podía abarcar con la vista la zona por donde tenía que aparecer el venado.

—¡Dispara sólo si el animal se me escapa a mí o si lo tienes justo delante de las

narices —me dijo Mustafá bey—, porque no hace mucho que *Kyra la Terrible* está en tus manos!

En efecto, no sabía apuntar.

Habría pasado una hora cuando se oyó un disparo de escopeta y después dos o tres. El bey, con el arma lista, escrutaba los alrededores cuando, de repente, como surgido de la tierra, un ciervo apareció en medio del camino, pero un instante después desapareció por la derecha, donde estaba Ahmed.

—¡Ya es nuestro! —me gritó el bey—. ¡Voy a pillarlo por el costado! ¡Quédate aquí y guarda el camino para abatirlo por detrás!

—¡Te quedas tú, toma! ¡Coge también la escopeta! —grité tras él cuando lo vi desaparecer a la carrera.

Tiré el arma y el morral y eché a correr cuesta abajo, dejando a un lado el sendero y penetrando en un espeso bosque de abetos. Di rápidamente con un camino cómodo y espoleé a la yegua en una fuga tumultuosa; de esa carrera dependían mi libertad y mi vida.

—¡*Kyra*, mi vida, ayúdame!

•

Debí de hacer al menos veinticinco kilómetros desde el lugar de caza hasta que me detuve —en la dulce luz de otoño— a recuperar el aliento en un bosquecillo a la orilla del Maritsa. Dejé que la yegua paciera y descansara. Destrozado por el cansancio y aturdido por la felicidad, me tumbé sobre mi manta. Sin embargo, me atormentaban unos escalofríos de muerte: los habitantes de los pueblos y los guardabosques me habían visto huir y yo me preguntaba todo el tiempo: «¿Habré escapado o no?».

Ante mis ojos, la tierra se extendía inmensa y hermosa, pero yo aún no sabía si era libre o no, si me estaba permitido levantarme y partir, según mi voluntad. La sombra de una mano invisible me amenazaba; ésta podía atraparme y retenerme en cualquier momento.

Vino el sueño a sacarme de ese aprieto. Mis párpados se cerraron pesados. Cuando desperté, me sentí menos apurado ya que a mi lado, con las piernas cruzadas, Mustafá bey velaba mi felicidad. Mientras yo me frotaba los ojos como para escapar de un mal sueño, él me dijo mostrándome un saquito de piel de cierva:

—Mira, Dragomir, te he traído comida... Debes de tener hambre. —Pero cuando volvíamos al trote, añadió—: ¿Así que eres capaz de hacerme jugarretas como ésta? ¿No sabías que cuando el turco ha puesto su mano sobre algo, incluso Dios se olvida de ese algo?

•

Al cabo de unos días, ya de vuelta en Constantinopla, el primer cuidado del *bey* fue decir en mi presencia a los dos criados:

—Dos veces por semana acompañaréis al señor Dragomir a dar un paseo de una hora a caballo, siempre al trote, y responderéis de él con vuestra cabeza. ¡Os ordeno que disparéis a la tripa de la yegua al primer intento de fuga! —Después se volvió hacia mí—: ¡Y en casa sólo tendrás permiso para pasearte por tus aposentos!

No les resultó demasiado difícil a los esbirros cumplir con esas graciosas órdenes ya que aquel mismo día caí en cama gravemente enfermo. Durante toda una semana yací inconsciente, presa de la fiebre y de los delirios.

Cuando recuperé el sentido, mi habitación se había convertido en una enfermería. Dos doctores velaban por turnos en mi cabecera. Mustafá *bey* casi había enloquecido. Olvidando su condición, se revolcaba a mis pies pidiéndome perdón.

—¿Me dejas partir? —le pregunté.

—¡Eso es imposible, corazón mío! ¡Pídeme cualquier cosa, pero no que te deje ir!

—¡Entonces mejor me muero! —respondí volviéndome de cara a la pared.

Sí, quería morir. Pero uno no muere cuando quiere. Al cabo de tres semanas, abandoné la cama y empecé una larga convalecencia. Durante todo el mes que duró mi recuperación, no salía de la crisis nerviosa más que para caer en una especie de aturdimiento total.

Todo lo que el *bey* me traía como regalo, lo pateaba, lo hacía añicos. Arrojé mi bello narguile contra las rejas de la ventana y destrocé el brazalete. La simple aparición del tirano en la habitación, me hacía arrancarme la ropa a jirones.

En ese tiempo sucedió algo, un hecho melancólico, inocente e inesperado, que vino a poner un poco de orden en mi desequilibrado organismo.

Había empezado el invierno. El invierno benigno y sensual del Bósforo. Solo en mi habitación desde la mañana hasta la tarde, cuanto podía hacer era mirar al parque por los tres ventanales de mis aposentos. Para llevar un poco de vida a ese rincón solitario del parque, lanzaba a los pájaros los restos de mis comidas: pan, frutas, carne. No pasó mucho tiempo antes de que una multitud de gorriones, e incluso de cuervos, empezaran a venir a escondidas para picotear ante mis ojos.

Un día, para mi gran sorpresa, apareció también, por entre los árboles, un perro de gran tamaño. Se mantuvo a una respetuosa distancia de las ventanas, olfateó el aire y, cuando lo llamé, metió la cola entre las piernas y desapareció con un aire triste. Pensé: «¡Éste ha debido de probar también la bondad humana!».

Volvió durante los días siguientes y se acercó algo más. Me escondí para no asustarlo, y le arrojé por la ventana casi toda mi abundante comida. Poco a poco nos hicimos amigos. Ante mis mimos, empezó a mover un poco el rabo y después se iba, dándome a entender que por el momento tenía que conformarme con eso. Le daba la razón porque, aleccionado por mis propias peripecias, yo mismo estaba decidido a ser, en el futuro, más precavido en la elección de mis amigos, si es que el cielo se iba a apiadar de mí para que recuperara algún día mi libertad.

Aquel perro tenía un espíritu extraordinario. Aunque estaba muerto de hambre, comía con delicadeza y nunca cogía la comida directamente del suelo, masticaba despacio y jamás roía los huesos. Seguramente un gran dolor debía de haberle roto el corazón. ¿Por qué, por ejemplo, no se dejaba alimentar por la gente de buen corazón? Se sabe que en Constantinopla cada musulmán cuida de unos cuantos perros sin hogar que lo acompañan a la panadería cada día para hacerse con su trozo de pan. ¿Lo encontraría humillante? ¿Le gustaba más vagar buscando una comida más independiente? ¿O acaso le daba asco la promiscuidad abyecta de sus semejantes?

Lo bauticé *Lobo*, un nombre idóneo para su vida salvaje y digna, e hice de todo para que se acercara a mí, para conseguir su amistad. Él fue increíblemente tacaño con sus avances; pero cada uno tiene su vida, sus penas, su propia filosofía. Así que yo respetaba su reserva. Para mostrarle que le entendía, no le arrojaba la carne directamente al suelo, sino que se la envolvía en un trozo de papel. Probablemente se dio cuenta, porque se decidió, por primera vez, a sentarse sobre sus patas traseras y a mirarme a la cara, pero se quedó a una distancia suficiente para que no le alcanzara un garrote.

Lobo era castaño, de raza indeterminada y bastante fuerte. En cuanto a su limpieza, ¡bah!, uno hace lo que puede cuando lleva una vida de lobo.

Sus grandes ojos negros parpadeaban tristes, por encima de las penas de la vida, y se esforzaban, entrecerrados, quizá para verlas mejor. Su expresión era indefinida. En cualquier caso, no eran ni dulces ni indulgentes. En cuanto a su frente, era de una tranquilidad demasiado fría y de una calma demasiado testaruda.

—¡Pobre *Lobo*! —le decía, alargando desesperadamente mi mano por entre los barrotes y pidiéndole un gesto de confianza—. Pobre *Lobo*, ¿habrás sufrido tanto como para que se te haya petrificado el corazón? Creo que tu piel también conoció en otro tiempo el revés del afecto de los grandes, que tú también tuviste tu hermoso narguile, tu brazalete, tu escopeta y tu yegua, y luego la enfermedad y los médicos. Pero, en cualquier caso, hoy eres libre, mientras que yo estoy preso y desesperado tras estos barrotes. ¡Venga, hermano *Lobo*, acércate y déjame acariciarte!

No quiero decir que en Turquía los perros entiendan el rumano, pero lo que sí puedo afirmar es que mi *Lobo*, después de escuchar durante semanas enteras mis lamentos desesperados, se acercó un buen día, con atrevimiento, y puso su pata sobre la palma de mi mano. Ese día recibí el apretón de manos más sincero de mi vida.

Era feliz o, si lo prefieres, sentí de nuevo los beneficios de la alegría que no frecuente más que los corazones inmortales, cualquiera que sea el dolor que los destroza. Tuve buen cuidado en no traicionar mi amistad con *Lobo*. Para no engañarle sin querer, le hice entender que cuando las ventanas estaban cerradas no había nada de comer. Me entendió tan bien que, más adelante, siempre que veía las ventanas cerradas se daba la vuelta desde lejos y se iba. Igualmente, en nuestras

conversaciones, cuando le decía «¡Vete, amigo, vete ahora!», él se iba en cuanto yo cerraba las ventanas; se alejaba digno, amistoso, sin enfadarse.

A Mustafá *bey* y a su criado los recibía a determinadas horas: al primero, para que me viera; al otro, para que me sirviera. Debido al estado de mis nervios, estas visitas eran muy breves. La presencia del *bey*, sobre todo, me sacaba de mis casillas y nada más llegar lo mandaba al diablo. Sus estancias estaban junto a las mías, pero nos separaba una gran sala de fumar. Para más seguridad, yo me cerraba con llave.

Gracias a la alegría que *Lobo* había traído a mi vida, cambié de actitud. Me volví más conciliador. El *bey* me correspondió cargándome de favores. Así, me permitió pasear por el parque, acompañado, por supuesto, por mi criado.

Pero dos de aquellos favores, de forma especial, me resultaron funestos y tuvieron unas consecuencias incalculables durante el resto de mi vida.

En primer lugar, el *bey* introdujo en la casa el alcohol, que me era prácticamente desconocido, y, desgraciadamente, esa bebida dulzona me gustó más de lo debido. Bajo la influencia del alcohol, mi cerebro perdió el sentido de la triste realidad, mi mente perdió el rumbo. Encontré en el aguardiente un consuelo, y lo pedía y me lo servían siempre.

El *bey* me daba cuanto quería y bebía él también. Nos emborrachábamos todos los días. Persiguiéndonos a cuatro patas sobre la alfombra de la gran sala de fumar, gritábamos como bestias. Él, sobre todo, estaba irreconocible. Su rostro no tenía nada de humano, y una noche —mientras intentaba destrozarme entre los dientes un dedo del pie— le golpeé en la cara con el atizador de la chimenea. Se quedó tranquilo en el suelo, dejó que la sangre se escurriera hasta su boca y se lamió los labios. Entonces, asqueado, le escupí a la cara. Él volvió a lamerse. Los días que seguían a esas orgías me resultaban insoportables. Me quedaba en la cama hasta el mediodía, gimoteando. La cabeza parecía de plomo, estaba pálido y temblaba. La luz del día me molestaba. Mustafá *bey* cerraba los cortinones de las ventanas. Y en cuanto la habitación estaba iluminada por incontables velas y embalsamada por el olor a mirra, empezaban las locuras con más ganas.

Una noche, ya tarde, cuando estaba borracho perdido, irrumpieron en el fumadero cuatro jóvenes con tambores y castañuelas, y empezaron una danza seductora. ¡Mi corazón se estremeció de placer! Habría jurado que eran cuatro *Kyras*, vestidas como princesas orientales, con los rostros apenas cubiertos por los velos.

Salté de mi sitio volcando el café, el vasito de licor y el narguile y me arrojé a sus pies. Tumbado en medio de la habitación, con los ojos cerrados, sentí durante mucho, mucho tiempo, el roce de sus vestidos y unos perfumes desconocidos me envolvieron poderosamente, después...

Después perdí el conocimiento...

Cuando desperté estaba en mi cama, y no podía creer a mis ojos, a mis sentidos, a la odiosa realidad. Cuatro putas del peor burdel, viejas, arrugadas, asquerosamente desnudas, me acariciaban, me besaban, me pellizcaban por todas partes, cubriendo mi

cara y mi cuerpo con sus babas. Forcejeé pidiendo ayuda. Ellas me acariciaban con más entusiasmo. Entonces me zafé de sus brazos, agarré las tenazas de la estufa e hice trizas cuanto había en la habitación, espejos, jarrones, estatuas, figuras de porcelana, todo lo que encontraba a mi paso.

Aterrorizadas, las desagradables vendedoras de amor se esfumaron y fueron a decirle a Mustafá *bey* que yo me empeñaba en no ver a las cuatro jóvenes de antes en aquellas cuatro «cerdas» con cara de búho.

Tras esa noche de desenfreno, me encerré en mi habitación durante veinticuatro horas sin recibir a nadie. La comida me daba náuseas. Se la lancé a *Lobo*, al cual confesé toda mi degeneración.

Finalmente, asqueado hasta las entrañas por la vileza en la cual el *bey* quería hundirme, decidí ahorcarme y llamé a mi dueño para decirle que —si no consentía en dejarme libre— iba a poner en práctica mi plan a cualquier precio. Me dijeron que el *bey* había emprendido un viaje de diez días. Esta noticia fue una gran sorpresa para mí y un inmenso alivio. Me obsesioné con la idea de huir.

Estábamos en marzo. Al día siguiente de la partida del *bey*, me paseaba por el parque acompañado por mi criado cuando, de repente, una pregunta se abrió paso en mi cabeza: «¿Por dónde entra el perro en el parque?». Éste se hallaba rodeado por unas murallas antiguas y altas imposibles de saltar, y la puerta grande, la principal, estaba siempre cerrada. Debía de haber una abertura por algún sitio. Empecé a fijarme con atención y, ciertamente, al recorrer el muro cubierto de hiedra y espinos, localicé un sitio donde las hojas estaban aplastadas. Fingiendo que tenía cierta «necesidad», dejé a mi escolta en el sendero, me metí entre los arbustos y, al pie de la muralla, descubrí un desprendimiento reciente que abría un paso hacia la parte menos visitada de la llanura. Me fijé en el sitio: se encontraba precisamente enfrente de mis ventanas.

Aquella misma noche, prisionero en aquella maldita fortaleza, mi ánimo estaba febril. La posibilidad de huida estaba allí, a doscientos pasos de mi habitación. Pero ¿cómo iba a escurrirme entre aquellos barrotes clavados en un marco de roble?

Lo intenté inútilmente, en la oscuridad, hasta la medianoche. Me agoté al querer separar los barrotes y después al intentar escarbar en el marco para poder sacarlos. ¡Un esfuerzo inútil! Me volvía loco. Fuera, luz de luna, paz, intensidad, libertad... Aquí, una cárcel, desenfreno, tiranía... Imaginaba la llegada del *bey* y el comienzo de la fiesta con toda su pompa. Me sentía destrozado. Mi habitación me parecía una jaula infernal, poseída por el demonio. Un escalofrío helado me hormigueaba por la espalda, un sudor frío me bañaba la cara y me mordí la lengua hasta hacerme sangrar.

Eran las dos. Un silencio sepulcral reinaba en la casa.

Amontoné rápidamente unos papeles, trapos, astillas, los puse en el umbral de la ventana y les prendí fuego. Temblando de miedo, miraba cómo se consumía el marco de la ventana, mientras la habitación se llenaba de humo y el parque empezaba a

iluminarse. Me tapé la boca con las manos para no pedir ayuda. Con un esfuerzo desesperado, agarré un atizador y arranqué dos barrotes, que cayeron dentro junto con unas brasas encendidas. Después, como sacudido por la fiebre, cogí aquello que me era más querido y salté al parque, donde empecé a correr hacia el muro lo más rápido posible.

Pero en mi enajenación, y confundido por la oscuridad, no pude encontrar la abertura a la primera. Entonces, atenazado por el pánico, empecé a correr arriba y abajo, revolviendo los arbustos y haciéndome sangrar en la cara y las manos. ¡Finalmente, con un grito de alegría, di con el agujero salvador y salté fuera!

Unas dos horas más tarde, a cambio de una buena cantidad de oro, estaba ya en la orilla asiática, y desde allí, a la luz del amanecer, contemplaba el extremo izquierdo de Pera, ¡de donde se alzaban hasta el cielo unas llamas gigantes! Un incendio más en ese Estambul devorado por los incendios...

La noche de aquel día liberador, una diligencia me dejó a la puerta de una posada de un pueblito turco. Unos días después dormía en Esmirna, y una semana más tarde, fumaba un delicioso narguile en la terraza de un gran café de Beirut.

Pero no he terminado todavía...

•

Ahora me consideraba capaz de distinguir con claridad en la vida y de no dejarme engañar. Tenía dieciséis años y cierta experiencia. Esta experiencia mía dividía el mundo en tres categorías: primero venían los seres dulces y cariñosos, como Kyra y mi madre, después los salvajes de la calaña de mi padre y, finalmente, los generosos como Mustafá *bey*. Así que tenía que andar con cuidado.

E incluso en la terraza en la que me encontraba, empecé ya a estar atento de no encontrar algún jugador de ajedrez con aspecto simpático. Pensaba en el pobre *Lobo*, que tanto había vacilado hasta que se dejó acariciar por mí. Yo hice lo mismo, y me alejé en todo momento de las manos que se acercaban a acariciar mi rostro adolescente.

¡Qué desgracia! Me guardé tan bien que, sin darme cuenta, me acerqué a otro abismo, ya que la vida no cabía toda en mis tres categorías.

Había alquilado una habitación justo encima de la hermosa terraza del Grand Concert-Variétés, en la única plaza pública de Beirut. Desde la mañana hasta la noche el café estaba a rebosar de gente muy variopinta, pero, aparte de los elegantes del propio país, a los que yo evitaba, lo que constituía el verdadero encanto de ese local era el grupo de artistas extranjeros, contratados en el Variétés.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, guapos o feos, era gente llena de vida. No se oían más que bromas y risotadas por todas partes. Tenían para cada uno de los

asiduos del café una palabra cariñosa, y todo el mundo estaba contento. ¡Como formaba parte de los asiduos, la alegría general dio conmigo y me dio de lleno!

Aquellos artistas eran italianos, griegos y franceses. Vivían en el mismo hotel que yo. En un pasillo estrecho, enfrente de mi habitación, se alojaba una joven pareja griega que cantaba muy bien. El hombre no me gustaba, pero la mujer... ¡era como para comértela! No podía dejar de contemplarla... en secreto. Cada vez que yo salía, no sé cómo sucedía, pero la puerta de su habitación estaba siempre abierta, y ella se hallaba sola y casi desnuda ante el espejo. Me daba muchísima vergüenza y cerraba los ojos todo lo que podía, sin embargo... algo más fuerte que yo me hacía abrirlos.

Y he aquí que un buen día, al cruzarnos en la oscuridad del pasillo, ella me abrazó, me besó con pasión y dijo:

—¡Pues sí que es vergonzoso nuestro jovencito! ¡Hay que animarlo!

Aturdido por ese suceso, en cuanto entré en mi habitación, pensé: «¡Bueno! ¿Qué puede haber de malo en un beso que una mujer da a un *jovencito*?». Porque, ciertamente, yo ya era un «jovencito». ¿Acaso no lo decía ella? Y mi ropa, mi independencia y los aperitivos caros que tomaba lo demostraban sobradamente. Tan sólo mi juicio no lo demostraba, ya que había empezado a perder la cabeza... Pero ¿a quién le preocupa el juicio?

Una tarde estaba contemplando desde mi ventana el hormiguelo de la multitud de la plaza, pensaba en el baile, en la voz, en los gestos de la actriz, que me recordaban dolorosamente las ingenuidades de Kyra, cuando, de repente, se abre la puerta y entra la cantante. Me dio miedo.

—No temas, pequeño: él está abajo jugando...

Se abrazó a mi cuello.

—No quiero que estés aquí —me opuse.

—¿Cómo? ¿Me estás echando? ¡Y yo que te quiero y que creía que también tú me querías! —susurró ella con ternura, besándome.

Estaba en la cama a su lado y, en serio, no me sentía mal en absoluto. Después, no sé cómo lo hizo, pero sin dejar de acariciarme, abrió la puerta y cogió rápidamente una bandeja en la que había una botella de vino extranjero y unos pasteles. Me gustaron indeciblemente. Ella encargó más cosas. Tampoco esta vez llegué a emborracharme, un poco por ansiedad y más por fanfarronear. ¡Y cuántos abrazos! ¡Cuántos besos!

Pero me di cuenta de que la griega me toqueteaba demasiado y me ruboricé.

—¿Sabes qué, pollito? —dijo—. ¡No vales para nada a tu edad! —Y para no agobiarme demasiado cambió de tema—: ¿Eres *raia*^[23]?

—No sé.

—¿Qué papeles tienes?

—No tengo papeles.

—¿Cómo? ¿Que viajas por Turquía sin documentación? ¡Eso es de lo más imprudente, querido, podrían arrestarte!

Me aterrericé. Si alguien me hubiera dicho que los guardias de Mustafá bey estaban en la puerta, no me habría asustado más.

Le supliqué que no se lo dijera a nadie. Ella me prometió su protección. ¡Otra vez la protección! ¡Qué condena! ¿Es que no hay forma de vivir en este mundo sin estar protegido?

Al momento me asaltaron los más negros pensamientos.

—¡Qué anillos tan bonitos tienes!... —dijo ella acariciándome los dedos—. ¿No me regalas uno?

Naturalmente, no pude negarle un anillo... a mi protectora.

Mi vida se oscurecía. No habían pasado ni quince días desde que vivía en libertad, y he ahí que una mano invisible que parecía extenderse desde Constantinopla hasta Beirut ponía mi vida de nuevo en peligro.

Pero una mano más real y mucho más cercana me hizo llegar, la misma tarde de aquel encuentro, la cuenta de unos vinos extranjeros y unos pasteles que igualaba el alquiler de todo un mes. Mientras la pagaba, pensaba: «Con esto y con mi anillo, está claro que mi libertad está muy enferma».

Unos días más tarde, comprendí lo enferma que estaba.

Inseparables en el aperitivo, la cantante y su marido se hicieron pronto mis comensales e incluso mis huéspedes. Un día, mientras jugábamos una partida de tablas reales, un oficial de policía se acercó y me dijo:

—¿Vive usted aquí, señor?

—¡Sí, señor! —susurré a punto de desmayarme.

—¡Sea tan amable de pasar mañana por la policía para que sellemos su documentación!

Y, saludando amistosamente a mis compañeros, se fue. Sentí que me precipitaba en un abismo.

—¡No pasa nada! —dijo la cantante— Mi marido va a ir ahora mismo a pedirle al policía que te deje en paz. ¡Son buenos amigos!

¡Con cuánta efusión les di las gracias!

En verdad, nadie más vino a molestarme. Precisamente aquel día me esforzaba por encontrar una forma de mostrarles mi reconocimiento con algo más que las comidas que les ofrecía. La ocasión me la dio el propio marido:

—¡No tengo suerte en el juego, amigo! —me dijo, acalorado—. ¿No podrías prestarme un par de liras turcas?

—¡Cómo no!

Al día siguiente tampoco tuvo suerte, y volvió a pedirme dos liras. Al tercer día, lo mismo. Al cabo de una semana, su mala suerte me dio qué pensar, porque si seguía así, el dinero no iba a durarme ni tres meses.

Aquella misma noche, emprendí el camino de Damasco en compañía de dos grandes comerciantes de alfombras. Entre sacudidas, en un rincón del carromato, pensaba en las rarezas de la vida: «¡De ahora en adelante, tengo que andarme también

con cuidado con las mujeres, que tienen la costumbre de besarte en la oscuridad de los pasillos!».

Damasco fue, para mí, un verdadero *camino de Damasco*. Allí mi vida cambió por completo.

Parecería que sobre esta ciudad se ha tamizado el polvo de las cuatro esquinas del mundo. Al llegar, creí que allí entregaría mi alma.

Para pasar más inadvertido, me había vestido con un traje de ciudadano griego pobretón. Llevaba todas mis cosas escondidas bajo el brazo, envueltas en un pañolón, y las joyas y el dinero en la faldriquera, pegada a la piel. Así disfrazado, me sentía al resguardo de cualquier «protección» indeseable. Me paseaba por las callejuelas que atravesaban, como túneles, las casas del barrio de Cadem, buscando una habitación barata. Un posadero griego me dijo que, para que me resultara más barato, debía alquilar una cama en una habitación compartida con alguien. Lo acepté.

Cuando entré a ver la habitación y a dejar mi hatillo, le pregunté quién dormía en la otra cama.

—¡Pues otro como tú! —me respondió enfurruñado.

Me sentía desdichado. Mi país, Kyra, mi madre se hundían en una distancia tenebrosa, desaparecidas para siempre. Y yo, arrancado para siempre de mi querido nido, ¿qué buscaba en aquella ciudad siniestra? ¿Cómo podía albergar la esperanza de dar con mi hermana? ¿Y qué iba a hacer para ganarme el pan de cada día cuando hubiera gastado el dinero?

Aparte de eso, estaba indocumentado. Y lo que era aún más grave: podía ser arrestado en cualquier momento. ¿Quién me sacaría de la cárcel?

En el patio de la posada, en torno a una fuente adornada con flores, una multitud de holgazanes estaba recostada, charlaba, fumaba y bebía un aguardiente lechoso. Todos parecían felices. Esta gente estaba en su país. Se conocían, se ayudaban, tenían penas y alegrías comunes. ¿Pero yo? ¿Qué era yo para ellos? Un desconocido. ¿Quién entra en la habitación en la que yace un desconocido —por enfermedad o por tristeza— para preguntarle qué le duele o qué necesita?

¡Instintivamente, me llevé la mano a la faldriquera donde tenía el dinero, mi único amigo! Pero el oro es un amigo que te abandona sin lamentarlo, te traiciona en un abrir y cerrar de ojos, y yo no conocía ningún método para hacer que volviera a entrar en la faldriquera.

¡Ay! ¡Kyra habría sido completamente diferente! Ella no me habría abandonado por nada del mundo. Éramos inseparables. ¿Habría alguna otra Kyra en este mundo? ¡Quizá! Pero ellas tenían seguramente a sus Dragomir. Para ellas yo era un simple desconocido que pasa y al que miras un momento con curiosidad y olvidas fácilmente.

Para consolarme, pedí un vaso de aguardiente, y luego otro. Llegó la hora de la comida. Comí algo y pedí un vaso de vino, y luego otro. Y con el corazón cargado de

amargura, subí a mi habitación.

Allí, un hombre de unos treinta años, medio desnudo, estaba sentado al borde de la cama. Sobre la mesa ardía una lámpara. Dos sillas. Las camas, de una limpieza dudosa. Un espejo ahumado. Ni rastro de lavabo.

Le dije buenas noches en griego y examiné mi cama.

—Tienes que separarla de la pared —me dijo como dirigiéndose a un viejo amigo—: Hay chinches. Dejaremos la lámpara encendida toda la noche, que las chinches, como los búhos, tienen miedo a la luz.

—¿Chinches? —dije asombrado, porque ciertamente nunca en mi vida había visto semejantes bichos—. ¿Qué son las chinches?

—¿Cómo? ¿Que no sabes qué son las chinches? —preguntó sorprendido—. No te preocupes, que esta noche lo sabrás. Pero dime, ¿dónde has dormido hasta ahora para no conocerlas? ¡Yo, por el contrario, no sé cómo es una cama sin ellas!

—¿Y hacen daño las chinches? —pregunté, atemorizado por ese nuevo enemigo.

—Un poco —respondió él indiferente.

Estaba cansado. Quería desnudarme y acostarme, pero una vergüenza desconocida hasta entonces me impidió hacerlo ante aquel extraño. Él lo entendió, porque redujo un poco la llama, y después de que yo me hubiera escurrido bajo la manta, se levantó y dio más luz.

—¡Pareces una damisela! —añadió riendo.

Esta broma me dio algo de confianza en él, y aquella noche dormí en paz, apretando la faldriquera bajo la almohada.

Al día siguiente no sabía mucho más que la víspera sobre lo que significa la picadura de una chinche, pero mi compañero me mostró una mancha de sangre sobre el almohadón. Me vestí contento, sin sentir vergüenza ante él.

Desde el patio llegaban retazos de conversaciones y carcajadas. Miré por la ventana: en torno a la fuente, la misma gente variopinta fumaba en largas pipas y bebía ruidosamente sus tazas de café.

El patio estaba regado y barrido. El aire fresco penetraba profundamente en los pulmones, una luz dorada, misteriosa, como sólo brilla en Oriente, envolvía las cosas y las personas.

Me animé al instante. El tierno enemigo que dormía en lo más profundo de mi corazón se despertó.

—¿No quieres tomar un café? —pregunté al desconocido.

—Claro, con mucho gusto.

Abajo, aspirando las pipas que echaban humo como chimeneas, hablamos largo rato y de todo. Él me desveló sus penas: no tenía trabajo ni dinero y tenía muchísimas deudas. Le dije que yo también tenía una desgracia.

—He perdido mis papeles. Si me ayudas a conseguir otros, te daría una lira

turca en agradecimiento.

Se le iluminó la cara.

—¡Cómo no! ¡Claro que sí! Conozco a un «escribano público» que hace cosas así, pero es algo caro.

—¿Cuánto? —pregunté animado.

—¡Cuatro liras!

—¡Las pago! Y a ti, la lira prometida.

Una hora más tarde, un escriba con barba larga y blanca juraba —por sus ojos— ante un funcionario que me había visto nacer en Estambul, en tal año de la hégira, que me llamaba Stavros y que por tanto era *raia*, súbdito del sultán, «nuestro señor».

El funcionario escuchó sonriente, después cogió una pluma y llenó una hoja con la hermosa caligrafía árabe, firmó, hizo que firmara también el viejo, puso el sello imperial y me tendió el precioso talismán.

—Tienes que darle una propina —me susurró el testigo.

Puse una lira sobre la mesa.

—¡No es suficiente! —exclamó el viejo.

Le di otra. Cada vez que sacaba una lira, me iba a un rincón para escarbar en mi faldriquera. Cuando salí, pagué también a mi testigo, después me fui con mi compañero a dar una vuelta por la ciudad, a comer y a beber.

Por la noche volvimos a nuestros lechos borrachos y felices. Me quedé dormido como un tronco, sin preocuparme por las chinches, pero teniendo cuidado de guardar la faldriquera bajo la cabeza.

Cuando desperté, me sorprendió encontrarme solo en la habitación. Mi compañero me había abandonado sin decir una palabra. Pero no sólo se había ido él sino también mi traidor amigo, el oro, mi amada faldriquera. ¡Me había traicionado sin una pizca de compasión, se habían ido los dos, dejándome con tan sólo unos céntimos en el bolsillo y con el maldito talismán!

•

Ahora ya no era cuestión de llorar. Era la muerte en sí...

Todavía hoy siento, en la boca del estómago, el vacío de mi pecho aquella mañana, cuando a punto estuve de morir.

Daba vueltas aturdido, en camisa y calzoncillos, y me asomaba a la ventana sin darme cuenta de lo que estaba haciendo. Como siempre, en el patio fumaban los mismos hombres en círculo en torno a la fuente, como sepultureros custodiando un féretro. Cuando quise bajar la escalera ¡me precipité al vacío! Me levanté al instante con la cara ensangrentada, sintiendo que me ahogaba. Cuando llegaron el posadero y sus clientes, no pude decir más que:

—¡La fal...driquera!

Empezaron a hacer preguntas todos a la vez, desde todas partes.

—¡La fal...driquera! —sólo podía repetir.

—De acuerdo... ¿Qué pasa con la faldriquera?

—¡La faldriquera!

Me echaron agua, me lavaron la sangre de la cara y me obligaron a beber aguardiente.

—¡Venga, habla! —gruñó el posadero sacudiéndome el hombro.

—¡La faldriquera!

—Seguramente —dijo—, el ladrón que dormía en la otra cama le ha birlado la faldriquera, en agradecimiento por haberse atiborrado con él ayer.

Como no podía pararme quieto, me sentó en una silla. Me quedé clavado, con los brazos colgando a lo largo del cuerpo. Intentó consolarme.

—Ya lo sé... es una desgracia... Te ha robado los cuartos... Pero ¿por eso tienes que morir? ¿Qué ganas entonces? ¿Cuánto dinero tenías?

—¡La faldriquera! —repetía sin cesar.

—¡Vaya, ésta sí que es buena! Este chico no sabe decir otra cosa que «la faldriquera».

Y el posadero subió a mi habitación y me trajo mi ropa.

—¡Venga, vístete!

Me dejé hacer, como un paralítico. Me vistió de pies a cabeza. Después, hurgando en mis bolsillos, encontró mi documentación y el dinero que me había quedado.

—¡Mira!... ¡Por lo que veo, no eres tan pobre! Tienes tres reales... ¡y te llamas Stavros! Vale, Stavros, con este dinero no te morirás de hambre... ¿Qué sabes hacer?

—La faldriquera...

—¡Valeeeee!... ¡La maldita faldriquera! —gritó él, furioso. Y, metiéndolo todo en el bolsillo, se fue refunfuñando—: ¡Qué diantre! ¡Tampoco tendrías en la faldriquera tanto como para comprar un camello, entonces no habrías venido a dormir aquí!

Tenía en la faldriquera mucho más de lo necesario para comprar un camello. ¡Tenía ochenta y tres liras turcas de oro, nueve anillos con piedras preciosas y el reloj! ¡Y aunque era rico gracias a esa fortuna, había ido a dormir a su posada!...

No es en absoluto cierto que el hombre sea la criatura que entiende el sentido de la vida. Su inteligencia no sirve para gran cosa. Que pueda hablar no significa que no sea tonto. Pero donde su estupidez supera incluso a la inconsciencia de los animales es al adivinar y sentir las penas de sus semejantes.

No pocas veces nos ocurre que nos encontramos en la calle con un hombre pálido y con la mirada perdida, o con una mujer llorosa. Si fuéramos, en verdad, unos seres superiores, deberíamos parar a ese hombre o a esa mujer y ofrecerles inmediatamente nuestra ayuda. ¡Ésa sería toda la superioridad que estaría dispuesto a atribuir al hombre por encima de los animales! Y, a pesar de todo, nunca sucede algo así.

Han pasado cincuenta años desde ese suceso, así que no recuerdo demasiado bien cómo me levanté de la silla y cómo salí al patio de la posada, ni cómo vagué —con la

mente en blanco— por toda la ciudad. Pero sé que ninguna mano vino a posarse sobre el hombro de aquel adolescente con la mirada perdida, ningún rostro humano se paró a preguntarme «¿Qué te pasa?». En aquel estado de inconsciencia, me encontré de repente, aquella mañana de abril, en una avenida de Damasco —por donde se pasean sus vecinos—, llamada Baptuma.

Volví en mí gracias a los gritos y juramentos de un cochero árabe que estuvo a punto de atropellarme. Palpé mi cintura, ¡pero la faldriquera no estaba!

Sentía el latido de mi corazón como el de un pajarillo cuando lo tienes en la mano, y al mismo tiempo parecía que un nudo me subía desde el estómago y me impedía respirar. Ese gesto se volvió un tic atroz. Cada vez que me llevaba la mano a la cintura, un pánico que me ahogaba atravesaba mi corazón y tenía continuamente la necesidad de convencerme de que había sido víctima de aquella fechoría y de que ya no tenía la faldriquera.

En los momentos desdichados, los corazones sensibles difícilmente se acostumbran a la idea de que la desgracia ha sucedido de verdad y de que ya no puede ser reparada de ninguna manera.

Pasaba junto a mí gente de todo tipo: parejas de enamorados, mujeres con niños, hombres barrigudos, tranquilos y satisfechos. Me miraban y seguían su camino. No veían nada. Mientras tanto yo... Yo me moría... Estaba solo, condenado a sufrir una desgracia demasiado dura para mi edad, para mi corazón y para mi falta de experiencia.

Seguía caminando sin parar. Salí del bosque. El campo sirio, con sus caminos embarrados y las chozas de los beduinos, se me antojó muerto, al igual que mis sentimientos. No podía mirar nada sin llevarme la mano a la cintura y dar un respingo: «¡Ya no tengo la faldriquera!»... Y en aquel momento parecía que alguien me apretara el cuello.

Un niño árabe pasó junto a mí cabalgando en un burro y llevando de una cuerda un camello cargado con dos alforjas que se balanceaban. La fealdad de aquel animal, de ojos planos como una serpiente, me dio miedo. Más allá, un beduino de barba negra, enmarañada, con la cara quemada por el sol, se acercó al galope, se detuvo y me preguntó algo en árabe. No supe qué responderle. Desapareció dejándome con una impresión agradable porque me recordó el hermoso rostro de Cosma.

Poco después llegué a un pueblo miserable donde unos hombres, sentados en el suelo, partían leña sirviéndose de los pies desnudos igual de bien que si lo hicieran con las manos. Las mujeres, vestidas con harapos negros, sucias y con los rostros cubiertos —verdaderos espantapájaros— llevaban en la cabeza unos cántaros ovalados, mientras que los niños, sucios y delgaduchos, jugaban y gritaban como diablos. Ante un horno de adobe, medio hundido en el suelo, un hombre sacaba unas tortas calientes, que desprendían un olor de masa cruda.

Justo al salir del pueblo me di cuenta de que un perro había empezado a seguirme. Me detuve. Se detuvo también él y nos miramos a los ojos. Era un perro ceniciento,

del tamaño de *Lobo*, pero el pobre no tenía nada de orgulloso ni de independiente. Ni la tranquilidad consciente del otro. Agachó humildemente la cabeza y se acurrucó temeroso. La expresión de sus ojos era borrosa, turbia. Me dio pena y le acaricié la cabeza. Me lamió la mano. No era caprichoso.

Volví al horno, compré cuatro tortas por dos céntimos y se las di. Devoró las cuatro sin masticarlas. Compré otras cuatro, las metí en el bolsillo y seguí andando sin rumbo. El perro me siguió.

Ante mí apareció una colina arenosa, completamente estéril y desierta. Llegué hasta ella y empecé a subir, pero me cansé y me senté junto al perro. A lo lejos, en el valle, Damasco, salpicado de bóvedas y minaretes que dominaban incontables terrazas, me pareció un inmenso cementerio enterrado bajo su polvo blanco.

Ni un solo ruido llegaba hasta mí. En mis oídos no resonaban más que los fuertes latidos de mi corazón destrozado. Mi vista se oscureció. Damasco y el mundo desaparecieron. De la neblina del pasado surgió la luminosa casa de mi madre. La dulce vida de aquellos tiempos tan lejanos se deslizó bajo mis párpados cerrados. Reviví los días felices de aquella época hasta en sus más pequeños detalles, desde el momento más oscuro de mis recuerdos y la terrible noche del crimen, hasta nuestro secuestro.

Y de repente se apoderó de mí la idea de que mi desgracia y la de Kyra eran sufrimientos expiatorios porque deseamos, provocamos y nos servimos de todos los medios para cometer aquel crimen. Habíamos deseado la muerte de nuestro padre y de nuestro hermano.

Sin duda, se trataba de un pecado mortal. Y ahora Dios nos castigaba a ambos, a ella con la esclavitud, a mí con una libertad llena de tormentos...

Abrí los ojos y me espanté. En el ocaso, el cielo era de un rojo sangre. Unas nubes grises, como sangre coagulada, se arrastraban cerca del suelo tomando las formas más fantásticas, a cada cual más terrible.

Me arrojé al suelo y escondí la cara entre las manos ante la pequeña cueva junto a la que nos habíamos detenido. Recé durante largo rato, pidiendo perdón al Señor, a mi padre y al alma de mi hermano asesinado.

Y la noche envolvió en su misterio el cuerpo de un adolescente arrepentido que buscaba consuelo en la triste suerte de un perro enviado por el azar.

Las oraciones y la penitencia alivian las almas de los creyentes. Conocí unas horas de paz. Sin embargo, al acercarse el alba, en las regiones desérticas hace un frío helador. Cuando el sol apareció en el horizonte, yo temblaba como una hoja y pensé que debía de estar enfermo de muerte.

«¡Si muero después de arrepentirme, Dios me perdonará y quizá no envíe mi alma a las penas del infierno!», me decía.

Me levanté y emprendí el regreso. Por el camino comí una de las tortas. Las otras tres se las di al perro, que estaba más hambriento que yo.

Al poco, el sol empezó a calentarme la espalda; sentía germinar en mí una paz

benefactora. Llegué al pueblo, que ya no me pareció tan feo. Aquí, el perro me abandonó. Me dolió un poco. Le acaricié la cabeza y me separé de él como de un conocido amable, encontrado en un viaje corto.

Ya solo, me dirigí hacia Damasco por el bosquecillo de Baptuma, atormentado siempre por la idea de mi faldriquera.

Por el camino me crucé con una larga caravana de camellos, pero ya no me dieron miedo. Entré por las calles de Baptuma poco antes del mediodía, con un tiempo espléndido. Su hormigueo me maravilló. Los hombres con sus orgullosas vestimentas turcas, y las mujeres, jóvenes e indeciblemente bellas —la mayoría no tenían más que la parte inferior de la cara cubierta por un velo transparente—, circulaban en todas direcciones a pie y en carro. Por doquier se elevaban voces sonoras, risotadas que recordaban el tintineo de las copas de cristal tocadas por una varita, conversaciones alegres.

Estaba cautivado por el encanto de las voces y por lo pintoresco de los vestidos. Recuerdo que era viernes, el domingo de los musulmanes. Los saludos entre las mujeres eran breves, graciosos y discretos, pero las efusiones sentimentales entre los hombres, sus *salamalec* y sus interminables apretones de manos, ocasionaban largas colas entre los transeúntes. Se hablaba mucho en turco. A pesar de todo, dominaba el árabe.

Permanecí largo rato contemplando el hormigueo de la multitud. Poco a poco, los peatones y los carros empezaron a escasear. Soñador, conmovido, con el corazón dividido entre el deseo de vivir, la sed de alegría, y mi desgracia y mi ruina, seguí mi camino. Al poco estaba solo, solo con la pena que me asolaba. Un carro de dos caballos venía al trote en sentido contrario. Cuando llegó a mi altura, se me cortó la respiración, mi corazón dejó de latir.

Kyra estaba en el carro...

¡Sí, incluso hoy sigo creyendo que era mi dulce y amada hermana! ¡Era Kyra, como la había vestido Nazim *efendi* en su velero, con un magnífico vestido de odalisca, de *cadana*^[24] de un harén, semejante a los retratos de las paredes!

Vacilé, di unas palmadas y grité en rumano:

—¡Kyra!... ¡Kyralina!... ¡Soy yo!... ¡Dragomir!

La joven sonrió bajo el velo semitransparente y me dirigió un gesto con la mano enguantada, pero el cochero hizo restallar el látigo, el eunuco del pescante me fulminó con la mirada y los caballos partieron.

¡Creí morir!... Era Kyra ¡y me había hecho un gesto!... Y sin esperar un momento, empecé a correr como un avestruz tras el coche, diciéndome: «¡Dios mío! ... ¡Apenas he reconocido mi pecado y me he arrepentido, y tú ya has puesto en mi camino a mi hermanita perdida!».

A pesar de todo lo que corría, el coche se iba alejando cada vez más. Me quedé sin resuello pero me daba miedo perder el carro de vista. Por suerte, a la salida del bosque lo vi dirigirse a una rica villa, cuyas puertas se abrieron, engulleron a los

caballos y se cerraron.

Grité de alegría. Con mis últimas fuerzas me abalancé contra la puerta y empecé a aporrearla furiosamente a puñetazos y patadas. Enseguida se abrió una puertecita y apareció un guardián en uniforme.

—¡Kyra! —grité en turco, jadeando—. ¡Es mi hermana!... ¡Quiero hablar con ella!

—¿Qué? ¿Qué quieres? —me preguntó el guardián también en turco impidiéndome el paso.

—La dama... que ha entrado en el carruaje es mi hermana... ¡Kyra!

—¿Qué Kyra, muchacho? ¿Te has vuelto loco?

En efecto, me había vuelto loco, porque arremetí contra el guardián, me zafé de él y entré en el patio. Pero no tuve tiempo de ir más allá. Aparecieron dos seres como salidos de la tierra, mientras que desde una ventana la voz ronca de un viejo gritó:

—¿Qué significa todo este jaleo?... ¡Dad unos latigazos a ese cristiano y al guardián que le ha dejado entrar!

Me arrastraron fuera del patio, me tiraron al suelo y me golpearon con un nervio de buey hasta que se me reventaron los pantalones y la piel. Después corrieron los cerrojos y me abandonaron medio desmayado por el dolor.

Éste es el punto culminante de mi calvario... Aquí acaban las penalidades de más de tres años de infancia atormentada... Ya que, si Dios fue cruel conmigo y no quiso devolverme a Kyra, existe sin embargo una Providencia y esta Providencia me envió a un amigo.

Levanté como pude mi cuerpo molido, a duras penas pude arrastrarme hasta la otra parte del camino y me tumbé en el suelo, agotado. En aquel momento, un hombre de entre cuarenta y cincuenta años, pobremente vestido con un traje griego, que llevaba en una mano una jarra con *salep* y en la otra el cesto con las tazas, se acercó a mí, dejó en el suelo su carga y, cruzándose de brazos, suspiró desde el fondo de sus entrañas.

—¡Ay, pobre chiquillo! —dijo en griego—. ¡He visto cómo te pegaban, pero no he podido intervenir! ¿Qué les has hecho a estos paganos para que te torturen así?

Yo contemplaba su rostro sincero, su barba canosa y enmarañada, sus ojos bondadosos y doloridos bajo la frente arrugada. Y, rabiando de dolor, grité en contra incluso de mis propios sentimientos:

—¡Vete al infierno!... ¡Déjame en paz!

Y me eché a llorar. Pero venció su bondad.

—¿Por qué me mandas al infierno, mi niño? ¡Me das pena y querría ayudarte porque veo que eres desgraciado!

—¡Dejadme en paz todos, con vuestra piedad y vuestro corazón!... ¡Estoy harto de vosotros!... ¡Quiero morir solo!

—¡Ay, qué desgraciado!... ¡Tan joven y... tan asqueado de la vida!... ¡De todas

formas, b ete esta taza de *salep* caliente!... Te sentar  bien...

Acept  la taza de *salep* sin saber qué pensar.  Qu  regla, qué conclusión tenía que sacar de mi corta experiencia según la cual tantos hombres que habían empezado por mostrarse buenos y generosos, habían terminado siendo viles y criminales? S , a los dieciseis años ya cono a la vileza del alma humana. Y aun así, no lo cono a todo.

No sabía, principalmente, que las obras de la Creación son infinitamente más complejas y más variadas, y que los miles de penas sufridas no nos dan derecho a escupir sobre toda la humanidad. El propio Dios comprendió esto cuando, enfadado con la humanidad pecadora, decidió castigarla sin exterminarla, ya que un patriarca justo escapó del desastre junto con su familia. Es cierto que los hombres que vinieron tras el Diluvio no fueron mejores que sus predecesores, pero esto no fue por su culpa. De modo que Dios (precisamente como yo a los dieciseis años) no cono a bien el mundo y no supo qué hacía.

Desde el día en que el destino puso ante mí a *barba*^[25] Yani, vendedor de *salep* y alma divina, comprendí que el hombre que tiene la suerte de encontrar en su vida a un *barba* Yani debe considerarse feliz. Tampoco yo, a lo largo de mi existencia, he encontrado más que uno, pero ha sido suficiente para dulcificar toda mi vida, para bendecirla a menudo y cantar sus alabanzas. Porque la bondad de un solo hombre es mucho más poderosa que la maldad de miles de hombres. El mal desaparece con la muerte del que lo ha causado; el bien continúa brillando tras la desaparición del justo. Como el sol que ahuyenta las nubes y trae la alegría a la tierra, así destruyó *barba* Yani el mal que ro a mi corazón y me lo curó. No pocas veces le hizo sufrir mi reticencia, pero  qu  corazón —por muy destrozado que est  por la vida— podría resistirse a la bondad magnánima?

Tuve que ceder, el *salepgiu* providencial conoció todo el drama de mi tierna vida. El remedio llegó rápidamente.

—Stavrache —dijo él, adoptando por prudencia mi nombre falso—, por el momento tienes que renunciar a seguir buscando a tu hermana de una forma tan poco inteligente. Has de saber que es más fácil sacar a una corza de las mandíbulas de un tigre que a una mujer encerrada en un har n.  Pero si consigues controlar esa debilidad de tu corazón, el resto es coser y cantar! Posees tres reales. Bueno, pues ese dinero te llega para comprar un *ibric* de *salep* y unas tazas, es decir, lo que ves que tengo también yo y que me permite vivir (desde hace veinte años) en plena libertad. Después, con el *ibric* en una mano y la cesta en la otra, con *barba* Yani a tu lado, iremos por las calles, por las plazas, recorreremos las fiestas y las ferias, gritando alegremente: « *Salep!*  *Salep!*  *Salep!*  Aqu  est  el *salepgiu!*». La indulgente tierra de Anatolia se extenderá ancha y libre ante ti. S , libre, porque (digan lo que digan sobre esta tierra absolutamente turca) no hay otra donde se pueda vivir con más libertad, pero con una sola condición: que te hagas pequeño, que pases inadvertido entre la multitud, que no te diferencies en nada de los demás, que seas sordo y mudo... Entonces, y sólo entonces, te deslizar s invisible por todas partes. Las

puertas cerradas con cerrojo no se abren cuando quieres forzarlas.

No mucho más tarde que el día siguiente, provisto del *ibric* y de la cesta con las tazas, gritaba con fuerza junto a *barba* Yani: «¡Salep!... ¡El *salepgiu!*!».

Entonces entendí cómo uno consigue que vuelva a entrar en su faldriquera el dinero, ese amigo traidor y sin corazón que te abandona. Nos llovían los cuartos de todas partes, la libertad entraba en mi bolsa, y por la noche, muerto de cansancio, disfrutaba de la felicidad del hombre que puede vivir sin tener los bolsillos llenos de oro. Mientras fumábamos narguiles en las terrazas, iba calando cada vez más en mí la bondad que desprendía *barba* Yani. Le estuve agradecido y lo amé como se ama a un padre y a un amigo. Me alojaba en su casa, trabajábamos los dos. Comíamos juntos y juntos disfrutábamos de las horas de vagabundeo, así que nos volvimos inseparables. Una estrecha amistad nos unió con el tiempo, injertando un retoño joven en el tronco del árbol maduro.

Barba Yani, para no hacerse el misterioso conmigo, llevó su bondad hasta el punto de desvelarme su pasado. Pasado que no estaba libre de tacha ni de amarguras.

Maestro en una pequeña ciudad de Grecia, había cometido un crimen pasional que le costó dos años de cárcel y la pérdida de su diploma. Al salir de la prisión, tuvo que abandonar la ciudad y deambuló durante muchos años, se dedicó al comercio, conoció todas las dificultades, hizo amigos y destrozó su corazón. Una nueva aventura amorosa estuvo a punto de costarle la vida. Entonces pasó a Asia Menor y había vivido solitario, independiente, casi en la sabiduría.

Era un hombre que sabía hablar y que sabía también callar, le gustaba hacer el bien sin caer en la blandura, y cuando le disgustaba una cara era inútil insistir.

Conocía todos los dialectos de Oriente Próximo, y pasaba el tiempo libre leyendo, vagabundeando, lavándose la ropa. No me obligaba a nada, tan sólo me mostraba lo que estaba bien, lo útil y lo inteligente. De él aprendí a hablar y a escribir en griego. Al verme apegado a su persona con tanta fidelidad, no escatimó su cariño. Al principio le llamaba «señor», él me pidió que lo llamara *barba*, es decir, «tío».

Al poco, olvidé la pérdida de la faldriquera con todo su tesoro, me convertí en su discípulo, en su único amigo y en el consuelo de su vejez.

Pero tenía aún que pasar por una dura prueba. La vivimos juntos.

Si bien había conseguido olvidar la pérdida de la faldriquera, no podía acostumbrarme a la de mi hermana. Quería a *barba* Yani, pero a Kyra la adoraba. Y como estaba convencido de que ella vivía tras las puertas junto a las que había recibido aquella paliza, el demonio me empujó a pasar otra vez por allí.

Estábamos en pleno verano, como un mes después de mi paseo por Bapsuma. Merodeé varias veces —sin que se enterara *barba* Yani— por las cercanías de la dichosa villa, rodeándola desde lejos, al acecho, espiándola. Nada. En el carruaje salían otras mujeres. Kyra había desaparecido.

Animado por la habilidad que había mostrado hasta entonces, un día me decidí a ser más audaz. Me hice con una escalera y, ayudado por la oscuridad de la noche, la apoyé en el alto muro que rodeaba el patio. Perseguía a toda costa la forma de poder mirar dentro del harén, donde sabía que las mujeres andan sin velo. Pero sólo di con postigos cerrados. Perseveré, rodeé el muro y acabé por encontrar una ventana iluminada. Sin embargo, no era más que una habitación grande, ricamente amueblada y en la que no había nadie. Esperé, con el corazón en un puño, en lo alto de la escalera, con la ilusión de ver pasar a alguna mujer.

De repente, el peldaño en que me encontraba se rompió y estuve a punto de caer. Muerto de miedo, me agarré lo mejor que pude cuando una sacudida inesperada me hizo volver en mí. Me arrebataron la escalera y caí en brazos de un centinela, el cual, sin decir una palabra, me molió a puñetazos.

Me ataron de pies y manos, me colocaron en un carro arrastrado por un burro y me llevaron a Damasco, donde me aplicaron un arresto preventivo.

Las prisiones preventivas, en la Turquía de aquellos tiempos, eran verdaderas tumbas para los súbditos otomanos. Los desgraciados que entraban en ellas, sobre todo por delitos graves como el mío, no tenían ni idea de cuándo serían juzgados si no había alguien con influencia que corriera repartiendo regalos a diestro y siniestro e implorando la gracia de algún alto funcionario. Pero el peor de los sufrimientos no era la pérdida de la libertad, sino la terrible vida que tenía que llevar allí el preso, sobre todo si era joven.

En mi celda éramos una docena. El catre común —una serie de tablones pelados colocados en fila— ocupaba tres cuartas partes de la habitación. En una esquina, el bacín grande de madera, con tapa, en el que hacíamos nuestras necesidades, despedía un hedor asfixiante. Piojos de todo tipo, infinidad de chinches y de ratas pululaban en gran número. Nadie se molestaba en matarlos, para conseguirlo habría sido necesaria toda una vida.

Las cosas más asquerosas tenían lugar a la vista de todos. Turcos, griegos, armenios o árabes ya no parecían personas. La bajeza humana era tal que únicamente podía compararse con ella misma, ya que tan sólo la raza humana, de entre todas las criaturas de la tierra, puede degradarse hasta ese punto.

Y yo había caído precisamente en aquel infierno terrestre, en medio de aquellos monstruos... ¡Qué regalo para ellos!

Nadie salió en mi defensa, nadie me protegió, ni los musulmanes ni tan siquiera los cristianos... Más aún, se pelearon por la presa fresca, se arrancaron las barbas, se hicieron sangrar. ¡Si hubieran tenido armas, se habrían matado! Así, durante un mes conocí las humillaciones más atroces que puedan imaginarse...

Hoy no lamento todo lo que pasé. Sólo de esa manera pude conocer al ser humano en su profundidad. Si sigo siendo bueno a pesar de cuanto vi, de todo lo que sufrí, es para rendir un homenaje a aquel que creó la bondad, que la hizo escasa y la

situó entre las bestias, como única justificación de la vida.

Me consideraba enterrado en vida y pensaba en la muerte. Se contaba que algunos prisioneros, no pudiendo soportar por más tiempo las torturas a que eran sometidos, se habían colgado de los barrotes de las ventanas con tiras de sus ropas, durante la noche, mientras los demás dormían. Me decidí a hacer lo mismo que aquellos mártires.

A pesar de todo, una voz interior me reconfortaba. Sabía que no estaba solo en el mundo, como antes. Un hombre generoso, un amigo como pocos, se hallaba en algún sitio, fuera. Era pobre y no tenía protectores, pero era bueno e inteligente. Sin duda, debía de estar pensando en mí y luchando por mi libertad.

Estuve en lo cierto. ¡Un día, la puerta de la celda se abrió, entró el guardián y detrás de él apareció *barba* Yani!... ¡Qué inmensa felicidad! Sólo la aparición de Kyra podría haberme hecho más feliz. ¡Sin embargo, al mismo tiempo, cuánta tristeza! ¡Durante aquel mes, el hombre había encanecido! Me arrojé a sus brazos, llorando. Como toda conmiseración ante aquella dolorosa escena, un griego, tumbado en el catre, gritó:

—¡Eh, vejete! ¿Es tuyo este muchacho? ¡Qué buen bocado para un sitio como éste!... ¡Todos hemos disfrutado de él! ¿Eres tú el que le quitó la nata?

Blanco como la cera, *barba* Yani me estrechó entre sus brazos y me dijo con voz temblorosa y ahogada:

—¡Sé fuerte!... ¡Sé fuerte!... Mañana te sacarán de aquí y serás deportado...

—¿Deportado? —grité—. ¿Me voy a separar de ti?

—Es la pena más leve que he podido conseguir. Tu delito es grave: has querido entrar por la noche en un harén. Por lo demás, consuélate, te voy a acompañar. El mundo es grande, seremos libres y (si en el futuro quieres hacerme caso) vivirás feliz en tierra turca. ¡Vamos, hasta la vista!... ¡Estate preparado para mañana al amanecer!

No pude dormir en toda la noche. Al apuntar el alba, me sacaron fuera. Dos gendarmes a caballo, armados con escopetas y cimitarras, esperaban a la puerta de la prisión con un carro. Sólo entonces me di cuenta de que éramos tres los condenados a ser deportados. *Barba* Yani iba por delante con nuestros equipajes. Cargaron el carro y el convoy partió hacia Diyarbakir.

•

La vida de un hombre no se puede contar ni escribir. La vida de un hombre que ha amado el mundo y que lo ha recorrido es aún más difícil de contar. Pero cuando este hombre ha sido un apasionado, cuando ha conocido todas las formas de la felicidad y de la desgracia recorriendo la tierra, entonces es casi un atrevimiento intentar dar una imagen realista sobre lo que ha sido su vida. En primer lugar, resulta imposible para él mismo y, después, para aquel que debe escucharle.

El encanto, lo pintoresco, la parte interesante de la vida de un hombre con un temperamento fuerte, atormentado y, al mismo tiempo, aventurero, no reside siempre en los hechos impresionantes de esa existencia. Hay que buscar la belleza en los pequeños detalles. Pero ¿quién se detiene a escuchar los detalles? ¿Quién los sabe disfrutar? Y, sobre todo, ¿quién los podría comprender?

Es por eso por lo que he sido siempre reacio al «¡Cuéntanos algo de tu vida!».

Hay una dificultad más: cuando amas, no puedes vivir solo. No puedes vivir solo ni siquiera cuando ya no quieres ser amado, como es mi caso hoy en día. Esto es así al menos para los apasionados que no han dejado aún de vivir de sus recuerdos, porque no puede haber recuerdos sin presente. Puedes, muy bien, querer morirte. Lo deseé sinceramente muchas veces a lo largo de mi vida. Pero los bellos rostros de mi pasado aparecieron vividos en mi mente, enternecieron mi corazón, sustituyeron la amargura por alegría y me obligaron a buscar siempre el bálsamo eterno en las caras de los hombres. Una de estas grandes figuras fue *barba* Yani.

Sobre él no puedo contar nada, o casi nada: ocho años de mi vida estuvieron ligados a la suya... Diyarbakir, Alepo, Sivas, Erzurum, cientos de ferias y cientos de pueblos fueron recorridos por nuestras dos sombras. No vendimos sólo *salep*. Alfombras, sedas, cuchillos, bálsamos, especias, perfumes, caballos, perros, gatos, todo pasó por nuestras manos, pero era el humilde *salep* el que nos sacaba de apuros. Cuando algún negocio fracasado nos dejaba con los bolsillos vacíos, volvíamos a los *ibric*, a los pobres *ibric* oxidados. Y, entonces: «¡Salep! ¡Salep!... ¡Ya está aquí el *salepgiu!*». Nos mirábamos y nos reíamos.

Nos reíamos, sí, porque *barba* Yani era un amigo inestimable, pero la causa del desastre era siempre yo, imbatible en meteduras de pata. Entre otras pifias, recuerdo una que aventajó a las demás.

Habíamos invertido todo nuestro dinero en dos hermosos caballos que compramos en una gran feria, como a unos quince kilómetros de Ankara. Estábamos encantados, habíamos cerrado un negocio estupendo. Al volver, por el camino —un poco por la satisfacción, un poco por el cansancio— me apeteció que nos detuviéramos en una tasca. Era de noche. *Barba* Yani se opuso.

—¡Déjalo, Stavrache!... ¡Vamos para casa!... ¡Allí nos tomaremos algo!

—¡No, *barba* Yani, quiero quedarme aquí!... ¡Sólo un momento!... ¡Me apetece brindar por nuestra buena suerte!

El pobre hombre se dio por vencido. Atamos los animales a un poste. Y, con los ojos fijos en la ventana, nos rendimos el honor de una copa. Y luego otra. Nos entró hambre, comimos algo. Después una botella, luego otra, ¡que también *barba* Yani sabía lo que era la buena vida!... Se nos calentó la cabeza. Empezamos a cantar en griego:

¡Otra vez te has emborrachado!

¡Otra vez me vas a romper los vasos!

¡Ay, qué animal tan feo eres!

Pero precisamente cuando más amábamos a todo el mundo, *barba* Yani calló. Tranquilo, con los ojos clavados en las ventanas oscuras, me dijo:

—¡Yo también te creo, Stavache, eres un «animal feo» porque o nuestros hermosos animales han desaparecido o yo ya no veo bien!

De un salto me planté en la puerta pero no pude pillar más que el tamborileo de un galope furioso que resonaba en la noche.

Una hora más tarde, avanzando a trompicones por los baches, *barba* Yani me decía con tono de reproche:

—¡Tú has querido... celebrar nuestra buena suerte!... ¡Pues vale, vete ahora a pie, que eres un crío testarudo!... ¡Hala, cántame otra vez para que se te pase el disgusto «Otra vez te has emborrachado»!

¡Feliz aquel que siente su corazón latir en buena tierra humana, en esa tierra de calidad superior que te transmite su savia vivificadora!... ¡Ay de aquel que no sepa lo que es eso!

Durante los años en que mi vida estuvo unida a la de *barba* Yani, la propia naturaleza tuvo un aspecto atractivo, fraternal, poético. Todo me parecía hermoso y digno de ser vivido. La fealdad perdía su repulsión, la tontería chocaba con nuestras bromas, la bellaquería era desenmascarada, la violencia de los poderosos me parecía soportable. Cuando el contacto con la gente corriente nos ahogaba, nos sumergíamos en el mundo de las ideas, en la vida en la que sólo la naturaleza habla a los ojos y al corazón.

Barba Yani era capaz de caminar todo un día sin pronunciar una sola palabra. Con una simple mirada me indicaba qué era digno de atención. Él decía que eso significaba «tomar un baño desinfectante». Era verdad. La obra muda de la creación purifica y devuelve a sí mismo al hombre herido por la bajeza. Y no hay hombre, por fuerte que sea, que pueda pasar por la vileza sin mancharse.

Más aún, este impagable compañero de mi adolescencia era un gran conocedor de la Antigüedad y de sus filósofos. Todas sus disertaciones sobre la vida —su gran pasión en las horas de descanso— estaban sembradas de ejemplos sacados de la sabiduría. Él no era un sabio, pero le gustaba la calma consciente del espíritu.

—Antes o después, el hombre inteligente llega a comprender la vacuidad del jaleo sentimental, que altera la paz y consume la vida —me decía—. Feliz de aquel que llega a comprender esto cuanto antes, ¡disfrutará más de su existencia!

Un frío día de invierno, nos encontrábamos en un campo de maniobras en las proximidades de Alepo. Nuestra bebida caliente fue tomada al asalto por los soldados. Incluso los oficiales vinieron a compartirla; y como bajo nuestros *ibric* había brasas, se quedaron para calentarse y charlar. Un oficial relataba a uno de sus subalternos una anécdota en la que un general, amigo de Alejandro Magno, se

declaraba partidario de la paz propuesta por Darío:

—«Yo la aceptaría si fuera Alejandro», dijo el primero, a lo cual el gran conquistador respondió: «También yo la aceptaría si fuera... si fuera...». —El oficial turco se armó un lío— ¡Ah! —dijo— ¿Cómo se llamaba aquel amigo de Alejandro?

—¡Parmenión! —respondió *barba* Yani, que estaba atento a su conversación.

—¡Bravo, abuelo! —exclamó el oficial—. Pero ¿por qué sabes tú algo así? Cuando se vende *salep*, no sueles encontrarte con Alejandro Magno.

—¿Cómo que no? —le replicó mi amigo—. ¡Todo hombre necesita *calentarse*, como puede ver!

Esa alusión con doble sentido le gustó al oficial. Se dignó hablar con nosotros. En aquel momento, mi mirada se cruzó con la suya.

—Creo que te he visto en algún sitio. ¡Tu cara me resulta conocida! —me dijo.

—¡Sí! —le respondí ruborizándome—. Estuvimos en el mismo carro con Mustafá bey, en Constantinopla, hace cinco años.

—¡Por Alá!... ¡Es cierto!... Tú eres el chico que buscaba a su madre, la que tenía un ojo reventado. ¡Bueno, pobrecillo, debes de haber sufrido muchísimo con aquel maldito sátiro!

—¡Mucho!... ¿Cómo iba a saberlo?

—Pero ¿cómo puedes fiarte del primero que llega y empieza a acariciar las mejillas de un niño?

El oficial habló con nosotros durante largo rato y me desveló todas las vilezas cometidas por Mustafá bey. Después empezó a sonsacarle a *barba* Yani y se emocionó por las cosas que descubrió. Al separarnos, nos estrechó la mano con afecto y nos pidió que aceptáramos una lira turca de oro.

—No lo toméis como una propina. ¡Es para mostraros que admiro la sabiduría del viejo y que me compadezco de los sufrimientos del joven!

Cuando volvíamos a casa, *barba* Yani concluyó:

—¿Ves, Stavros? ¡Por todas partes hay descarriados, pero la inteligencia destruye las barreras entre los hombres, incluso cuando está ataviada con un uniforme militar!

Entretanto, *barba* Yani envejecía.

Una enfermedad cardiaca lo volvía cada año menos capaz de ganarse el pan. El cansancio lo abrumaba. La tristeza iba apoderándose de él poco a poco. Yo tenía veintidós años, era fuerte, valiente y espabilado.

Unos pocos ahorros que habíamos conseguido reunir me decidieron a pedirle que descansara, y para que el reposo le sentara mejor, elegí, como sitio para retirarnos, un país aún desconocido para nosotros: los montes del Líbano.

¡Oh, el hermoso y triste Líbano! ¡Sólo con recordar el año transcurrido allí, mi corazón se estremece de placer y sangra al mismo tiempo!... ¡Ghazir!... ¡Y tú, Dlepta!... ¡Y tú, Harmon!... ¡Y tú, Malmetein!... ¡Y vosotros, cedros de largos brazos fraternales, que parecéis querer abrazar toda la tierra! ¡Y vosotros, granados,

que os conformáis con tres puñados de musgo reunido en la grieta de una roca para poder ofrecer al viajero perdido vuestra jugosa granada!... ¡Y tú, Mediterráneo, que te entregas, voluptuoso, a las caricias de tu dios llameante y que despliegas tu inmensidad inmaculada ante las pobres ventanas de las casitas libanesas, colgadas ante el infinito!... ¡A todos os digo adiós!... No volveré a veros, pero mis ojos guardarán eternamente el recuerdo de vuestra única y dulce luz... Esa luz se ha ensombrecido en mi memoria... La vida no quiso que mi alegría fuera completa...

Pero, Señor, ¿dónde y cuándo nos ofrece la vida alegrías plenas?

Nos detuvimos en Ghazir, un pueblo pintoresco como lo es casi todo el Líbano, situado en una meseta protegida. Éramos los únicos huéspedes de una mujer de avanzada edad, artrítica, que vivía sola: Set Amra, una árabe cristiana como todos los libaneses. Aunque nosotros éramos ortodoxos y ella católica, al ser cristianos fuimos bien recibidos. Y he aquí otra historia, porque mi vida es rica en historias.

En Ghazir habíamos decidido que trabajaría sólo yo. *Barba* Yani, enfermo, se paseaba buscando granadas y matando culebrillas. Manteníamos largas conversaciones con Set Amra mientras fumábamos nuestros narguiles. Así descubrimos que ella también tenía una pena.

Estaba sola en el mundo, y esa soledad corroía su alma. Su única hija —una chica de unos veinte años— se encontraba en Venezuela, adonde había ido con su padre para hacer fortuna, como era costumbre entre los habitantes del Líbano. Pero el viejo había muerto hacía ya un año y tras su muerte las cartas de América eran cada vez más escasas. Selina —la joven— no era pobre. Llevaba un buen negocio de joyas. A pesar de todo, su corazón no derrochaba demasiadas atenciones para con su madre. Se olvidaba de ella, y Set Amra se veía obligada a pasar días enteros comiendo sólo pan.

Nos dio lástima, y a partir de aquel día, comíamos juntos. Set Amra se convirtió en nuestra madre y hermana. Ella disfrutó de buenos bocados de oveja asada y su narguile estuvo siempre lleno de tabaco. Eso era cuanto necesitaba. Daba gracias a Dios por habernos llevado hasta su casa y le escribió a su hija cartas rebosantes de tierno reconocimiento. Selina le respondió dando las gracias «a aquellos dos desconocidos con alma de hermanos».

Y el tiempo transcurría felizmente.

Pero como ganábamos cada vez menos, nuestros ahorros empezaron a disminuir a ojos vistas. Llegó el otoño y le trajo un catarro a *barba* Yani. Fui a Beirut a buscar un médico. Los cuidados hicieron que el estado de mi querido amigo mejorara, pero el dinero se esfumó.

Fue un invierno duro para un país como el Líbano. Apenas conseguía sacar lo necesario para no morir de hambre. Nos privamos de la carne. En nuestra casa, no encontrabas más que pan tres días por semana. Para ahorrar aún más, sólo fumábamos un narguile, cuya pipa pasaba de mano en mano y de boca en boca.

Vivíamos mal. Sin embargo, a trancas y barrancas llegamos a marzo y una noticia colmó nuestros corazones de alegría. Selina anunciaba su partida de Venezuela y la vuelta al hogar paterno al cabo de dos o tres semanas.

¡Qué algarabía!... ¡Qué interminables abrazos!

—¿Sabéis qué? —nos dijo un día Set Amra enigmáticamente—. Stavros es un chico guapo. Seguramente Selina se enamorará de él y entonces la bondad que habéis tenido conmigo será recompensada con creces... ¿Eh? ¿Qué dices tú, Stavros?

¿Qué iba a decir Stavros?... Pues nada, perdió la cabeza, como siempre... ¡E hizo que incluso la perdiera *barba* Yani, y los dos, junto con la artrítica, empezamos a bailar una *hora*^[26] para celebrar mi próxima boda con Selina, que no tenía ni idea de todo aquello!

Yo había perdido el norte y seguía adelante como un caballo sordo. Al considerar la casa como mi futura propiedad, me di cuenta de que la terraza del tejado tenía goteras y que el agua entraba en la habitación. Así, siguiendo la costumbre de los libaneses, subí al tejado con la apisonadora de piedra y, en medio de las risas incontenibles de los vecinos, me empeñé en arrastrar a lo largo y ancho de la terraza el pesado cilindro, que me golpeaba los talones y me hacía caer de bruces.

¡Ay! ¡Maldito corazón, a cuántas tonterías no me has llevado!

Llegué aún más lejos. Un día, al mostrarle a *barba* Yani los labios aún rojos y carnosos de Set Amra, que aspiraban voluptuosamente la pipa, le dije:

—¡Eh, *barba* Yani!... ¿Qué te parecen esos labios? ¿Quién sabe? ¡Quizá sepan aún besar algo más que la pipa del narguile! ¡Quizá podríamos celebrar dos bodas a la vez!

Sí, dos bodas ¿entendéis? Porque mi boda con Selina era tan segura como nuestra pobreza.

—¡Ay, Stavache! —suspiró mi pobre amigo—. ¡Tiene que pasar mucha agua por el arroyo antes de que sepas lo que es la vida!

Fue un buen profeta.

Llegó Selina. Una morena con ojos de diablo y abundante cabellera, alta, fuerte, viva como el azogue, pero con alma de comerciante e inteligencia de cortesana. Nos humilló ya desde el primer día. Sus agradecimientos fueron breves y fríos. Le parecía que la vida que llevábamos era «asquerosa» y no faltó mucho para hacernos culpables incluso de la pobreza de su madre. Nos mostró su desprecio alquilando una casa separada, venía diariamente a hacernos una visita de un cuarto de hora y daba a Set Amra una suma ridícula de dinero, que nos entregaba como «compensación». Vestida con ropas exóticas y con joyas caras, se mostraba como mercancía ante los ojos codiciosos del pueblo.

Un día, una vecina vino corriendo a decirnos que un oportunista había llegado en su carruaje desde Beirut para visitar a Selina... ¡A Selina, mi prometida!

—¡Ay, *barba* Yani! ¡Qué llena de decepciones está la vida! —sollocé, derrumbándome sobre el hombro del único amigo que tenía.

—¿No lo sabías, Stavrache? ¡Bueno, pues descúbrelo ahora! ¡Entretanto, busca los *ibric* de *salep*, recojamos nuestros bártulos y... en marcha! ¡Partamos: el camino está lleno de cosas bellas!

Partimos dejando a Set Amra con los ojos llenos de lágrimas. Durante tres meses seguidos recorrimos los soberbios parajes de los montes del Líbano, bebiendo de sus límpidos manantiales y dando de beber a los libaneses nuestro sempiterno *salep*.

—¡*Salep!* ¡*Salep!* ¡Ya está aquí el *salepgiu!*

—¿No es cierto, Stavros, que la tierra es eternamente hermosa?

—¡Ay, *barba* Yani, cuánta razón tienes!

¿Que la tierra es hermosa? ¡Qué va! ¡Eso también es mentira! Toda su belleza se refleja a partir de nuestros corazones sólo cuando éstos se hallan llenos de alegría. El día en que la alegría toma el vuelo, la tierra no es más que un cementerio.

Y el hermoso Líbano fue un cementerio para mi corazón y para el cuerpo de *barba* Yani.

Un día, en las cercanías de Dlepta, mi amigo sufrió un ataque inesperado que lo hizo caer al suelo de bruces.

—¡*Barba* Yani!... ¡Amán, *barba* Yani!... ¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

¡No! *Barba* Yani ya no se sentía mal. Todo el mal quedaba para mí.

Él ha sido el gusano que ha roído el resto de mi vida posterior. La nostalgia de esta amistad perdida, así como el deseo de hallar —en contra de todos los obstáculos— un amor cálido, me decidieron, años más tarde, a volver a mi país, a unirme a un ser delicado y amarlo así como amé a Kyra, a mi madre, a *barba* Yani.

Y ésta ha sido, como ya se sabe, la historia de Stavros.

EL TÍO ANGHEL

I

El Tío Anghel

Aquel atardecer de comienzos de abril, la aldea de Baldovinesti, cerca de Braila, celebraba el primer día de Pascua. En los corrales, los aldeanos encendían montones de caña seca: se oían por todas partes disparos de escopeta, los saludos ortodoxos de nuestros campesinos en memoria de Aquel que fuera el mejor de los hombres.

A la casita del viejo Dumitru —el mediano de dos hermanos y dos hermanas—, habían acudido, desde la ciudad vecina, mamá Joitsa y su hijo Adrian para celebrar juntos las sagradas fiestas.

La madre de Adrian era la primogénita de la familia, se había quedado viuda cuando aún llevaba al niño en brazos, y ahora, cuando éste cumplía dieciocho años, seguía siendo viuda y viviendo del trabajo de sus manos.

No había demasiado sitio para alojarse en la antigua casa familiar, ya que su hermano Dumitru, aunque joven, estaba rodeado por una numerosa familia. Pero su hermana se conformaba incluso con un rincón de la habitación, mientras que Adrian, contento de volver a ver su cuna de la infancia, se acostaba con su tío en el heno del pajar para escuchar sus historias, como en otros tiempos, y para contarle cosas de la ciudad.

Por otra parte, incluso sin invitados, el tío Dumitru pasaba las noches de verano en el pajar, en los campos o por los pantanos, lo que provocaba la admiración de Adrian.

—¡Tú te acuestas en el granero y tu mujer con los niños! ¿Qué vida es ésa?

—Mira, chico, tengo que hacerlo... Si no... cómo decirte: ¡los críos se multiplican demasiado rápido!

—¡Anda! ¿Y cuando bajas del granero?

—¡Voy al pantano a cortar caña!

—¿Y cuando vuelves de cortar caña?

—¡Me subo al granero!

—¿Entonces de dónde vienen los críos?

—Los manda Dios.

Aunque era gente pobre, se sentaban a su mesa otros familiares del pueblo. La cena tradicional —*borsh*^[27] de cordero, cordero al horno, bizcochos y huevos de Pascua— fue alegre, salpicada de chistes; al final, el viejo Dumitru salió fuera a prender fuego a los montones de caña y a lanzar las acostumbradas salvas de escopeta.

Toda la panda de niños, hasta los más mayores, le siguió. Era una noche

estrellada. Dumitru escuchó atento el ruido lejano del tren que se dirigía a Galatsi, y dijo:

—Pasa el *espreso* de las nueve...

Después prendió fuego a las cañas. Al instante, unas llamas humeantes se elevaron directamente al cielo en medio de los gritos ensordecedores de los niños, que bailaban alrededor del fuego como unos diablillos con la cara enrojecida. El griterío fue aún mayor cuando Dumitru descargó los dos cañones de su escopeta de caza, y dijo con fe cristiana después de cada disparo:

—¡Cristo ha resucitado^[28]!

En ese momento, mamá Joitsa agarró a su hijo del brazo, lo llevó a un lado y le dijo en un tono imperioso y como sofocado:

—Ve corriendo a donde el padre Ștefan, nuestro primo, y pídele de mi parte que venga para acá rápidamente. ¡Después sigues hasta donde tu tío Anghel y lo traes contigo!

Adrian se estremeció como si le hubiera pedido que cogiera una serpiente con la mano.

—¡Pero qué dices, mamá!... ¿Cómo voy a traer al tío Anghel si sabes que está enfadado con todo el mundo y que no quiere volver a ver a nadie?

—Precisamente por eso tiene que venir. Dile que le llamo yo, su hermana mayor. ¡Vete volando!

Adrián obedeció, cogió un palo, llamó a *Sultán*, el mastín, y desapareció en la noche sin que nadie lo viera.

En aquella familia de desheredados, el hermano Anghel era el segundo. Una terrible suerte se había abatido sobre él y había hecho de un hombre alegre y buen cristiano, un enemigo y un pagano.

Hijos de campesinos aparceros en las tierras de un boyardo, los dos hermanos y las dos hermanas se encontraron de repente, a la muerte de su padre, dueños tan sólo de las vigas de la casita paterna, de los árboles del huerto y de unas cepas. La tierra no era suya. Eso les decidió a desperdigarse por otros lugares, a excepción de Dumitru, el mediano, que se quedó para cuidar de su madre viuda. Las hermanas se fueron a vivir con dos griegos acaudalados que se reían del matrimonio legítimo. Y el pequeño Anghel, con apenas nueve años, se fue a Braila y entró como aprendiz en la tienda de un tabernero. Sentía un profundo rechazo por el trabajo manual en campo ajeno.

Durante diez años, Anghelutsa permaneció junto al mismo patrón, un hombre de bien que le pagó con generosidad los servicios realizados. Después, de vuelta al pueblo, se enamoró apasionadamente de la chica más pobre del villorrio, y se casó con ella de inmediato. Al ser corto de vista, fue exento del servicio militar, compró un trozo de tierra y abrió una tasca en la carretera principal entre Braila y Galatsi, a la salida del pueblo.

Su empresa fue exitosa, sobre todo porque los tiempos de abundancia que

siguieron a la guerra contra los turcos le ayudaron mucho. Después de diez años en el negocio, consiguió ahorrar una fortuna que le permitió comprar otro trozo de tierra, entre el pueblo y la tasca; plantó árboles injertados y una viña de renombre, construyó una hacienda hermosa, con cuadra y gallineros, trajo vacas de raza, aves, ovejas, cerdos y todo lo necesario para la hacienda de un labrador rico. Al poco, «el corral de Anghelutsa» iba a ser la envidia no sólo de los siervos de la aldea, sino del propio dueño de los dominios, Alexandru Vulioti, el cual a veces, parando su carro ante la taberna del tío Anghel, decía a éste con evidente ojeriza:

—¡Tú, Anghelutsa, quieres competir conmigo! Mira: ¡vacas pintas, caballos de Kirguizistán, incluso pintadas, que no valen para nada, hasta maíz de moler como sólo se ve en mi casa! Pero ¿tú qué quieres?

—¡Qué voy a querer, señor, no he robado nada de lo que ve! —respondía el granjero con orgullo.

Si la suerte le sonrió en asuntos monetarios, la desgracia lo devoraba, sin embargo, en su matrimonio. Su esposa era una mujer holgazana, refunfuñona, torpe en cuanto hacía, desaliñada hasta dar asco y absolutamente incapaz de llevar adelante semejante hacienda. Su indiferencia llegaba incluso a dejar todas las labores de la casa al cuidado de un mozo agotado, y ella, tumbada sobre un trapo a la sombra de un nogal, dormía horas enteras, con la boca abierta y llena de moscas, mientras el crío se revolcaba por la tierra con los pañales sucios, llorando a su alrededor. Vacas sin ordeñar, terneras sin abrevar que bramaban por la sed y por el desorden. Casa, corral, caos... entraba y salía quien quería.

Anghel se consumía viendo cómo se hundía su trabajo. Clavado en la taberna, bregando solo con las oleadas de carreteros, en pie día y noche, apenas encontraba un momento de descanso para escapar hasta su hacienda. Adrian recordó cómo había visto a su tío, un día de verano, romper todos los cristales de la casa por culpa de la porquería de mosca, tan gruesa que impedía que la luz entrara en el interior. Su mujer dormía ausente y no se despertó durante el tiempo que duró la rotura de los cristales. Anghel pasó junto a ella, le escupió a la cara y se fue. Ella siguió durmiendo.

Creyendo que sacaría de ella por las malas lo que no había podido obtener por las buenas, la golpeaba a menudo. La inútil se embruteció todavía más. Entonces, ante la incapacidad de mantener los dos negocios, el pobre hombre se vio obligado a vender todos los animales, abandonó la hacienda y no visitaba a su mujer más que una vez al mes. Y para apartar de la vista de sus hijos el espectáculo de semejante madre, se los llevaba cuando cumplían cinco años y los dejaba con una pariente de Galatsi, adonde iba varias veces al año para seguir de cerca la educación que se les daba.

De esta manera acabó con el último vínculo que tenía con su esposa. El matrimonio por amor, las aspiraciones de un hombre rico, la hacienda que debía de ser la más floreciente del lugar... cayeron en la ruina: «la hacienda de Anghelutsa» se convirtió en una cuadra humana. En lugar de una bella tabernera, salerosa, que

madrugara para trabajar —como había soñado Anghel ver a su mujer—, una sombra arrugada estaba tumbada en un rincón del porche o se deslizaba con pasos torpes a lo largo de las paredes salpicadas de barro por el corral vacío.

Al principio, el incansable marido esperaba que su mujer entrara en razón y la engañaba ante sus propias narices. No lo hacía por inclinación natural, sino porque sí, para vengarse de un amor burlado y quizá, quién sabe, para «despabilar» a la mujer, a la que seguía queriendo. Ella oyó los rumores, lo vio con sus propios ojos y no le dio importancia. Le gustaba más dormir. No se tomaba siquiera la molestia de lavarse la cara y se quedaba dormida mientras comía.

Pero la maldad humana, que tiene envidia de todo, no se conformó con el sufrimiento doméstico del hombre rico: las desgracias del marido no eran suficientes. Y una noche, sabiendo de la falta de vigilancia, dieron fuego a la hermosa hacienda.

Desde su habitación en la taberna, Anghel vio a través de las contraventanas las llamas que consumían su hermosa casa de tejado de hojalata embreado y permaneció sordo a los gritos de los que le llamaban en auxilio de su propia fortuna. Se decía, tragando la amargura: «¡Si al menos se quemara también *ella!*!».

Ella no se quemó: continuó durmiendo a la sombra de lo que se había salvado del incendio gracias a los vecinos, hasta el día en que, apuñalada por un resfriado cruel, el Creador —que la había enviado a la tierra para mostrar a los hombres cuántos males se pueden esconder detrás de algunas bellezas femeninas— la llamó a su lado para asustar con ella a los penitentes del Purgatorio.

Su inesperada muerte, sin embargo, no dejó indiferente al infeliz Anghel. Adrian fue a menudo testigo de su emoción al recordar a la que había abandonado este mundo tan silenciosamente como había vivido.

El sobrinito amado y mimado acudía de vez en cuando para leer a su tío las maravillas de los libros, para explicarle «el sistema planetario», «la creación del mundo», «qué es el cielo», conocimientos de los que el bravo tabernero estaba siempre sediento. ¡Y cuántas veces, en hermosas noches de luna, paseando ambos entre las ruinas, no viera Adrian a su tío Anghel sacar el pañuelo y enjugarse las lágrimas!

Un desierto terrible... Bajo los tejados derruidos, las vigas quemadas, el maderamen despedazado, los restos de los muebles se pudrían amontonados sobre los charcos formados por la lluvia en las habitaciones. Aquí y allá no se veían más que trozos de pared. El establo más grande, que no había sido dañado por el fuego, parecía llorar por aquellas hermosas terneras que habían suscitado demasiadas envidias como para poder resistir. La cicuta, el agracejo y la juncia crecían hasta la altura de un hombre en el magnífico patio de otro tiempo.

«¿Ves, Adrián?», le decía el pobre hombre con la voz estrangulada por el dolor. «¿Ves este cementerio? Pues es debido la mitad a los hombres y la otra mitad al destino. Si hubiera heredado esta hacienda de mis padres, habría sido un motivo para

que los campesinos la destruyeran, aunque ellos no dan fuego a las mansiones de los señores. Pero esa casa había salido del sudor de mi frente tras veinte años de esfuerzo. Y no era un lujo, sino precisamente aquello que necesita un hombre para vivir, él y su familia, como Dios manda y no como animales. Ni siquiera se me puede acusar de haber sido avaro: el hambriento encontraba siempre en mi casa con qué calmar el hambre, y cuando llegaban las fiestas religiosas, mi pensamiento era siempre para la viuda desvalida y cargada de niños; por Pascua le llevaba huevos, bizcochos, un cuarto de cordero; por Navidad, un trozo de tocino y de carne de cerdo. No daba limosna sino tan sólo lo que debía: Dios me había ayudado a mí y yo también ayudaba con lo que me sobraba sin vanagloriarme. Tampoco tenía derecho, puesto que había visto a otros aventajarme en el bien: aquellos que compartían un trozo de pan con el hambriento encontrado en el camino.

»¿Podría alguien, acaso, acusarme de haber desplumado a mis clientes para enriquecerme yo? Ni siquiera. Si mi ganancia fue grande, es porque iba a los viñedos a traer vino y aguardiente cuando corrían como ríos en los años de abundancia. Al carretero que entraba en invierno en la tienda con el bigote lleno de escarcha, no lo veía como a un cliente sino como a un hermano fatigado. Estrechaba sus manos ateridas y le hacía sitio junto a la estufa. Para alojar a su ganado, levanté un cobertizo como no había en cien kilómetros a la redonda; y por el brazado de heno que le ponía delante, no aceptaba pago. Mis vinos y mis aguardientes eran de los mejores y puedo jurar por la luz de mis ojos que nunca los ‘bauticé’, como hacen en todas partes. Y cuando veía que el hombre había bebido su ración y que, llevado por el sufrimiento, quería sobrepasarse y olvidar sus problemas, le invitaba a un vaso y le decía que tuviera cuidado por el camino. A menudo tenía que mostrárselo. Por lo demás, era una especie de criado para él, pues estaba levantado para esperarle desde el amanecer hasta medianoche. No dudaba en abandonar la cama y abrir a quien estaba llamando a la puerta, incluso después de cerrar, olvidando que habría podido encontrarme ante un malhechor.

»Pero el ejemplo del bien no sirve para gran cosa, y aunque la tierra no está habitada únicamente por sinvergüenzas, la mano de un solo criminal, entre cientos de hombres justos, es suficiente para estropearla. Esa mano me vigilaba a mí en la oscuridad, lista para golpearme. No podía perdonar mi prosperidad. No podía soportar que fuera otra cosa que una mano sarnosa, parecida a ella, buena para pedir limosna o preparada para golpear a escondidas. Y me golpeó. Le resultó fácil, mi mujer dormía. ¡Oh, Adrián!... Aquí, la mano del criminal encontró como ayuda, para arruinarlo todo, la mano mucho más criminal del Destino, ¡y ambas se unieron para llevar a cabo cosas horribles! ¿Cometí un error al enamorarme de la chica más guapa del pueblo? ¿Se enamora alguien de la más fea? No lo sé. Lo que sé hoy es que mi amor fue ciego y que no miré si mi amada había barrido debajo de la cama, si tenía roña detrás de las orejas ni si se había lavado los pies. Adrian, el día que se te encienda el pecho con el fuego sagrado que quemó el mío, recuerda mis palabras;

antes de arrojarte en cuerpo y alma a la podredumbre humana, haz lo que no hice: mira debajo de la cama de tu amada, mira detrás de sus orejas y mírale los pies escondidos en sus bonitas botas. ¡Y si por casualidad olvidas mis palabras, recuerda este cementerio que ves aquí! Llénate los ojos con el horror de este desastre: mira estas malas hierbas salvajes que crecen como una maldición lanzada al abandono humano; la cuadra que se lamenta por el ganado; estas paredes ahumadas que gritan su desesperación hacia el cielo; los montones de hojalata oxidada y doblada, que brillaban en otro tiempo como un espejo al sol, de un tejado que se levantaba orgulloso del derecho del hombre a vivir con comodidad y riqueza, no como un topo temeroso de la luz. ¡Recuérdalo! Y si tu sangre apasionada te quiere arrojar a los pies de las chicas más guapas del lugar, niégate, llama en tu ayuda a estas ruinas y di así: ‘El tío Anghel destruyó su vida porque amó ciegamente a la joven más bella de su pueblo, sin haber mirado antes debajo de su cama, ni detrás de las orejas, ni entre los dedos de los pies...’. ¡Y aparta de ti la mano del despiadado destino!»

Tras la muerte de su mujer, el tío Anghel dejó en el abandono, durante varios años, una vivienda sin vigilancia. Se había propuesto devolverle el esplendor debido, pero sólo cuando los hijos estuvieran en condiciones de gobernarla. Tras recoger todo aquello que más apreciaba y amontonarlo en torno al tenducho, empezó a llevar una vida de ermitaño, de un ermitaño que adquirió la costumbre de probar con demasiada frecuencia el aguardiente que vendía a sus clientes.

Hombre robusto, alto, atractivo, de andar orgulloso, con una hermosa barba, rizada y canosa al igual que el pelo, el tío Anghel infundía respeto a todos. Al ser corto de vista, tenía que arrimarse, hasta tocarlo con el pecho, al que entraba por la puerta para poder apreciar así con quién tenía que vérselas e imponía aún más. Era un buen hombre, pero no soportaba ser contrariado, igual que no lo soportan todos aquellos que «llegan» por sus propias fuerzas. Consciente de las suyas, el tío Anghel las multiplicaba para conseguir su objetivo, que era, decía, «transformar las ruinas en un palacio» el día que sus hijos fueran dignos de él. De este modo, a pesar de todas sus desgracias, pasaba por un hombre rico.

Pero su verdadera riqueza, su felicidad y su esperanza eran los tres hijos que criaba en Galatsi: un chico de diecisiete años y dos niñas de ocho y diez años. El mozo tenía que terminar el bachillerato al cabo de un año, y luego: «Ya veré», dijo mi tío un día a la madre de Adrian, «después de salir del instituto, irá a hacer un año de servicio militar. Si le gustan las armas, quisiera hacer de él un oficial, un brazo fuerte y competente para la defensa del país; si no, elegirá el oficio que le guste».

De las niñas no quería hacer otra cosa que «buenas amas de casa», darles una dote y casarlas en la ciudad.

El hombre propone...

Un día de frío invierno, mientras estaba sumido en sus pensamientos y contemplaba la ventisca que barría la extensa llanura solitaria, entraron en la tasca

cuatro hombres, cuatro desconocidos. Como tenía por costumbre, se acercó a ellos sacando pecho para poder reconocerlos, pero el corazón se le encogió como los cuernos del caracol: sus caras no le gustaban.

«¡Si éstos son hombres de bien, no vuelvo a hacer caso a mi corazón!», se dijo apretando en el bolsillo del chaquetón el revólver que siempre llevaba consigo.

—¡Buenas, Anghelutsa! —dijeron los recién llegados— ¡Qué calor hace aquí!

—¡Bienvenidos, viajeros! Frío, ¿eh?

Y añadió para sí: «¡Dios me ha abandonado! ¡Ésas son voces de estranguladores! ...».

—Tenemos hambre, Anghelache, y queríamos beber... ¡Dicen que tu vino derrite el hielo!...

—Eso dicen... Pero yo sé que hay un hielo que ningún vino puede derretir.

—¡Ja, ja! ¡Qué gracioso eres, Anghelutsa!... ¿Y qué hielo es ese?

—Bueno, debéis de conocerlo: se le llama «corazón de perro», pero está mal dicho, pues no se hace justicia a esos pobres animales, que son verdaderos amigos —respondió el tabernero señalando junto a él a dos perros pastores que no se le despegaban ni un paso.

—¡Ah! ¡Qué pensamientos tan negros! Que el mundo no es tan malo...

—Quizá... Pero cuando alguien es, como yo, tabernero en un camino principal, ve bastantes cosas y duerme por la noche con un ojo abierto.

Esta abierta declaración hizo que los clientes supieran con quién tenían que vérselas.

Les sirvió pan, tocino y vino.

—¿No querías sacarnos un poquito de vino nuevo, Anghelutsa? —preguntó el que se hacía el gato amistoso.

Mi tío rió para sí: «¡Ajá! ¡Me invitáis a caer en la trampa!».

—¡Acabo de sacar ahora mismo un cántaro de cinco litros!... Si sabéis de vino, notaréis en la lengua que es joven —respondió.

Eso complicó sus planes. Pero no en balde eran ladrones. Un poco más tarde, uno de ellos salió fuera para «resolver un asunto». Anghel entendió que ésta era la señal de ataque: el bandido salía para hacer la guardia. Palideció y se preparó. Por un momento se le pasó por la mente sacar su arma y gritar: «¡Manos arriba!». Pero pensó todavía que quizá fuera víctima de unas fantasías engañosas.

Instantes después, sus malos pensamientos se confirmaron. Los tres clientes hablaban, divagando, de cosas que no tenían ni pies ni cabeza. Pidieron cerillas. Mi tío se dijo: «¡Vaya! ¡Ahora sí que sí...!».

Con el corazón y el paso firmes, con la mano derecha sobre el arma del fondo del bolsillo, se acercó y les tendió la caja de cerillas. El más fuerte de los ladrones se levantó por ella, lentamente, hablando con los otros, pero, en el momento de cogerla, agarró de un salto el puño del tabernero como unas tenazas; y aunque en ese mismo instante el desgraciado cayó herido por la bala que salió del bolsillo de su víctima, los otros no le dieron tiempo al tío Anghel a

sacar el arma: le partieron la cabeza a palos mientras los mastines les desgarraban las piernas. Los dos animales cayeron abatidos al suelo, donde yacía también su dueño en medio de un charco de sangre. Después de semejante hazaña, los ladrones cogieron de prisa todo el dinero que encontraron en el mostrador y huyeron dejando atrás el testimonio incontestable de su robo: a su compañero gravemente herido.

El tío Anghel había escapado entonces de una muerte segura gracias al tiro que había abatido a uno de los asesinos, así como a los dos perros sacrificados. Habían sido tan salvajemente mordidos por los perros que apenas podían arrastrar las piernas.

Aproximadamente una hora después del crimen, unos carreteros pasaron por la taberna, levantaron del charco de sangre a la víctima y al bandido, ambos aún con vida, y los llevaron a Braila, donde fueron atendidos.

Después de quince días en el hospital, mi tío salió debilitado, pero no había perdido otra cosa que sangre. Seis meses más tarde habría de perder algo que le era máspreciado que la vida: perdió a sus dos hijas, ahogadas en el Danubio junto a otra gente mientras se paseaban en unas barcas que, sorprendidas por las olas, volcaron. En ello vio de cerca la mano negra de un destino implacable.

Pero este hombre estaba predestinado a conocer todo el horror del refrán rumano: «¡Que no dé Dios al hombre todo lo que puede llevar sobre sus hombros!». ¡Y cuántas desgracias puede llevar un hombre sobre sus hombros!

A la vuelta de la iglesia, donde había celebrado una misa por el descanso de las almas de las dos niñas que no habían podido ser enterradas, el tío Anghel se encerró en la taberna y, durante varias horas, se paseó con las manos en los bolsillos. Después abrió la puerta de par en par, se detuvo en el umbral y escupió, como si escupiera a la cara de alguien, diciendo:

—¡Bah! Destino infame... Tú me doblegas, pero yo me enderezo y te escupo a la cara. ¡Toma!

Y volvió a escupir de nuevo.

Le quedaba el chico, la última llama para iluminar la noche de su cerebro, abatido por el dolor y el alcohol.

El destino sopló también sobre esta vela y la apagó...

Once meses después del ingreso de su hijo en un regimiento de infantería y al día siguiente de recibir una carta en la que el joven le anunciaba que quería seguir en el ejército, el más desgraciado de los hombres cerraba su negocio —¡feliz por la noticia recibida, otra vez feliz!— y cabalgaba hacia Roibu, a la ciudad, para contratar a los obreros para la reconstrucción de las casas quemadas.

No había dado aún doscientos pasos cuando un cartero, a caballo, lo detuvo en el camino y le tendió un telegrama. El corazón no le dijo nada. Abrió el sobre tranquilo y leyó: «Su hijo, Alexandru Anghel, cayó del caballo en una carga de caballería y murió mientras...».

La hoja se le escapó de las manos; un rugido de tigre salió de su pecho; se levantó de la silla y rodó por el suelo como un poste que se derrumba.

De esta manera bebió el tío Anghel su vaso hasta los posos.

Parecería que esa culminación del sufrimiento tendría que traerle su propio fin. ¡Pero qué va! Aquello que podría venir a aliviarlo, es decir, la muerte, no vino. Y nadie sabe por qué este hombre no puso fin a sus días.

No se suicidó. Pero se mataba a diario ingiriendo sin cesar vasitos de su aguardiente más fuerte.

El proceso de degeneración de este hombre, un padre tierno, buen ciudadano y cristiano devoto, es la más espantosa tragedia que conoce el autor de estas líneas. Aquí está descrito sólo el comienzo. Su final —unas penas que rompen el corazón— será contado más adelante.

Muerto su hijo, Anghel pidió que el entierro se celebrara en el pueblo. Fue acompañado por todos los habitantes. Y cuando las escopetas dispararon las salvas en el momento del descenso del ataúd, toda la gente congregada, llorando, se puso de rodillas. Lloraban los soldados, lloraba también el oficial que dirigía los honores militares. Tan sólo una persona no lloraba: su padre.

En pie, con la cabeza descubierta, el sombrero en la mano, estaba al borde de la tumba y contemplaba el ataúd en el fondo. En aquel momento, un aldeano salió de la multitud, se arrojó a sus pies, se abrazó a sus rodillas y gritó:

—¡Anghel!... ¡Anghel!... Perdóname: ¡yo di fuego a tu casa! ¡Véngate! ¡Pero perdóname antes!

Anghel volvió la cabeza y miró durante largo rato al hombre que se revolcaba a sus pies, sufriendo como sobre ascuas ardientes, y que gritaba:

—¡Perdóname!... ¡Y mátame!... ¡Mándame a la cárcel!

—Que seas perdonado... —dijo Anghel, y se fue

Nadie se atrevió a seguirlo.

Cuando llegó a casa, descolgó de la pared el icono, adornado con albahaca, de la Virgen María con Jesús en brazos, así como los retratos del rey, de la reina y del príncipe heredero; cogió una pala, cavó un hoyo en el huerto, los metió y los cubrió de tierra.

Después se encerró en la taberna y se entregó en cuerpo y alma al aguardiente.

Desde aquel día, y durante un año, nadie supo si había alguien dentro o si el negocio estaba vacío. Los habitantes pasaban temerosos, hadan una inclinación de la cabeza ante las ventanas con las cortinas echadas y seguían su camino. El tío Anghel salía por la noche, acompañado de un perro, y se iba a vagabundear por entre las ruinas de las casas quemadas. Durante el día, petrificado con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en los puños, bebía vasito tras vasito, sin emborracharse, y a través de una grieta de los postigos contemplaba los escombros de los antiguos corrales.

Cuando se cumplió el año del terrible luto, el ermitaño reabrió la taberna, o, mejor dicho, manteniéndola cerrada, daba de beber a unos y no daba a otros, sin que nadie pudiera entender nunca en qué motivo se basaban tanto su rechazo como sus

preferencias. Los que pasaban respetaban su voluntad, puesto que sus desgracias eran conocidas en todos los pueblos vecinos. Por lo demás, él no traía ya ningún otro tipo de bebida nueva porque tenía la cava llena de vinos y aguardientes.

Adrian y su madre fueron las únicas personas con las cuales Anghel accedió a hablar a lo largo del año que siguió a la reapertura. Siempre sentado ante la ventana, con la botella y el vaso delante, el perro a sus pies, con la puerta cerrada, el tío miraba sin cesar a través de las cortinas. Adrian vio cómo se paraba un carro y cómo dos hombres aporreaban los postigos. Anghel permaneció inmóvil, y los carreteros se fueron. Pasó otro carro; sin bajarse, el hombre gritó desde el camino:

—¡Anghel! ¡Quiero beber algo!

Se le sirvió.

•

Aquella noche de Pascua, cuando se dirigía a donde su tío por orden de su madre, Adrian pensó en todas estas desgracias y se dijo: «¡Mamá se equivoca cuando piensa que podré sacar al tío Anghel de su madriguera!».

Ciertamente, el encargo no era demasiado fácil, puesto que no se trataba tan sólo de una visita, sino de una reconciliación. Los dos hermanos, Dumitru y Anghel, habían discutido ocho años atrás, a la muerte de su madre, por una miserable cuestión de herencia. No tenían más que trapos para repartir, pero Anghel, que era rico y estaba siempre dispuesto a ayudar a su hermano, no dio el brazo a torcer en el reparto.

—¡Quiero tener un leu de herencia de mi madre para comprar un rosario, colgarlo del icono y saber que es de mamá!

Dumitru pretendía, con gran razón, quedarse como dueño de todo lo de la casa ya que había cuidado de la anciana hasta su muerte. La madre de Adrian se oponía con todas sus fuerzas al reparto. Sin embargo, la otra hermana, aunque estaba en buena situación, y, sobre todo, Anghel, reclamaban su parte. Y en el fragor de la discusión, el mediano insultó a su hermano. Éste le propinó un bofetón. Entonces Dumitru cometió el error de golpear a Anghel en la frente con un palo y le hizo sangrar.

El herido salió de la casa familiar diciéndole al otro:

—¡No volveré a entrar aquí, ni tú en mi casa, hasta que no me beses la suela de las botas ante todo el mundo!

Y desde entonces estaban enfadados. Antes de que Anghel hubiera perdido a sus hijos, Dumitru se había opuesto con testarudez a los ruegos de su hermana para que fuera a pedirle perdón a su airado hermano; pero después de aquellas terribles muertes, nadie se había atrevido a perturbar su retiro con una fruslería.

Ahora la madre de Adrian quería a toda costa que se reconciliaran los hermanos. Al hacer venir al ofendido, en lugar de ir todos a su casa, ella confiaba en que el dolor hubiera ablandado su orgullo, así como en el ascendente que, como hermana mayor,

había tenido desde siempre a ojos de sus hermanos, sobre todo a los ojos de aquel que, aunque rico, había querido un reparto rechazado por ella, que era una mujer pobre.

Eran las nueve de la noche cuando Adrian llegó a la taberna de su tío. En la ventana del mediodía, la que daba hacia el pueblo, se veía luz. El joven se estremeció pensando en el hombre que estaba detrás de aquellas cortinas echadas. Se acercó al cristal y pegó la oreja. Ninguna señal de vida aparte de la lámpara encendida. *Sultán*, impaciente, ladró. El perro del tío le respondió, pero la cortina no se movió. Adrian sabía que era inútil llamar, apoyó la frente en el marco y dijo con timidez:

—¡Tío! ¡Soy yo!... Adrian... Tengo que decirte algo.

Un momento de espera y la cortina se corrió a un lado; la mano del eremita hizo una señal al chico para que cruzara la puerta de la taberna. El tío Anghel fue a abrir con una lámpara. Adrian entró, seguido por *Sultán*.

Con el primer vistazo al interior débilmente iluminado de la tienda, el corazón se le encogió aún más. ¡Tristeza de las cosas abandonadas por la mano maravillosa del hombre, qué poderosa es tu voz! Ya no había vasos ni botellas sobre el mostrador; ni pan en la mesa grande, ni tocino colgado del techo como un tablón grueso; ni roscos ensartados en su palo... Polvo, olvido, abandono, paz mortífera...

En medio de ese nuevo cementerio, el tío Anghel, con la chaqueta sobre los hombros, todavía alto pero cargado de espaldas, en fin, jorobado, un hombre que iba en otros tiempos sacando pecho y con la cabeza alta, como un león, el tío Anghel miraba a su sobrino con aire tranquilo. Adrian, a punto de llorar, cogió con las dos manos su mano libre para besarla. Sin soltar una palabra, el tío lo condujo a la habitación.

Allí, el mismo abandono. Las paredes, vacías y amarillentas, no desprendían ya el agradable olor del enjalbegado fresco. La cama, un verdadero camastro de mendigo, sucio y revuelto, parecía rebelarse ella misma contra un cuerpo lleno de desgracias. La estufa se reía a través de todas sus grietas negras de humo. Del techo, con sus vigas ahumadas y llenas de telarañas, se diría que era el de una herrería. Dos sillas desvencijadas, la mesa, una escopeta de dos cañones colgada de un clavo por la correa, así como unos cuantos cachivaches, era todo lo que se podía ver. Sobre la mesa, la botella de aguardiente y el vaso, la Biblia, un libro de cuentas con un lápiz atado con una cuerda, un pan empezado y un cuchillo.

Adrian se echó a llorar.

El tío Anghel, sentado en la silla, lo atrajo hacia sí y lo besó por primera vez desde la desgracia que había culminado las anteriores. Con voz masculina pero cascada, sin el tono de otros tiempos, le dijo paternalmente:

—Estoy contento de verte, Adrian, pero dime por qué lloras.

—Tío... ¡no puede ser! ¡Que comas tú sólo pan... el día de Pascua, cuando hasta

los perros comen hoy bizcocho!... ¡Qué maldición!

Adrian se enjugó las lágrimas y, mirando a su tío a la cara, lo vio sonreír bondadosamente, con la bondad insoportable del hombre muerto de sufrimiento. La cabeza empezaba a perder pelo, las mejillas estaban pálidas, la barba y el pelo habían encanecido por completo; y la ropa y la camisa se veían sucias y sin botones.

—Si sólo lloras por eso, cálmate y dime por qué has venido... —respondió a su sobrino con tono aún más apagado.

—He venido a preguntarte por qué sigues enfadado con el tío Dumitru...

—Ya no estoy enfadado con nadie...

—¿Querrías perdonar su error?

—Ya no tengo que perdonar nada a nadie...

Anghel respondía con la misma indiferencia con que habría dicho: «El pan está sobre la mesa» o «Ya ha oscurecido».

—Bueno —añadió Adrian, como vacilante—, mi madre me envía para pedirte que vengas esta noche con nosotros.

—Tu madre te envía... —repitió el tío Anghel, meneando la cabeza—. Tu madre es una santa, Adrian... —Después, tras un momento de reflexión, añadió—: ¿Y tú, qué dices? ¿Que vaya?

—¿Tú me lo preguntas, tío?... ¡Yo lo deseo de todo corazón!

—¿Y los demás lo quieren?

—¡Pues claro: todo el mundo lo desea...!

—Si es así, vamos: lo deseo también yo, como todos vosotros...

¡Qué amargamente fue pronunciado «lo deseo también yo» por unos labios que sonreían implacables!... ¡Qué aniquilamiento de todo deseo!... Adrian estaba aterrado.

Salieron juntos, acompañados por sus perros.

El padre Ștefan, al que Adrian había avisado al pasar, era un viejo octogenario. Ya no atendía la iglesia de Cazasu, se había retirado a su casita de Baldovinsti y prestaba grandes servicios a sus conciudadanos haciendo las funciones de juez y de sabio consejero. La vista se le había debilitado, pero las piernas no le flaqueaban ni cuando echaba a correr junto a un hombre joven. Como vivía cerca del tío Dumitru, cogió el bastón y fue a llamar a su puerta.

Ante la aparición de su apostólica cara, adornada con una barba y unas melenas amarillentas por el humo, todos los reunidos se levantaron y besaron la mano que llevaba desde hada cincuenta años ofreciendo a los labios de los pecadores.

—¡Cristo ha resucitado, hijos míos!... —dijo con su voz acostumbrada a la iglesia.

—¡En verdad ha resucitado! —le respondieron.

La madre de Adrian, desde la cabecera de la mesa, le invitó a tomar asiento en su

silla, que el sacerdote ocupó sin hacer ascos, como por derecho propio; ella se quedó de pie, se apoyó contra la pared y cruzó los brazos sobre el pecho.

Los presentes, algo desconcertados por esa visita inesperada, volvieron la mirada hacia la hermana mayor en busca de una explicación. Ella, delgada, tiesa, con las mejillas chupadas, paseó su mirada llena de bondad entre los reunidos y dijo:

—Le he llamado, padre Ștefan, con la idea de pedir su ayuda para reconciliar esta noche a mis hermanos Dumitru y Anghel... espero que también éste aparezca enseguida. Como sabe, hace ya ocho años que no se dan la mano, se evitan y dejan que pasen las fiestas más sagradas sin probar juntos el vino ni el pan. A una se le rompe el corazón. No quiero pasar ante los ojos de nadie como una mujer intachable. Yo también tengo mis pecados, de los cuales el más grave es que di a luz a un hijo que carece de padre, después de vivir diez años con un hombre sin tener la bendición de la iglesia... Pero creo que el pecado más triste es el odio, cualquier odio entre hombres, y aún más entre dos hermanos...

—Yo ya no odio a mi hermano Anghel... —interrumpió Dumitru, sombrío.

—Me alegra oírlo, Dumitru —dijo el cura—, sólo que no te has dado demasiada prisa en decirlo antes...

—Es que él fue injusto conmigo...

—Sí; él fue injusto contigo —dijo el servidor de la verdad—, pero tú fuiste despreciable con él: golpeaste e hiciste sangrar a tu hermano mayor. Olvidaste la sagrada creencia de nuestros padres que decía: «Aquel que hiera a su hermano mayor, lo llevará a la espalda al otro mundo», e incluso creían que se veían sus sombras con la luna llena.

Dumitru calló.

—Es verdad: Anghel fue injusto entonces —prosiguió su hermana—. Él no tuvo en cuenta que Dumitru había cuidado de nuestra anciana madre mientras los demás tiramos hacia donde nos llevó el destino. Pero Anghel, como hombre rico, quería ayudar a su hermano menor a rehacerse una casa; y aquí está la culpa de Dumitru; era orgulloso, no quería deber nada al más pudiente. Intuyo incluso que lo odiaba ya desde entonces. Así que la discusión y la pelea ardían lentamente en su corazón como la brasa bajo la ceniza... y se pegaron. Ahora el pobre Anghel ha redimido todos sus pecados: la desgracia lo ha despojado de cuanto de humano hay en nosotros, y hoy no se cuenta entre los vivos sino con su pobre cuerpo, que apenas se arrastra. Por mi parte, habría preferido verlo muerto, puesto que lo que hace ahora es peor que la muerte. Él bebe, pero es la bebida la que se lo bebe a él: se entrega a ella con toda su alma.

»No lo he visitado desde Navidad, y él tampoco visita a nadie. Una vez le dije que si no dejaba el aguardiente era mejor que muriera. Me respondió: ‘Ya estoy muerto...’. Pero tengo aún la esperanza de que lo sacaremos de la bebida. Quizá especialmente su santidad el padre Ștefan tenga una influencia decisiva sobre él. Si viene esta noche con nosotros, iremos a verlo más a menudo. Por eso le pido a mi

hermano Dumitru que le pida perdón, con humildad...

En ese momento la puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció de repente el tío Anghel seguido por Adrian. Quería mantenerse erguido y creía sonreír. Con las ropas deshilachadas, con el chaquetón arrugado sobre los hombros, las botas con el barro del año anterior y la gorra de piel en la mano, cualquiera lo habría tomado por un viejo pordiosero.

Él saludó como en otros tiempos:

—¡Buenas noches, gente de bien!

Su súbita aparición con ese aspecto desesperado conmovió a todo el mundo. Dumitru y su hermana se echaron a llorar. El primero cayó a los pies de su desgraciado hermano y le besó las botas. La otra lloraba en sus manos, que olían a aguardiente.

—¡Pobre hermano!... ¡Pobre hermanito! ¡A lo que has llegado!

El tío Anghel, tranquilo, levantó a su hermano y lo abrazó, así como a su hermana. Fue a besar la mano del cura, estrechó la de los de su edad y dejó que los más jóvenes besaran la suya. Después se sentó en el sitio que se le hizo en el otro extremo de la mesa, frente al padre Ștefan.

En el silencio que siguió, sólo se oían los sollozos ahogados de su hermano y su hermana, que seguían llorando.

La sonrisa benévola de Anghel se esfumó una vez que tomó asiento a la mesa. Frunció el ceño.

—¿Por qué lloráis?... ¿Qué arregláis con lágrimas? —dijo.

Se calmaron, pero nadie se atrevía a hablar. El viejo cura lanzaba penetrantes miradas a su primo, casi tan envejecido como él mismo.

—Anghel, me considero en el derecho de recordarte —le dijo, con tono vehemente cargado de bondad— que has entrado aquí, el sagrado día de Pascua, sin pronunciar el saludo de cualquier buen ortodoxo.

El aludido, visiblemente ignorante, desconcertado como si hubiera llegado de otras tierras, preguntó:

—¿Qué saludo, padre?

El cura reconoció su estado de ignorancia y se lo aclaró con paciencia:

—Bueno, nuestro dicho devoto: «¡Cristo ha resucitado!».

Anghel frunció el ceño, tocó con el dedo una miga de pan que se hallaba ante él, sobre la mesa, y después, dirigiéndose directamente al cura, dijo:

—¡Yo no creo que Cristo haya resucitado...! Los muertos no resucitan.

—¡Anghel! ¡Eres un blasfemo! ¡Cristo no es un «muerto», sino el Hijo de Dios, y Dios él mismo!... —exclamó el hombre de iglesia, dueño de sí, pero con voz temblorosa.

—No sé nada... —dijo Anghel indiferente.

Dicho esto, sacó del bolsillo de la chaqueta una botella de aguardiente, de otro

bolsillo un vaso pequeño, lo llenó sin prisa, a la vista de todos, y guardó la botella en su sitio. Del vaso tomó un traguito, que paladeó lentamente antes de tragar, después puso el vaso sobre la mesa, con cuidado, como si temiera verlo caer.

Los presentes se miraron aturcidos. La madre de Adrian se cubrió los ojos con la mano y lloró en silencio. Anghel, inmutable, sin captar el espanto que había ocasionado, paseaba su mirada con tranquilidad por los comensales, como si hubiera hecho la cosa más normal. Y, verdaderamente, para él se había convertido en lo más normal, puesto que lo había hecho cien veces al día, en los últimos tres años, solo, en su habitación, fuera del alcance de cualquier reproche.

—¡Pobre Anghelache!... —se compadeció el cura—. Me das pena. ¡Has dejado no sólo de ser cristiano, sino también de ser hombre!

Por toda respuesta, Anghel volvió a coger el vasito, lo llevó lentamente a los labios y tomó otro trago. A continuación, con aire aburrido, dijo como para sí, como si se le hubiera escapado un ligero gemido:

—Yo no sé por qué me habéis hecho venir aquí...

Entonces, su hermana, que estaba a su derecha, se enjugó las lágrimas, le cogió una mano y le dijo como a un niño:

—Querido hermano... Te he llamado porque queremos traerte de nuevo a nuestro corazón, para quererte y para hacer que nos quieras. ¿Ya no te gusta la vida? ¿Ya no hay nada que te guste?

—Que me guste o que no me guste, da lo mismo... Y no hay nada. Pero ¿por qué te esfuerzas por mí, hermana?

—¿Cómo no, Anghel? Soy tu hermana mayor y tus desgracias son también las mías...

—¡Eso no es verdad! Has sufrido y sigues sufriendo tus propias desgracias, pero no las mías.

—Pero ¿qué dices, hermano?... Sí que sufrimos, porque nos une la misma sangre.

—No hay ninguna unión: si me corto un pie, corre mi sangre, no la tuya.

—De todas formas... los sufrimientos del alma los sentimos en general.

—En absoluto... en absoluto... Que sean palabras al viento las que voy a decir ahora: si perdieras mañana a tu hijo, yo sufriría, ¡pero tú morirías!

Su hermana calló, tristemente convencida de la razón de sus palabras; y él volvió a tomar aguardiente.

El cura recordó el conocido ejemplo de la Biblia.

—¡Anghel, acuérdate de Job!... Sus desgracias fueron por lo menos tan grandes como las tuyas, pero él permaneció firme en su fe. Piensa que nosotros, pecadores, no podemos conocer el pensamiento de Dios. ¿Quién sabe si tus sufrimientos no son pruebas que te envía el Todopoderoso para hacer después de ti uno de sus elegidos?

Anghel se arrellanó en su silla; sus ojos brillaban. Pareció que fuera a responder, pero sus palabras se detuvieron en el camino. Llamó a Adrian, que estaba en un rincón, y lo sentó a su izquierda, entre él y Dumitru, y dijo después con mucha más

dureza:

—¡Primo Ștefan! En vuestras historias bíblicas debe de haber también mentiras irreverentes —dijo tuteando al cura—. Mi cabeza no está en condiciones de responderte como se debe, pero he aquí a nuestro sobrino, él sabe mucho más que nosotros...

—Tío —interrumpió Adrian—, no querría verme mezclado en vuestros malentendidos: no tengo edad, y mis convicciones podrían herir al padre Ștefan.

El tío Anghel le puso una mano en el hombro y le dio confianza:

—Hijo mío, no vas a herir a nadie. Estamos entre nosotros, casi en familia. Y, por mi bien, nos vas a decir la verdad como la has encontrado en los libros. Ya sólo vivo para la verdad. Pero de dos años a esta parte leo, como puedo, la Biblia, y sólo consigo confundirme aún más. ¿Cómo explicas tú, Adrian, que en este libro se despliegue tanta sabiduría junto a toda clase de leyendas como, por ejemplo, la anécdota esa de Job?

Adrian, nervioso por la mirada vivaz del cura, respondió:

—La explicación es que las figuras bíblicas están al margen de la verdad histórica. La Biblia es un libro sagrado, bueno para los creyentes. Te pide que creas, no que investigues.

—Pues dime entonces si tú podrías creer en un Dios que mata violentamente a todos los hijos de un padre, así, por gusto, para ponerlo a prueba... ¡Debe de tener un corazón de auténtico bandido!

Ante esas palabras, el cura se levantó dolido:

—¡Os dejo!... —dijo— ¡Mi sitio no está en una casa en la que se ofende a Dios!

—¿Ésta es toda la ayuda que puedes darle a un Job como yo? —preguntó el tío Anghel—. Tuve tres hijos y a los tres he perdido. ¿Qué crimen he cometido para que Dios me castigue con tanta crueldad?

—¡Desgraciado!... ¡La piedad celestial te había elegido para incluirte entre sus mártires, que disfrutaban de la vida eterna!

—Tu piedad celestial habría hecho mejor en dejar que disfrutara de la vida de un hombre en la tierra, que me gustaba, y no hacer de mí un borracho sin familia y sin Dios.

—¡Nadie es digno de juzgar los actos de Dios!...

Dicho esto, el cura los bendijo y se fue.

—Anghel —le dijo su hermana después de la marcha de su primo—, no has sido respetuoso con el padre Ștefan; has olvidado que es un sacerdote.

—Al contrario, hermana, precisamente porque es sacerdote he querido decirle que no creo en los cuentos de los curas. Suya es la culpa de que hoy ya no tenga fe en Dios. ¿Por qué se han empeñado en darnos a un arquitecto todopoderoso que se mete continuamente en nuestra vida?

»No hay nada de cierto en esa historia. Pero la verdad tiene que estar en alguna

parte. ¿Dónde? No lo sé. Lo que sé es que vivimos, sufrimos y morimos tontamente, sin saber ni por qué ni cómo. También sé que nuestro gran error es que corremos tras la felicidad, mientras la vida permanece indiferente a nuestros deseos; si somos felices, es por casualidad; pero si somos desgraciados también lo es por casualidad. En este mar lleno de escollos que es la vida, nuestra barca es llevada a merced del viento y, por muy hábiles que seamos, no podemos esquivar gran cosa. Y es inútil que culpemos a alguien o que pongamos la esperanza en algo; estás predestinado a la felicidad, así como a la infelicidad, antes de salir del vientre de tu madre. Feliz de aquel que siente poco o incluso nada. Lo poco que pide, la vida se lo da. Y desgraciado aquel que es consciente y que quiere; éste nunca tiene bastante.

Adrian acompañó a su tío a su madriguera. Anghel se detuvo ante la puerta y dijo a su sobrino en el momento de la despedida:

—¡Adrián!... Voy a morir pronto porque tengo las tripas quemadas por el aguardiente. Mírame bien y recuerda, cuantas veces quieras escupir a un borracho, que yo, tu tío Anghel, un hombre decente y amante de la vida decente, llegué a ser un borracho y a morir borracho «por culpa de nadie».

II

La muerte del tío Anghel

En el camino que va de Braila a Baldovinesti, lleno de baches causados por las lluvias primaverales, el carro de dos caballos del tío Dumitru traqueteaba violentamente. Adrian, sentado junto a su tío, se quejó a éste de dolor de tripas y le pidió que frenara el trote. Los caballos, encantados de no correr, relincharon en el aire fresco de la mañana y siguieron al paso. Entonces, en el silencio que siguió al ruido de los hierros destornillados, Adrian estiró su cuerpo agarrotado y contempló con deleite los campos negros y silenciosos de mediados de marzo, aún adormecidos por el largo sueño del invierno.

El tío Dumitru, aunque era un campesino de bien, honrado y abierto, era huraño a su manera y tenía a veces la costumbre de mirar a su alrededor con el rabillo del ojo. Sentía curiosidad al volver a ver a su inconstante sobrino, al que había criado hasta los siete años y que acababa de llegar ahora de un viaje por Egipto y Siria, y lo observaba de reojo. Adrian se dio cuenta y se sintió incómodo.

—Tío —le dijo con aspereza—, si por casualidad quieres ver lo que estoy haciendo ahora mismo, no tienes más que darte la vuelta y mirarme a tus anchas, no a hurtadillas, como los policías. Es algo desagradable.

A modo de respuesta, el aludido sacó del bolsillo la petaca y se puso a liar tranquilamente un cigarrillo; después, como en broma, se lo ofreció a su sobrino, al que sabía incapaz de fumar tabaco negro. Adrian le dio las gracias y se encendió un buen cigarrillo egipcio.

—Tú ya no eres «de los nuestros» —dijo el aldeano, golpeando el pedernal para prender la mecha.

—¡Perdona, tío!... He olvidado darte fuego. —Y un momento después, con los ojos fijos en el horizonte, añadió—: Es que estoy alterado por varias cosas... En primer lugar, mi regreso accidentado, que tanto ha afligido a mi madre... Esta tierra negra que había olvidado... Y sobre todo la idea de volver a ver al tío Anghel en ese estado que dices... Por cierto, ¿no sabes por qué me llama?

—No lo sé... Me avisó ayer por la noche, a través de un carretero, de que quería verte sin falta hoy por la mañana.

—¿Aún tiene la taberna?

Dumitru lo miró atónito.

—¿Es que estás tonto? Cuando te digo que desde hace tres años está en cama y que se lo comen vivo los gusanos, ¿quieres acaso que se levante y que dé de beber a los carreteros? Para empezar, no queda de él más que el esqueleto; y después, se lo ha bebido él todo, todo... ¡se lo ha bebido solo!

Adrian se estremeció y palideció. Dumitru quería insuflarle valor:

—Tienes que ser fuerte si no quieres enfermar después de verlo. No es agradable, sin duda, ver a un hombre en su estado. Está peor que Job. Si hubiéramos de creer las palabras del padre Ștefan, parece ser que Job se recuperó de su enfermedad y volvió a encontrar vivos a los hijos muertos y las vacas robadas, pero Anghel no va a reencontrar nada y no va a volver a levantarse. De Job a esta parte, los tiempos han cambiado; Dios ya no hace milagros. Quizá por nuestra culpa.

—¿Quién cuida de él? —preguntó Adrian, estrangulado por el pánico.

—Nadie... Bueno, sí; tiene un muchacho con él; creo que no lo conoces. ¿Cuántos años hace que no pisas el pueblo?

—Unos seis años.

—Bueno, pues escucha lo que ha sucedido.

Hace unos cuatro años, vino a instalarse en el pueblo un chico. ¿De dónde?... Dios sabrá. Tartamudea tanto que no hay manera de pillar una palabra de diez. Nos dio lástima. Unos cuantos cristianos lo alojaron, le dieron de comer y le buscaron algo para que se ganara un mendrugo de *mamaliga*^[29]. Pero Dios no tuvo piedad con él: el pobre muchacho no era capaz de apacentar ni dos ovejas; las perdía y volvía a casa con el palo y el morral, gritando y moviendo las manos como un poseso. Nadie entendía una palabra de lo que farfullaba. Así que llamó a todas las puertas y se llevó todas las tortas. Después se vio en el polvo del camino. Anghel lo llevó con él y pidió incluso a unos policías que averiguaran de dónde habría venido, pero sin resultado. Ahora se rumorea que le ha dejado en secreto lo que le haya podido quedar de su fortuna, muy poca cosa por otra parte, porque los barriles están vacíos y la taberna arruinada. Y el heredero no vale mucho más que la taberna y los barriles. Su trabajo es atender las necesidades de su señor, y eso sí que es algo único en este mundo.

Tanto en invierno como en verano, el rapaz está fuera jugando para no ahogarse junto a mi pobre hermano, que es una carroña viva. Anghel, inmovilizado por la enfermedad, el cuerpo sólo llagas insensibles, necesita beber su vasito de aguardiente cada cuarto de hora. Pero no puede levantar la botella ni tiene voz para llamar al chico, que siempre está fuera. ¿Qué se le ocurrió entonces? Pues bien, se hizo con un silbato como el de los guardias y cuando le entran ganas de beber, empieza a silbar. El chico conoce los plazos y llega al punto, como un reloj, a jugar junto a la ventana abierta para poder oír el silbato. Así durante el verano. En invierno, las ventanas están clavadas; todas las grietas cerradas, y el bobalicón anda con el trineo. ¿Qué va a hacer? Entrar y salir todo el rato enfría la habitación y molesta al mozo. Pero he aquí que el enfermo se dio cuenta de que había un agujero del tamaño de un vaso que atravesaba la pared a la altura de la ventana. Un puñado de paja mantiene el agujero cerrado contra el frío. El enfermero lo abre sólo cuando tiene que oír. Claro que algunas veces olvida llegar al punto. Entonces Anghel, abandonado a su suerte, silba

para conseguir su trago mucho más de lo que le conviene. Pero él sabe perdonar. Y aunque quisiera hacerlo de otra manera, no podría. Ese asilado es un enviado de Dios para cuidar a un hombre putrefacto, y la enfermedad de mi hermano está hecha para dar un medio de vida a un vagabundo sin habla... ¡Ten cuidado al acercarte a la taberna, anúnciate, no intentes entrar sin el permiso de ese portento, que te rompe la cara! Sin darte cuenta te ves con el garrote ante las narices. No se separa de su palo.

El carro se detuvo en el cruce.

—Desde aquí puedes ir andando —dijo el tío Dumitru.

—¿Tú no vienes? —preguntó Adrian.

—No... Tengo trabajo... Y es mejor que vayas solo.

Adrian se despidió de su tío y se dirigió hacia la taberna de su tío Anghel, que se imaginaba más triste que la casa de un muerto.

El camino estaba embarrado; los pasos se hundían como en una masa pegajosa.

Ante él, a su alrededor, una extensa soledad negra, fría, húmeda, salpicada aquí y allá por casonas blancas de ventanas azules. De todas las chimeneas salían largas columnas de humo.

•

Adrian tenía ahora veinticinco años. Durante los últimos seis, sólo había pasado unos pocos meses al año en su ciudad; el tiempo restante, una parte en Bucarest, donde había participado como un atolondrado en el movimiento socialista, y la otra parte en el extranjero, donde su vida aventurera había causado inquietud en su madre y en su tío Anghel, que seguía de cerca las vicisitudes de su sobrino.

El alcohólico acérrimo intentó en diversas ocasiones encontrarse con el incansable vagabundo, que hacía de todo y no se detenía en ningún sitio, pero no hubo forma de echarle el guante. Adrian aparecía y desaparecía como un fantasma.

Esta vez fue atrapado a tiempo; Dumitru había llegado de madrugada para recogerlo con el carro. Tuvo que ceder.

Sí, que ceder. Puesto que no iba a ver al hombre del horrible destino con el corazón alegre. Su miedo era aún mayor que aquella noche de Pascua, la noche de la «reconciliación» de los dos hermanos. Tenía la impresión de comparecer ante un tribunal donde sus actos iban a ser juzgados y de donde iba a salir condenado.

«Pide el aguardiente con un silbato...»

Retuvo este detalle, que le parecía el colmo de la desgracia de su tío.

Rumiando estos pensamientos y preguntándose por qué habría insistido el enfermo en verlo y hablar con él, se encontró de repente al otro lado del pueblo, a unos cien pasos de lo que en otro tiempo podría haberse llamado una choza. Entonces aflojó el paso y contempló el sitio con la respiración entrecortada por los nervios. Su curiosidad deseaba descubrir primero al famoso muchacho, enfermero y cancerbero, que andaba siempre fuera. Con sus ojos miopes, buscó alrededor de la casa. Nada se

movía. Lejos, en el camino de Galatsi, unos carreteros se hablaban a gritos, mientras tanto, bajo un cielo de plomo, innumerables cuervos volaban en círculos, haciendo la soledad aún más desierta.

Adrian se acercó como un culpable, nervioso. Vio que el tejado de la taberna estaba arreglado a medias con cañas nuevas. De la gran cuadra que protegía en otros tiempos el ganado de los carreteros no quedaba ni rastro. En su lugar, un almiar de paja húmeda, aplastado. La propia taberna se había hundido como dos palmos en la tierra. La puerta y las dos ventanas se habían inclinado hacia un lado. En cuanto a los cristales, su estado de suciedad aventajaba a los que había roto, en otros tiempos, el orgulloso propietario de las imponentes casas quemadas,

«¡Aquí se empeña en morir el hombre que tanto amó la limpieza!», pensó Adrian.

Al no ver rastro del chico, se dirigió a la puerta. En ese instante, el ridículo guardián apareció por detrás de la cuadra, amenazándole con un palo grande y rezongando, con una especie de aullido de perro, una serie de palabras ininteligibles. Adrian, tranquilo, se detuvo ante esa aparición poco habitual.

Envuelto en un chaquetón harapiento que le llegaba hasta las rodillas, las patas largas como una cigüeña, los pies descalzos y llenos de barro, el chico aquel llevaba con dificultad, sobre un cuello largo y flaco, una cabeza con forma de calabaza que se movía sin cesar entre los hombros. Adrian lo contempló con asombro y disgusto:

—Quiero entrar a donde mi tío —dijo.

Como respuesta, el engendro le impidió el paso y lo amenazó con el garrote; después, asegurándose de que el extraño no pensaba entrar por la fuerza, abrió, desapareció dentro y cerró rápidamente con el cerrojo.

Adrian vio el manojo de paja que cerraba el agujero de la pared, lo sacó y pegó la oreja.

Un parloteo ensordecedor, animal e imparable, le golpeó el oído, pero la voz del tío Anghel no llegó hasta él.

Finalmente las bisagras de la puerta de la taberna chirriaron y el peculiar servidor permitió al joven entrar, mostrándole el camino con un movimiento del brazo, ridículo y trágico al mismo tiempo.

Adrian se encontró en la antigua taberna, que ahora no era más que un depósito de ramas cortadas para el fuego. El mostrador de roble, otrora brillante, yacía despedazado en un rincón, así como un montón de botellas, garrafas y jarritas. A través de un enorme agujero del techo se veía el cielo. La cava se había hundido; un penetrante olor a moho impregnaba el aire. Las lluvias y las nevadas habían transformado el adobe en un barrizal.

Esos objetos mudos aullaban con tanta fuerza su desesperación que Adrian se sintió petrificado. Se dijo, con el corazón atravesado por la visión del desmoronamiento de la vida de un hombre trabajador: «¡Y esto es sólo el zaguán!».

Venciendo la idea de escapar, abrió la puerta de la habitación del enfermo.

Le llegó un terrible tufo a llaga y a retrete. El amoniaco le irritó los ojos,

dejándole apenas tiempo de ver por detrás un cráneo lustroso como una vejiga hinchada, así como un brazo, con la piel pegada al hueso, que colgaba al borde de la cama, llena de trapos asquerosos.

Adrian se arrodilló y apoyó la frente en esa mano esquelética, fría como el hielo. El enfermo no se movió.

•

—Levántate, Adrian..., y sopórtame.

Adrian se estremeció. No era una voz humana, la voz masculina de Anghel, sino el lloriqueo nasal de un niño que moría de tisis.

Se levantó con el sombrero en la mano y permaneció erguido, humilde, en medio de la habitación, frente al enfermo. Ese enfermo no era ya su tío Anghel, sino un viejo con cara de momia; de ojos grandes, brillantes, sin párpados y hundidos en dos órbitas vacías; con la nariz larga y afilada como la punta de un cuchillo, con los labios quemados y la boca entreabierta. Una corona de pelo cano rodeaba el cogote de una sien a la otra. La barba rizada y negra de otros tiempos no era sino greñas de estopa ahumada. Junto con los brazos de esqueleto que se balanceaban en las mangas de la camisa, eso era todo lo que se veía entre un montón de sacos, colchas y harapos de zamarras. Era cuanto quedaba del tío Anghel.

—Siéntate... ahí... en la silla. ¿Te da asco?

—No, tío. Estoy triste por verte en este estado.

—Estás triste... ¿Por qué? Yo no.

—¡Pero debes de estar sufriendo horriblemente!

—Desengáñate, Adrian... Ya no sufro... Sólo vive la cabeza... El resto... ya no lo siento. Se acabó con... el resto. ¡Pero la cabeza...! ¡Qué cosa tan increíble! —Anghel calló un momento y contempló fijamente a su sobrino; después añadió con convicción—: Debía haber muerto hace tres días... porque ya no tenía nada más en que pensar, pero vino Irimia a decirme que habías vuelto... Entonces me he demorado un poco, esperándote...

—¿Qué dices, tío? ¡No puedes demorar la muerte cuando llega, excepto que tuvieras intención de matarte!

—Así es... —consintió Anghel con bondad—, yo también conozco esa ley natural... Pero dime, sobrino, tú que sabes tantas cosas hermosas por los libros, ¿estás seguro de que la gente ha terminado de aprender?

—¡Oh, no!... —repuso Adrian—. Aún quedan muchas cosas por aprender.

—Muy bien... Pues entre todas ellas puedes incluir lo siguiente de parte de tu tío Anghel: el pensamiento es más fuerte que la muerte. Éste no puede alejarla, pero la puede molestar.

El joven creyó que el enfermo deliraba; lo escuchaba por educación. En su cabeza

calva vio las cicatrices resultado de la brutal paliza que había recibido en su propia tienda.

—¡Estás mirando esta cabeza rota! —dijo Anghel—. Pues sí, una persona de pensamiento vacilante podría haber muerto dos veces, puesto que a través del pensamiento muere el hombre. Cuando se acerca la destrucción, el cerebro se opone con todas sus fuerzas, lucha, planta cara a la muerte y, a veces, aleja por un momento el final. Lo retrasa. Así, por ejemplo, el día de la paliza me daba perfecta cuenta de que me desmayaba y de que caía en el sueño de la inconsciencia. Y aunque a simple vista estaba desmayado, el pensamiento luchaba con ganas; oía todo lo que decían los médicos; ¡ni un solo instante me dejé llevar por una inconsciencia que podría haber sido eterna! Pensaba todo el tiempo en la vida.

Anghel se interrumpió para recobrar el aliento. Adrian pensó que se hallaba ante uno de aquellos faraones embalsamados del museo Bulac de El Cairo, un faraón cuyos ojos reabiertos ya no parpadeaban. La piel del rostro, flácida, seca, transparente, permitía ver todos los huesos de la cara, sobre los que se extendía como una fina hoja de pergamino, amenazando con romperse a cada movimiento.

Y he aquí que la mano que permanecía escondida junto a la pared se levantó con parsimonia y llevó a la boca un silbato de estaño, atado con una cuerda al dedo pequeño. Serio, grave, el tío Anghel dio varios silbidos cortos y seguidos. Se veía claramente que el soplido no venía de los pulmones, sino de la boca. El brazo descansaba sobre el harapo que le cubría el pecho. Los ojos, horriblemente abiertos, miraban a Adrian con una severidad que parecía querer clavarlo a la pared.

—¿Deseas algo, tío? —preguntó el joven levantándose.

—¡Quédate en tu sitio! No sabes lo que necesito.

En ese instante, la puerta se abrió como empujada por el viento y el impetuoso enfermero entró en la habitación. Amo y criado intercambiaron una mirada cómplice; después este último cogió una botella de aguardiente que se encontraba junto a la cama, llenó el vaso y lo vertió en la boca del enfermo. Realizada esta tarea, desapareció.

Adrian contempló mudo la escena. Esperaba una explicación de su tío, pero éste, inmutable, retomó su discurso.

—Te noto desconfiado y complaciente respecto a lo que te he dicho... No me enfado: es difícil entender lo que no has vivido. Pero atiéndeme...

»Desde hace tres años no he salido de la cama en la que me ves. Tres inviernos, tres primaveras, y otros tantos veranos y otoños desde que estoy tumbado de espaldas contemplando este techo ennegrecido. Es el tiempo más intensamente vivido de toda mi vida. Desde hace un año apenas como ni duermo, pero hace seis meses que nada de nada, ni una miga de pan, ni un instante de sueño. A cambio bebo, bebo este aguardiente. De día, el chico me lo pone en la boca, como has visto. De noche, para no morir y para no despertar a este pobre ser, chupo la esponja esa de la mesa, que

empapo en aguardiente. Por la mañana está seca como la yesca, quemada por mis labios...

Adrian se cubrió la cara con las manos:

—¡Pero, tío —gritó—, qué vida tan horrible!

—¿Horrible dices, sobrino? ¿Horrible? Lo será... pero es justa, adecuada a mi suerte... Deseé la felicidad total, la felicidad fácil, el simple hartazgo de la carne. Y a fin de obtenerla luché duramente. Veinte años de lucha para conseguir una mujer hermosa que se duerme mientras come; unas casas soberbias que arden como paja; un ganado que desaparece; unos hijos que se mueren; un oro que te reporta porrazos; una camisa limpia que está sucia al día siguiente. ¡Todo eso le era necesario a un cuerpo que ya se ha desprendido de mi cabeza, que me es tan ajeno como los harapos que lo cubren, el cuerpo este que se pudre ahora, que no es más que una llaga!... He pasado una vida, un cuarto de siglo, esclavo de esa podredumbre que desearía ver devorada por los cuervos como es ahora comida por los gusanos. Un cuarto de siglo... Y en ningún momento me di cuenta de que tenía una cabeza, un cerebro, una luz que la descomposición y los gusanos no pueden tocar...

Ahogado por el esfuerzo realizado, el enfermo guardó silencio durante largo rato. Adrian, sosteniendo con dificultad su mirada, se preguntaba si no querría su tío reprocharle algo. Y así era.

—¡Adrián!... Te he llamado para decirte que estoy descontento contigo...

Dolido, el joven dio un respingo.

—¿Descontento conmigo, tío?... ¿Y por qué?

—¡Porque eres un libertino!... ¡Porque has olvidado la luz de tu mente y mis palabras de otro tiempo!... Eso puede permitírseles a los miles de hombres vulgares como yo, pero no a ti. Adrian, ¿me oyes? No a ti. Tu cabeza ha conocido la cultura desde la más tierna infancia. ¿Recuerdas cuando, a los quince años (¡una edad a la que tantos juegan con cometas!) venías a la taberna limpia y acogedora del tío Anghel para hablarle de los secretos del cielo y para dejarte querer? ¿Recuerdas cómo estábamos mis bravos carreteros y yo pendientes de tus labios, de donde manaba sabiduría celestial?

»¡Ah! ¡Aquel pasado! ¡Lo veo ahora como si hubiera sido ayer! Fuera, nieve y ventisca... En la taberna, un calor agradable, trabajadores parlanchines, ganas de vivir... Cortaba el tocino sin pesarlo, sin calcular, sin avaricia, y servía el vino con mano generosa, empujada por el corazón... ¡Comíamos, bebíamos, alabábamos al Señor y te escuchábamos a ti, que traducías los hechos del Señor, multiplicabas los mundos, medías las estrellas y te reías de la estupidez de los curas!... ¡Ja!... ¡Ja! ¡Cómo me gustaba!... También a los carreteros les gustaba. Alguno preguntaba: ‘¿Quién es el muchacho este que habla como un libro?’. ‘¡Pues quién va a ser! ¡Mi sobrino!’, respondía yo, orgulloso de ti... y de mí, que no sabía nada. ‘¡Es el hijo único de mi hermana mayor, una enamorada que a los veinte años no tenía par!’ ¡Y,

agarrando el cántaro, llenaba las jarras de barro que sufrían de sequía como la tierra quemada por el sol de julio!

—¡Bueno, ya vale!... ¡Fuera, fuera estos recuerdos horribles!... ¡Pero tú, Adrian, sobrino, tú tienes que escucharme, me debes obediencia! No debes tener esperanza, no puedes esperar nada de la vida que destroza a un hombre, que pudre su cuerpo y que te hace olvidar que tienes una cabeza.

»¿Qué significa esta desvergüenza tuya?... ¿Qué son estas ropas hechas a medida? ¿Qué es este cuello tan presuntuoso? ¿Qué son esos puños relucientes? ¿Qué?... ¿Necesita todos estos perifollos un joven que conoce la luz del cielo y que sabe lo que le ha sucedido a su tío Anghel...?

Lleno de respeto, Adrian bajó la cabeza. Le venían a la punta de lengua duras respuestas, pero no se atrevía a pronunciarlas. Y mientras se sorprendía en silencio de la aspereza de su tío, éste empezó a silbar pacientemente, con lentitud, a su chiflado servidor, que llegó corriendo, llenó el vaso, lo vertió en la boca de su amo y se fue, bamboleando la cabeza y las manos.

—Hace unos años —prosiguió Anghel—, una sucia historia llegó a mis oídos: en compañía de unos jóvenes degenerados, indignos de tu inteligencia, fuiste un día a un baile en un barrio de Braila y sorbiste el seso de una chiquilla. Aquella misma noche te acostaste con ella. Al día siguiente la abandonaste y te escapaste a Bucarest. Dos semanas más tarde, la policía vino por ti con una orden de búsqueda y un mes después te condenaban a quince días de cárcel por «secuestro de una menor».

—No secuestre a nadie, tío... —replicó Adrian enrojeciendo hasta las orejas—. La menor se subió al carro por su propia voluntad; y no fui el primero. Yo fui la víctima en aquel asunto... Si no, según la ley, debería haber sido condenado a tres años de prisión.

—Puede ser... Pero ¿tú no sabías que una menor no tiene «voluntad» y que se halla bajo la tutela de sus padres?

—No se pide a unos padres a su hija para acostarse con ella.

—¡Está claro! ¡Pero tampoco te acuestas con una chica que te mete al día siguiente en la cárcel!

El tío esperaba una respuesta. Adrian guardó silencio.

—No te voy a reprochar sólo eso —prosiguió el tío Anghel— Sé que tras ese lío, tu madre cayó gravemente enferma por la vergüenza. Los padres de la chica fueron a pedirle que te casaras con ella. Así que mientras tú te paseabas por Bucarest, todo el barrio bramaba contra la madre y el desenfrenado de su hijo. Pero te importaba tan poco todo eso que, viéndote en apuros, escribiste a casa para pedir dinero. La pobre mujer, apenas repuesta de su enfermedad, tuvo que deslomarse lavando ropa para

poder ahorrar y sacarte del atolladero... Si tú llamas a eso amor de hijo, me santiguo.

»Pero vas a ver que aún sé más cosas... La vergüenza sufrida obligó a tu madre a recoger sus bártulos y a cambiar de casa en pleno invierno, incluso a tener que pagar un alquiler más alto de lo que se podía permitir. Finalmente, cuando saliste de la cárcel, te fuiste otra vez a Bucarest, te arrimaste a los socialistas, fuiste arrestado y golpeado como los ladrones de caballos. Consecuencias: un mes de hospital, la salud destrozada y la idea de partir a recuperarte a Egipto, donde te morías de hambre y te acordaste de tu madre.

»¡Ay, Adrian! No sé qué te falta, ¿corazón o inteligencia? Vi entonces a mi pobre hermana... Demacrada, destrozada, venía, por primera vez en su vida, a pedirme dinero para mandárselo a su hijo. Tuve compasión de ella, no de ti, y le abrí con cariño el bolsillo.

Adrian se echó a llorar, cayó a los pies del asqueroso lecho, cogió la mano seca y fría de su tío y la besó con humildad.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡Soy un sinvergüenza!

—¡Muy bien!... ¡Te arrepientes!... Y el arrepentimiento conduce a la enmienda. Esfuérzate por enmendarte y te perdono desde ahora: volverás a ser mi Adrian, mi sobrino, el hijo de mi alma, ¡de este tío Anghel que ves pudriéndose entre estos harapos por el error de haber deseado una esposa demasiado guapa, una casa demasiado próspera y una camisa demasiado limpia! ¡Pero ya basta!

—¿Qué tengo que hacer, tío? —balbuceó el joven, volviendo a su sitio.

Anghel levantó con dificultad su brazo esquelético como si quisiera lanzar una maldición.

—Dar la espalda a todo lo que adula... Librarte de los deseos vacíos... Ahogar la voz de la carne que se pudre... Y lanzarte, con toda tu alma, a la infinitud del pensamiento, nuestro único apoyo en momentos de desgracia. Eso es cuanto tengo que decirte.

—Pero, tío —se atrevió a replicar Adrian—, tú rechazas hoy todo lo que amaste ayer...

—Cierto... Esas cosas, ayer amadas, me han llevado hasta donde me ves hoy.

—Sin embargo, amamos todo aquello que nos gusta: una mujer hermosa, una casa floreciente y una camisa limpia. Nuestras pasiones lo imponen y los sentimientos lo piden.

—¡Fantasías, Adrian, fantasías!... Las pasiones y los sentimientos forman un griterío que no se corresponde con su capacidad de hacer el bien.

—Es el griterío de nuestro corazón...

—¡Nuestro corazón es un enemigo! —rugió el moribundo en un supremo esfuerzo que lo agotó.

Sus palabras no tenían ya el timbre de la voz humana sino más bien el de unos silbidos emitidos por la nariz. Un largo silencio siguió a ese áspero grito. La cabeza,

vuelta hacia la pared, se puso rígida, al igual que los brazos. Adrian creyó que su tío iba a entregar su alma.

No, el tío Anghel seguía pensando. Se volvió hacia Adrian y lo escrutó con sus temibles ojos, que testimoniaban, mejor que las palabras, la terrible lucha de su cabeza. Sin apartar la vista de su sobrino, Anghel sopló el silbato fuerte, fuerte y rápido, como si quisiera demostrarle que se burlaba de la muerte. El chiquillo llegó a la carrera, el tío tragó su porción de garrafón, se lamió los pálidos labios y sonrió a su victoria frente a la nada...

•

—¡Nuestro corazón!... Nuestro pobre corazón... ¡Adrián, lloremos de pena por él! Un puñado de carne que no deja de latir... Una patata que lleva en su interior la eternidad, que es golpeada por el movimiento eterno desde el momento en que conoce el calor del vientre femenino, cuando no debe de ser mayor que la punta de una aguja. Crece y late, sufre, se alegra y late continuamente, desde el nacimiento hasta la muerte. Venga... Seamos justos con este enemigo. Nos da quebraderos de cabeza, es cierto, pero lo hace por generosidad. ¡Ja...! Y mira los recuerdos... ¡Malditos recuerdos!... En fin... ¡vivamos un momento más de ese pasado terrible!...

—Si el manantial de mis lágrimas no se hubiera secado, contento lloraría un poco de pena por el hombre que fui hace ahora veinte años... Subía por entonces la cumbre de la felicidad, y mi sangre caliente me hacía vivir cien vidas a la vez. Nada de lo que sucedía a mi alrededor me era extraño, ya fuera dicha o dolor. En la boda o en la bronca, Anghelache participaba siempre. ¡Yo era el que bebía el primer vaso de vino y también el último, y quien más aguantaba en la pelea! Porque (¡Bendito sea Dios!) es agradable escuchar tus sienas latir, cuando la sangre de Cristo hace gluglú, bajando por nuestra chimenea como una llamarada, y es agradable moler a palos las costillas de quien se ríe ante tus narices. Ya se sabe que en nuestras fiestas, la sangre de Dios se mezcla a menudo con nuestra sangre, la de los pecadores.

»Así precisamente sucedió en la Navidad de la que quiero hablarte. Además, seguro que te acordarás un poco, ya que tenías seis años y tomaste parte en el jaleo.

—¡Nuestras fiestas cristianas de otro tiempo!... ¡Está claro, el hombre no es más que un pobre animal!... El paso de los años lo pone a prueba, cambia sus sentimientos y daña su alma más fácilmente que a las bestias, que siguen igual a

pesar del tiempo.

»¡Si los pusiéramos frente a los engendros de hoy en día, tendríamos razón al llamar leones a los terribles mozos de mi juventud!... También había algunos enclenques, pero nadie los tenía en cuenta. Cuando en alguna tasca de Petroiu, de Cazasu o de Nazaru, alguien mencionaba el nombre de nuestro pueblo, el pensamiento de los presentes iba directo a algunos hombres: primero, a Irimia, valiente entre los valientes; ¡después (¿por qué no?) a Anghel!... Luego a Neculai, mi amigo; a Vladimir; a Costache Lungu y a tantos otros, menos conocidos, ¡pero todos igualmente imbatibles en el trabajo y en la fiesta, en el juego y en la pelea!... Hoy...

¡Ah!... Adrian... ¡Escupe por mí, que yo ya no puedo escupir!... ¡Hoy ya no se ven más que esperpentos que se asustan de su sombra y se dejan golpear por sus mujeres!

Aquella Nochebuena —festiva y sangrienta a la vez— envié a casa de mis padres un bidón de cien litros de vino, seis capones gordos y otros tantos lechones, para cocinarlos con col.

Es demasiado, dirás tú, para la docena de bocas que iba a reunirse a la mesa. Quizá para los engendros de tu época, que no pueden más después del tercer bocado y que se emborrachan con un cuartillo de vino. Para nosotros... ¡qué iba a ser mucho!

Todavía veo al primo Ștefan, el cura que se sabía de memoria la Biblia y los cuatro Evangelios, muerto el año pasado. Él tenía, por aquel entonces, sesenta años cumplidos, unos dientes de tigre y la virilidad del gallo. Su mujer, una jaca de caderas tersas y mejillas como dos peonías, estaba embarazada del decimoctavo hijo, los otros diecisiete estaban vivitos y coleando. ¡Ah! ¡Tendrías que haber visto las mandíbulas de aquellas caras devotas después de haber recibido la correspondiente bendición, que fue breve porque al cura se le hacía la boca agua!... La barbilla de su santidad trituraba los muslos, los huesos, los cartílagos, como si estuviera comiendo pipas de girasol, mientras su piadosa barba giraba sobre el pecho como una piedra de moler.

Junto al cura, mi madre, consciente de su responsabilidad los días de fiesta mayor, y beata hasta la punta de las uñas, luchaba valientemente con los santos *sarmale*^[30]... Mi hermano Dumitru, pendenciero y listo, elegía con habilidad los trozos mejores... Irimia tragaba, sin elegir y sin masticar, todo lo que pillaba, mientras Costache Lungu, tan largo de miembros como de palabras, arramblaba con todo, paseaba sus interminables manos por la mesa entera, hablaba poco y hacía hablar a los demás para que «se les llenara la boca de aire».

—¿Le está permitido al hombre ser glotón, padre Ștefan?

—Permitido, hijo, permitido...

—¿No es un pecado?

—No es pecado lo que entra en la boca; el pecado es lo que le sale de la boca...

—Cuéntenos alguna anécdota de la Última Cena...

—Después, hijo, después...

Y otra vez a roer, que dirías que era la hora de la comida de los cerdos, sobre todo porque los terribles eructos que salían de las barrigas repletas hacían temblar las dos filas de bancos de una esquina a otra de la mesa.

Siete hombres y seis mujeres en total, tres parejas a cada lado, y a la cabecera de la mesa, con la cara hacia el levante, el padre Ștefan nos dominaba a todos con su enorme estatura. Estábamos muy preocupados porque resultamos ser trece, «el puente del diablo», pero nos consolábamos sumando a la reunión al enano que nos servía el banquete, un vejete alegre y bromista, que se deslizaba entre nosotros acarreando un bidón de diez litros.

Y una vez que las bocas dejaron de atiborrarse, el espíritu se volvió hacia la juerga y las gargantas hacia las garrafas. El vino burbujeante corría como un arroyo, y con él las bromas. Después, Dumitru tomó entre sus maravillosos dedos su flauta de pastor ¡y ahí nos tienes a todos en pie, incluido el cura! Empezó un baile enloquecido alrededor de la mesa rebosante de cazuelas y platos. Los gritos y los taconeos hicieron temblar la casa. Al final, el cura y su mujer, bañados en sudor, se fueron para darnos ejemplo de moderación. Y nosotros, para apreciar su ejemplo, ¡seguimos la juerga con más entusiasmo!...

Pero para mí, aquella noche no era sólo juerga... Un hecho importante tenía que ocurrir y su relevancia no se le escapaba a nadie. De hecho, enardecía y dividía en dos grupos casi iguales las opiniones de los hombres que se hallaban a la mesa.

Se trataba de casar a tu madre, y mi elección era el amigo Neculai, que estaba presente, un granjero con cierta hacienda y viudo sin hijos. Irimia y Costache Lungu iban a apoyar a mi hombre y a seguirme en todo lo que iba a suceder, ya que tu madre, desgraciadamente, no era del todo libre. A escondidas y con astucia, el sinvergüenza de mi hermano Dumitru se me había adelantado con su candidato, otro Neculai, un hombre por lo demás agradable, comerciante en pescado en Braila, que ganaba bien y vivía desahogadamente. El pescadero también se hallaba con nosotros. Además de por Dumitru, su candidatura estaba apoyada por nuestro primo Tudor, al cual teníamos algún miedo, puesto que era un hombre de humor caprichoso y charlatán. Tudor era amigo del alma de su Neculai.

Y henos aquí, frente a frente en la mesa, decididos rivales, cuatro de nuestra parte y tres de la suya, pero Tudor habría podido pelearse fácilmente con dos de los más fuertes. Tu madre se hallaba sentada a su lado. Nadie habría podido decir hasta dónde llegaba su amor por el Neculai de ellos. Se sabía, sin embargo, que en su desgraciada vida se había dejado ayudar en varias ocasiones por el comerciante en pescado, que estaba siempre pendiente de ella con su generosidad.

¡Y qué persona tan rara esta pobre hermana mía!... Hermosa, a los treinta años, como una chica recién casada, agradable y alegre por naturaleza, cantaba y bailaba como ninguna otra, la veías retraerse y estropear la fiesta de todos en el momento en

que tocabas su independencia, en el momento en que hablábamos de casarla. Y eso sólo por tu culpa: la idea de que su nuevo marido pudiera maltratarte, la hacía ser fiera como una tigresa. A través de ti, cualquiera habría podido conseguirla o perderla; tú fuiste también aquella noche la lombriz con la que todos intentamos pescarla.

Mi amigo Neculai te estimaba y venía a menudo a nuestra casa para jugar contigo. Eras buenos compañeros, un compañerismo con el que contábamos para conseguir nuestro objetivo. Aquella noche de Navidad, Neculai había acudido con los bolsillos llenos de confites que te lanzaba continuamente a la cama en la que dormías interrumpido por el griterío. Eso agradaba a tu madre, pero provocó al otro Neculai, el cual, no sabiendo cómo poner fin a vuestro juego, sacó una moneda de oro y la lanzó a la cama diciendo:

—¡Toma, Adrian, ya tienes con qué comprarte diez kilos de confites!

—Sí... ¡pero esos confites apestarán a pescado! —dijo mi amigo, recordando el rechazo de las chicas por el oficio de pescadero.

—¡Es mejor que la peste de boñiga! —respondió con soberbia el primero, riéndose de su condición de campesino.

Estos dardos envenenados cayeron hacia medianoche, cuando ya sólo el vino era el responsable de nuestras palabras. Entonces Tudor se enfadó. Y lo más temible era que no se había emborrachado en absoluto. Para comprobar si había bebido, le puse la zancadilla cuando pasó junto a mí para salir fuera; el sinvergüenza no perdió el equilibrio...

Anghel parecía falto de aliento. La historia agotaba sus escasas fuerzas. Calló de repente. Su cara no expresaba nada, ni emoción ni cansancio. El mismo estupor, los mismos ojos abiertos desmesuradamente. Otra vez silbó al cabezón; otra vez dio un trago. Después, con voz más descansada, continuó:

—Cuando lo pienso hoy con tranquilidad y analizo lo rara que es la apasionada vida de los hombres, me pregunto si no seremos auténticos muñecos, la presa de algún diablo que tira de las cuerdas y nos hace bailar a su gusto. ¡Y es que, por poco sentido que hubiéramos tenido aquella noche, lo más fácil de ver era que tu madre tenía tantas ganas de casarse como nosotros de beber petróleo! Pero el vino y la sangre caliente nos hicieron olvidar nuestro objetivo y, poco a poco, nos dimos cuenta de que ya no se trataba de casar a nadie; que se trataba, ni más ni menos, de molernos a palos, de rompernos la cabeza como sordos.

Tu madre, a su vez, una mujer con unas ganas diabólicas de vengarse de los hombres, y por la que muchos se habían roto los huesos en su juventud, ayudó tan bien al diablo que se nos encendió la sangre y ese fuego estuvo a punto de devorarla también a ella. Conociendo la rivalidad entre ambos Neculai, ella los provocó aún más cantando una cancioncilla popular de aquella época en la que el nombre Neculai

se repetía al final:

¡Venga, venga, venga,
bésame, Neculai!...

Sí, «Bésame, Neculai», pero ¿cuál de ellos? Y como cada uno hacía todo lo posible para perder cuanto antes la cordura, mi Neculai se mofaba de su tocayo, lanzaba guiños y, por debajo de la mesa, tocaba a mi hermana con el pie.

—¡Cristo Jesús! ¡Se va a armar la gorda!... —gritó Tudor.

—¡A montarla gorda, primo! —asentí.

Mi pobre madre se levantó asustada. Fingiendo recoger la mesa, retiró todos los cuchillos que teníamos a nuestro alcance, y al ver que sólo Tudor estaba armado con un cuchillo colgando de su cinturón, fue a pedirselo:

—¡Tudor, cariño!... ¡Dame el cuchillo!...

Arrogante, Tudor se lo sacó y lo lanzó a la puerta. La vieja lo cogió. Después volvió con agua bendita y un hisopo, roció la habitación, nos bendijo a todos y rezó:

—¡Señor!... ¡Echa al diablo de esta casa, adonde ha venido a meter su rabo y a enemistar a los hombres!... ¡Mándalo, Señor, al desierto!... ¡Ten piedad de nosotros, pecadores, para alabanza de tu Hijo, que ha nacido hoy!... —Y a tu madre le dijo—: ¡Sal de aquí, hija mía!... Ve a atizar el fuego en el zaguán... ¡Y reza, que tú eres la causa del mal!

Todos los hombres se opusieron a la marcha de la «causa del mal». Irimia cantó:

—¡Dé-ja-nos-her-mo-sa-cau-sa-del-mal! ¡Qué-se-ría-mos-los-hom-bres-sin-la-cau-sa-del-mal!

La flauta de Dumitru resonaba endiablada. Bajo sus dedos y de sus labios, brotaban versos y letras:

Dul-du, dul-du, dul-du...
¡Me gusta el vaso lleno!
Dul-du, dul-du, dul-du...
¡El joven sí y el viejo no!
Dul-du, dul-du, dul-du...

De un salto, toda la gente estaba en pie, y la *sarba*^[31] hizo que temblara el suelo. Mientras bailaba, Dumitru tocaba la flauta, y aullaba:

¡Venga, albarca, dale fuerte!
¡Que se oiga en la frontera!...
Dul-du...

Y Costache Lungu:

¡El buen vino y la santa pereza
olvidan las hierbas en la horca!...

Y mi hermana, atrevida:

¡Me gusta el hombre fuerte
cuando duerme en el calvero!...

Y Tudor, provocador:

¡Me gusta pegar y zurrar,
dejar al enemigo tumbao!...

Su Neculai gritó:

¡El vino es malo, la jarra pequeña,
y la tabernera es guapa!...

Y mi Neculai nos dejó en ridículo:

¡No hagas girar a la chica
que se pedorrea y apesta!...

¡A beber!... ¡A beber!... ¡Arriba las jarras!...

¡A beber como hermanos!

Bebimos fraternalmente, de dos en dos, con los brazos cruzados, las cabezas juntas, los potes a la boca. Y apenas pude ver cómo tu madre bebía fraternalmente con mi amigo Neculai, que estaba junto a ella, cuando, en aquel mismo instante, la jarra de Tudor voló como el viento y se rompió contra la cabeza de mi amigo...

Ésa fue la señal, la chispa... ¡Inmediatamente siguió una pelea terrible! Las cazuelas y los platos se hicieron añicos contra nuestras cabezas... Se volcaron las mesas y los bancos... La lámpara se rompió en pedazos y se apagó... Nos quedamos a oscuras... Y a la pálida luz de la luna, que rebotaba sobre la nieve y se reflejaba en las ventanas, cualquiera habría podido ver una encarnizada pelea en la cual siete hombres, siete amigos y parientes, se golpeaban con ganas, se hacían sangrar con

saña, sin protestar y sin saber por qué. Podría incluso haber muerto alguien si — cuando nadie pensaba en soltar su presa— la voz bromista y sorprendida del pescadero no hubiera sonado inesperadamente como una trompeta de paz:

—¡Por la Santa Zapatilla!... ¡Al diablo! ¿Qué es esto? ¿Nos vamos a zurrar así hasta que amanezca?... ¡Yo tengo sed!

¡Dejamos de pelearnos instantáneamente!... Risotadas y palabras de asentimiento entusiastas respondieron al grito inesperado de un enemigo que se había saturado de tanta pelea...

—¡Luz!... ¡Traed velas! ¡Y sobre todo vino!... ¿Dónde están las mujeres?...

—¿Dónde está el enano?

Las mujeres, que habían huido horrorizadas, vinieron con las velas encendidas, pero tu madre había desaparecido, y tú con ella. Toda búsqueda por el patio y por los cobertizos resultó inútil. ¡Llevándote en sus brazos, su solo tesoro y su único cuidado, ella había echado a andar hacia Braila, en medio de la noche, enfrentándose a la nieve, al frío y a los lobos!... Iba a su casa de viuda celosa de su independencia y movida por su única deuda: ¡la de ver crecer a su hijito!... Para ella había acabado la juerga... Su sufrimiento iba a empezar precisamente al día siguiente...

Pero ése era su problema. El nuestro fue el de olvidarla inmediatamente, vaciar la habitación, traer vino y arrancarnos con una alegre *chindie*^[32] siguiendo la flauta de Dumitru. Todos, en chaleco, con las caras enrojecidas, con la ropa hecha jirones, calmadas nuestras rivalidades en el punto culminante de la fiesta, abrazados cadera contra cadera, riéndonos de nuestras heridas y del enano, que saltaba en medio de nosotros, con el cántaro en la cabeza, con una mano en la cadera y esquivando las patadas que le dábamos en el trasero.

Cuando rompió el alba, atiborrado de comida y borracho perdido, tomé el camino de la taberna, solo, envuelto en la pelliza, luchando con la nieve hasta la rodilla y sin importarme lo más mínimo el día del Juicio Final, que ya ves que ha llegado.

El enfermo calló... Al poco, llamó a su criado y bebió su ración de aguardiente, mientras Adrian trataba de dar con algún error en la historia que había escuchado:

—Tío, yo no veo ese pecado que tú crees haber cometido y que merecería semejante castigo del cielo... Has vivido según tus sentimientos.

Anghel quiso reír pero no consiguió más que asustar a su sobrino con una mueca espantosa.

—¡¿Qué no ves ningún pecado?! Mi pobre amigo, ¿qué necesitas entonces para verlo? ¿Que te cuente cosas terribles? Pues bien, escucha algo más breve y más completo.

Era la época en que aún tenía la esperanza de despabilar a mi mujer engañándola. Irimia, que no en vano era hijo del bravucón apasionado de Cosma, me llevaba a veces con él y me daba la ocasión de hacer el golfo descaradamente. Enemigo declarado de los curas porque su padre había muerto a manos de uno, este hombre se entretenía eligiendo a sus queridas entre las esposas e hijas de los servidores del altar. A los sesenta años, joven e imponente como un roble, él tenía éxito con facilidad allí donde un mozo no conseguía nada.

Irimia me enseñó el camino y el nido de amor, en Cazasu. Para ir es suficiente media hora a caballo. Lo hicimos por primera vez como si no buscáramos nada. Era por «beber un trago» donde algún colega. Al tabernero siempre le gusta probar y comparar con el vino de otro tabernero.

Estábamos en otoño: vino joven, buena cecina... A través de un muchacho del pueblo, enviado a donde la indecente mujer del cura, ésta le hacía saber a Irimia si su marido estaba fuera. Como único sacerdote de Cazasu, él realizaba servicios que lo requerían lejos del pueblo, por los innumerables villorrios vecinos. La devoción y las supersticiones de los aldeanos lo solicitaban en cualquier momento. Cualquier ocasión era buena para buscar al cura, lo solicitaban para un bautizo, para una boda, para una comunión o para un entierro; y con la misma urgente necesidad lo llamaban para aliviar los dolores de parto de una mujer o de una vaca; o para ahuyentar los espíritus de una casa maldita; para bendecir una tierra estéril; para celebrar misas de aniversario y de fiesta mayor; para recitar unas oraciones por una gangrena, por la ropa de un borracho, por la cabeza de un loco o por la de un poseído. En fin, se sabía que entre dos misas en la iglesia, el sacerdote estaba siempre a caballo, con sus bártulos de cura bajo el brazo, listo para empezar su recorrido, del que volvía a veces entrada la noche. ¡Las almas desesperadas lo seguían y lo llevaban de casa en casa como al Mesías de la comarca!

¿Acaso tengo que decirte, Adrian, que ese hombre honrado, justo e incansable servidor de su fe, no merecía nuestra ofensa? ¿Y que merecía aún menos a una mujer y a una hija maleadas ambas por igual?

Pues he ahí lo que no me pregunté aquel día en que, llevado por Irimia —que el Cielo lo castigue antes de morir—, estaba hinchado como un gallo al ver los guiños con que me asaeteaban los ojos ardientes de la hija, esposa de un pobre cartero, también siempre él por los caminos, al igual que su suegro. ¡Estaba orgulloso de mi barba negra, de mi pelo rizado, de mi camisa limpia y de mis botas de charol! No pensé ni en el mal que iba a hacer a mi prójimo ni en aquello que me iba a arruinar el alma. Y aunque mi alma no tendía a esa clase de placer, sin embargo lo probé. Y lo probé tanto que volví.

Además, esas dos víboras estaban hechas de tal manera que a su lado olvidabas

cuanto no fuera el deseo carnal. Sólo Dios sabe por qué había unido esas llagas paganas al cuerpo de uno de sus servidores más virtuosos. La mujer del cura sostenía que tampoco Dios lo sabía y nos explicó esa torpeza del cielo de forma graciosa: «Ya sabéis, quizá», decía, «Dios no estaba solo el día de la creación del hombre y el diablo estaba ya presente... Se metía en todo, quería estar en todas partes y ponía nervioso sin parar, en sus asuntos, al Todopoderoso, que se protegía de él como podía. Al contemplar la blancura cegadora de la masa divina que Dios amasaba para sacar de ella a su ser más acabado, el hombre, el diablo tuvo un deseo incontrolable de mancharla. Pero el Creador la cuidaba con gran celo. Entonces, burlándose de la buena fe del Señor, el diablo le hizo rápidamente la siguiente pregunta, mientras señalaba al mismo tiempo al sol que se ocultaba tras una nube: ‘Señor, tú que eres tan comprensivo, ¿por qué has hecho que una débil nube destruya el brillo de un astro tan poderoso y entristezca la tierra oscureciéndola?’. ‘Lo hice’, respondió el Señor, ‘porque quiero que todas las cosas de la tierra se vean con una luz diferente y para que el hombre no esté seguro, para que dude de cualquier cosa excepto de mi poder.’ El demonio escuchó y fingió estar confundido, pero entretanto ya había conseguido tocar con el rabo la masa divina, que al momento se volvió gris. El Creador se dio cuenta y se sorprendió. ‘¿Por qué te asombros?’, rió sarcásticamente el demonio. ‘¡Tu masa parece gris porque la luz ha cambiado! Dios se vio atrapado y, por vanidad, no quiso darse por vencido. Puso la masa en el molde, le dio forma humana, sopló en ella e hizo a Adán. Pero, ¡ay!, ¡la impureza tomó forma por sí misma!... Ella forma parte de nosotras ¡y esto es lo que hay!’».

¡Y eso es lo que hay!... He ahí esos ojos húmedos y brillantes que atraviesan el corazón como puntas de lanza... ¡He ahí esos labios impacientes que no esperan más que el roce del bigote y el mordisco de un hombre!... He ahí esos pechos cubiertos con arte para que se vean mejor... ¡He ahí a esas dos mujerzuelas, he ahí a esos dos tenorios, cuatro seres dominados por completo por el rabo de Satanás! ¡Ni rastro de recuerdo en nosotros del pensamiento divino! ¡Ninguna virtud, nada de decencia, nada de vergüenza, nada de respeto! ¡Dos mujerzuelas y dos donjuanes atravesados de la coronilla a la planta de los pies por la infinita cola del diablo!...

¡Y mordí, Adrian, mordí del fruto prohibido!... Y ese fruto me gustó tanto que mejoré en mis relaciones con la gente. Perdoné a mi mujer su sueño insano y no la golpeé más. Doblé mi generosidad con los necesitados, y con quienes me robaban fui más indulgente. Y trabajaba desde la mañana a la noche con el corazón alegre...

¡Pero he aquí que...!... Y este *he aquí* fue otra cosa... Porque, como dice el Eclesiastés: «¡Todo tiene su momento! Su tiempo el reír y su tiempo el llorar; su tiempo el abrazarse y su tiempo el separarse... Llegó ese momento».

Una sofocante tarde de verano, estaba disfrutando, junto con Irimia, del placer prohibido y pasajero en la casa del cura, una casa alejada del pueblo, aislada. El cartero estaba ocupado con sus asuntos y el cura se había ido por los pueblos con el *sanbasilio*^[33]. Nos creíamos a salvo de cualquier imprevisto y hacíamos vivir con

desenfreno el trozo de barro tocado por la cola de Satán, cuando la mano de Dios abrió la puerta de par en par y en el umbral aparecieron, como unos jueces terribles, ¡el cura y su yerno!... Cubiertos de polvo, amarillos como la cera y tiesos como dos arcángeles, el primero llevaba en la mano el baldecito y el hisopo, y el otro, un bastón nudoso y la cartera con las cartas.

Se quedaron en el umbral, inmutables, sin decir nada, pero nosotros cuatro, culpables, saltamos a un rincón de la habitación. Irimia empuñó el cuchillo, listo para defenderse. Me quedé paralizado por la vergüenza. Las mujeres bajaron la cabeza con falsa humildad. Y he aquí que la voz del Todopoderoso resonó a través de la boca de su humillado servidor, que habló con firmeza y dijo algo así:

«¡La paz esté con vosotros, pecadores!... ¡Y que la paz esté con vosotras, desvergonzadas!... ¡Tú, Irimia, tira esa arma afilada, que un cura, por grave que sea la ofensa que le hiere, no entra en su casa ni en ninguna otra con la intención de vengarse!... Sólo Dios va a juzgar al justo y al injusto... Eso es cuanto tengo que decirte a ti, hombre sin corazón sin vergüenza y sin piedad. Pero a ti, Anghel, a ti quiero decirte algo más porque no te faltan ni corazón ni vergüenza ni piedad. Anghel, eres desgraciado en tu matrimonio, lo sé... Pero ¿buscas consuelo en la desgracia de otros? No estoy hablando de mí. Yo soy lo suficientemente fuerte como para llevar sobre los hombros una cruz que Dios hace más pesada cada día para desgarrar la carne que deseó la felicidad del cuerpo, para que recuerde que una mujer hermosa y sin sentido común es como un anillo de oro en la nariz de un cerdo. Pero mira a este joven que está junto a mí, que es mi yerno por la cólera divina y que tiembla ahora como una hoja seca al verse herido de muerte en su felicidad carnal, herido por ti, un hombre al que no le faltan ni corazón ni vergüenza ni piedad... ¡Míralo, Anghel, y entérate de que un castigo terrible amenaza a aquel que abandona el camino!... Yo abandoné el camino recto al querer para mí solo a una mujer destinada por Dios a ser de todos los hombres. Y mira, ahora recibo mi castigo... Este joven dejó el buen camino al destrozar un amor puro y abrir los brazos a esta joven que iba a ser deshonesta, mi hija... Y también él recibe su castigo... ¡Tú, Anghel, recibirás el tuyo!... No te deseo ningún mal, pero el mal está en ti; ya que aunque está permitido que la pasión humana tropiece con la peste al tomarla por pureza, no lo está que te infectes con tu consentimiento. ¡Venga, fuera de aquí!... ¡Que la paz esté con vosotros, pero sed temerosos de Dios y de los gusanos despiertos!

»¿Has oído, Adrian? ¡Los gusanos despiertos!... ¡Bueno, helos aquí!... Aquí están, bajo estos harapos que los cubren, a ellos y a mi carroña viva. Me corroo lentamente desde hace un año. Y desde hace un año no me queda vivo nada más que el cerebro, la cabeza.

»¡Se acabó el tío Anghel!... ¡Todo ha desaparecido!... No queda nada de sus soberbias casas, de sus hermosos hijos, de su barba negra, de su camisa limpia, de sus botas de charol... ¡Destruído el cuerpo que no conoció nunca el cansancio ni la

enfermedad! ¡Y lo que no consiguieron destruir unos terribles matones, lo han destruido los gusanos despiertos!...

»Sólo el cerebro lucha como un hombre... Él me sirve como farol encendido en una noche sin fin, una noche que empezó el día en que mi hijo fue enterrado... En aquel momento se encendió el farol. Y no ha habido aceite suficiente para otra cosa. Todo para él, para su llama... ¡Así he llegado a la salvación!...

»¡Sesenta ollas de barro inútil que querían acaparar la tierra! ¡Míralas ahí, tiradas con abandono! ¡Tantas necesidades, tantos deseos, tanto tormento y tan poca eternidad!... ¡Señor, por qué fuiste tan torpe con tu primera criatura!... Seguramente con la cabeza nos habría sido suficiente.

»¿Dónde? ¿En qué otra parte mejor que en el cerebro he encontrado yo la inmensidad?... ¡Y cuando pienso que esta inmensidad había sido reducida a la nada, rechazada como un grano de arena en un rincón de mi calavera, ella, nuestra única eternidad! Todo el espacio lleno de ruido... Un tambor enorme que invade nuestro ser día y noche... Un fuego de pajas que querría quemar el templo, pero que no consigue más que llenarlo de humo, ahogarlo y destrozarlo...

»Pienso, desde hace siete años, en todo lo que se puede pensar... He leído tres veces el Antiguo y el Nuevo Testamento... El Eclesiastés dijo en una sola hora todo lo que se puede decir sobre la vida; nunca se podrá decir más ni mejor, aunque alguien hablara durante diez mil años sin parar. Y, a pesar de ello, ¡sólo vanidad hay también aquí, sólo palabras al viento!... Allí donde la inteligencia encuentra una pizca de felicidad, tampoco hay felicidad. Porque no se trata de hallar el placer en la vida, sino de hacerlo durar, y nada dura en este mundo... Además, sería esencial saber para qué puede servir todo esto...

»He aquí por qué abandoné la vida y me volví hacia la muerte.

»Estás muerto desde el momento en que no disfrutas de nada... Estoy muerto desde hace tres años. Pero estoy libre desde hace seis meses, desde el día en que mis párpados se quedaron abiertos, fijos en la eternidad... y esto es cuanto he conseguido hacer durar... El día y la noche me dejan igual de indiferente... Estoy en todas partes, lo veo todo, lo siento todo, y nada me conmueve. La alegría y el dolor son obstáculos en el camino de la libertad...

»Varias veces he estado a punto de partir hacia la Nada celestial, pero la he sentido siempre a tiempo. La sientes. Cuando se acerca el comienzo del Infinito, tienes ganas de vomitar y algo te aprieta en la base de la nariz... Entonces, un momento de descuido y te has ido por el agujero.

»Un día estaba jugando a mi manera con la vida y con la muerte. Fue el invierno pasado. No sabía si era de día o de noche, hace mucho que eso no tiene para mí ninguna importancia. Me paseaba... Un recuerdo alegre del pasado me hacía inclinarme hacia la vida, otro, triste, me invitaba a la muerte. Un grito desesperado que venía de lejos me llenó de disgusto: eran los alaridos de dolor de un cerdo que estaban matando en el pueblo la víspera de Navidad... ¡Oh! Me acordé de los cerdos

que había sujetado entre mis rodillas, de las veces que había clavado con destreza el cuchillo en el corazón que latía junto a la pata izquierda, o en el hueco del pescuezo, según me pareciera mejor. A veces la sangre caliente me salpicaba en la cara. El animal se removía debajo de mí, luego sus ojos se enturbiaban, estaba muerto; le daba un azote con la palma llena de sangre y pasaba a otra cosa, a la vida, como cuando das un azote en el trasero de una comadre y pasas a otra cosa...

»Ese suceso me entristeció... El caos me invadió por completo. El infinito, los recuerdos se apagaron... Mi cerebro fue invadido por una pereza dulce, somnolienta... Me subió un nudo desde el estómago... Una pesadez entre los ojos. Me iba... Me dije: «¡Tanto mejor!».

De repente, las voces de tres chiquillos retumbaron a coro en la ventana:

Buna dimineatsa la Mosh-Ajun!...

Buna dimineatsa la Mosh-Ajun!...

Buna dimineatsa la Mosh-Ajun!...^[34]

Después, la puerta se abrió de par en par al frío y a la vida, y mi chalado, acompañado de tres chavalillos, entró en la habitación, donde el ala de la muerte aleteaba aún. ¡El pobrecillo se había levantado al alba para darme esa alegría, y había traído hasta la horrible taberna al grupo que cantaba villancicos!... Habían pasado siete años desde la última vez que sus voces alegres se acercaron a estas ventanas... Y no tenía para darles nada de lo que se les entrega habitualmente: nueces, algarrobas, roscos, higos...

Les di dinero. Ellos me desearon una «rápida recuperación» y se fueron, llevándose consigo el aire fresco y la vida.

Al verlos salir, me olvidé de la muerte y empecé a llorar... Era Navidad en el pueblo... Y el tío Anghel, el buen cristiano de otros tiempos, no tenía ni una nuez, ni un higo, ni un roco que dar a los chicos que venían cantando *Buna dimineatsa la Mosh-Ajun!*

•

La boca de Anghel se abrió de oreja a oreja, dejando ver dos filas de dientes de un amarillo ennegrecido, que le daban un aire de cabeza de muerto. Adrian no sabía si el enfermo había muerto o si sólo quería llorar. La mano derecha, que colgaba fuera de la cama, empezó a temblar con un movimiento irregular que se dirigía a tientas hacia la botella de aguardiente, colocada a los pies de la cama. Adrian lo entendió y se levantó a servirle.

—¿Quieres beber, tío?

—Sí... rápido... *m'ahogo*...

Adrian llenó el vasito y lo vació en la boca abierta. El vaso castañeteó entre los dientes, como si el enfermo fuera presa del frío.

El efecto del aguardiente fue inmediato: el alcohólico se tranquilizó.

—Voy a morir enseguida, Adrian... Como toda herencia te dejo el siguiente consejo: rechaza con todas tus fuerzas, y antes de que sea demasiado tarde, los placeres vacíos. Éstos son los que más nos hacen sufrir. ¡Y es una pena!... El placer vacío quiere para sí toda nuestra vida. Quema un bidón de aceite y a cambio nos da una aceituna. Es poco. Demasiado poco. Los perros nos igualan en pasión, pero nos ganan en prudencia.

»Habría querido darte un ejemplo de locura humana contándote la vida de Cosma, el padre de Irimia y pariente nuestro lejano. No me siento ya capaz... La historia es demasiado larga... Algún día te la relatará Irimia, y mejor que yo...

»Pero yo le perdono a Cosma eso que a mí me perdono menos y a ti en ningún caso. Cosma no tenía cerebro; yo he tenido sólo la mitad; pero tú ya sabías a los veinte años lo que nosotros no supimos ni a los cincuenta; tú sabías que los placeres fáciles nos hacen creer que son toda nuestra vida, que fuera de ellos no hay nada más, mientras que la verdad es precisamente lo contrario. Este contrario yo lo he sabido demasiado tarde. Cosma no lo supo nunca.

Adrian se creyó con derecho a decir lo que estaba pensando:

—Tío, no hay ningún saber que pueda vencer a la pasión sin que al mismo tiempo ese ser sea vencido...

—¿A qué llamas tú un ser vencido? —preguntó Anghel irritado.

—Llamo vencido al hombre que se impone una vida diferente a aquella que le ha sido destinada.

—¿Eso es un hombre vencido? —repuso Anghel moviendo la cabeza— Entonces, ¿cómo llamas tú al hombre que no se impone otra vida que aquella que le ha sido destinada? —Adrian no quiso provocar al enfermo y calló, pero éste le preguntó de nuevo—: ¿Cómo lo llamas, sobrino?... ¿No quieres decirlo?... ¿No se llama acaso tío Anghel el hombre que no quiso que se le impusiera otra vida que la que le fue predestinada? ¿Conoces tú a ese tío Anghel? ¿Quieres saber adónde ha llegado viviendo la vida que tenía en suerte?... ¡Pues bien, Adrian, destápame!... ¡Venga, echa a un lado estos harapos; enfréntate a la imagen del tío Anghel, que no quiso que se le impusiera otra forma de vida que la marcada por la suerte! ¡Destápame y mírame, sobrino orgulloso! ¡Lo que vas a ver te convencerá mejor que mil bendiciones! ¡Venga, levanta los trapos!

—Ahórramelo, tío. Me da pánico —balbuceó Adrian.

—¡Te ordeno que me destapes y que me mires! —gritó Anghel con visible esfuerzo.

—¡Perdóname, tío, ten piedad!...

Anghel, temblando, se llevó con dificultad la mano izquierda a los labios y empezó a silbar. Llegó el chico y quiso ponerle aguardiente. Su patrón lo detuvo:

—No... No quiero beber. Lávame primero...

El bobo empezó a tirar al suelo, con ahínco, todos los trapos; y a medida que el cuerpo se descubría, un hedor a carroña fue extendiéndose por la habitación. Cuando cayó la última cobertura, Anghel gritó:

—¡Acércate, Adrian, y mira en nombre del cariño que te he tenido toda la vida!

Presa del horror, Adrian se acercó, y el sirviente le hizo sitio, poniéndose firme, como un gendarme ridículo, a los pies del enfermo. Pero apenas vio el pobre joven aquellas dos líneas de espinillas y huesos inmóviles, azulados, así como la tripa sin intestinos; en cuanto adivinaron sus ojos los huesos de las caderas atravesando la piel rota, se cubrió la cara con las manos y corrió hacia la puerta gritando:

—¡Qué horror!... ¡Qué horror!... ¿Es éste el tío Anghel?...

En ese mismo instante, un viejo robusto, de cara sombría, barbudo y de complexión fuerte, entró en la habitación. Adrián chocó contra su pecho.

—¿Qué, Adrian? ¿Te asustas de tu tío?

Al oír estas palabras, Anghel volvió la cabeza hacia el que había entrado y gritó:

—¡Irimia!... ¡Irimia!... ¡Detenlo!... ¡No lo dejes escapar, por favor!... Aquí... aquí... ahora... quiero que le cuentes la terrible vida de Cosma... Quiero oírla antes de morir... Quiero oírte contar a este joven la verdad sobre la bajeza de las pasiones... La alegría engañosa de Cosma y sus verdaderos sufrimientos... Sus placeres inútiles y su rechinar de dientes... Muéstrale la crueldad de un Dios loco que hizo la carne para atormentarla... El desastre que acecha a aquel que se deja arrastrar por la tormenta de los sentidos... Demuéstraselo, Irimia... Díselo. Háblale de... de... Cosma. —Anghel se interrumpió. Sus ojos se clavaron en el techo. Sus manos le agarraron—. ¡Venga... Irimia... empieza! Cuéntale quién fue Cosma... —añadió Anghel mirando al techo.

Adrian quiso gritar pero Irimia le tapó la boca con la mano. Después, haciendo girar unos ojos feroces, le cogió de la mano y empezó, con una voz atronadora, a hablar entrecortadamente mirando al moribundo y a Adrian:

—Cosma fue el hombre más apasionado de su tiempo... Su vida fue una tormenta atravesada por los rayos... Su corazón conoció grandes alegrías y sufrimientos sobrehumanos. Y Cosma fue castigado con la muerte por sus injusticias, sus abusos y sus errores.

El narrador guardó silencio, soltó la mano de Adrian, se inclinó sobre la cara rígida del tío Anghel y la escrutó por un momento. Después, con la mirada vuelta hacia Adrian, Irimia tocó los ojos abiertos que apuntaban con pánico hacia el techo. Pero el tío Anghel mantuvo los ojos abiertos fijos en la impenetrable Eternidad.

III

COSMA

Irimia arrastró a Adrian, horrorizado, a la ruinoso taberna. Allí, puso sobre la mesa destartalada una pesada alforja que había tirado al suelo al entrar; de la alforja sacó un pan de un kilo, un trozo de tocino, una cebolla grande y un cuchillo de cocina. Después, aquel personaje increíble estrujó la cebolla con el puño, troceó el pan y el tocino y empezó a engullir como un ogro, haciéndole a Adrian un guiño para que siguiera su ejemplo.

Adrian, sin responder a la invitación, se dejó caer sobre un banco, cruzó los brazos sobre la mesa y apoyó la cabeza en ellos. Irimia no insistió y lo devoró todo. Tan sólo una vez se molestó en moverse de su sitio, y fue para sacar un cántaro de vino de cinco litros. Del cántaro se servía a una jarra de barro de una oca^[35] y de ahí bebía.

Media hora más tarde, el pan, el tocino, la cebolla y buena parte del vino habían tomado el camino de su barriga. Cuando Adrian lo miró, Irimia estaba fumando su pipa y sonreía bajo su poblado bigote. El joven lo contempló como se contempla a un monstruo fantástico. Irimia le respondió moviendo rápidamente sus cejas blancas, su melena canosa y la gorra que se alzaba sobre ellas como una hacina de heno en miniatura. Sus ojos negros y grandes, serenos como los de un niño, eran la única muestra de cariño en aquel amasijo feroz: ellos hablaban el más fiable, el más sincero lenguaje amistoso. El resto era un conjunto repugnante: una barba desgredada, una ropa tiesa por la mugre y el barro, una camisa de pastor atada al cuello con una cuerda, unas zarpas de oso como para matar un buey de un puñetazo. Y como si Adrian necesitara de otra prueba de ferocidad, Irimia cogió el jarro lleno de vino, lo apuró de un trago y, en vez de recobrar el aliento, mordió el borde como si fuera una rebanada de pan, rumió el trozo roto y escupió los fragmentos sobre la mesa.

Ambos se miraron a los ojos en silencio: Adrian, fascinado, el viejo, fascinante.

—¿No recuerdas esta cara, potrillo? ¿No has conservado ni el más mínimo recuerdo de la noche de los tiempos de tu infancia? Una vez, en un duro invierno, encontré por la noche a una pobre mujer con la falda llena de escarcha y la subí a mi carro. Íbamos los dos hacia Baldovinesti. Por el camino, ella abre su corazón y desvela su desgracia: viuda, con un niño de cinco años consumido por una enfermedad desconocida, sin esperanza de salvación. Llegamos al pueblo, a casa de sus padres; cojo las manitas delgaduchas del hombrecito; clavo mis ojos en los suyos, fijos en los míos, y grito para mí mismo con voz atronadora: «¡Quiero, fuerzas del demonio, quiero que este niño se cure! ¡Te vas a curar, pequeño! ¡No vas a llorar más y vas a dormirte! ¿Me oyes? La paz, la salud y la vida estén contigo. Amén». Y, al

instante, el crío cayó en brazos de un sueño que no conocía desde hacía tiempo. ¡Y se curó, se hizo grande y ahora está ante mí!... ¿No conoces esta cara, potrillo?

—Irimia, ¿usted es el misterioso viajero que realizó aquel milagro conmigo?

Irimia asintió con la cabeza. Adrián cogió su mano peluda y la besó. La mano olía a perro mojado.

Fuera la llovizna se mezclaba con la niebla. Por el agujero del tejado de juncos, hundido en un ángulo de la taberna, la niebla y la lluvia entraban formando un suave remolino.

El criado cabezón irrumpió en la tienda y miró asustado a los dos hombres. Jadeaba pesadamente.

—Pobrecillo, ya no tienes nada que hacer por aquí —le dijo Irimia—. ¡Lo tuyo también ha terminado!... Venga, vete, ve y pon tu cabeza sobre los raíles del tren. Te liberarás de una vida demasiado pesada para tus hombros, tan pesada como tu pobre cabeza... ¡Vete! Y haz lo que te digo, es por tu bien.

El desgraciado desapareció como había llegado.

—A ti, Adrian, que tienes espaldas para aguantar la vida, voy a contarte la historia de Cosma, mi padre.

•

El más antiguo de mis recuerdos tiene lugar en el comienzo de la tierra, la tierra lejana de mi más lejana infancia, hace setenta años. Y cuando alguien puede acordarse de algo que sucedió setenta años antes, ahí está el comienzo de la tierra.

Estaba subido en el tronco de un árbol y miraba mi reflejo en un lago, igual que un cachorro de tres semanas cuando mira como un tonto cómo zumban las moscas ante su nariz. A mi alrededor, un bosque de árboles rectos que clavaban sus copas en las nubes. No podía contemplarlos más que tumbado. Por allí cerca, el rumor de un torrente tumultuoso. Ante mí, una cabaña: hombres fornidos, con pantalones anchos, y mujeres con faldas multicolores, entraban y salían hablando en voz alta y gesticulando. De repente, se oyeron unos gritos en la cabaña: las mujeres vestidas con esas bonitas faldas salen huyendo en todas direcciones. Después, los hombres empiezan a pelear; pero he aquí que llega uno corriendo, el más fuerte de todos y que me resultaba conocido; él pone orden. Se van todos excepto este último y otro, que me resultaba igualmente conocido, pero ¡qué cosa tan extraña!, el fuerte salta sobre la espalda del otro, que era menos robusto, y se deja llevar así por todo el patio hasta que ambos caen al suelo. No entiendo nada de esa historia y sigo mirándome en el lago.

La imagen del siguiente recuerdo es más clara. Yo hablaba. Al más alto de los dos le llamaba Cosma, al otro, Ilie. Ambos me eran indiferentes, excepto cuando me subían al caballo y me paseaban. Entonces, de lo contento que estaba, les daba unos bofetones. Por lo demás, vivía solo.

Nos encontrábamos ahora en el borde de una extensión de agua tan grande que apenas se veía la orilla de enfrente. Los árboles, con las ramas dobladas, mojaban sus hojas en unas aguas que discurrían apaciblemente. De vez en cuando, llegaban unos desconocidos en barcas atestadas con todo tipo de bultos, y esto me afligía terriblemente: nadie comprendía qué ganas tan grandes tenía de subirme también yo a uno de aquellos cascarones y deslizarme por el agua. Pero una mañana, aprovechándome de su descuido, subí en una barca vacía, corté con una navaja la cuerda que la sujetaba a un árbol y heme ahí, deslizándome suavemente al principio, más rápido después y arrastrado por la fuerza de la corriente al final. Estaba tan contento que, como no tenía nadie a quien dar unos bofetones, me los di a mí mismo. Una infinita superficie de agua, una capa inmensa que surgía por un lado del horizonte y desaparecía por el otro. El sol la plateaba, la doraba y la hacía chapotear. Solo en toda su inmensidad, yo no albergaba más que un deseo: deslizarme lo más rápido posible. Pero, ¡ay!, una barca empezó a perseguirme e Ilie me atrapó. Llevado ante Cosma, éste me dijo no sé qué, ya que me sentía tan desgraciado que ni siquiera le hice caso, pero sentí cómo sus pesadas manos se apoyaban en mis hombros por detrás. Me opuse con todas mis fuerzas al peso que aumentaba sin cesar, después el aliento de Cosma me abrasó el cogote, me fallaron las rodillas, me derrumbé casi desmayado. Yo no sabía todavía qué era un beso en la mejilla, pero después del suceso de aquella mañana me encariñé con Cosma. Y me encariñé aún más en la noche que siguió a esa mañana, ya que al despertarnos sobresaltados ante la alarma dada por Ilie, Cosma roció con petróleo la cabaña y me ordenó que le diera fuego, lo cual hice al momento. Poco después, cuando galopábamos a la carrera, sujeto en brazos de Ilie mientras me salpicaba en la cara el barro que lanzaban los cascos del caballo de Cosma, me volví para ver las llamas y me dije: «¡Esta hazaña la he hecho yo!».

Inmutable, brillante en la cúpula estrellada del cielo de verano y redonda como una bandeja de plata que colgara justo sobre nuestras cabezas, la luna iluminaba nuestras caras y el claro de vegetación rodeado por altos abetos cuando, de repente, Cosma se reveló ante mis ojos como fue siempre: un protector y un tirano.

Yo tenía unos nueve años, pero era fuerte como un pato salvaje. El aire libre de todas las estaciones y una vida de vagabundeo por doquier me habían curtido. La enfermedad me era desconocida —y sigue siéndomelo aún hoy.

El día de esa misma noche mágica e inolvidable nos había sucedido un gran contratiempo. Sin ningún motivo y sin explicación alguna, Cosma nos ordenó abandonar un campamento muy propicio para los contrabandistas y nos trasladó, con

las armas y los bártulos, a un sitio abrupto, escarpado y solitario, donde probablemente el diablo había colgado a su padre. Esta decisión arbitraria había molestado a todo el mundo, y tenían razón: por mucho que te persigan todos los vientos, la vida de familia se pega al contrabandista como el musgo al árbol. Conoces gente, la amas y te atas. Por supuesto, cuando la ocasión lo requiere, lo abandonas todo y te largas, pero no es menos cierto que vas dejando por todas partes tiras de tu corazón, que se desangra. Cosma no se ataba más que a su propia libertad. Tan sólo él —que era cariñoso hasta la ternura— no dejaba a su paso ni un pelo de su rica cabellera. También Ilie era dueño de su corazón, pero lo hacía para que éste no le importunara demasiado; amaba como un hombre tranquilo; era el sabio de la banda, sabio por encima de su propia libertad, el primer tesoro de un contrabandista.

La orden de partir, lanzada mientras los jóvenes se despedían tiernamente de sus amantes, obtuvo como respuesta un murmullo general de indignación. Cosma empuñó sus pistolas y disparó:

—¡Que se larguen las mujeres de aquí antes de que yo respire tres veces! ¡Y el último en montar en su caballo no tiene más que seguir a su enamorada!

Las mujeres desaparecieron precipitándose pendiente abajo. Los hombres se plegaron y durante ocho horas avanzamos a trancas y barrancas por campos y pedregales sin detenernos más que una sola vez, para comer de pie.

Ahora la tropa dormía... En el calvero bañado por la suave luz de la luna, acabábamos de despertar del primer sueño. Cosma esperaba una estafeta. Ésta llegó.

—¿Y bien? —preguntó el jefe—. ¿Tenía yo razón o soy sólo un conejo asustado?

El campesino se le acercó y le besó la mano:

—¡Tenías razón, Cosma!... Hacia el toque de oración, llegó a tu campamento el *Carc-Serdar*^[36] con una patrulla numerosa de hombres armados.

Orgullosa, Cosma se hurgó la nariz y ordenó a Ilie: —¡Dale treinta monedas de oro para que las reparta entre las enamoradas abandonadas!... ¡En cuanto a los enamorados, que se contenten con haber salvado el pellejo, que mujeres hay por todas partes!

Ilie le dio el dinero y calló... Calló, pero era el silencio inquietante de un sabio que tiene algo que decir; y cuando Ilie rumiaba una pega y no la decía, Cosma sabía de antemano que no tenía razón. Pero ¿cómo? ¡Él, Cosma, con un punto débil! ¡Eso no! ¡Nunca!

—¡Ilie! Tu silencio me fastidia... Di lo que tengas que decir, ¡pero ten en cuenta que si tienes razón te aplasto!

—¡Puedes aplastarme, Cosma, tengo razón!

—¡Si es así, levántate y date la vuelta!

Ilie se levantó; Cosma saltó sobre su espalda y, doblado por las doscientas libras de peso, Ilie empezó a dar la vuelta al claro del bosque. Al principio se mantuvo firme, después el sudor empezó a gotear por la punta de su nariz inclinada hacia el suelo. Ninguno de los dos soltaba una palabra, mientras la luna paseaba sus sombras

por el prado. Y he aquí que Ilie empieza a gemir, resbala y se derrumba. Cosma lo deja, se sienta con las piernas cruzadas y da una calada a su pipa, contemplándolo. Pero en cuanto vio que Ilie se movía, Cosma se acercó a un abeto y se puso cabeza abajo, con los pies y la mitad del cuerpo hacia arriba, sobre el árbol:

—Dime, Ilie, tu razón...

Pálido, Ilie se enjugó la cara, encendió su pipa y dijo con voz calma:

—El dinero, Cosma, no cura los corazones heridos por amor, los humilla... tu generosidad es como la del *Carc-Serdar*: cuando éste viola a alguna de nuestras doncellas, le da un collar de ducados de oro, y la joven se arroja a un pozo con collar y todo. Tu generosidad es peor que la del *Carc-Serdar*: él es un opresor, ninguna virgen lo ama; mientras que tú eres un bandolero, a ti la pureza viene por sí sola. ¿Y cómo la pagas tú? ¡Con monedas de oro, como el *Carc-Serdar*!... Cosma, tú eres fuerte, pero no tienes razón.

Ilie calló y su silencio fue apacible. El grito de un ave nocturna hizo que resonara la oscuridad en las copas de los árboles. El claro quedó en sombra, mientras el rostro de Cosma se ponía lívido y su hermosa barba se arrugaba entre el mentón y el pecho.

•

No se me había pasado por la cabeza que yo pudiera ser hijo de Cosma. Ni siquiera sabía que Ilie era su hermano. Pero he aquí que el diablo metió un día su rabo y descubrí todo, algo que ocasionó un gran embrollo. Este suceso tuvo lugar unos dos años después de la noche del calvero plateado.

Tenía once años. Cosma llevaba la cuenta de los años y los celebraba cada vez con una fiesta. Mi undécimo cumpleaños fue agitado y me provocó un gran dolor de mandíbula.

Aquel día nos encontrábamos en un bosque de sauces a la orilla del Danubio sólo nosotros tres. Cosma me vistió con ropa nueva de pies a cabeza, preparó unas brochetas de cordero y las regó con un buen vino tinto.

—¡Hoy cumples once años, Irimia! —me dijo en la comida—. Y hoy mismo tienes que mostrarme si eres capaz de montar a caballo. El año próximo te daré una pipa y dentro de dos, un arcabuz.

Tras la siesta, Cosma me subió a la silla de montar, ajustó los estribos a mis piernas y, cuando le dio la orden de partir, metió una guindilla en el culo del caballo. Azuzado, el animal se lanzó a la carrera como una flecha, seguramente él pensaba en un tábano y yo pensaba en ganar la pipa y el arcabuz los años siguientes. Aferrado a la silla, iba mirando al suelo y me pareció que la tierra se había convertido en agua. El galope de Cosma sobre el caballo de Ilie resonaba a mi espalda. Y como todo el que se fatiga tiene que detenerse en algún momento, también mi corcel se detuvo, resollando y lleno de espuma.

Cuando regresamos al bosque de sauces, Cosma me dio la bota de vino tinto y me

dijo:

—Bébetela de un trago, sin respirar y antes de que yo cuente hasta diez.

Bebí. Y cuando Cosma terminó de contar hasta diez, la bota estaba vacía y yo lleno, y nos tumbamos ambos en la hierba. La tierra también parecía dar vueltas. Después, me quedé dormido.

Cuando desperté, el sol ya se había puesto. Una pequeña hoguera de ramitas secas titilaba entre Cosma e Ilie, transformando sus peludas caras en rostros de cobre, ennegrecidos e inmóviles. Me senté también yo con las piernas cruzadas, entre ellos, y contemplé el fuego.

—Eres un bravo hijo del bosque, Irimia. Te acepto.

—Estás obligado a aceptarme, Cosma —respondí sonriendo.

Cosma pareció dar un respingo, su rostro se ensombreció y lanzó a Ilie una mirada terrible. Ilie se dejó fulminar.

—A ver, dime, hijo de perra, ¿por qué estoy obligado a aceptarte? ¡Pero ándate con ojo: si tienes razón, te aplasto!

—Puedes aplastarme, Cosma; no por ello es menos cierto que hace tres días una vieja bruja con los labios llenos de babas que andaba reuniendo leña por el bosque, me besó y me dijo que soy tu hijo, nacido de su hija, y que Ilie es tu hermano y tío mío.

Rojo de ira, Cosma se puso en pie de un salto.

—¡Maldito sea semejante engendro! ¡Y ya que tus oídos han oído lo que no debían, lanzarás inmediatamente tu primer disparo con el arcabuz!... Pero apóyate en el árbol y aprieta con fuerza la culata contra tu hombro, ¡si por casualidad la culata te rompiera la mandíbula, te tiro al Danubio!...

De la alegría, propiné a Cosma unos cuantos bofetones, levanté la pesada arma y lancé mi primer disparo. Pero la culata me golpeó en la mandíbula y me tiró al suelo. Me puse en pie rápidamente y volví a mi sitio junto a la hoguera.

Cosma me examinó la cara.

—No es nada... Ven a que te dé un beso, no de ternura (que eso es asunto de mujeres), sino porque has salvado la vida: si te hubieras lisiado, te habría ahogado, porque los inútiles molestan a todo el mundo y proyectan una sombra innecesaria sobre la tierra.

Me besó en ambas mejillas; Ilie abrió los brazos con un entusiasmo insólito.

—¡Ven a que te bese yo también! ¡Es verdad, Irimia, te habría ahogado...!

El fuego agonizaba lentamente. Los rostros se oscurecieron. El bosque de sauces se estrechó a nuestro alrededor, como si temiera verse devorado por el Danubio, que lanzaba sus olas envalentonadas por la oscuridad de la noche.

Cosma se tumbó de espaldas, como si fuera el tronco de un árbol, y empezó a hablar casi en susurros:

—Hermano e hijo son palabras sin sentido, como padre, madre y hermana. ¿Se pregunta alguien alguna vez quién es el hijo de un perro o quién es su padre?

Venimos al mundo, Dios sabe cómo, eso es todo. Hay tan sólo una certeza, y es la de la madre, que ve a su hijo salir de su vientre. Ella es la única que puede decir: «Éste es mi hijo». El niño no puede decir: «Ésta es mi madre». ¿Qué sabe él?... Todas las nodrizas son madres para los niños que las contemplan mientras maman. Así, por ejemplo, dicen que Ilie y yo tenemos el mismo padre, que tenía tres esposas, dos de las cuales fueron nuestras madres. ¡Así que somos hermanos! Pero ¿qué sabemos nosotros!

»Cuando éramos adolescentes, vimos en la casa paterna un batiburrillo de hombres y mujeres que gritaban a los pobres criados. Un granuja, que se decía jefe del harén, extendía toda la mantequilla sobre su pan, custodiaba todo el oro y quería tener sólo para él a todas las mujeres de la casa. A nosotros nos obligaba a rezar y rezaba también él, el diablo sabrá por qué.

»Un día, me acerqué a una chiquilla que me quemaba los ojos: me azotaron. Esta cría era mi hermana, nacida de otra madre, me aclararon. El padre era el mismo cabrón estúpido. Pero ¿qué iba a saber yo? ¿Y qué necesidad tenía de saberlo?

»Otro día, Ilie cogió un puñado de oro y se lo dio a un hombre al que se le había quemado la casa, los aperos y el ganado. A Ilie le pegaron una paliza de muerte. Todos los de la casa aprobaron el castigo, excepto la hermanita de ojos brillantes. A ella también le dieron a su vez una paliza, por atreverse a pensar de forma diferente a los demás.

»Pero llegó el día en que mi cuerpo se hizo pesado como el plomo. Entonces, de acuerdo con Ilie, revolvimos toda la casa, cogimos el oro, le dimos una paliza a nuestro supuesto padre y nos largamos al bosque libre...

»Sí, Irimia, Ilie es mi hermano, pero no porque vengamos del mismo padre, sino porque vivimos en los mismos bosques. Y tú vas a ser nuestro hijo y hermano, porque eres digno de serlo: porque, al igual que nosotros, amas el viento que azota las mejillas, el caballo que vuela hacia la salvación, el arcabuz que siembra la muerte entre los miserables enemigos, el vino generoso, el asado jugoso, la pipa amiga y la mano del hombre rebelde. Más adelante, conocerás además una alegría que procede de la mujeres y que iguala a las otras... Ese día la sangre se te envenenará, y harás mucho daño a tu alrededor. Pero el mal, al igual que el bien, son dos fuerzas de la misma vida, y a ésta poco le importa qué pensamos o qué nos conviene. Porque el sufrimiento y la alegría son dos direcciones opuestas del mismo viento ciego. Guía la barca como quieras, vive y muere.

Un caballo resolló ruidosamente. Cosma pegó la oreja a la tierra y escuchó; después, apoyándose en su arcabuz, se levantó y se fue a hacer la ronda. El barro gimió a su paso. Ilie lo miró alejarse, dejó la pipa a un lado, escupió y contó más o menos lo que sigue:

—Tú estás aquí sólo por casualidad. Sin esa casualidad, hoy serías un esclavo de la tierra, sometido a la opresión hasta el día en que la rebelión hubiera brotado en tu corazón, porque sin duda alguna habría brotado; el lobezno no ha nacido para estar atado con una cuerda a la puerta de su dueño.

Cosma puso en ti su semilla sin importarle qué iba a pasar, como hace él siempre por la maldición de su sangre. Pero esa maldición no es una debilidad. Es una fuerza que puede medirse con la de Satanás, igualmente responsable y conocedora del mal.

Un día, nos encontrábamos acampados en una colina cubierta de pinos, satisfechos ambos con nuestra forma de vida, cuando sonó la flauta de un pastor. La escuchamos hechizados. La melodía se acercó, se hizo más clara, después surgió una voz femenina y esa voz nos acarició aún más el espíritu. Cosma se preguntó: «¿Será un pastorcillo o una pastorcilla?».

En aquel momento la tierra tembló. Nos pusimos en pie de un salto. Ante nosotros, una campesina, con la flauta de saúco en la mano, nos miraba fijamente. Ella no dijo nada en un principio, y nos taladró con sus grandes ojos negros e interrogantes. Su rostro, tostado por los vientos ardientes, parecía reflejar el bronce de nuestras caras. Las piernas y las pantorrillas, desnudas, estaban doradas por sol. A mí me encantó verla, pero Cosma se volvió salvaje como un toro: empezó a temblarle la barba, sus mandíbulas mascaban el deseo.

La pastorcilla juntó las manos a su espalda, adelantó un pie y dijo, mirando con atrevimiento a Cosma:

—¿Tú eres Cosma?

—¡Soy Cosma para los amigos y para los enemigos! —respondió el interpelado.

—¡Oh!... —dijo ella despectivamente—. ¡No gallees tanto, que los dos Cosma suman sólo uno y es el mismo que se deja sorprender fácilmente, como ves!

Y con una risotada hiriente, se dio la vuelta y huyó por entre los pinos como una corza. Entonces vi que tenía una trenza gruesa como un puño, negra y larga hasta el dobladillo de la falda.

La noche de aquel mismo día, en el bosque de pinos iluminados por la luna, resonó una *doina*^[37], antigua como nuestro pasado y joven como un brote de primavera. Sonó a lo lejos y no se acercó. Cosma dejó el caballo y el arcabuz y se fue a buscar la flauta de saúco, mientras yo le seguía llevando el caballo por las riendas. Pero la flauta parecía mágica, ya que en cuanto nos acercábamos, sonaba en otra parte. Después, el diablo vino en ayuda de Cosma, y el hechizo cesó. Perdí el rastro de mi hermano. Ya no se oía la flauta. Entonces, la oscuridad llenó el bosque de tristeza. Até el caballo a un árbol y encendí mi pipa, esperando a que el cielo sombrío tuviera piedad y nos enviara de nuevo a su reina de manto plateado. Y cuando la luna volvió a arrojar su suave luz por entre los pinos, se oyeron dos voces por el camino de debajo del sendero en el que yo estaba fumando mi pipa. Me tumbé y miré hacia

abajo. Cosma agarraba a la chica por la cintura, y le acariciaba la trenza. Y merece la pena oír lo que Cosma le decía:

—¡Oh, mi bella pastorcilla! Fruto atormentado por el deseo y mordido por la pasión... Odiaré el sol que te tiene a su voluntad, maldeciré los vientos que te acarician sin miedo y tengo envidia de las corderas que aprietas contra tu seno. ¡Querría ser la flauta de saúco que tus labios besan todos los días y me pelearía solo contra toda la patrulla por complacerte!

—¡Déjate de patrullas, Cosma, abandona el bosque y sé sólo mío! —pidió embriagada la amada.

—¡Ay, mi pobre pastorcilla! —respondió Cosma riendo—. ¡Tú pides al roble que crezca debajo de la cama! ¡Tú pides al trueno que resuene en un balde! ¡Tú pides a Cosma que sea sólo tuyo: tendrías demasiado y yo no tendría lo suficiente!

Al oír estas palabras de su amado, vi a la pastorcilla pisotear su flauta de saúco, después extendió los brazos como las palomas extienden las alas y echó a correr por el camino blanquecino que se estrechaba a lo lejos.

Cosma no la siguió, se llevó dos dedos a la boca y silbó como los *haiduc*^[38], le respondí y abandonamos el paraje.

Tres años después, estábamos recorriendo un bosque bastante alejado de ese lugar. Llovía finamente. Cabalgábamos al trote. Y he ahí que, al fondo del camino, una mujer aparece tras un arbusto, deja sobre la tierra un bulto y desaparece en el bosque como una aparición. Espoleamos los caballos.

El bulto era un niño envuelto en una manta. Por el acta de bautismo que llevaba colgada al cuello, dedujimos que era un hijo ilegítimo, nacido dos años antes y que se llamaba Irimia. El niño no lloraba, parecía sólo asombrado.

—Debe de ser un retoño de roble que quiere crecer en el bosque, ¡lo tomaré a mi cargo!

Así habló Cosma y te metió en el zurrón. Te alimentó con jugo de carne asada. A los tres años bebías vino de la bota. A los seis, nadabas como un pato. Hoy has disparado tu primer tiro de arcabuz. Mañana tendrás tu caballo y cumplirás tu destino.

•

Mi destino no fue piadoso ya desde el comienzo. No había transcurrido un año desde la noche de las revelaciones de Ilie cuando tuvo lugar la primera escaramuza con la patrulla de mercenarios que yo pueda recordar. Aún no tenía arcabuz, pero podía agujerear con la pistola, a cincuenta pasos, una *caciula*^[39] colgada de la rama de un árbol. Y a falta de una ocasión para agujerear el pecho de un enemigo, me divertía disparando con la pistola contra las gorras de piel, la luna o la oreja de mi caballo. Era sencillo. Me resultó más difícil el día en que el pecho de un mercenario se presentó ante mis pistolas.

Por aquel entonces, la desembocadura del Siret era nuestro punto de encuentro. Algo más arriba, el bosque era denso y salvaje: allí nos íbamos a repartir, un buen día, entre treinta y dos hombres, un hermoso botín, medio pagado, medio robado al río. Pero un pontazguero, malo como una suegra a causa de no sé qué daño causado por Cosma a su traspordador, olisqueó nuestra presencia por aquellos parajes y nos vendió a las autoridades de Braila, que enviaron tras nosotros una nutrida patrulla. Afortunadamente para nuestros hombres, llegó demasiado tarde para poder rodearnos y masacrarnos, pero con tiempo suficiente, sin embargo, para cerrarnos las mejores salidas.

Era de sobra conocido que Cosma no tenía una sola manera de luchar. Él se peleaba según las circunstancias y de mil formas. Esto sacaba de sus casillas a las patrullas que, aunque muy numerosas, no eran más que unos mercenarios, poco dispuestos a jugarse el pellejo enfrentándose a la gente que estaba fuera de la ley decidida a vivir libre o a vender cara su vida. En cuanto al precio de la cabeza de Cosma, ellos ya sabían lo aleatorio que era ese cebo.

Inmediatamente después del almuerzo, Cosma fue el primero en sentir el peligro. Se fiaba del presentimiento de los caballos en semejantes momentos. El suyo, especialmente, al igual que el de Ilie, rara vez se equivocaba. Acostumbrados desde hacía años a los ataques de las patrullas, las orgullosas bestias eran capaces de sentir, en la distancia, la cercanía del enemigo y de alertar a Cosma gracias a su desazón.

Estábamos en agosto. Finalizado el reparto del botín, sólo esperábamos la caída de la tarde para atravesar el Siret con el traspordador.

Entonces el caballo de Cosma dejó de pastar y empezó a aguzar las orejas, a olisquear el aire y a pegar el hocico al terreno, como para escuchar algún ruido. Cosma, que en cualquier ocasión y lugar estaba con los ojos fijos en su animal, notó su inquietud, se levantó, le acarició la cabeza y le dijo:

—¡Ruano, ruanito, dime tú si no se está acercando la sogá al pescuezo de tu amo! ... —Y volviéndose hacia sus hombres añadió—: Vaciad la dinamita vieja de vuestros arcabuces y pistolas y cargad las armas con pólvora fresca.

Esta orden hizo que cesaran las risas. Los rostros se ensombrecieron. Todos sabían que Cosma podía ser un déspota, pero no un necio, y se le aguantaba todo porque veía siempre las cosas claras. Él era nuestro dios y señor.

Las campanas miserables de la ermita de un pueblo vecino habían tocado ya las vísperas; todo estaba listo para partir cuando el hombre que estaba de guardia en un árbol anunció que se acercaba un carro con un caballo conducido por un campesino. Cosma nos ordenó a Ilie y a mí que nos escondiéramos tras un arbusto. El carretero llegó y se detuvo ante la banda.

—¡Sandías, gentes de bien, sandías maduras! —gritó, mirando alrededor aterrorizado.

—Está muy bien —respondió Cosma—, pero es una pena que llegues

precisamente cuando estamos a punto de irnos.

—¿Y hacia dónde vais siendo tantos, me gustaría preguntaros con humildad, si se me permite?

—¡Claro que sí! Nos dirigimos hacia donde vienes. Y con la misma humildad, yo también te preguntaría si no has visto por casualidad las patrullas del tirano en la entrada del bosque.

—¡Ni un alma, cristiano!... ¡Ni rastro de un maldito perro!

—¿De verdad? —dijo Cosma, fingiendo creerle a pies juntillas. Y volviéndose hacia nosotros—: Ya habéis oído, chicos, ¡qué buena suerte! ¡Venga, en marcha antes de que anochezca! —Y después le dijo al supuesto vendedor de sandías—: Gracias, hermano. Ahora, un ruego: si vas hacia el puente, encontrarás a un hombre como yo que tiene a su alrededor el doble de hombres de los que ves aquí. Se llama Ilie. Bueno, dile de mi parte que me siga con todos sus hombres, y para que crea tu palabra, muéstrale esta moneda de oro que voy a doblar con los dientes. Y consévala como recuerdo de Cosma...

—¿Tú eres Cosma? —gritó el falso campesino, haciéndose el tonto—. ¡Alabado sea el Señor y bendecido tu camino!

—¡Gracias por tus buenos deseos, buen cristiano! —añadió el jefe.

El espía de la patrulla se alejó, Cosma se tiró al suelo boca arriba y bramó:

—¡Ah, perro de pontazguero, pagarás cara la traición...! —Y me llamó y dijo—: Irimia, ataja por la maleza, súbete a un árbol y mira qué hace ese perrero cuando llegue al cruce de caminos. ¡Si es un vendedor de sandías de verdad, me corto la barba!

Fui y volví con la respuesta.

—Ha dejado el carro, ha cogido el caballo y se ha ido a la carrera.

—¡Gracias por las sandías! —dijo Cosma.

Y se quedó pensativo. Los hombres hablaban entre sí en voz baja.

—Quizá sería sensato que nos desembarzáramos del botín y que lo escondiéramos entre las zarzas —propuso Ilie.

—¡Sí! —exclamó Cosma—, pero sólo cuando nos veamos obligados a abrirnos camino por los pantanos, porque mira lo que pienso: aquí hay dos caballos y un camino. El camino no es para nosotros ya que por ahí viene una docena de mercenarios a masacrarnos uno a uno, como a unos corderitos. Así que hay que separar a la patrulla: la mitad por el camino que serpentea Siret arriba, la otra mitad por el camino por donde ha venido el espía. Ante la noticia de que nosotros hemos seguido este camino, el comandante decidirá retirar sus tropas del Siret y reunir las aquí. Pero mira, hay que saber si va a retirarlas todas o sólo una parte, y cuántos mercenarios se van a quedar de guardia en el río. Encargaré a Irimia que lo averigüe. ¿Qué, Irimia? ¿Qué dices? ¡Muéstranos que eres digno de vivir en libertad! Te voy a disfrazar de hijo de un pobre pescador y correrás junto al agua con la cabeza descubierta, con los pies descalzos y con un palo en la mano. Cuando des con el

avispero de los mercenarios, les dirás, sin resuello, que tu madre se muere y que vas al pueblo a avisar al cura para que le dé el viático; pero se lo dirás llorando a moco tendido, a lágrima viva, ¿me oyes? No has llorado en tu vida. Bien, llora ahora como una mujercita. Y vuelve rápido atajando por los matorrales.

Más de cincuenta hombres, armados de arcabuces, pistolas y cimitarras, descansaban fumando en la linde del bosque cuando pasé junto a ellos sollozando como una pobre mujer. ¡Pude llorar sin esforzarme demasiado porque me imaginé a Cosma y a Ilie asesinados, apresados, ahorcados!

—¡Eh! ¡Chico! ¿Adónde vas llorando tan amargamente? ¿Es que se ha muerto tu madre?

—No ha muerto todavía, pero está agonizando y voy a buscar al cura del pueblo.

—¡Qué Dios perdone sus pecados! Pero dime, chico, ¿no has visto por la zona de donde vienes una banda de hombres armados, a caballo, vestidos como campesinos?

—Pues sí, me he encontrado con ellos.

—¿Eran muchos?

—Dos veces más que vosotros.

—¿Y hacia dónde se dirigían?

—Hacia Galatsi, por el camino que empieza en el trasbordador.

—¡Ya está! ¡Están muertos! —gritó el jefe de los mercenarios volviéndose hacia los suyos—. ¡Ha tenido razón el espabilado de nuestro comandante al agrupar las tropas allí! ¡Los va a hacer picadillo! Nosotros podemos quedarnos aquí tranquilamente fumándonos una pipa.

—Queden en buena hora —dije al marchar.

—Ve en buena hora, chaval. ¿No quieres un caballo para ir más rápido?

—Gracias, pero me da miedo caerme.

—¿A qué te dedicas?

—A pescar con mi padre.

Un sol rojizo se perdía en el horizonte cuando, todos de común de acuerdo, nuestra tropa tomó el camino del Siret, decidida a lanzarse contra nuestros enemigos para hacer que se desperdigaran y abrirse camino antes de que llegara el grueso de la patrulla, atraída por los disparos. En el momento de partir, Cosma dijo a sus hombres:

—Ya hace ocho años que vivimos juntos en libertad, sin motivos para quejarnos de nuestra suerte, ya que no habéis conocido hasta hoy más que el fastidio de las escaramuzas. Ahora quizá alguno de nosotros pierda la vida. Pues bien, recordad que un solo año vivido en libertad vale mucho más que una vida de esclavitud. No es el número de años lo que hace una vida, sino la hora vivida sin opresión. Para el hombre libre, lo que no es libertad es muerte, pero una muerte infinita. Mirad a nuestro joven Irimia: va a enfrentarse enseguida al mismo peligro que todos nosotros; y sólo yo sé cuánto lo quiero, porque él tiene nuestra sangre. Sin embargo, como a todos nosotros,

le deseo antes la muerte que la caída en la esclavitud.

El jefe de la tropa, que dirigía los saqueos según las órdenes y los planes de Cosma, respondió en nombre de su gente:

—También nosotros pensamos como tú, Cosma: vivamos libres o muramos.

Un galope impetuoso siguió a estas palabras. Sólo un muro habría podido detenernos. Con el pecho protegido por unos petos de piel de búfalo, nos preocupábamos más por las heridas infligidas a los caballos que a nosotros mismos.

Yo me encontraba al frente de los jinetes, entre Cosma e Ilie.

En un abrir y cerrar de ojos caímos sobre los mercenarios, los cuales, sin saber qué estaba pasando, salieron a mata caballo. Nuestras armas escupieron contra ellos una granizada atronadora que lo envolvió todo en una nube de humo. Nos servimos de la confusión y del oscuro ocaso del bosque, atravesamos las filas enemigas y empezamos a desperdigarnos por entre los árboles, listos para salir al camino abierto, cuando una descarga lanzada desde atrás me quemó la nuca y me tiró del caballo.

Eso es cuanto supe en un primer momento.

Lo que siguió a continuación fue para mí amargo como la muerte y la esclavitud.

Tumbado en el suelo, en un charco de sangre, vi a nuestra tropa volverse al instante y atacar de nuevo a nuestros enemigos, y ante el peligro de un ataque de la patrulla, se enredaron en una terrible escaramuza con pistolas y cimitarras para salvarme la vida. Y estuve a punto de ser salvado. Cosma, Ilie y el jefe de la tropa se dirigieron hacia mí arrollando, con sus cimitarras, a todo el que les salía al paso; la salvación se acercaba y yo, de rodillas, le tendía los brazos.

Pero mi suerte estaba escrita de otra manera, en aquel instante la tierra tembló bajo el trote de la caballería enemiga, que llegaba en ayuda de los mercenarios. Animados, éstos cargaron con más ímpetu. Entonces oí a Cosma rugir en la noche que caía:

—¡Quédate! ¡Te salvaré!

Y me dieron la espalda a la carrera. Me desmayé.

Me desperté con las manos atadas a la espalda, en medio de una negra multitud de mercenarios y en medio de una noche tan negra como el alma de los mercenarios y como mi futuro. Encendieron dos antorchas y, bajo su luz humeante, vi traer a dos de los nuestros, atados como yo y gravemente heridos.

Uno de ellos murió en el camino. El otro fue ahorcado. Envidié su destino, ya que mi suerte fue la de ser enviado a la corte del gran boyardo griego, el arconte Samurakis.

•

Era una auténtica ciudadela, rodeada de altas murallas y custodiada día y noche por albaneses, unos verdaderos gigantes. Alzándose sobre el valle del Siret entre Braila y Galatsi, este edificio blanco como la nieve, construido sobre una orgullosa colina, parecía destinado, con las puertas abiertas desde el amanecer hasta la puesta de sol, con sus verandas y balcones de madera maciza, con sus alegres ventanas y sus anchos aleros, a dar refugio y protección al primero que llegara.

Y, ciertamente, ofrecía refugio y protección, pero no al primero que llegara. Postas de cuatro y seis caballos se detenían a diario ante la puerta principal. Boyardos, grandes dignatarios de la administración o simples ricachones rumanos, griegos o turcos, acompañados de sus esposas, bajaban, se sacudían el polvo o la nieve de sus capas principescas de seda bordada y, agasajados por los servidores albaneses que se inclinaban hasta el suelo besando su mano y el borde de sus ropas, eran saludados por el poderoso señor, el arconte Samurakis, el advenedizo administrador de la región de Braila.

En cuanto llegamos al patio, fui arrojado ante el arconte con las manos atadas, como si hubiera podido matar a alguien. El arconte, solo, tumbado en un sofá al que daba sombra una vid trepadora, ordenó que me desataran y ahuyentó a mis dos verdugos, que se retiraron a reculones con la frente pegada al suelo.

Nos miramos directamente a los ojos: él, muy tranquilo; yo, rabiando de ira. El arconte era el primer hombre importante que yo conocía. Su barba, teñida de negro, no me gustaba, pero el resto de su figura, delgada y flexible, envuelta en una chaqueta de seda, era agradable. La mano, adornada con hermosos anillos, sujetaba con indolencia una pipa de ámbar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó

—Irimia —respondí en griego.

—¿El hijo de Cosma?

—El hijo del bosque.

El arconte levantó la mano con un gesto de disgusto.

—No andes con fanfarronadas, chico, aunque seas valiente. Ya sé que estás dispuesto a dejarte quemar vivo, pero querría saber algo más de ti. Así que escucha: como no tienes aún edad para ser ahorcado, quiero hacer de ti mi paje.

—¿Qué? Un paje del hijo...

—... del bosque, exactamente. Espera, eso no es todo. A través de ti, quiero atraer a Cosma hasta aquí y hacer de él mi hombre de confianza.

Estallé en una risotada.

—¡Tú no piensas más que bobadas, pobre arconte!

El arconte dio un respingo, rompió la pipa e hizo crujir el sofá, pero se controló rápidamente y rezongó:

—Este crío me tutea y dice que soy un pobre hombre. —Y después me dijo—: Debes saber, aguilucho, que a los descarados les corto la punta de la lengua.

Acto seguido, dio unas palmadas. Dos fieras armadas surgieron como de la tierra:

—¡Traedme a Sin-Lengua! —ordenó.

Los verdugos se fueron y volvieron acompañados de un hombre de pelo canoso y aspecto de loco. A una señal de su señor, me enseñó la hendidura, con la lengua cortada, que hacía las veces de boca.

Cuando fueron despachados, el arconte me dijo:

—¿Has visto? Ten cuidado con lo que dices ante testigos. Aquí sólo una persona puede decir lo que quiera: ¡soy yo, el arconte Samurakis!

—Eres un patán, arconte Samurakis, y haces bien en no pasearte por el bosque: allí no dirías todo lo que quisieras —respondí sin preocuparme por su amenaza.

El tirano soltó una risa ahogada.

—¡Mmm! ¡Osezno! Aquí todo es un bosque, un bosque y un gobierno, porque puedo dictar leyes sin correr peligro.

—¡Vete al diablo con tu bosque de siervos y todo!

—Hay hombres tan valientes como vosotros.

—¿Como nosotros? ¡Nunca! ¡Son unos bueyes, buenos para tirar del arado!

—No todos. Los de mi guardia son verdaderos bandidos y querría poner al frente de estos bandidos a Cosma, ese terrible bandolero que me roba los más bellos objetos de cobre, las mejores armas, así como las alfombras, las sedas y las más caras cachemiras para vendérselas a los húngaros. ¿Por qué no iba a querer ser el jefe de mi banda? Tendría oro, ricos ropajes, bellas mujeres e incluso sangre que derramar a su gusto.

—¡Me das asco, arconte! ¡Vamos, entrégame a la horca!

—¡Entra en razón, Irimia! ¡No me hagas enfadar!

—¡Me río yo de tu enfado!

—¡Ya veremos! Te dejo un tiempo para que te lo pienses. —Dio unas palmas y aparecieron sus perros guardianes—. Llevad al muchacho a trabajar a la fragua y traedlo a mi presencia siempre que lo desee. Yo mismo decidiré el castigo por los delitos de los que se haga responsable. ¡Marchaos!

El maestro forjador era un gitano gigante, un esclavo liberado que era aún más esclavo a través de su libertad. Con las mangas arremangadas, los ojos enrojecidos, el pecho desnudo cubierto de vello canoso, me fulminó y me agarró del brazo tan fuerte que creí que iba a romperme la carne. Permanecí firme, pero la sangre se me subió a la cabeza.

—¿Éste es el «aguilucho» de nuestro jefe? ¡Ja, ja, ja! ¡Sigue creyendo que anda por las copas de los robles! ¡Le cortaremos un poco las uñas! ¡Venga, osito, coge ese martillo y golpea aquí, en el hierro candente, pero golpea fuerte!

Golpeé.

—¡Más fuerte, tú, sin miedo, e inclínate bien sobre el yunque!

Los herreros de mi alrededor se reían. Golpeé con más fuerza el hierro candente que él hacía girar sin cesar, y me incliné sobre el yunque, ya que sabía que tenía que

trabajar. Pero he aquí que, inesperadamente, el gitano retiró el hierro, mi martillo golpeó el yunque y saltó a mi frente, donde me salió al instante un chichón. Ante semejante proeza, unas risotadas descaradas estallaron en la herrería.

—¡Así se aprende el oficio! —rió el gitano con sarcasmo.

—¡Y así se desaprende el oficio! —dije, lanzándole el martillo al pecho.

El maestro soltó un grito y se derrumbó.

—¡Corred a decírselo al señor! —aulló—, ¡Espérate, que te voy a dar cien zurriagazos en la espalda!

El hombre al que había enviado volvió con la respuesta:

—El señor ordena al maestro forjador que pase a Irimia a la carretería.

—¿Eso es todo lo que ha dicho? —rabió el herrero.

—Todo... —repuso el otro humildemente.

—¡Por los santos del firmamento! ¡Parece que este ladrón tuviera miel en el culo para que nuestro señor lo proteja tan rápido!

Pasé a la carretería, pero tampoco allí aguanté mucho tiempo. Como la carretería estaba pegada a la herrería, el gitano sólo buscaba vengarse. Y me hizo una jugarreta bastante fea. Mientras estaba ayudando al carretero a fijar un anillo de hierro en medio de una rueda, el herrero, quizá de acuerdo con el carretero, encontró la forma de sustituir el anillo frío por otro al rojo vivo, que cogí con la mano y en el que me dejé la carne. Entonces, rabiando de dolor y de disgusto, me lancé contra el gitano y le tiré el yunque contra las piernas.

Él salió con una pierna rota, pero yo tuve que soportar «treinta latigazos sobre la camisa, y sin hacer sangre», como decía la orden del arconte. Finalmente, me pusieron al cuidado de los caballos, donde me sentí mejor y me quedé.

•

Pasaron dos años, dos años largos y amargos en los que creía morir cada vez que me despertaba por la mañana. Pensaba en las palabras de Cosma: «Una muerte infinita». Era verdad. Incluso la suerte de encontrarme en la compañía de los caballos no me reportaba ninguna alegría, ya que eran unas bestias sin personalidad, atiborradas de avena, torponas por la grasa, somnolientas como marmotas, casi tontas. Contemplándolas, comprendí que la vida inactiva y opulenta es más nociva para la mente que la esclavitud.

En efecto, al igual que los caballos, los albaneses de la guardia dormían también de pie, con sus petos de manga larga y desflecada, con sus bombachos ceñidos al tobillo, con zapatos con pompón y un fez blanco caído sobre una oreja como un champiñón, bobos de feria, adornados con bordados, puntillas, hilos de oro, con pistolas y cimitarras válidas para asustar a mujeres embarazadas. Estos vagos, atontados por la buena vida y por el sueño, venían a veces por los establos y me hacían siempre la misma pregunta estúpida:

—¿No te sientes mejor aquí que acosado por los bosques, como las fieras?

—El perro guardián no puede entender la vida del lobo —les respondía.

Los siervos, mis compañeros de fatigas, no eran ni curiosos ni descarados; pasaban sus días trabajando, rezando y esperando una vida mejor en el cielo.

Yo los compadecía y despreciaba.

Durante ese tiempo, el arconte me había hecho llamar tres o cuatro veces para decirme que no se había olvidado de mí y que seguía esperando mi consentimiento para convertirme en su ayuda de cámara. Le respondí que soportaba mejor la esclavitud que la humillación. Sin embargo, más adelante, en el último encuentro, me invitó a aceptar al menos una mejora en mis condiciones de vida. Acepté, pero le dije:

—Sin que me pidas nada a cambio.

—No te pido nada. ¿Qué desearías?

—¡Querría pasearme solo por el jardín del señor, por la noche, tras la retreta!

—¿Quieres huir?

—No. Te doy mi palabra de honor. Pero hace dos años que me ahogo en el patio de los trabajadores, acostándome con las gallinas, sin ver un árbol, la luna, sin oír el susurro de las hojas movidas por el viento. Creo que me voy a morir.

—Eres libre de pasearte a partir de mañana. Te daré tu propia cabaña para que duermas solo. Y puedes pedir la comida en la cocina de la guardia.

—Muy bien.

—¿Así sabes dar tú las gracias?

—¿Qué tengo que hacer?

—¡Besarme la mano, si no el bajo de la túnica!

—¡No he hecho algo así en mi vida!

El arconte rió, me dio una palmada en el hombro y me despachó.

Al principio, esta dulcificación de mi esclavitud colmó mi pecho de alegría, pero no por mucho tiempo, porque también aquí reinaba la misma infamia. Incontables quioscos con vid trepadora y lúpulo, arbustos de rosas y lilas, álamos inmensos como robles o rectos como abetos, pero, al igual que los albaneses y que los caballos que yo cuidaba, este bosque se asfixiaba por falta de aire y a causa de la holgazanería. Por la parte exterior y rodeándolo por completo, un muro de unos cuatro metros de altura se oponía como una bestia a cuanto era libertad y vida. Ningún pajarillo cantor. Sólo cuervos y gorriones. El viento, ese viajero vertiginoso que habla a los hombres libres en todas las lenguas de la tierra, no se molestaba en bajar a esa fosa de desgracia; sólo las copas de los álamos escuchaban su silbido lloroso. La propia luna se oscurecía cuando se deslizaba tímida por encima de este recinto de falsa felicidad, mientras que los centinelas se paseaban arriba y abajo, tan indiferentes como si se encontraran en una bodega, mientras los laúdes llorosos maullaban en el banquete de los señores y mientras yo me escurría por entre los troncos relucientes de los árboles, pensando en lo que había al otro lado del muro: Cosma, Ilie y mis recuerdos, cuya nostalgia me rompía el corazón.

Iba a cumplir quince años. Un triste día de septiembre, hubo gran jaleo en el patio, hormigueo de larvas: el arconte partía de viaje por un mes. Me hizo llamar. A punto de montar en su coche de caballos, me susurró poniéndose los guantes:

—No intentes huir... es imposible. He dado orden de disparar contra ti.

—Ya lo sé —dije.

Y los cuatro caballos arrancaron.

Inmediatamente, la servidumbre se subió a la parra y se pavoneó confirmando el dicho «Cuando el gato no está en casa, los ratones juegan en la mesa». No temían a la sombra del gato que se había quedado en la casa, el hermano mayor del arconte, una momia, un gato debilitado de tanto haber corrido por los tejados en otros tiempos.

Aprovechando esta ausencia del arconte, Cosma me dio la primera señal de vida. Una tarde, un viejo turco de barba cana, fabricante de turrón, se detuvo ante la puerta principal y mostró su mercancía. Los albaneses se abalanzaron sobre el turrón. Era día de fiesta. Los siervos descansaban cada uno a su manera. Yo me encontraba junto a la valla que separaba el patio de los trabajadores del patio del señor. Los potentes gritos de «¡Turrón! ¡Turrón!» que lanzaba el vendedor hicieron que mi corazón se acelerara. Me apoyé en la empalizada y miré. ¡Sí! No me equivocaba, era el viejo Ibrahim, el pescador de cangrejos y hombre nuestro de confianza. Él me vio y se llevó la mano a los labios como señal de amistad sincera. Después, con una osadía increíble, se abrió camino entre las dos filas de centinelas, que se chupaban los dedos.

—¡Pero bueno —gritó en turco—, cómo no voy a darle a probar un trocito de turrón al muchacho que está allí! ¡Se le está haciendo la boca agua!

Y ante las narices de los albaneses, asombrados por semejante atrevimiento, atravesó el patio con paso firme, me tendió el turrón y dijo en voz alta:

—¡Venga, chico, come tú también! Ya sé que no tienes dinero para comprar, pero te aseguro que la próxima primavera lo tendrás sin falta.

—¿Por qué sabes que lo tendrá la próxima primavera? —le preguntó amenazadoramente el jefe de la guardia cuando se acercó de nuevo a la puerta.

—¡Bueno —repuso Ibrahim—, se lo he dicho por decir!... ¿Por qué no darle una alegría a un crío si no te cuesta nada? Los siervos también tienen derecho a la esperanza.

Dicho esto, se puso sobre la cabeza la bandeja de turrón y se marchó gritando:

—¡Turrón y esperanza para las bocas amargas!...

Huí a mi cabaña, aturdido por las palabras de Ibrahim: la próxima primavera. ¡Unas palabras mágicas! Refulgían día y noche ante mis ojos helados como una llamita de esperanza de libertad. Pero ¿cómo iban a liberarme? Doce albaneses, en turnos de seis horas, hacían la guardia. Otros sesenta descansaban, pasaban el rato o dormían, listos para atacar arma en mano a la primera señal. ¿Cómo iba a atreverse Cosma, con sus treinta hombres, a asaltar semejante ciudadela, protegida por las murallas y por la armada?

Un mes después de su partida, llegó la noticia de que el arconte, que estaba en

Estambul, volvería tan sólo un mes más tarde, y al cabo de ese mes volvió con gran alboroto.

El alboroto lo provocaba el hecho de que no volvía solo, sino que lo acompañaba una mujer.

Todos los mercenarios se alinearon en dos filas, desde la puerta blindada hasta la veranda principal. El arconte y su amada atravesaron el parque, húmedo y sombrío, sonriendo como soberanos, mientras que las setenta pistolas, en salvas de diez cada vez, abrían su inocente fuego contra el cielo plomizo de aquel otoño. Tras la empalizada, también nosotros, las bestias de carga, intentábamos ver algo por entre las aberturas de las tablas, pero no atisbábamos nada.

Ya desde el día siguiente corría de boca en boca que la amada de nuestro señor era bella como una de las trescientas odaliscas que poblaban el harén del sultán.

Durante tres días, los enamorados no dieron señales de vida. Al cuarto día, sol y tiempo frío de noviembre. Orden de lavarse con esmero, de ponerse los trajes de fiesta y de agruparse, grandes y pequeños, en el patio de armas. A mediodía, allí estábamos. A mi alrededor, silencio y temor. Rodeando a nuestro grupo, la guardia albanesa.

Un *cavas*^[40] abrió las puertas. El arconte, radiante de felicidad, aparece llevando del brazo a su amada, y ambos avanzan hasta el centro de la veranda. Él viste una capa de seda azul, bordada con hilo de oro en las mangas y en la parte inferior. Ella, una capa de armiño, y sobre la frente una diadema de diamantes. Su cabello es negro como el azabache, al igual que sus cejas, sus pestañas y sus ojos. Y la piel, morena y aterciopelada.

—La bella princesa que veis a mío lado es mi amada, mía mujer en unos quince días y vuestra *siñora* a partir de hoy. Su *siñoría* es de vuestro país; nombre suyo es Floritsica. Junto a ella, olvidaré patria mío para amar *de ella*. Seré *rumatiu*. ¡Vamos, descansad tres días, *cumed* bien y bebed vino a su salud! —nos dijo el arconte en un mal rumano.

Un gruñido de animales sin voz llenó el aire con sus gritos: «¡Viva su señoría!», «¡Que sean muy felices!», «¡Que Dios les dé salud!».

Algunos se arrojaron de bruces al suelo y besaron la tierra del patio. Otros lloraban de alegría, los pobres. Y el rebaño se retiró a sus cuadras, para encontrarse en sus pesebres con un rancho más decente, un cuartillo de aguardiente asqueroso y una jarra de vino cabezón. Tan sólo el descanso fue de provecho, y benefició sobre todo al arconte, ya que durante tres días los siervos no hicieron otra cosa que hablar de la bondad de su señor y rogar por él a Dios.

•

Al día siguiente de esta gracia señorial, entrada la noche, el *cavas* vino a decirme que el señor me llamaba.

En una habitación pequeña y baja, con el suelo y las paredes completamente cubiertos con alfombras rumanas, el arconte y Floricica hacían la digestión tumbados sobre dos grandes pieles de oso y con las cabezas recostadas sobre cojines de terciopelo rojo. Cuatro velas de cera ardían discretamente en un candelabro de plata y mezclaban su aroma a miel con el olor del café turco y del tabaco macedonio. Una estufa rústica, enjalbegada con yeso, calentaba la pieza. Por todas partes, cojines y taburetes en desorden.

Fui recibido como un hombre libre. La feliz pareja acababa de fumar un narguile y cuando entré me acogieron con un «Buenas noches, Irimia», casi al unísono. Floricica hablaba un griego perfecto.

Su belleza me deslumbró. Una flor de cardo en pleno esplendor. Envuelta graciosamente en una bata de cachemira naranja que dejaba al descubierto su tobillo de corza, su cuerpo se mostraba con un discreto abandono. El rostro, alargado, no tenía ni rastro de maquillaje, y su cabello, peinado hacia atrás, ningún artificio. Me miró con asombro, casi emocionada. Me sentí absorbido por sus grandes ojos.

—Irimia —me dijo el arconte—, tienes suerte. Mi prometida ha conocido la historia de tu apresamiento y se ha conmovido. Ella querría saber si tienes madre. Respóndele y sé educado.

—Soy hijo del bosque... No conozco ni madre ni padre... Cosma se ha ocupado de mí.

Floricica parecía luchar con un nudo en la garganta.

—¿Y tú, Irimia, sabes quién te entregó a Cosma? —me preguntó con voz trémula pero delicada y armoniosa.

—No lo sé. Él me encontró en el bosque cuando tenía unos dos años, me puso en su alforja y me alimentó con jugo de carne.

Ante mi respuesta, sucedió algo incomprensible: Floricica, con un solo movimiento de su cuerpo de sirena, se tumbó boca abajo, hundió la cabeza en el cojín y se echó a llorar. Esta escena conmovió al arconte, que se sintió incómodo.

—¿Qué pasa, querida? ¿Por qué lloras? —Y volviéndose hacia mí—: Puedes irte.

Dos días después fui llamado de nuevo, a la misma hora, a la misma habitación.

Floricica estaba pálida y me sonreía con amabilidad. El arconte, contento, se paseaba con las manos en los bolsillos de su larga chaqueta.

—Mira, Irimia, mi prometida quiere hacerte su paje, sólo a su servicio —me dijo.

—¡Sí! Irimia —dijo ella amable pero seria—, ¿quieres estar a mi servicio?

—¡Señora —dije irritado—, ya respondí hace mucho al arconte que prefiero morir antes que ser el paje de alguien, sea quien sea!

—Pero yo te trataría con bondad, como a un hijo del... bosque —repuso ella dulcemente.

—No necesito vuestra bondad, y si queréis saberlo todo, sabed que os odio con toda mi alma. Sois mis enemigos.

El arconte quiso intervenir, pero ella lo detuvo y me preguntó:

—¿También yo soy tu enemiga, Irimia?

—¡También tú! ¡Tú eres la mujer de los que quieren matar a los hombres libres! ¿Con qué derecho me retenéis preso aquí, desde hace más de dos años, cuando yo quiero vivir con Cosma en otro sitio?

Ella bajó la cabeza y apoyó la frente en la palma de la mano.

—¡Yo no deseo matar a nadie, pero Cosma y su banda son unos ladrones! —gritó el arconte con viveza

—¿Tú llamas «ladrones» a los que no quieren ser tus siervos? ¿O acaso crees que la tierra ha sido creada según tus deseos?

Él se volvió hacia su amada:

—¡Ya te lo dije, cariño, no hay nada que hacer con este cabezota!

Me fui. Y ahí terminaron sus intentos por hacer de mí un criado.

Un invierno duro... Entumecimiento... Las ramas de los árboles, los quioscos, se doblaban bajo el peso de la escarcha y la nieve. El patio estaba hundido en la tristeza, pero esa tristeza no se debía tan sólo al tiempo desapacible. Los fieles servidores del arconte nos dijeron que la vida de éste se había convertido en un infierno, que Floricica le amargaba los días y que no pasaba uno sin discusiones tormentosas. Esta noticia explicaba la falta de fiestas y el aplazamiento, para las calendas griegas, de una boda que todo el mundo creía cercana.

Una noche me encontraba en mi choza, que el septentrión sacudía con furia, y contemplaba el fuego del hogar con un voluptuoso sentimiento de desesperanza. Razonaba ya como un hombre adulto y sabía juzgar la vida y a los hombres con una lucidez que los sucesos vividos más tarde no pudieron superar.

Así, con los ojos fijos en las llamas, mi mente analizaba con frialdad mi situación real. Me veía llegado a este mundo gracias a un placer pasajero de Cosma, uno entre mil. Me veía languidecer entre brutos debido a la voluntad de Cosma de enfrentarse a la patrulla, cuando habría sido mucho mejor si hubiéramos escuchado a Ilie, que nos habría aconsejado dejar el botín y huir por los pantanos. Ahora me atormentaba otra idea: que Cosma no sufría lo suficiente por mi esclavitud, que seguía viviendo libre y feliz, preocupándose bien poco por la suerte de los demás, apropiándose de cuanto deseaba y riéndose de su vida y de la de aquéllos a quienes aplastaba a su alrededor. Y entonces empecé a tenerle ojeriza a Cosma, lo odié como a un enemigo.

Un disgusto amargo me asfixiaba. La vida no tenía ningún sentido. La prisión o el bosque libre, el placer o el sufrimiento se me aparecieron como cosas igualmente absurdas.

El fuego de las ramas se iba apagando lentamente, como mi deseo de vivir. En ese momento, la puerta de la cabaña se abrió. Apareció Floricica.

Estaba envuelta en una larga *chouba*^[41] de piel de zorro, con el cuello subido por encima de un chal que le cubría la cabeza y enmarcaba su rostro como un icono de la

Virgen María. Los ojos, hundidos en las órbitas, y la cara surcada por el sufrimiento me conmovieron. Después de sacudirse la nieve, cayó rendida en el borde de mi miserable lecho... Me apresuré a invitarla a sentarse en la silla junto al fuego... Ella permaneció en silencio, como si no pudiera decir nada, y me contempló... La contemplé... Nos miramos durante largo rato... Después le di la espalda y no volví a prestarle atención, la olvidé. ¿Qué es un bello rostro de Virgen María, con una *chouba* de zorro, cuando tienes quince años y languideces en prisión?

Después, dos manos más aterciopeladas que el más fino terciopelo tocaron mis mejillas desde atrás. Floricica se lamentó con palabras inspiradas por Dios y con una voz que venía del cielo.

—¡Niño del bosque!... ¡Niño del amor! Tú eres fruto de la ilusión. Eres hermoso, eres inteligente, eres orgulloso y prefieres la muerte antes que la esclavitud... Te marchitas en una cabaña rodeada de murallas cuando tienes derecho al palacio sin barreras que los robles construyen en los montes... Tus ojos se clavan en un miserable fuego de ramas, cuando deberían contemplar el incendio de los bosques... Y de las alturas donde planean los buitres, te has precipitado a un establo... Pero quizá es justo que sea así: los niños expían a menudo los pecados de sus padres.

—¿Quién eres tú, hechicera, que crees que los niños tienen que expiar los pecados de sus padres?

—¡Yo soy la que buscó la felicidad total, la que quiso soñar con los ojos abiertos al sol y se quemó los ojos!

Un aliento perfumado rozó mi cara; unos labios febriles besaron mi frente y Floricica desapareció como había venido.

El fuego se apagó... La cabaña quedó a oscuras.

Dulce final de marzo... Ganas de tumbarte, de bostezar y de escuchar la alondra. Pero ni rastro de alondras en el patio del arconte Samurakis. Desde los bichos más pequeños que hormigueaban por la tierra, desde los siervos, los esclavos y los albaneses, que pedorreaban a coro o por turnos, hasta el propio arconte y su Floricica, todo el mundo sentía la necesidad de salir de sus guaridas y de moverse al aire libre.

El arconte no se movía demasiado; en cambio lanzaba unos continuos y fuertes eructos de cerdo atiborrado de maíz, ya que permanecía tumbado en un sofá de la veranda y hacía la digestión al aire primaveral. Sus ojos, entrecerrados, estaban fijos en la entrada principal, custodiada por sus gigantes armados. Algo apartada, Floricica bordaba pañuelos, y yo, entre ella y el arconte, les hablaba de los montes, de los llanos, de los bosques, de todo lo que da ganas de vivir, puesto que, a fuerza de limpiar boñiga y de helarme en una cabaña, había comprendido que era mejor la compañía de la amada del arconte y acostarte en un palacio. Sí, había cedido; siempre acabas por ceder cuando te frotan la espalda con una almohaza.

Pero yo no prestaba ningún servicio a nadie. Hacía de pequeño arconte para enfado de los albaneses y asombro de los siervos.

El boyardo escuchaba mi palabrería y era tolerante.

—Dime, Irimia, ¿Cosma no teme a mi patrulla?

—Se burla de tu patrulla.

—Pero algún día acabaremos atrapándolo y entonces el terrible Cosma tendrá que elegir entre la soga o servirme a mí.

—No te servirá nunca. La soga le parecerá más dulce.

—¡Qué necio! ¿Y por qué le resultaría tan difícil servir a un señor como yo? Lo trataría como a un hombre libre sólo por tenerlo en mi corte.

—Arconte, los hombres libres no tienen señores y los señores no pueden tener hombres libres en su corte: es como si quisieras meter una sandía en una botella.

—¡Bien, pues entonces lo ahorcaré!

—Cuando lo atrapes...

Al calor del sol, el vapor emanaba de la tierra húmeda. Ante la puerta aparecieron dos hombres. Eran dos de esos monjes peregrinos, viajeros de Jerusalén o del monte Athos, muy numerosos por el país, que pedían limosna para sus monasterios. Altos y fuertes como albaneses, lucían barbas y cabellos largos y pelirrojos, tenían la cara como el bronce, las sotanas harapientas, las botas llenas de barro e iban cargados de alforjas. Uno portaba bajo el brazo la caja de hojalata, sellada y cerrada con un candado, donde guardaban el dinero; el otro, el más fuerte, llevaba el registro donde se anotaban las limosnas y el nombre de aquellos de corazón cristiano. Este último gritó en griego, con voz poderosa, en cuanto vio al arconte en la veranda, una voz que hizo palidecer a Floricica, pero yo reconocí a Cosma y a Ilie:

—¡Bienaventurado sea el arconte Samurakis, renombrado por su generosidad! ¡Bienaventurada sea su noble esposa, la mujer más virtuosa de la tierra rumana! ¡Como humildes servidores del Señor que somos, que pasan la vida en ayunos y oraciones por la gloria de Dios y el descanso eterno de las almas, venimos a pedir al gran arconte la gracia de permitirnos besar el dobladillo de su manto, sabiendo que ningún hombre ha llamado nunca a su puerta sin salir colmado de favores!

Los guardias, acostumbrados a semejantes invitados, permanecieron indiferentes, observando la enorme estatura del que hablaba. El arconte se levantó, sonriente y halagado.

—¡Sed bienvenidos, venerados monjes! ¡Y acercaos...!

Con un disimulo del que no los habría creído capaces, Cosma e Ilie se arrojaron a los pies del arconte. Los observé de cerca: estaban irreconocibles. Guiñándome un ojo y moviendo el bigote, Cosma añadió:

—Pido humildemente perdón a vuestro amado hijo por haberme olvidado de saludarlo. ¡Bienaventurado sea también él, que Dios le conceda la inteligencia del padre, larga vida y descendientes que perpetúen el nombre de Samurakis por los siglos de los siglos!

—¡Gracias, valientes, por vuestros deseos! Sed, durante tres días, mis honorables

huéspedes, alojados y servidos con deferencia. ¿Para qué monasterio pedís dinero?

—Para el monasterio de San Gherasim^[42] del monte Athos —respondió Cosma, devorando con la mirada a Floricica, que apartaba la vista como del sol.

—¡Qué raro! —dijo el arconte—. Nunca he visto unos monjes como vosotros. ¡Nadie diría que os pasáis la vida ayunando y rezando, se diría más bien que devoráis bueyes enteros y que bebéis ríos de vino!

—¡El Espíritu Santo, del cual somos portadores, es nuestro mejor alimento, arconte!

—¡Un verdadero milagro! No sabía que el Espíritu Santo fuera tan nutritivo. Entonces, ¿para qué sirve el dinero?

—¡Oh, arconte! —gritó Cosma—. ¡Con el dinero construimos las iglesias del Señor y las mantenemos, compramos aceite para las lámparas, velas, incienso, así como ropajes de oro para los mártires de la Iglesia... muchas cosas santas, necesarias para el descanso de nuestras almas!

—¡Bueno, pues para el descanso de nuestras almas os dono cuatro ducados de oro!

El arconte introdujo el dinero por la ranura de la caja que sujetaba Ilie; después, cogió el registro e inscribió su nombre.

—¡Pero mira esto! —dijo, leyendo las inscripciones de otros donantes—. Habéis estado donde el *Carc-Serdar* Mavromialis, donde el arconte Cutsarida... y no os han dado más que diez reales de plata. ¡Qué tacañería!

—¡En verdad, generoso arconte! Cada uno compra en el cielo el lugar que cree que le corresponde.

—¡El suyo no será demasiado conveniente!

—¡Amén! Sólo vuestros ilustres nombres serán grabados con letras de oro sobre el mármol del altar del monasterio, donde se encuentra el icono de San Gherasim, adornado con un traje de oro macizo que pesa treinta kilogramos. Y para daros una prueba de nuestro reconocimiento, vamos a recitar un *Kyriacodromion*^[43].

Cosma se retiró tres pasos, hinchó el pecho, con la barba y la sotana al viento, los ojos como tizones, y tronó:

—¡Tan sólo una vez vive el hombre en la tierra! Y la tierra es nuestra. ¡Para nosotros la hizo el Señor! Para nosotros, el fruto del árbol y su sombra. Para nosotros, el rayo del sol, el zumo de la uva y la carne del carnero. Para nosotros el bosque de pinos y las bellas pastorcillas de pechos turgentes por el viento, de ojos audaces y deseos inmoderados. Para nosotros, cuanto se muestra a nuestros ojos, de todo tenemos que probar. Dios así lo ha querido y el hombre lo necesita. ¡Pero desgraciado aquel que quiera adueñarse de más de lo que puede morder con sus dos filas de dientes! Sus semejantes se verán privados de la parte que les corresponde y el Señor se enfadará. ¡Entonces enviará la peste a los palacios de muros de cristal; liberará a los prisioneros de las fortalezas, dará fuego a las magníficas ciudades y hará que en medio de la noche aparezcan los bandidos de los bosques en las habitaciones de los

boyardos, custodiadas por esclavos armados hasta los dientes...!

—¡Basta! —gritó el arconte levantándose—, ¡No me gusta este sermón! —Y volviéndose hacia mí—: Irimia, ve y conduce a estos monjes al cuartel. ¡Y mejor que bendigan mis armas para que salgan siempre vencedoras en la lucha contra los bandidos!

Bajé la escalera seguido por los monjes cargados con las alforjas. Los albaneses enfilaron tras nosotros. Y en cuanto llegamos al cuartel, la servidumbre los asaltó con preguntas:

—¿Tenéis reliquias santas del monte Athos? ¿Crucifijos? ¿Escapularios?

—Tenemos de todo —dijo Cosma revolviendo en las alforjas— Esto es aceite que ha ardido en las lamparillas de San Gherasim y que cura cualquier enfermedad en cuanto lo aplicas en la zona enferma. Y esto es coral encontrado en las tripas de los peces del mar; hace que se enamore cualquier mujer que lo lleve en su seno. Y aquí madera santa, cortada de la Cruz en que fue crucificado el Salvador, el mejor talismán contra las balas. En fin, tengo hierbas medicinales, cruces de nácar y de ébano...

Dinero en mano, los albaneses se arremolinaron para comprar. Y Cosma repartió con generosidad las baratijas milagrosas.

El banquete de aquella noche en el cuartel fue memorable. Recibido cordialmente por el arconte, Cosma supo ganarse la confianza de los centinelas con sus cálidas palabras, con sus divertidas historias del monte Athos e incluso con sus chistes descarados, que no eran demasiado píos. Por primera vez veía yo a los albaneses olvidarse de su misión y mostrarse más amistosos: reían a mandíbula batiente.

Los platos llegaban a raudales. El vino corría a chorros. En el colmo de la alegría, Cosma se puso serio de repente y dijo:

—¡Hijos míos! Antes de seguir, mi deber es comunicaros que vuestro Señor me ha pedido que os recite una liturgia por la victoria de vuestras armas frente a los bandidos. Para ello debéis sacarlas todas fuera y amontonarlas ante las ventanas del arconte; en cuanto aparezca la luna en el cielo, recitaré mis bendiciones. Venga, librémonos de este encargo. Luego os daré a probar de mi *mastica*^[44] de Chios.

Los griegos enloquecieron.

—¿*Mastica* de Chios? ¿Tenéis *mastica*? ¡Chios! ¡*Petria de Homeru*! ¡Una *mastica* inigualable! ¡Qué regalo para nuestros paladares!

En menos de lo que se tardaría en fumar un cigarrillo, los arcabuces, pistolas y cimitarras fueron amontonados bajo las ventanas del arconte.

—¿Qué es todo este jaleo? —preguntó el arconte abriendo, atraído por el ruido.

—Estamos preparando la bendición, arconte —respondió Cosma.

—¡Al diablo con vuestras bendiciones! ¡Vais a estropear los pedernales y los gatillos de las armas!...

—¡No temáis, arconte! ¡Una vez bendecidos, los arcabuces dispararán aunque los carguéis con virutas de madera en vez de pólvora!

Esta broma hizo reír a todo el mundo.

Yhe aquí lo que pasó después. De vuelta al cuartel, Cosma sacó de la alforja dos cantimploras de unas tres *oca* cada una.

—¡Jóvenes! Esta *mastica* es la lágrima de Chios, pero apenas nos tocará un trago por cabeza, ya que Dios no ha querido hacer ríos de *mastica* en la isla de Chios. ¡Venga, traed vuestros cacillos!

Yvertió en cada cacillo la porción correspondiente. Después, Cosma e Ilie, con las cantimploras en la mano, y los albaneses, con sus cacillos, gritaron al unísono:

—¡Por la ortodoxia! ¡A la salud del arconte y de su guardia! ¡Por la victoria de sus armas, *eviva*^[45]!

—¡*Eviva*!

Bebieron.

—Vayamos ahora a dar de beber también a los hombres que están de guardia para que prueben lo que ha quedado en las cantimploras —dijo Cosma.

Salimos fuera. Cosma me cogió del brazo.

—¡Ve y trae dos brazadas de astillas, otro tanto de leña y una lata de aceite, y ponlo todo junto al montón de armas!

—¡Pero...!

—¡No te preocupes! Ya está. Sólo queda por hacer la parte más fácil.

Una noche infernal, una noche asesina en plena resurrección de la vida... Setenta hombres, fuertes como toros, se tambaleaban de derecha a izquierda como columnas que se derrumbaran. Sobre los dos interminables catres de tablas cubiertos con colchas de lana, que se extendían a lo largo de las paredes del cuartel, así como por el suelo, cuerpos humanos, hechos para disfrutar de la vida, se agitaban espasmódicamente con las bocas espumeantes y llenas de babas, con los ojos fuera de las órbitas, en medio de los restos asquerosos de comida y de vómitos. Sus gritos habrían despertado a los muertos. Los álamos, sin hojas y húmedos, parecían temblar de pánico; ante la veranda del palacio, dos griegos feroces, los únicos que no habían querido probar la maldita *mastica*, yacían en un charco de sangre, acuchillados.

Cosma vació la lata de aceite sobre las ramas y las virutas y encendió el fuego. Las llamas prendieron las armas. Las ventanas de la habitación del señor destellaron. Y entramos donde el arconte.

Estaba en la cama, junto a Floricica, que tenía la cara blanca como una pared. Al vernos erguidos como si fuéramos sus jueces, el arconte se creyó víctima de un mal sueño, se incorporó frotándose los ojos, y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Cómo habéis entrado aquí? ¿Y por qué?

—Es otro milagro del Espíritu Santo, arconte. Hemos venido a terminar el *Kyriacodromion* —respondió Cosma sacando las pistolas.

—¡Los bandidos!...

—Ya te lo dije: «... y hará que en medio de la noche aparezcan los bandidos de los bosques en las habitaciones de los boyardos, custodiadas por esclavos armados

hasta los dientes...». ¿Recuerdas, arconte?

—¡Eh! ¡Albaneses! ¡A las armas!

«... ¡Y entonces, los boyardos pedirán ayuda en vano! ¡Entonces descubrirán que todo lo que viene con su poder se va algún día con el poder de otros!»

—¿Quién eres tú, maldito monje? ¿El bandido se ha hecho cura?

—¡No, arconte! El cura siempre ha sido bandido.

Por los caminos secundarios que cortan oblicuamente hacia la carretera principal de Calarasi, y en aquella noche negra como el betún, nuestros caballos avanzaban con dificultad uno tras otro. Al frente, Cosma le decía a Floricica, que cabalgaba junto a él:

—Tus pechos se pondrán firmes, azotados por todos los vientos de la tierra. Tu cuerpo se bañará en los torrentes, se va secar al sol y las flores de los campos lo van a impregnar con su aroma... Y serás amada por Cosma... —Después, deteniendo la marcha, miró hacia la corte del arconte Samurakis, completamente envuelta en llamas, y murmuró con crueldad—: Un nido de víboras menos...

•

Durante toda una semana bajamos hacia el mediodía, evitando los caminos principales. Las herraduras de los caballos se hundían en la tierra húmeda de los campos. La llovizna nos obligaba a veces a detenernos durante horas, protegidos por nuestras dos tiendas. Entonces nos poníamos mustios. Pero el sol volvía a salir —los vientos templados de abril hinchaban nuestras capas— y ya estábamos de nuevo alegres.

Disfrazado de pastor, Ilie iba por los pueblos a comprar vino y pan. Cazábamos liebres. Por la noche, escondidos por los sotos o por los cañaverales de los pantanos, hacíamos guardia por turnos y cuidábamos el fuego que ardía ante las tiendas.

A lo largo de todo el viaje, Cosma no me preguntó ni una sola vez por mi vida en la corte del arconte. Él se preocupaba sólo por su Floricica. Me sentí humillado por este comportamiento. Una noche, durante un alto en el pantano, pregunté a Ilie:

—¿Se ha hecho al menos mala sangre, durante estos dos años, al pensar en mi suerte?

—No mucha.

—¡Entonces no tiene corazón!

—Sí... Sólo que su generosidad es como la del vino: no calienta más que a los que están presentes. Calienta y enfría: son las dos caras de Cosma.

Ilie hablaba con voz ahogada. Apenas oía su voz. Menos cohibida que la de su

hermano, la voz de Cosma se oía desde su tienda:

—¡Oh, Floricica, tú serás la más amada!...

Ilie sonrió con amargura. Sus ojos brillaban en la oscuridad, espejeando las llamas que ardían a nuestros pies.

—¡Irimia! —dijo como con un gemido, cogiendo mi mano y pegando su barba a mi pecho—, ¡Irimia!... ¡Cosma es un diablo! ¿Estás oyendo lo que le dice a la mujer? Pues bien, son innumerables las mujeres a las que he oído decir esas mismas palabras. ¡Y, Dios mío, que me muera en este instante si alguna vez ha sido sincero con ellas! Sí, con todas se ha mostrado amoroso y tierno como una tórtola; generoso como la lluvia que abrega la tierra quemada por el sol. Y con todas ha sido ingrato como un gato y, ante sus lágrimas, indiferente como la muerte.

»Escucha, Irimia, la historia que voy a contarte. Lo entenderás mejor.

Aproximadamente un año después del combate con la patrulla en el que caíste preso, nos fuimos hasta bien lejos, a Moldavia, para vengar a los habitantes de una comarca aterrorizados por un señor cruel. Como tenía por costumbre, Cosma se despidió de nuestros compañeros y tan sólo nosotros dos, disfrazados de comerciantes en gorras, penetramos una noche en la mansión del déspota. Su guardia había ido a reforzar las filas de una patrulla enviada a perseguir a un valiente bandido que sembraba la muerte entre los soldados de las tierras moldavas. El recado de los oprimidos decía: «Encontraréis en la casa a unos veinte criados temerosos, a los que os ayudaremos a atar». Los encontramos, pero respecto a atarlos, estuvo a punto de suceder lo contrario, ya que en cuanto dejamos las alforjas en el suelo, una campesina, con el corazón en la mano y ojos hechiceros, vino a encender la pasión de Cosma y a complicar nuestros planes. Esa misma noche, mientras nos conducía a la pila de heno donde íbamos a dormir, ella le dijo a Cosma:

Comerciante en gorras
con espada en el bazar...
¡no mates a mi señor,
que me ha hecho mucho bien!

—Dime, mozuela venida al mundo en la estación de las cerezas maduras —gritó Cosma—, cuando la pradera nos invita a holgar y cuando los pájaros crían, dime qué bien te ha hecho el tirano y olvidaré el número de sus injusticias y mi misión vengadora de esta noche.

—Sí, Cosma, olvídale todo, porque mi señor me salvó de las garras de un buitre y me acogió en su corte sin ponerme un dedo encima: «Vivirás a tu aire; amarás a quien te guste», me dijo. Ese buitre es su secretario, y como hoy es luna nueva, mañana al amanecer vendrá por el camino que veis enfrente para traerle el diezmo y ponerse a

sus pies. Él viaja siempre solo. ¡Ve, sal a su camino y las balas que tenías destinadas a mi señor, alójalas en las entrañas de su criado! Le coges el oro... Y compras con él bueyes para los campesinos empobrecidos... Después, yo seré tu esclava.

Aquella noche, fumando nuestras pipas y contemplando las estrellas, dije a Cosma:

—Cosma, ¿vas a hacer lo que te ha aconsejado esa diablilla?

—Ilie, voy a hacer lo que me ha aconsejado, porque me gusta esa diablilla y la quiero para mí.

—Así que te dejarás llevar por la sinrazón...

—Me dejaría llevar incluso por el demonio...

—¿Y vas a jugarte la vida para darle al mal en una pierna en vez de darle en la cabeza?... Cosma, ¡eres fuerte, pero no tienes razón!

—Ilie, tú siempre tienes razón pero tus razones me aburren. ¡Ponte en pie!

Me incorporé. Cosma saltó sobre mi espalda y di vueltas en torno al montón de paja, hasta que perdí el resuello y caí. Entonces volvimos a nuestros sitios.

—Expón ahora tus razones, Ilie.

Dije así, mientras Cosma, escuchándome, se golpeaba violentamente con los puños en el pecho:

—Cosma, no se puede ser un héroe a medias... Tú pasas por un verdadero héroe... La gente te adora... Pero tú no eres un héroe y no adoras nada. O adoras demasiadas cosas a la vez. He aquí una comarca que dirá mañana, tras nuestra partida: «Cosma vino a matar al dragón de nuestro país y sólo ha matado una serpiente. ¡Quizá sea porque la serpiente quiso comerse un gusanito y ese gusanito le gustaba a Cosma!». Eso se comentará en la región... Y tendrán razón. Y tú habrás sido injusto. Y un héroe nunca debe ser injusto.

Al día siguiente, al amanecer, nos encontrábamos escondidos tras unos matorrales al borde del camino por donde tenía que pasar la serpiente. El gusanito estaba con nosotros. Cosma la acariciaba con pasión y masticaba el deseo, porque ese gusanillo era un rayo de sol, era una chispa de brasa femenina que prende la pólvora masculina.

—¡Sueño contigo, Cosma, desde mi infancia!

—¡Y yo también te busco, fuego mío, desde que el mundo es mundo!

—¿Y matarás a ese hombre cuando te lo señale?

—Sí, voy a matarlo, sí; porque me arden las orejas y me estallan las sienas... ¡y mientras hagas que me ardan las orejas y me estallen las sienas, mataré, sea culpable o inocente, a quien tú quieras!

—¡Qué valientes eres, Cosma!

—¡Valiente, chiquilla, valiente hasta tus pies!

Y he aquí que pasa un hombre a caballo, avanzando al paso, con un morral en la silla. En chaleco y con la cabeza descubierta, silba alegremente, con la alegría de un hombre atractivo y fuerte. De repente, da un respingo, se detiene, mira alrededor y

saca la pistola: había oído el resuello de nuestros caballos, escondidos en el bosque vecino.

Pero su inquietud duró poco, porque la muchacha cierra los ojos y se cubre la cara con su delantal, mientras Cosma apunta y le dispara a una distancia de dos pasos.

El hombre se derrumba, el caballo huye... Por el camino, dorado por la salida del sol, el animal corre aterrorizado, arrastrando el cuerpo de su amo, cuya pierna está enganchada al estribo, mientras su cabeza, destrozada, va barriendo el suelo.

—¿Estás contenta, chiquilla? —dice Cosme a la diablilla—. ¿Qué más quieres? ¿Quieres que mate a mi hermano? ¿Quieres que mate a mi caballo, que me está esperando pacientemente? Dime qué quieres.

—Te quiero a ti, Cosma...

—¡Me vas a tener por una eternidad! ¡Me tendrás mientras las orejas me ardan y las sienes me estallen!

Un viejo campesino nos trajo los caballos. Cosma le dio cuatro bolsas de monedas de oro.

—¿Esto es todo, Cosma?

—¡Todo por el momento, amigo!

—¿Crees que ya has saldado tu deuda?

—No tengo ninguna deuda: los generosos no deben nada a nadie.

Montamos en los caballos... Cosma cabalgaba por delante, llevando a su eternidad de un día en su caballo. Unos veinte pasos más atrás, iba yo, callado, pensando en la vanidad humana.

Por senderos entre bosques, pedregosos y accidentados —mientras las ramas sacudían grandes gotas de lluvia sobre nuestras cabezas—, y a través de la infinita llanura —donde los animales olfateaban el aire—, descendíamos continuamente hacia la desembocadura del Siret.

Una noche nos detuvimos en la linde de un bosque, terriblemente espeso, que no debíamos atravesar en la oscuridad. A nuestros pies, un inmenso erial en que el Señor había sembrado las más graciosas florecillas para deleite de las agradecidas mariposas. Y mientras descansábamos nuestros fatigados cuerpos, la luna llena se elevó sobre la cúpula celeste, llenó el bosque de secretos, la llanura de grillos y el alma de Cosma de crueldad.

Sí, aquella noche Cosma fue inmisericorde conmigo, cruel como un enemigo, porque me pidió que tocara la flauta para su diablilla cuando sabía bien que yo sólo tocaba para mi Dios y para nuestra libertad.

—¡Si en este momento sonara una flauta, el cielo se abriría y los ángeles del Señor bajarían para cantar sus himnos! —había dicho ella.

Cosma se puso en pie y me mostró su rostro iluminado por la luna: era un rostro

enrojecido y abotargado, como si hubiera soplado mucho tiempo sobre las llamas. Entendí su impetuoso ruego, pero bajé la mirada y callé, aunque me hervía la sangre.

—¡Toca, Ilie!

—¿Para quién voy a tocar?

—¡Toca para la eternidad!

—Es un poco breve tu eternidad, Cosma...

—Breve, Ilie, pero fuerte como el rayo que quema la tierra.

Saqué la flauta de mi cinturón; humedecí sus agujeros, toqué... Y en cuanto las primeras notas estremecieron la oscuridad de la noche, el cielo se abrió y los ángeles cantaron sus himnos, ya que la voz de la diablilla estalló como un tañido de bronce, más conmovedor que el canto del ruiseñor. Mis cabellos se erizaron bajo la gorra de piel, mis dedos tocaban la flauta como demonios; y mi pobre entendimiento pensó que el infierno tenía que ser más divino que el paraíso, y un diablo que canta más piadoso que un ángel que reza.

Soy la princesa de los cuentos
soy la que da, no la que quita,
Dios no es un déspota,
mi alma no conoce el pecado...

Así cantaba la diablilla... y su voz ahogaba el susurro del bosque y el canto de los grillos. Entonces olvidé mi ley, traicioné a mi Señor y toqué con frenesí, hasta que las gotas de un sudor salado llegaron a quemarme los ojos. Después, cuando dejé de tocar y me enjuagué la cara sudorosa, vi que no había ni rastro de Cosma ni de la diablilla, y que estaba solo, rodeado por la noche y en silencio, solo, como lo estamos todos sobre la tierra.

Seguimos nuestro camino bajo una lluvia incesante. Animales y hombres estábamos mojados como ratas de agua. Para proteger su tesoro, Cosma se quedó en mangas de camisa y le puso a ella toda su ropa. Las noches las pasábamos en cuevas. Entonces Cosma era de una diligencia sin límites. Buscaba ramas secas, encendía un buen fuego, preparaba té con hierbas del bosque y miel silvestre, secaba las ropas empapadas y, desnudo hasta la cintura, lustraba las armas y las cargaba con dinamita seca.

Finalmente, llegamos a nuestro destino, la desembocadura del Siret, el maldito lugar donde, un año antes, tuvimos que enfrentarnos a la patrulla por la traición del pontazguero. Ahora había llegado la hora de que el sinvergüenza pagara su chivatazo.

La cuenta fue saldada rápidamente, pero las cosas se complicaron debido a la

trama enmarañada del destino y la desgracia se redobló.

Agazapados los tres en una hondonada cerca del trasbordador, Cosma vigilaba con el arma preparada la aparición del traidor, mientras los caballos pastaban en un bosquecillo cercano. La mujer, cuya estrella apasionada iba a declinar ese mismo día, preguntó:

—¿Qué estamos haciendo aquí, Cosma?

—Lo verás enseguida; tengo que saldar una deuda.

—¿Acostumbras saldar tus deudas?

—A veces sí...

Apareció el pontazguero, con las manos en los bolsillos, andando hacia la derecha, luego hacia la izquierda, después avanzó directo hacia el arcabuz de Cosma para cumplir lo que llevaba escrito en la frente. Pero en el mismo instante en que Cosma le apuntaba, la mujer palideció, lo agarró del brazo y gritó:

—¡No dispares! ¡Es mi hermano!

Rojo de rabia, Cosma la apartó de un culatazo.

—¿Tu hermano? ¡Puede que lo sea! ¡Pero es mi enemigo!

Y abatió al pontazguero, que se dio cuenta demasiado tarde. Su hermana corrió en su auxilio cuando él ya no necesitaba nada más, se arrojó sobre su cuerpo y estalló en sollozos. Al acercarnos, se levantó ante Cosma.

—¡Has matado a mi hermano!

—¡He matado a un espía! ¿Qué creías? ¿Que sólo iba a matar secretarios?

—Él me salvó de las garras del secretario... ¡Me hizo el mayor bien!

—¡Y a mí me hizo el mayor mal, me vendió a la patrulla!

La desgraciada se arrodilló junto al cuerpo exánime de su hermano y se puso a rezar. Fuimos a coger los caballos. Cuando volvimos junto a ella, Cosma le dio una bolsa de ducados de oro y dijo a su eternidad de una semana:

—Cuando acabes de rezar, entierra a tu hermano, y después entiérrate tú misma en un monasterio y sigue allí rezando a Dios, que actuará a tu gusto, sin esfuerzo y sin pena, porque él tiene hermanos como el tuyo y no teme a los espías.

Algo más tarde, cuando nos alejábamos al trote, Cosma me decía con convicción:

—¡Las mujeres están hechas para torcer el destino de los hombres!...

•

Ilie guardó silencio. Su rostro, débilmente iluminado por las llamas mortecinas, manifestaba un asombro infantil.

—Piensa, Irimia, en todas las cosas tortuosas de la vida... —me dijo a modo de conclusión.

Y arrebujiándose en su túnica, se tumbó sobre un montón de cañas.

Me quedé solo en la tienda, que un viento ligero hacía chasquear como olas. No tenía sueño. Mi pensamiento recorría todo lo que había vivido, mientras mi oído se

esforzaba por percibir alguna palabra de la tienda de al lado, pero no oí más que el chasquido de la soledad.

Agitado, salí, di unos cuantos pasos y entonces me pareció que el tiempo se había detenido.

Magia... Paz eterna... el imperio de los juncos y las cañas, de las moras, de los miles de ranas escondidas bajo las hojas de los nenúfares, de avefrías que dormitaban con un ojo abierto; el imperio tranquilo de los mosquitos, al que no molestaba entonces la presencia humana, disfrutaba de la felicidad nocturna de la existencia. Oí un pez chapotear en la superficie del agua. Una grulla chasqueó largamente el pico, mientras un gavilán rasgaba la oscuridad con su potente batir de alas. Y bajo la dulce caricia de una brisa suave, innumerables espigas del majestuoso carrizo se inclinaban a uno y otro lado, dando gracias a Dios en silencio.

Mi entendimiento se ofuscó... Me confundí con el vacío...

Una mano pesada como el plomo se posó en mi hombro y me sobresaltó; Cosma estaba ante mí, un terrible coloso negro. Su abundante cabellera descansaba en desorden sobre los hombros. Los bigotes y la barba, enmarañados, el rostro peludo, al igual que sus espesas cejas, que le cubrían casi toda la cara. No veía más que su carnosa nariz y sus ojos grandes, que me parecían buenos y agradecidos.

—¡Buenas noches, Irimia, joven libre!... Estás velando, velando por la felicidad de Cosma, lo cual está bien; pero ha sonado la hora de tu descanso —me dijo con voz profunda y melodiosa—, ¡Venga, vete! Cosma te reemplaza.

—Te equivocas, Cosma, no velo por tu felicidad sino que vivo con el pantano.

Retrocedió un paso.

—Eso está aún mejor: primero *tú*, y luego *yo*. ¡Está escrito en la ley! Pero dime una cosa: ¿me guardas rencor?

—Sí, un poco.

Cosma bostezó y se desperezó. Bajo el vasto despliegue de sus brazos, la tierra pareció empequeñecer.

—Cuando tienes algo contra alguien querido, lo mejor para librarte de ese pequeño odio y para pasar rápidamente al cariño es darle al momento una paliza, porque el odio que roe lentamente es más dañino que un puñetazo dado con amor. Aquí tienes un pecho tan lleno de felicidad que no podrías destruirlo ni con un martillo: ¡golpea, Irimia!

Le asesté un golpe con todas mis fuerzas. Cosma no se inmutó.

—¡Golpea fuerte!

Golpeé rojo de ira.

—¡Aún más!

Levanté el puño... Pero... aquel rostro alegre, aquel pecho de oso... Y, sobre

todo, aquellos brazos extendidos como alas, listos para abrazarme... ¡No!

Me arrojé a su pecho y escondí mi cara en su pelambarrera, que olía a sudor de hombre. Cosma me abrazó con cariño y me acarició la cabeza.

—¿Qué tienes, Irimia? ¿Qué te he hecho?

—Eres demasiado feliz, Cosma, y tu felicidad me deja demasiado solo.

No respondió inmediatamente. Sentí sus brazos deslizarse a lo largo de su cuerpo mientras escuchaba su corazón latir como un martillo. Después, se sentó a la turca y me invitó a sentarme junto a él, encendió la pipa y me dijo más o menos lo que sigue:

—La felicidad de Cosma, jovencito, sólo puede dejar a los demás solos y abandonados. Es como la tormenta que despedaza los árboles cargados de brotes, destroza las flores llenas de gracia, atasca el apacible discurrir del arroyo contento con su lecho asustado por el murmullo; mata a los animales... lo traga todo... Todo lo que está vivo. Luego se va para romperse el cuello en algún sitio, dejándose atrapar entre rocas o hundiéndose en el vientre de la tierra lleno de agua y de cielos infinitos. Pero, al mismo tiempo, su valentía es generosa, ya que tras su paso la vida renace con más fuerza. Yo soy como ella. Quizá algo más injusto, algo más indigno. Debes saber que sólo los sentimientos mediocres pueden ser compartidos y vividos en común. Desde el momento en que el hombre es feliz, se queda solo; y solo se queda también cuando es demasiado desgraciado. Es así: a una fosa pequeña cualquiera puede saltar contigo, pero nadie te sigue al abismo. La felicidad total es también una especie de abismo. ¿No estabas tú antes tan absorbido por tu sueño que has olvidado el peligro y te has dejado atrapar por mí sin darte cuenta? ¿Cuál de nuestros compañeros de libertad te habría seguido hasta allí? ¿Quién me siguió a mí hasta la ratonera del arconte Samurakis cuando, el otro día, quise salvarte al instante? ¡Ilie! ¡Ilie me siguió! Pero Ilie es mi ángel de la guarda, al que no escucho nunca. Él me sigue siempre, incluso en contra de sí mismo. Eso debe de ser porque nuestro padre, el cabrón, se propuso, cuando nos concibió, no fecundar en el harén más que el germen de la locura, de todas las locuras posibles, y así me tuvo a mí, a Cosma, o la locura amorosa; a Ilie, o la locura prudente; a nuestra hermana, Kyra, o la locura coqueta y, finalmente, a nuestro hermano menor, que era la locura pura y se ahorcó, quizá por no saber qué hacer con su vida. Pero tal vez me equivoque, porque al pobre chico le gustaba tanto el bizcocho de nueces que gritaba de alegría cada vez que lo veía salir del horno, y quizá se ahorcara con la boca llena de bizcocho. Hay que saber morir por tu locura. Pero no debes mezclarte nunca en la de otro.

Dicho esto, Cosma lanzó una mirada de loco a su tienda; la luna llena de medianoche se había alzado como tres lanzas sobre el horizonte y presentaba su disco de brasas apagadas a Floricica, que estaba en pie ante la puerta de la tienda, con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada impávida. Sobre los hombros, envueltos en un chal de seda blanca, su cabello suelto se derramaba como olas de alquitrán.

Ante esta bella aparición, Cosma se arrodilló con la frente en el suelo, con las

manos extendidas como un musulmán cuando reza y permaneció así largo rato. Después se levantó, abrumado, y tendió al cielo sus brazos desnudos y musculosos, que podrían pasar por muslos. Entonces Floricica me pareció menos imponente, e Ilie, que acababa de salir de su tienda bostezando, un pobre hombre con una pobre túnica.

Lo contemplábamos los tres, y creo que todos pensábamos lo mismo, es decir, que Cosma habría podido aplastarnos con sólo dejarse caer sobre nosotros; pero no le teníamos miedo.

Fue a coger a Floricica por la cintura. Ella se dejó llevar como una pluma. Sus borceguíes apenas rozaban la suave alfombra de mimbres y juntos dieron unos pasos siguiendo el mismo ritmo. Sin embargo, al ver a la frágil castellana junto al salvaje contrabandista, habrías dicho: una diosa seducida por un ogro.

En aquel momento, volviendo su cara hacia la luna y llevándose las manos al pecho, Cosma bramó su felicidad; con una voz como de campana que hizo que los caballos aguzaran las orejas, dijo:

—¿Por qué quiere romper sus ataduras este corazón? ¿Por qué le parece estrecho su armazón? ¿Por qué lo ahoga la sangre? —Tomando la mano de su amada le manifestó su temor—: ¡Floricica! ¡Tú eres el abismo que traga el deseo del hombre! ¿Conoces, al menos, lo que es la constancia? Vamos a partir ahora mismo, a la luz de la luna, y mañana al amanecer estaremos en nuestro campamento. ¡Treinta valientes nos esperan allí impacientes! Todos son hombres al margen de la ley que no temen la muerte. Como ley, sólo reconocen una: ¡hacer realidad sus deseos es el objetivo principal de su vida! Plantan cara a cualquier ley que se oponga a este fin con el precio de su propia vida. Es por eso por lo que los llamo héroes. Lo son aún más a los ojos de las mujeres, con sus miradas fascinantes, de toro bravo, con sus bigotes retorcidos que imponen desde lejos, con sus barbas onduladas que acarician las plumas, con sus pantalones ceñidos a la cadera y esa maldita bolsa de semilla inquieta.

Y Cosma pidió lo imposible:

Floricica, flor pequeña,
todo bandido te recoge...

—¡... pero tú no te dejes coger! Yo no soy el señor de esos hombres, soy su Dios; ¡pero ante una mujer ningún Dios puede permanecer en pie! Y yo quiero seguir siendo Cosma, quiero morir siendo Cosma. ¡Júrame, Floricica, júrame fidelidad!

Floricica estalló en una risotada victoriosa, parecida al tintineo de las campanillas de los trineos en invierno; a esa risa, la luna respondió mostrando su figura con un velo de plata que alegró la ciénaga.

Cosma, Cosma, con brazo de hierro,

tú, que luchas por nuevas fronteras...

—... ¿tú pides al trueno que retumbe en un balde? ¿Tú pides al roble que crezca debajo de la cama? ¿A la tierra que se enfrente al arado que la destripa? ¿Que rechace la semilla que la hace fructificar? ¡Ja, ja, ja!

Alargando sus brazos envueltos en largas mangas, como un cisne que levantara el vuelo, Floricica corrió hacia la tienda y desapareció dentro, mientras que Cosma, pálido, con pasos lentos, se dirigió a Ilie y le preguntó en voz baja:

—¿Qué dices tú, Ilie, de la respuesta que me ha dado esta mujer?

—Yo digo que la mujer tiene razón; que su respuesta es justa y merecida —respondió Ilie con expresión de asombro.

—¡Vete al infierno con tu razón y tu justicia! ¡No es eso lo que quiero saber!

—Entonces, ¿qué es? —repuso Ilie tranquilo.

Cosma se inclinó sobre su oído, controlando la ira a duras penas.

—¿No crees tú, Ilie, que esta mujer es la pastorcilla del bosque de pinos de hace diecisiete años?

—Podría ser, Cosma... Quizá sea ella... Pero no estoy seguro... Y además, ¿qué más da? Si es la pastorcilla del bosque de pinos, recuerda tu orgullo de aquella noche. Y si la encuentras aún mejor hoy en día, diecisiete años más tarde, eso significa que la mujer es como el caballo: cuanto más corre, mejor se vuelve.

Cosma se quedó pensativo, con la pipa olvidada en la comisura de la boca.

Y cuando la luna estuvo sobre nuestras cabezas, abandonamos este último refugio y nos abrimos camino por la espesura de cañas y juncos, con sus ramas pegajosas que nos llenaban de babas.

Nadie hablaba.

•

¡Nadie hablaba, por todos los demonios!... ¡Y habría sido muy necesario! ¿Qué? ¿Que habláramos? ¡No! ¡Que gritáramos, que golpeáramos, que nos moliéramos a palos, que nos despedazáramos! Habría sido necesario un terremoto que abriera unas grietas horribles; o un granizo como huevos de pintada que nos llenara la cabeza de chichones; o una batalla desigual con la patrulla, que nos hubiera hecho huir llenos de heridas; o unos rayos; o una peste o cualquier otra calamidad que impidiera aquel silencio, durante el cual la mente de Cosma se puso a incubar su pérdida.

Yo no imaginaba nada, por supuesto. Ilie quizá supiera algo, al igual que Floricica. Pero todos nos enteramos muy bien en cuanto la oscuridad cedió y el amanecer lanzó su lienzo blanco sobre nuestros rostros y sobre la tierra.

Estábamos atravesando entonces una llanura solitaria y avanzábamos en fila, al paso de los caballos, siguiendo un camino tortuoso. Floricica, acurrucada en los

brazos de Cosma, que la llevaba en su caballo, dormitaba tiritando por el frescor de la mañana y acunada por el caballo; pero Cosma, con la mirada perdida, con la cara grasienta y como si no se diera cuenta de nada, espiaba a su tesoro con ojo feroz. Ese ojo de fiera sanguinaria se detenía unas veces sobre su tranquilo rostro de doncella, adornado con una hermosa naricilla de mujer descarada, y otras veces sobre su gracioso vientre, envuelto en ropas de seda y ondeante por el balanceo.

Y he ahí que, sin decir nada, Cosma detiene el caballo y suelta su preciosa carga: Floricica se deja caer como una almohada sobre las rodillas de su amado. Sus ojos sonríen. Sus cabellos se derraman hacia el suelo. Los hombros, los senos y las caderas tienen un hechizo diabólico.

Cosma contempla esa fortuna y grita:

—¿Cómo? ¿Es ésta una tierra que se ha dejado arar por todos los arados y fecundar por todas las semillas? ¿Y yo, Cosma, que la creía toda para mí solo, yo tengo que oír todo esto sin ir, al instante, a cortar las manos que han ensuciado mi bien?

Floricica cruzó las manos bajo la cabeza y dijo, con un desprecio indulgente:

—Sí, Cosma... Tú tienes que oír todo esto y aún algo más: nadie da un real por la tierra estéril, ni siquiera tú.

Y con una contorsión de su cuerpo de serpiente, saltó al suelo. La seguimos Ilie y yo.

Cosma no se movió, pero se le subió la sangre a la cabeza; la respuesta de Floricica le había dado de lleno. No podía soportar algo así sin un estallido de cólera; y como los hombros de la mujer eran demasiado débiles para poder cargar con él, se volvió contra sí mismo. Antes de que pudiéramos darnos cuenta de qué se trataba, se deslizó debajo del animal, se tendió boca arriba bajo el vientre del caballo y, cogiendo una pezuña delantera, la puso sobre su pecho; en ese mismo momento dio una patada en la barriga de la bestia que, poco acostumbrada a semejante trato, relinchó y saltó sobre el cuerpo de su amo.

Horrorizados, corrimos los tres en su ayuda. Cosma estaba blanco como la cera y sangraba por la boca y la nariz. Pero su aspecto era bueno, tranquilo. Quiso responder algo a los gritos de Floricica, mas una oleada de sangre se lo impidió; cerró lentamente los ojos y se desmayó.

Lo creímos muerto y lo llevamos hasta un prado, donde vimos que respiraba. Floricica le limpió la cara ensangrentada y lo reanimó, después apoyó la cabeza de Cosma en sus rodillas, le apartó el pelo pegado a la cara, lo besó con delicadeza y le dijo:

—Querido mío... Querido amigo... ¡Sé bueno! ¡No seas injusto! Y no pidas a la vida lo que ésta no puede darnos.

—Me río yo de lo justo... y de lo injusto... —murmuró él con voz rechinante— y de lo que la vida da... y de lo que no da. Mi pecho es toda mi vida. ¡Lo que él quiera, lo quiero yo aunque me cueste la vida! Y ahora quiero cortar las manos que

ensuciaron mi bien... ¡Y voy a cortarlas!

Con estas últimas palabras, su cara pálida recobró el color. Enrojeció como el cobre bruñido bajo el chorro de rayos rojizos que el sol, al salir por el horizonte, lanzó de lleno sobre su rostro. Cosma abrió los ojos de par en par al cuarto de disco fosforescente que se alzaba rápidamente junto ante él, en el infinito. Entonces, con el esfuerzo de un hombre gravemente herido, hinchó el pecho y lanzó al sol un gran escupitajo de sangre, pronunciando con rabia las siguientes palabras:

—¡Toma!... Para el que te hizo a ti... y a mí... y esta tierra... y...

Se interrumpió con la boca cerrada, como si hubiera oído algo, pero una explosión de sangre le volvió a llenar el pecho. De nuevo se dejó caer sobre las rodillas de la mujer con los ojos abiertos, unos ojos que rugían todo su odio contra la vida. Nadie se atrevió a ir en su ayuda.

Ilie me cogió del brazo y me llevó por el erial...

•

—¿Me alejas para que no lo vea morir? —pregunté a Ilie un poco más allá.

Él seguía con la mirada a una bandada de cuervos.

—No creo que muera por el daño que se ha causado ahora; Cosma es un hombre con siete vidas. Pero creo que morirá, mañana, dentro de una semana o dentro de un mes, porque tiene una duela de más en su cabeza, y ésta lo va a destruir... Es una enfermedad que no perdona. Te diré lo que es. En el corazón de cada hombre duerme un gusano que empieza a roer con violencia en cuanto se despierta. En el hombre débil, este gusano no se despierta nunca o casi nunca, y cuando lo hace es tan sólo para bostezar y quedarse dormido de nuevo; éste es el hombre que tropieza diez veces con la misma piedra, se enfada, jura, pero no mueve la piedra de su sitio; o cuando la puerta chirría, se contenta con decir «¡Maldita puerta!», pero no la engrasa para que deje de chirriar. Es el hombre que Dios hizo, no sé por qué, el último día de la semana, cuando su mente estaba agotada por todas las maravillas creadas hasta entonces. Pero el diablo, que no había hecho otra cosa que zanganear y molestar al Creador durante toda la semana, se sirvió del domingo para poner en la cabeza del hombre su duela, una duela diabólica, la que hace que un hombre se vuelva loco cuando algo no es de su agrado. Por supuesto, en la noche que había transcurrido, el hombre normal había tenido tiempo de poblar la tierra de tontos, de ahí que se vean tan pocos hombres que se hagan mala sangre. Sin embargo, los hombres con esa duela de más resultaron ser lo suficientemente numerosos para trastornar la tierra y perturbar la paz divina, hasta tal punto que un día vino San Pedro a quejarse al Creador: «Señor», dijo, «mi pastor no es como el tuyo, tranquilo, prudente, obediente, buen chico; si se pierde una oveja, él va en su busca con todos los perros y deja el rebaño a merced de los lobos; si el queso está un poco rancio, me lo tira a la nariz; y si una pulga le pica por la noche, pone la casa patas arriba y no me deja

dormir. ¡Señor, estoy muy irritado!». El Creador cogió su báculo y salió al momento con su consejero. Cuando llegaron a los pastos, el pastor del Altísimo dormía con la boca abierta. Se despertó e hizo una reverencia. El Señor le dio su bendición. El pastor de San Pedro estaba en un montículo y tocaba la flauta con tanta pasión que el mismo Dios tuvo que escucharle antes de darle un golpe en el hombro: «Dime, amigo, ¿por qué abandonas el rebaño y corres tras una oveja descarriada?». «¡Porque se pierde siempre una de las que yo más quiero!», respondió el pastor sin hacer ninguna reverencia, lo cual disgustó al Señor. «Escucha, chico, tú estás aquí para servir. ¡Amar u odiar no es asunto de un servidor!» El otro se enfadó: «¿Cómo es eso? ¿Acaso no soy un hombre antes que cualquier otra cosa?». Al verlo tan descarado, el Señor lo hizo caer en un pesado sueño, miró en su cabeza y gritó: «Ya sospechaba yo que el diablo había metido su cola aquí también: ¡esta cabeza tiene una duela de más!». Y se la sacó. El pastor se despertó tranquilo, prudente, obediente, buen chico. Pidió perdón a los visitantes por haberlo encontrado dormido e hizo una reverencia, ya no pensó en la flauta y no tuvo más amor ni más odio que el que le corresponde a un servidor. La duela de Cosma es toda su vida. Aunque yo fuera Dios, no podría quitársela. Pero él va a morir... Su gusano, despertado por esta mujer, acabará por matarlo. Y si sólo hubiera que cortar las dos manos de los boyardos que manosearon su bien, contento le ayudaría para salvarlo de su perdición.

Ilie guardó para sí lo que pensó a continuación.

Yo no sabía qué pensar... Sabía tan sólo que Cosma estaba muy enfermo y que iba a morir. Me sentía terriblemente apenado.

•

Nos encontrábamos por las tierras que se extienden entre Cernavoda y Calarasi, apenas a cinco kilómetros del bosque donde estaban acampados nuestros valientes compañeros. Esperaban con impaciencia a sus jefes, que habían partido para salvarme de la esclavitud. Ellos no sabían si estábamos vivos o muertos; y si no hubiera sido por la inesperada cólera de Cosma, que nos retuvo en aquella llanura abierta, deberíamos haber llegado mucho antes al campamento de nuestros amigos.

¿Qué iba a ser de nosotros ahora? La región era peligrosa. No lejos de allí pasaba un camino principal transitado por gentes de todo tipo, ya que el trasbordador de Cernavoda quedaba cerca.

La angustia me ahogaba... Miré a Ilie: estaba pensando. Su frente, habitualmente tranquila, estaba fruncida. Sus pasos, medidos a propósito, parecían pensar también. Todo pensaba. Su túnica larga hasta los tobillos le daba la gravedad de un monje devoto. Y en el vacío mudo, ni un pájaro... La meseta silenciosa como una tumba... Apenas unos pocos cardos que balanceaban tristemente su cabeza y, de vez en cuando, algún cerrillo arenoso que vigilaba la llanura desde que el mundo es mundo, dulcificaban un poco la sequedad de ese desierto.

Ilie dirigió su paseo sombrío hacia una de esas lomas, y subimos. Allí, con los ojos fijos en Cosma y Floricica, que apenas se vislumbraban en el lugar donde los habíamos dejado, sacó el arcabuz de debajo de su túnica y dijo:

—Vamos a comprobar ahora mismo lo enfermo que está Cosma.

Y disparó al momento. Cosma se puso inmediatamente en pie mirando hacia donde estábamos con las dos manos levantadas hacia el cielo, lo cual significaba: «¿Algún peligro?».

Ilie cogió el fusil por el cañón y trazó unos círculos por encima de su cabeza en señal de «¡Todo tranquilo!».

—¡Ajá! ¡Buena cosa si las piernas lo sostienen! —dijo luego, más relajado.

Descendimos. Él me señaló por el suelo excrementos secos de oveja.

—Tiene que haber rebaños por aquí cerca.

En efecto, junto al bosque del Danubio, no lejos de la colina donde nos encontrábamos, una extensa pradera, sembrada de sauces, alimentaba a innumerables ovejas. Cuando nos acercamos, unos perros furiosos vinieron a atacarnos. Con un solo grito, el pastor los hizo volver, obedientes, a sus pies. El hombre tenía la estatura de un enano. Moreno, peludo, con la gorra hasta las cejas, con la *sarica*^[46] hasta el suelo, nos esperaba de pie con la barbilla apoyada sobre el bastón. No sabíamos si estaba armado o no, pero la firmeza de aquel rostro esculpido por el conocimiento de la vida, la tranquilidad de su aspecto y, sobre todo, aquel pequeño ojo negro que nos taladraba desde lejos, imponían a cualquiera que respetara la dignidad humana.

Cuando estábamos a diez pasos de él, Ilie se detuvo.

—Buen día, pastor; por nuestra parte, somos hombres de bien.

—Sed bienvenidos, viajeros, y que sea vuestro pensamiento como vuestras palabras.

—Nuestro pensamiento es, en primer lugar, éste: ¿eres dueño o criado de tu rebaño?

—Soy dueño de mi voluntad. El rebaño me permite vivir libre.

—Si es así, dinos cuántos reales quieres por un cordero que sirva para saciar el hambre de cuatro personas sanas.

—Los reales, amigos míos, no hacen la honestidad. Elegid. Ya que es sólo para calmar el hambre, coged aquel que tiene la lana más fea. Y comedlo a vuestra salud pensando en mí.

El sol ya había recorrido mucho más de un cuarto de su trayectoria por la bóveda celeste cuando, con el cordero bajo el brazo, volvimos a donde se encontraban Cosma y Floricica. Habían montado una tienda y estaban tumbados a la sombra, silenciosos. Los caballos, liberados de nuestros bultos, pastaban por los alrededores. Un montón de moscas verdes se había posado sobre las gotas de sangre de Cosma. Ilie las cubrió con tierra; después, sin decir una palabra, se alejó hasta unos matorrales y volvió más tarde con el cordero asado, lleno de brasas y ceniza.

No nos quedaba pan. Apenas media cantimplora de vino. Ilie extendió una tela

sobre la hierba y troceó el cordero. Floricica tomó asiento con las piernas cruzadas, visiblemente hambrienta. También Cosma se acercó, pero sin ganas ni hambre, con la cabeza en otra parte: no estaba entre nosotros. Ilie lo trajo.

Descubriéndose, con su rostro alargado lleno de fe apostólica, dijo:

—Sometámonos, queridos, a las leyes que no están hechas por la mano del hombre...

—¡Yo no me someto! —replicó Cosma con dureza.

—... y aceptémoslas como inmutables...

—¡Yo no acepto nada!

Ilie se quedó perplejo. Movidado por la piedad, no quiso enfadar más a Cosma y empezó a comer. Pero nosotros habíamos terminado ya el almuerzo mientras que Cosma no se había llevado más de tres trozos a la boca y no había bebido ni tres tragos de vino. Él fue el primero en preocuparse por ello:

—Hermano Ilie, he entrado en el año de mi muerte... Desde que llegué a este mundo, nunca pudo el odio quitarme las ganas de comer... Hermano, ¿tú qué dices?

Ilie lo miró fijamente a los ojos.

—Pues sí, Cosma, creo que vas a morir...

Cosma, por su parte, quedó sorprendido, pero se animó de repente.

—¿No es verdad, Ilie, que voy a morir? ¡Y es Floricica quien va a matarme!...

—¡No digas eso, Cosma! Yo te quiero... Te he querido siempre...

Cosma la imitó:

—Me has querido siempre... ¡Y vienes a mí culpable!

—¿Y qué hiciste, Cosma, con las que vinieron a ti inocentes?

—Las olvidé al día siguiente, pero esto no es asunto mío, es un asunto de Dios: Él tiene que explicar las injusticias del hombre desde el momento en que le dio una alforja que revienta de deseos y la sed de abreviar siempre en fuentes de agua pura.

—¡Es verdad lo que dices, Cosma!... —exclamó Ilie abriendo mucho los ojos—. Si Dios fuera justo, se encontraría en apuros con este asunto. ¡Yo te acepto con tu locura y todo! Y si una venganza, aunque no sea digna de nosotros, sirve para salvarte de la muerte, estoy dispuesto a ayudarte. Dime a quién odias.

—¡A Dios! ¡A la tierra toda...!

—No podemos pelearnos con Dios y con toda la tierra; pero si ese mal te viene de Floricica, ella no tiene ninguna culpa.

—¡Yo no he hecho ningún mal a Cosma! —se lamentó ella—. ¡A otros sí, como al arconte Samurakis, al que quemamos!

—¡Es lo que se merecía! —rechinó Cosma.

—... o al pachá de Silistra...

—¿Al pachá de Silistra?... ¿Has sido mancillada por ese perro? ¿Y yo estoy aquí comiendo cordero en lugar de ir a comerme sus orejas?

Con estas palabras, Cosma se levantó de un salto y entonces sucedió algo que fue, ante mis ojos, como una explosión de luz.

Estábamos todos de pie. Cosma, pálido, puso una mano sobre mi hombro y me dijo:

—¡Irimia, me encuentro mal!... Me siento humillado... Siento el dolor del que ha perdido en el juego cuanto tenía y se convierte en un vagabundo. ¿Eres generoso? ¿Quieres, como Ilie, ayudarme a hacer una bajeza? Es una bajeza, querido, pero quizá me alivie. ¡Quiero echar plomo fundido en la garganta del pachá de Silistra! ¡Ayúdame! Eres mi hijo, me debes la vida y la libertad.

Entonces Floricica saltó entre nosotros como una tigresa y nos separó.

—¡Mentira! —gritó fuera de sí—. ¡Mentira! No es a ti sino a mí a quien debe la vida y la libertad. Él es el fruto de la ilusión y tiene que sacrificar su vida por un sueño: ¡yo soy su madre!

Como si hubiéramos sido empujados por la misma mano, los tres dimos un paso atrás, mientras ella se mantenía firme como un juez...

Pasándose la mano por la cara, Cosma le preguntó con ímpetu:

—¿Quién eres tú, mujer enigmática? ¿No eres acaso aquella pastorcilla del bosque de pinos?... ¿O eres quizá la que apareció con un niño en brazos, lo puso a un lado del camino y salió huyendo?

Floricica cruzó las manos sobre el pecho y respondió con una voz ahogada por las lágrimas que me rompió el corazón y me hizo recordar su aparición nocturna, en mi triste cabaña en casa del arconte.

—¡Soy aquella que deseó toda la felicidad, que quiso soñar con los ojos abiertos al sol y que se quemó los ojos! Tú, Cosma, fuiste mi sol por un instante en una noche de ensueño, tú me enseñaste a ver la vida con claridad. Desde entonces he subido mi calvario, he descubierto muchas cosas y vengo a ti más pura que nunca: ya no quiero toda la felicidad para mí sola. Pero tú, Cosma, tú has ido por otro camino, tú no conoces la piedad. La injusticia te subleva sólo si te afecta a ti, y para cumplir uno de tus deseos, arrasarías la tierra... A pesar de todo, voy a demostrarte cuánto te quiero: esperas que una venganza rastrera alivie tu corazón de la envidia que lo corroe y quieres manchar con una sangre vergonzosa tus manos destinadas a romper cadenas, quieres incluso hacer de Irimia un sanguinario miserable, cuando su joven corazón no debe conocer más que el tumulto de la rebelión justa. Bien, estoy dispuesta a guiarnos yo misma hasta el pachá de Silistra, pero antes quiero que me obedezcas: ¡júrame obediencia!

—¿Obediencia? —gritó Cosma y, bajando la cabeza—, Sí, Floricica, voy a obedecerte, yo, que no he obedecido hasta hoy más que a mi voluntad, pero esto demuestra aún mejor que he entrado en el año de mi muerte. ¡Cosma ya no es Cosma desde el momento en que obedece!

•

La mujer debe de guardar bajo sus faldas algo del misterio que presidió la creación del mundo.

Esta idea se me pasó por la cabeza al contemplar a Floricica cabalgando junto a Cosma seguidos por Ilie y por mí. Ella cabalgaba a horcajadas. Su larga falda no le molestaba en absoluto en una silla de hombre, y sus piernas, con medias de seda, se dejaban ver hasta las rodillas, unas piernas que habrían podido volver loco a un eremita asqueado de la vida. Su cuerpo, erguido y libre en su blusón sin mangas, se balanceaba con gracia al paso del caballo, mientras su cabeza giraba sin cesar, oteando el horizonte con la mirada.

Y entonces, sabiendo que le habíamos prometido obediencia, me pregunté dónde moraba aquella voluntad que se nos imponía: ¿en aquella cabecita frágil o en aquellas faldas misteriosas que cubrían la grupa de su corcel?

A su lado, Cosma, despojado de su autoridad, me parecía un hombre torpe. Ilie... Él no había perdido nada y no había ganado nada. ¡Pero era extraño ver a aquella mujer que había obtenido a la vez la voluntad de Cosma y la razón de Ilie!

¡Y ella decía que era mi madre y que Cosma era mi padre! Y ambos tenían que ir ahora a solucionar un embrollo que yo no entendía, ¡a pedir cuentas al pachá de Silistra por haber amado a Floricica antes que Cosma, o después de Cosma, a mí me daba igual! ¿Qué culpa tenía ese pachá? ¿Y por qué tenía Cosma razón? ¿Y por qué dejábamos en la estacada a nuestros compañeros, que nos esperaban angustiados?

¡Cuántas cosas confusas!

Sin embargo, estaba más tranquilo desde que sabía a Cosma obediente, porque había empezado a darme miedo. También Ilie parecía contento. Nuestra expedición no debía de ser, por tanto, demasiado violenta, y me alegraba al pensar que iba a conocer a un verdadero pachá, después de habérmelas visto con un arconte.

Para ir a Silistra teníamos que cruzar el Danubio en traspasador. Floricica se dirigió directamente hacia el camino principal en lugar de ir por secundarios. Y como Cosma le señalara que el camino principal podría resultar peligroso, nuestro comandante con faldas respondió bromeando:

—Sí, sería prudente que siguiéramos por caminos más protegidos, pero por este sendero a cielo abierto, donde se podría ver a una legua cómo un ratón se cepilla los bigotes, haríamos creer a la patrullas que somos culpables. Mejor que vayamos por el camino de los que se creen sin tacha y que confiemos en el gramo de suerte que a veces hace milagros. ¿Conocéis la historia?

—No la conocemos.

—Se nota —dijo ella— que no habéis ido a la escuela. Veréis: Dos hombres caminaban una vez por entre unos sembrados. Uno tenía un «carro de inteligencia», el otro, «un gramo de suerte». Al sorprenderles la noche entre dos pueblos, decidieron dormir al raso allí mismo. Sin pensárselo mucho, el que tenía el gramo de suerte se cubrió la cabeza con la túnica y se tumbó en medio del camino. El que tenía

un carro de inteligencia se dijo: «Quizá pase un carro y me atropelle». Y se tumbó en la hierba junto al camino. Tarde, avanzada la noche, pasó un faetón. Al llegar ante los dos bultos negros que estaban en medio del camino, los caballos se asustaron, saltaron hacia un lado y pisaron al que dormía junto al sendero: «Mejor que un carro de inteligencia, un gramo de suerte», dice el refrán rumano. Nosotros también tenemos que confiar en esa suerte para llegar al trasbordador. Y si ella no quiere ayudarnos, entonces, como siempre, nos queda el plomo de nuestros arcabuces y las patas de nuestras monturas.

Afortunadamente para nosotros, no tuvimos necesidad ni de uno ni de otras, ya que no nos sucedió nada, pero me enfadé por esa imprudencia que podría habernos arrojado a las garras del enemigo en un terreno tan poco favorable. Y, ¡Dios mío!, ¿para qué toda aquella historia? Todos queríamos a Cosma. ¿Qué mosca le había picado con ese pachá?

Pregunté a Ilie, que me respondió:

—Cosma ha entrado en el año de su muerte. Quiere pedirle al sol que vaya hacia atrás y que deshaga lo que ha hecho. Y eso es imposible. Él va a morir. Pero nosotros tenemos la obligación de apoyarle hasta el final, arriesgando nuestra vida aunque sea por una locura, porque debes saber, Irimia, que la locura ocupa en la vida un lugar más importante que la inteligencia.

No me quedé nada satisfecho con la respuesta de Ilie y ya no me alegraba la idea de ver a un auténtico pachá desde el momento en que podíamos encontrarnos con las patrullas. Acababa de escapar de la esclavitud y quizá me esperaba de nuevo en la otra orilla del Danubio; tal vez me esperara incluso la muerte.

Me quedé enfurruñado. Cosma se dio cuenta, adivinó el motivo y fue bueno, generoso y valiente. Se detuvo, se acercó a mí y me dijo con una serenidad que me heló la sangre:

—No hace más de una noche te expliqué cómo en las grandes alegrías y en las grandes desgracias nos quedamos solos, nadie nos sigue. Ya ves que tenía razón: aquí estoy, herido por un terrible mal, y estoy solo. Bien, amigos, no obligo a nadie a seguirme en mi locura. Id al campamento; Ilie conoce el camino... Yo... me iré solo a donde me empuja la desgracia, solo con mi caballo, con mis dos arcabuces, con las cuatro pistolas, con mi cimitarra, con mi camisa y mi destino...

Lo interrumpí, salté a su cuello y lo besé. Él permaneció frío, indiferente a nuestras promesas de no dejarle solo. Pero no nos abandonó. Y seguimos el camino.

De repente, al acercarnos al borde de la colina, apareció el Danubio con sus extensos pantanos, abajo del todo, muy lejos, grisáceo, frondoso, solitario y buen amigo del hombre libre.

Al verlo, Cosma se puso de pie sobre sus estribos y empezó a cantar con su voz masculina y melodiosa, pero rota de sufrimiento, este canto de los bandoleros:

Hoja verde de roble:

¡acerca la barca
para que pase a donde el rico
que está podrido de dinero!
¡Él está solo como el cuco,
Neica es joven y bandolero!
¡Acerca la barca un poco más
o te disparo a los riñones!

Apenas había terminado el verso cuando una calesa surgió de la sombra de un valle y empezó a subir la cuesta que nosotros estábamos bajando. En un primer momento nos alarmamos, pero enseguida vimos que el carruaje estaba conducido por un hombre solo, un boyardo autóctono, vestido según la moda de los países del sol poniente: sombrero alto, cuello duro con corbata, pantalones, levita y botas. Tenía el bigote afeitado y llevaba patillas.

—No os preocupéis, lo conozco, es un amigo...

—¿Qué? ¿Amigo tuyo este espantajo? —dijo Cosma, sobresaltado

El boyardo se acercó, se quitó el sombrero desde la distancia y saludó a Floricica en un rumano refinado:

—¡Presento mi más respetuoso homenaje a la noble Floricica!

Y como ella le tendiera la mano, el hombrecillo se la besó, lo que hizo que Cosma clavara con tanta fuerza los estribos en las costillas del caballo que éste se alzó sobre las dos patas traseras.

—¿Hace mucho que ha vuelto de Estambul? ¡La hemos echado de menos!

—¿Sí? —dijo ella con coquetería—. ¿Y por qué? ¿Echa de menos a las mujeres?

—¡A las mujeres no, por supuesto, sino a las damas del *ighemonikon*^[47]! —
Luego, echándonos un vistazo displicente, preguntó—: ¿Qué es esta compañía?

—Son unos guardabosques que acabo de contratar.

—¡Mmm! ¡Parecen bandidos!

—¡Qué va! Los guardabosques y los bandidos son barbudos, llevan armas y no se lavan demasiado.

—Hablando de bandidos, ¿ha oído hablar de las hazañas de Cosma? Es terrible, pero los nuestros también son malos y saquean como locos.

Dicho esto, besó de nuevo la mano de Floricica, hizo una reverencia hasta el suelo y partió al paso de su caballo.

Cosma no se movió de su sitio. Entonces vimos que durante esa corta conversación se había roído una parte del bigote. Y no sabíamos qué le pasaba: estaba tranquilo y miraba con el rabillo del ojo al boyardo, que se iba alejando; pero lo supimos al instante, porque en cuanto el señor se encontraba a unos cincuenta pasos,

le apuntó con su arcabuz y le disparó por detrás en un abrir y cerrar de ojos. El hombre cayó del pescante; la calesa salió corriendo por los campos.

Y Cosma concluyó:

—Puerco, esto te enseñará a no besar la mano de las mujeres que encuentres en compañía de hombres que se «lavan poco...». —Luego se dirigió a Floricica—: ¿Te acostaste también con esa momia? ¡Ay de mí si tuviera que ir a Estambul para buscarlos a todos y matarlos! —Se volvió hacia mí—: Irimia, ve a ver y si respira remátalo con la pistola.

Fui corriendo y volví: estaba muerto, con la cabeza destrozada.

—Ya no te respeto, Cosma, aunque siga queriéndote: me has prometido obediencia y... —dijo Floricica.

—Y se me ha olvidado por falta de costumbre...

—Bueno, has matado a uno de los mejores hombres que conozco y que no tenía más que un defecto: el de haber nacido rico y el de creer, como todos los ricos de su tiempo, que fue el propio Dios quien hizo a los hombres desiguales. Pero a diferencia de otros, él acabó con la esclavitud en sus tierras y construyó hospitales.

Cosma la interrumpió irritado:

—¡Sí, le arrancó al hombre la piel y le devolvió una camisa!... ¡Y además... a mí me da igual!... —Después de un largo silencio añadió—: Ya no vamos a donde el pachá de Silistra, quería matarlo al creerlo tu único amante. Pero los has tenido a montones... hasta en Estambul. ¿Entonces? ¡Coge al ciego y sácale los ojos! No. Prefiero volver al campamento. Allí ya veré... es decir, no tengo nada que ver, sino que me dejaré llevar por el nudo que me ahoga.

Llegamos al bosque con la caída de la tarde y al momento me olvidé de Cosma y de su nudo y de mi rencor, para lanzarme como un loco en brazos de una naturaleza que el hombre no había profanado aún. Algunos sauces eran tan gruesos como barricas y en sus troncos vacíos podrían haberse escondido dos hombres de pie. Innumerables arroyos y riachuelos, venas generosas del generoso Danubio, tejían una tela de araña que humedecía sin cesar cientos de hectáreas de una tierra fértil pero pantanosa que nadie quería y que hacía las delicias de las plantas acuáticas y las algas. Los peces, los pájaros silvestres, los insectos, disfrutaban de la vida junto al lobo y el zorro, vivían en paz y se respetaban más que nosotros, los hombres.

¡Sólo el hombre, el más feroz de los animales sobre la tierra, siembra la muerte, la pobreza y la esclavitud allí donde, con poco esfuerzo y con menos crímenes, nos esperarían tantas alegrías!

Nuestros compañeros me parecieron algo más viejos de como los había dejado, pero ellos me encontraron fuerte y guapo.

En medio de un islote perdido, a unas seis horas de distancia de la casa más cercana, habían fundado una pequeña aldea. Como los centinelas les habían avisado de nuestra llegada, nos recibieron con tres salvas de diez arcabuces cada una y con gritos de: «¡Viva nuestro valiente comandante Cosma y su hermosa compañera! ¡Viva

el sabio Ilie y el valiente Irimia, al que creíamos muerto!».

Aquel griterío de bienvenida, aunque era sincero, me hizo reír, porque se parecía como una gota de agua al que había tenido lugar en el patio del arconte a su llegada de Constantinopla con Floricica.

«Libres o esclavos, los hombres tienen las mismas costumbres y los mismos sentimientos. ¡Que se vayan todos al infierno!», me dije.

Y empecé a correr como un ternero y a dar volteretas por la hierba. ¡Tenía mis razones!

En una zona un poco más elevada y despejada, había tiendas por todas partes, cada una con su lecho de juncos, cañas secas y heno, y una lona por encima. Las armas y los demás trastos estaban en los troncos de los sauces, como si fueran armarios, cada bandolero tenía el suyo. Las mujeres igual, cada bandolero con la suya, jóvenes, atolondradas, ocupadas con los trabajos de la hacienda de los bandidos y con las manos y las piernas devoradas por los mosquitos.

Como era la hora de la cena, se afanaban preparando la comida. En algunas marmitas hervía la *mamaliga*, que despedía un agradable olor a maíz y saltaba salpicando a las cocineras; en otras preparaban sopa de lucio con cebolla, hinojo y perejil. Carpas de unos diez kilos, aderezadas con pimienta roja, se debatían aún en sus espetones, clavados en el suelo junto a las brasas. Como una docena de patos y ocas salvajes, rellenos con ajo y tocino ahumado, se freían un poco más lejos. Y era tan apetitoso el olor con que estos guisos colmaban el lugar que hasta los lobos aullaban de apetito.

Pero hacía falta bebida para aquella comilona sobre la que iban a abalanzarse unas sesenta bocas, y ya se sabe que el agua de los pantanos «cría ranas en la tripa». Pues bien, tampoco faltaba bebida, ¡y qué bebida!

Escondida en una hacina de caña verde que la mantenía fresca, una barrica de unos cien litros de un vino que te deshacía el paladar, parecía una ermita; mientras tanto, a su lado se encontraba, humilde como una pobre capilla, un bidoncito de cien *vadras*^[48] con el Espíritu Santo de una santa *tsuica*, que levantaría de sus tumbas a los muertos si los hubiera por allí cerca.

Afortunadamente no había muertos que nos aburrieran con su eterno testimonio de la inutilidad de beber y comer. El propio Cosma, que llevaba la muerte en el alma, la olvidó aquella noche, hizo como todo el mundo y, como el valiente capitán que era, dio la señal de ataque.

Sentados todos los comensales en forma de herradura, cada uno podía ir a servirse la *mamaliga* y llenar su escudilla con lo que le apetecía, para sentarse después a la turca y comer sobre sus rodillas, ayudándose de una cuchara de madera para la sopa y de los dedos para el guisado. En cuanto a la bebida, los vasos iban vacíos y volvían llenos, en un peregrinaje ininterrumpido como los peregrinos al Santo Sepulcro.

La *tsuica* abrió el banquete, como debe ser. Cosma fue el primero en levantar su vaso. Los comensales le siguieron. Y con el rostro encendido como un tomate, el

capitán dijo:

—¡Amigos!... ¡La vida y la muerte son las dos obras eternas de la yegua del Señor!... Es ella la que enciende y apaga la vida sobre la tierra con sus ollares. Nosotros no pedimos venir a este mundo, por tanto no le debemos nada a nadie. Tenemos una sola obligación: la de estar sanos; y para estar sanos hemos de hacer tres cosas buenas: comer bien, beber bien y pedorreamos bien. Empecemos por comer y beber. Después nos pedorreamos en las tiendas.

Unas risotadas solaparon sus palabras. ¡Los vasos se vaciaron de un trago; la *tsuica* sirvió para azuzar el apetito y después empezaron a devorar como fieras! Los trozos de *mamaliga*, apelmazados un poco con la mano, volaban como gorriones justo hasta su destino. Las cucharas se vaciaban antes de llegar a la boca. Y cuando el lucio o la carpa creaban problemas con las espinas a alguno de los comensales, se daba la vuelta y escupía hacia atrás todo el bocado. Las cabezas se demoraban en los cubos de vino hasta que los cuellos se hinchaban y se ponían morados. Entonces el bebedor sólo pensaba en una cosa: demostrarle al Señor lo corta que es la respiración humana y lo poco que cabe en su barriga. Para corregir en cierto modo ese error celestial, el comensal que se creía injustamente tratado según sus cálculos, se ponía de pie y saltaba como en el baile del oso para hacer bajar la comida, a continuación se sentaba de nuevo y empezaba otra vez. Algunos se conformaban con unos fuertes eructos, pero esto originaba problemas, ya que a veces el eructo sorprendía a uno con la boca llena, el bocado era empujado hacia arriba y salía salpicando a través de la nariz.

Hacia el final del banquete, un hombre nos estropeó la fiesta. Estaba en un extremo de la herradura. El comandante de la banda, que se hallaba a su derecha, se levantó, se lo señaló a Cosma y dijo:

—Capitán, quizá hayas notado que hay un extranjero entre nosotros: se trata de este monje. Se presentó un día ante uno de nuestros centinelas y pidió que lo admitiéramos en nuestras filas hasta tu regreso. Al verlo rebelde, entregado y valiente, lo aceptamos. Ahora desea beber a tu salud.

Entonces vimos levantarse a un hombre de estatura mediana, corpulento y todavía joven. La barba y los bigotes rojizos y bien peinados. El rostro lavado con esmero. La frente, prominente como una sandía, se alargaba hasta la coronilla debido a la calvicie y era iluminada por unos ojos grandes, de color gris ceniza y sinceros. Su hábito, andrajoso y raquítico, le llegaba hasta los tobillos y lo cubría de tristeza.

Con una voz clara, dijo tranquilamente lo que viene a continuación:

—Sí, Cosma... Bebo a tu salud y a la de todos los presentes. Pero permíteme que te diga que tus palabras de antes me han afligido. ¿Cómo? ¿Que la vida y la muerte son las obras eternas de una yegua? ¡Incluso si fuera el Señor el que cabalga sobre ella, eso no sería posible! La vida y la muerte son obra de Dios y no de su yegua, suponiendo que tuviera una. ¡Y luego esa ofensa hacia el hombre, el cual, según tú, no tiene otro deber que comer, beber y pedorrear!... ¡Un deber propio de un cerdo!

Estoy apenado. El pueblo ve en vosotros a sus salvadores; y si no os halláis en la horca de un día para otro es gracias a su amistosa ayuda. Él no os impide comer o beber como unos valientes, pero si no es más que para pedorrearos en vuestras tiendas, a fe mía que no sois más que unos boyardos. No puedo deciros esta noche quién soy y qué camino he recorrido para llegar hasta aquí. Sólo os digo esto: ¡sed libertadores y yo os ayudaré!...

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras cuando Floricica se puso en pie de un salto, voló hacia el monje y lo besó en la frente.

—¡Beso mi propio pensamiento! —dijo.

Las novias de nuestros compañeros se echaron a reír, porque en las queridas la risa sustituye al pensamiento. Los bandoleros, al ver a Cosma ensombrecido por este incidente, se sintieron cohibidos.

Ilie parecía contento.

—Ilie, ¿tú qué opinas de este monje tan raro? —le preguntó Cosma.

Ilie se encogió de hombros y contempló su cara enfurruñada.

—Opino que todo monje tiene su *Kyriacodromion*... que gusta a las mujeres... ¿Recuerdas el éxito de tu *Kyriacodromion* en casa del arconte?

Había oscurecido por completo. Los hombres se convirtieron en unas sombras negras. Entonces, cada pareja se dirigió a su nido. Y aquella noche, debido al atracón, oí todo tipo de gemidos salir de las tiendas.

•

Y he aquí el final de esta historia.

Cosma se levantó al día siguiente malo como la tiña, y gritó desde la puerta de su tienda:

—¡Si seguimos así durante una temporada, pronto necesitaremos media docena de parteras! ¡Venga, mujerzuelas, largaos y parid donde vuestras madres! ¡Y nosotros, a recoger los bártulos!... ¡A los caballos y en marcha!...

—¿Y yo? —preguntó Floricica.

—¡Tú... tú no eres una mujercita, sino un hombre, un bandolero! El destino te envía para sustituirme y para hacerlo mejor que yo el día que muera. Y ese día está cerca: esta noche he soñado que voy a fallar el primer disparo de arcabuz que lance contra mi enemigo con luna llena. Será el tercer disparo de mi vida que falle con luna llena y en mi destino está escrito que me asesinará este último enemigo. Así será. Y estará bien. Cosma ha vivido...

Los hombres empezaron a empaquetar sus cosas, mientras sus amadas, preparando la última comida, lloraban con la frente apoyada en un sauce o en el hombro del enamorado que partía.

Floricica, aunque era una mujer, tuvo un corazón de piedra, un corazón de

auténtico bandolero, así como la había juzgado Cosma.

—¡Claro que os sentís desgraciadas, pero la culpa es vuestra!... —dijo a las que se lamentaban—. Habéis olvidado que estos valientes son perseguidos por la ley, que tienen que dormir a caballo y besar a las mujeres al galope. La querida sólo tiene aquí una misión: cargar el arcabuz que el hombre descarga. Si os hubieran dejado, poco os habría faltado para construir una iglesia, crear un ayuntamiento, traer a un gobernador y montar una guarnición. —Y volviéndose hacia los hombres—: ¡Mira, Señor, a estos vendedores ambulantes! ¿Vosotros, bandoleros?... ¡Me muero de risa! ¡Bordados, perlas, telas con lentejuelas, puñales sin filo, pistolas de mentira, todo un batiburrillo igualito a los trapos y las chatarras que llenan las aceras de los barrios de Estambul! ¡Ja, ja, ja!... —Y luego a Cosma—: ¿Tú eres el capitán de este bazar?

Al oír estas palabras, el monje se abalanzó sobre Floricica:

—¡Déjame besarte esa frente que esconde mi pensamiento!...

Floricica le ofreció la frente.

Cosma contempló atónito esta escena imposible, empezó a silbar a los cuatro vientos y partió solo por entre los matorrales de juncos y cañas, desde donde hizo llegar la canción desconsolada de lancu Jianu:

¡Florezilla de judía:
a la orilla del Siret
pace el caballo de lancu!
El caballo pace y relincha,
lancu duerme y sueña conmigo,
sueña con una enamorada;
¡una enamorada endiablada
teje la tela de lancu
en el valle de la Cucaracha!
Pero no es tela ni urdimbre
de camisa ni de muda;
es una mortaja para cubrir
los dos ojos negros que amaron.

El canto enmudeció en la distancia. Me invadió una pena desgarradora y salí tras Cosma siguiendo sus huellas pero con cuidado de que no me oyera. Tras una hora de marcha avanzando entre matorrales y calveros, creí haber perdido su pista y me subí a un sauce para ver por dónde se movían las cañas a su paso. Pero él ya no estaba entre la maleza, sino a la orilla de un lago cristalino, a unos cincuenta pasos de donde me encontraba, ¡y entonces vi y oí algo increíble!

Cosma se había arrodillado y rezaba. Durante un buen rato no hizo más que tocar el suelo con la frente, luego se oyó una voz como un gemido.

—¡Está bien, Señor! ¡Seamos justos si es que quieres justicia! ¿Acaso me he

desviado yo una pizca del mandamiento que pusiste en mi pecho? Era un crío cuando me hiciste sentir asco por el lucro y el egoísmo, y entonces robé a mi padre y lo repartí entre los pobres. Después huí al bosque y viví de crímenes y robos. Sí, de crímenes y robos, según el ejemplo de los boyardos y de los gobernadores, que viven del saqueo y que construyen iglesias para tu gloria que tú no quieres destruir. Contra ellos he luchado yo, no contra los pobres. Y si a veces, ahogado por la ira, he saltado a la espalda de Ilie y lo he molido, ha sido porque tenía demasiada razón. ¿Es que tú no haces lo mismo? ¿Acaso no aplastas al pobre que te echa en cara tus injusticias? Y si es así, ¿te atreves tú a doblegarme con estos dolores que me destrozan las entrañas?

Y Cosma escupió al lago. Después se tumbó de espaldas.

Al poco rato, una mujer que acudía a abreviar a su vaca apareció de entre los matorrales.

Mientras la vaca bebía agua, la campesina saludó a Cosma, le llamó «cristiano», suspiró profundamente y lo contempló. Cosma no le hizo caso. La mujer, con una vara en la mano, se cruzó de brazos y dijo:

—Sé que eres Cosma... y que vives por aquí con tus compañeros, por aquí cerca, en esta tierra salvaje, como nosotros... ¡Ah! ¡Que Dios Todopoderoso te proteja!... Pero que se apiade también de nosotros, perseguidos por el destino. Somos unos desgraciados. Los señores nos quitan hasta la camisa. ¿Y qué vamos a hacer? ¡Así lo quiere Dios... para castigarnos por nuestros pecados!

—¡Lárgate de aquí! —le gritó Cosma sin moverse—. ¡Me das asco! Somos unos desgraciados... ¡Sois unos imbéciles!... ¡Así lo quiere Dios!... ¡Que se vaya a la porra vuestro Dios!

Y poniéndose de pie, se fue.

La mujer se santiguó y rezó:

—¡Perdónale, Señor, que no sabe lo que dice y sufre mucho!

Durante dos meses nos arrastramos como condenados a muerte, subimos Dobrogea hacia los montes de Macin. No disparamos un solo tiro excepto para cazar. Cosma nos hacía la vida imposible y se mantenía apartado. Apenas intercambiaba alguna palabra con Ilie; con Floricica, nada de nada, aunque la pobre mujer hacía lo posible para consolarlo.

Los hombres, dejados a cargo del comandante, se dedicaron al pillaje miserable que Cosma siempre había despreciado.

Y henos aquí de nuevo cerca de Braila, la región favorita para la vida en libertad, llena de fugitivos temidos por las patrullas.

Una vez allí, en cuanto llegamos, Cosma e Ilie nos abandonaron una noche de forma misteriosa, cruzaron el Danubio y desaparecieron durante cinco días. Cuando volvieron, Cosma gritó de repente:

—¡He descargado por tercera vez mi arma con luna llena y no he alcanzado a mi enemigo! ¡Desde ahora, no me contéis ya entre los vivos!...

Y despojándose de todas las armas, saltó del caballo y echó a andar. Fui tras él junto a Ilie. La misma guardia hicimos también los días siguientes porque temíamos que quisiera poner fin a su vida, pero enseguida nos dimos cuenta de que nuestros temores no tenían fundamento. Además, no se alejaba demasiado; daba vueltas alrededor del campamento, regresaba, comía a cualquier hora y volvía a marcharse. Se mostraba veleidoso, ni triste ni alegre, pero respondía a todas nuestras preguntas encogiéndose de hombros. A veces acariciaba la cabeza de Floricica, que lloraba, le besaba las manos e intentaba convencerle de su amor. Él sonreía.

Al mirar a Cosma despojado de todas sus armas, se diría que fuera un simple porquero.

¡Oh, qué días tan terriblemente bellos los de aquella estación!... El verano se acercaba a su fin, el momento en que los amaneceres y los atardeceres del sol en los pantanos hacen gritar de alegría incluso a los más diminutos animales. La época de cría y de incubación de las aves ya ha terminado. Los pájaros jóvenes —patos y ocas salvajes, lavancos, avefrías— se alzan en el vacío transparente en bandadas interminables hasta una altura que desespera a los cazadores. A los cachorros del lobo y del zorro, que dan vueltas por los rediles, los reconoces por la timidez con que se cuelan y por sus pieles impolutas. Abejorros, escarabajos y otros bichos vuelan aturridos, chocando contra los árboles. La vegetación deja de crecer, descansa y se alegra. Es el triunfo de la vida sobre la muerte.

En nuestro campamento sucedía todo lo contrario.

La venganza personal llevada a cabo por Cosma e Ilie en Braila, y que había hecho que el primero errara el tiro, había alertado a las autoridades. Nuestros espías nos avisaban cada día de que la patrulla seguía nuestros pasos. Redoblamos la guardia del campamento. Dormíamos con un ojo abierto y cambiábamos continuamente de guarida.

Esto acabó por irritar a todo el mundo, excepto a Cosma, que sólo se preocupaba por sus vagabundeos como en la más tranquila de las existencias.

Una sobremesa, en cuanto terminamos de comer, se levantó para ir a dar una vuelta, como tenía por costumbre.

Ilie, recostado, intentó detenerlo cantando con una voz profunda que parecía salir de una tumba:

¡Hermano Cosma no te vayas
cuando viene la patrulla!...

Cosma volvió la cabeza un momento y respondió cantando con tono aún más grave:

¡Déjala que venga,
que igual que viene se va!

Y montó en su caballo.

Nosotros montamos también y lo seguimos a una distancia de treinta pasos.

Estábamos por los alrededores de Isaccea... Un camino solitario, vacío... flanqueado por hierbas y juncias.

De repente, ante nuestros ojos, los dos cañones de un arcabuz surgieron de un matorral y apuntaron a Cosma, que levantó los brazos y gritó:

—¡Estoy desarmado!

—¡Pues mejor aún! —respondió alguien.

Y dos disparos retumbaron a la vez. Apenas tuvimos tiempo de responder con una lluvia de tiros de arcabuces y pistolas contra el matorral; después, al ver que Cosma se inclinaba sobre el cuello del caballo, que lo abrazaba y huía como una flecha, creimos que se había salvado.

Pero no era así, ya que en plena fuga el cuerpo cayó del caballo como un saco lleno de tierra, mientras el animal seguía su carrera.



Vagabundo rumano y gran escritor autodidacta, Panait Istrati nació en Braila ciudad portuaria del Danubio en 1884. Hijo natural de una lavandera rumana y de un contrabandista griego, sólo asistió a la escuela durante cuatro años y realizó todo tipo de trabajos para ganarse la vida. Su espíritu inquieto y aventurero lo llevó a partir a Oriente Medio en 1906 sin dinero ni pasaporte. En 1921, tras instalarse en Francia, y desesperado por la tuberculosis, la pobreza y la muerte de su madre, intentó suicidarse. Fue encontrado agonizante con una carta dirigida al escritor Romain Rolland, quien le ayudaría a convertirse en el Gorki de los Balcanes. Invitado en 1927 a visitar la Unión Soviética, su crítica feroz a las colectivizaciones le costó el rechazo de los intelectuales franceses, por lo que decidió volver a Rumanía, donde murió en 1935 sumido en el olvido.

Notas

[1] «Señor» en griego. <<

[2] Vendedor de limonada. <<

[3] Plural de leu, la moneda nacional rumana. <<

[4] En griego en el original; literalmente «¡Hijos míos!». <<

[5] Vendedor de *salep*, bebida de tapioca aromatizada con especias. <<

[6] Campesino rico. <<

[7] El rumano tiene un tratamiento de cortesía intermedio que no existe en castellano. He optado por traducir como «usted» cuando se tratan como «señor». A partir del compromiso de boda he usado el tuteo. <<

[8] Pueblo de pescadores de origen ruso que vive aún hoy en día en el delta del Danubio. <<

[9] «Rameras» y «pequeño proxeneta», respectivamente. <<

[10] *Musafir* es una palabra de origen turco que significa «persona que está de visita», «invitado». Respetamos el original en rumano, como hace Istrati en la versión francesa. <<

[11] Posada. <<

[12] Actual Braila, dudad portuaria del Danubio, en la que nació el propio Istrati. <<

[13] Soldados voluntarios que luchaban por la libertad de Grecia en 1821. <<

[14] «¡Gracias!» <<

[15] *Tabie*, «parapeto», «trinchera». <<

[16] Entre los turcos, título honorífico. <<

[17] Reverencia con que se saludan los musulmanes. <<

[18] Tazas metálicas trabajadas con especial maestría. <<

[19] Orujo. <<

[20] Funcionario de la administración turca. <<

[21] Antiguo gobernador del Imperio turco. Hoy en día tratamiento honorífico. <<

[22] Moneda turca de plata. <<

[23] Súbdito turco. <<

[24] Esclava de los antiguos harenes turcos. <<

[25] *Barba* significa «tío» en turco. <<

[26] Baile tradicional. <<

[27] Sopa agria tradicional. <<

[28] Fórmula de saludo obligado, durante la Pascua, en los países de religión ortodoxa.

<<

[29] Especie de polenta. <<

[30] Comida tradicional que consiste en carne picada envuelta en hojas de col o parra.

<<

[31] Baile tradicional de los Balcanes. <<

[32] Baile popular de origen turco. <<

[33] Tradición religiosa dedicada a San Basilio. <<

[34] Villancico tradicional rumano, dedicado a un anciano que representa la Navidad y trae regalos a los niños. <<

[35] Antigua medida de capacidad que corresponde aproximadamente a un litro y cuarto. <<

[36] Comandante de las tropas turcas. <<

[37] Melodía tradicional asociada a la vida pastoril. <<

[38] Bandoleros que vivían en los bosques fuera de la ley. <<

[39] Gorra de piel. <<

[40] Oficial turco. <<

[41] Prenda de abrigo. <<

[42] Gherasim era el verdadero nombre de Panait Istrati. <<

[43] Sermón de los domingos. <<

[44] Almaciga. Producto procedente del lentisco y cultivado con éxito desde la Antigüedad en la isla de Chios. Se creía que poseía importantes propiedades medicinales y se utilizaba también en la elaboración de bebidas alcohólicas. En castellano el nombre procede del árabe *al-mastika*. Preferimos conservar el original griego. <<

[45] «¡Viva!» <<

[46] Prenda de lana que llega hasta los pies y que llevan los pastores para protegerse del frío. <<

[47] Dama del pueblo elegido. <<

[48] Veinte litros. <<